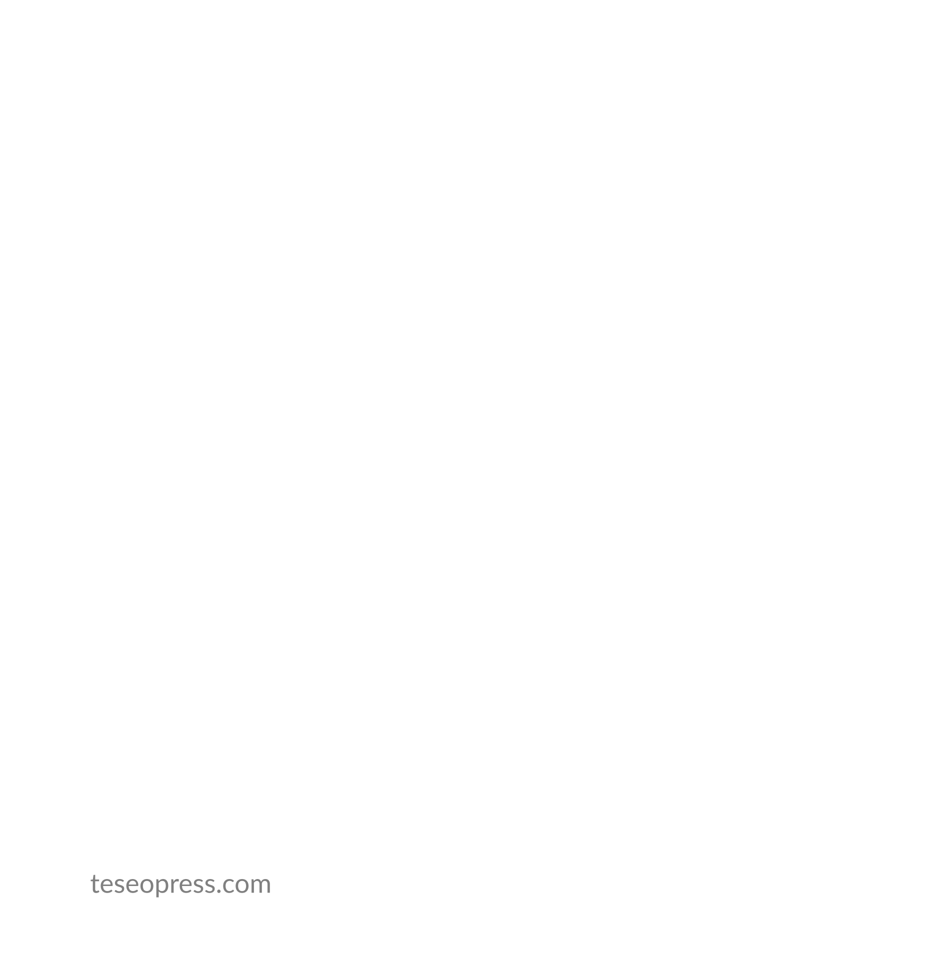
ERNESTO SCHTIVELBAND

Del sujeto neopolítico a las nuevas formas de servidumbre voluntaria

Reconfiguraciones subjetivas en el marco de la ofensiva neoliberal-conservadora en Argentina (2008-2019)

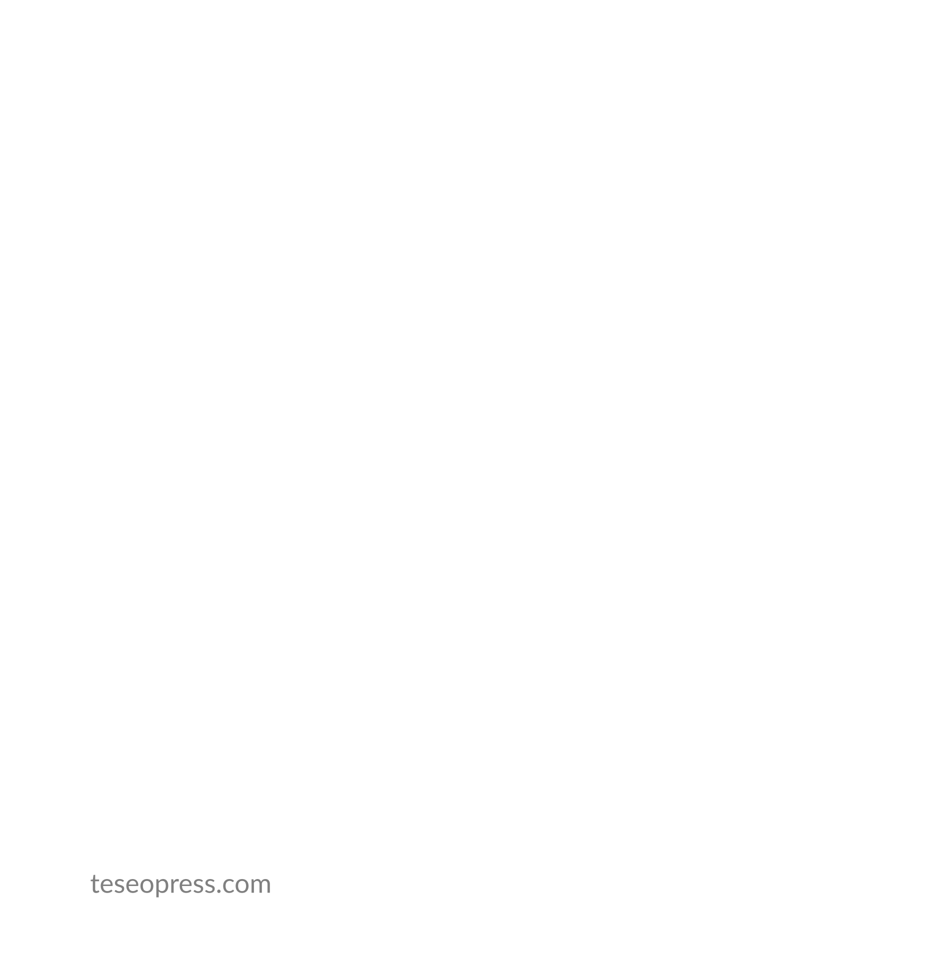





teseopress.com

DEL SUJETO NEOPOLÍTICO A LAS NUEVAS FORMAS DE SERVIDUMBRE VOLUNTARIA

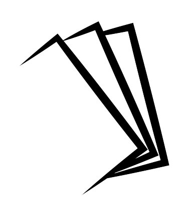
teseopress.com


teseopress.com

DEL SUJETO NEOPOLÍTICO A LAS NUEVAS FORMAS DE SERVIDUMBRE VOLUNTARIA

Reconfiguraciones subjetivas
en el marco de la ofensiva
neoliberal-conservadora en Argentina
(2008-2019)

Ernesto Schtivelband



teseopress.com

Schtivelband, Ernesto Javier

Del sujeto neopolítico a las nuevas formas de servidumbre voluntaria : reconfiguraciones subjetivas en el marco de la ofensiva neoliberal-conservadora en Argentina 2008-2019 / Ernesto Javier Schtivelband. – 1a ed – Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ernesto Javier Schtivelband, 2024.

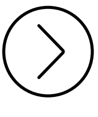
250 p. ; 20 x 13 cm. – (Tesis de Sociales)

ISBN 978-631-00-3673-1

1. Ciencias de la Comunicación. 2. Ciencia Política. 3. Teorías Psicoanalíticas. I. Título.

CDD 306.2

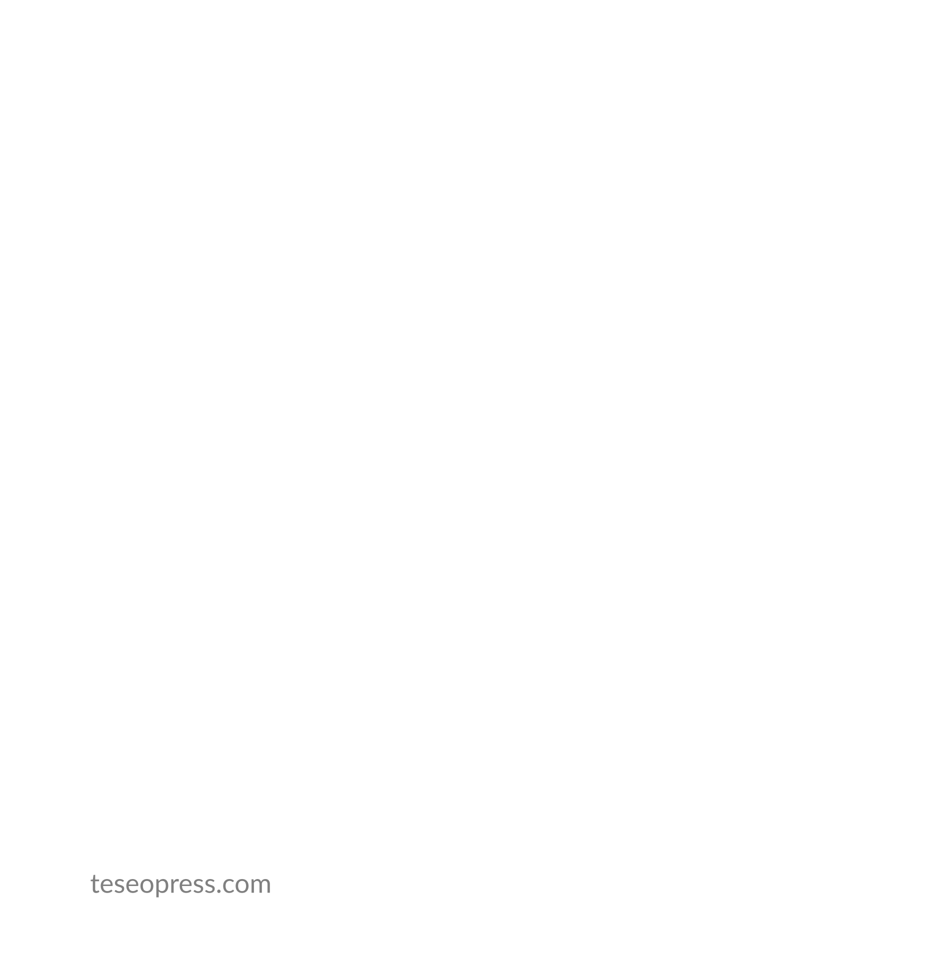
ISBN: 9786310036731
DOI: 10.55778/ts310036731





TeseoPress Design (www.teseopress.com)

Índice



Resumen

La investigación está dedicada al estudio del proceso de *reconfiguración subjetiva* que, de manera compleja pero cada vez más subordinado a la lógica de lo que Michel Foucault (2007) denominó gubernamentalidad neoliberal, estableció las condiciones para la constitución de una ciudadanía dispuesta a asumir voluntariamente una serie de restricciones derivadas de la implementación de políticas económicas y sociales que en otro momento habrían encontrado una mayor resistencia. Durante la dictadura cívico-militar, estas huellas se evidenciaron en las prácticas de complicidad, silencio y aceptación de la violencia institucional. Luego, tras los años de repolitización de la denominada "primavera democrática" (1983-1987), en el predominio de una ciudadanía caracterizada por la apatía, la desafección política y volcada hacia los intereses meramente individuales. Un derrotero que encontraría cierto fin de ciclo en el escenario de repolitización despejado tras la crisis de representación del 2001. Sin embargo, aunque transformados, muchos de los rasgos propios del arte de gobierno neoliberal emergerían en los años posteriores en la forma de nuevas figuras subjetivas. Focalizando en estos desplazamientos, aunque contemplando también las continuidades históricas, la investigación propone centrar la atención en dos episodios significativos de la etapa más reciente de la democracia argentina (2008-2019).

El primero de ellos, cuyo estudio fue abordado en una investigación anterior (Schtivelband, 2016), es el denominado "conflicto del campo" de 2008, que surgió como una protesta de los productores agropecuarios en contra de las retenciones a las exportaciones de granos impuestas durante la gestión de gobierno de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015). En dicha investigación se aportó la caracteri-

zación de "sujeto neopolítico" como la figura más relevante emergida en el marco del conflicto. El segundo episodio se centra en la escena política surgida a raíz del conflicto por la fuerte alza en las tarifas de los servicios públicos esenciales dispuesta por Mauricio Macri (2015-2019) durante los primeros meses de su mandato. ¿Qué vínculos pueden establecerse entre la figura del sujeto *neopolítico* y el nuevo avance de la ofensiva neoliberal-conservadora encarnada en la Argentina por la Alianza Cambiemos? ¿Qué parecidos y qué desemejanzas existen entre la subjetividad que dio origen a la intervención de los sectores medios que adhirieron a las demandas de la dirigencia rural en 2008 y la que se expresó en el apoyo de una parte de la ciudadanía a Mauricio Macri, tanto en las elecciones presidenciales de 2015, cuyos resultados permitieron el regreso de un gobierno neoliberal en Argentina, como en los comicios legislativos de 2017? La hipótesis central es que se asiste a la irrupción de una nueva forma de subjetividad caracterizada como *neosacrificial,* que muestra la exacerbación y el desplazamiento de ciertos rasgos de la subjetividad *neopolítica,* desdibujando la voluntad de participación política que había caracterizado la escena del 2008, en un viraje hacia lo que puede denominarse nuevas formas de servidumbre voluntaria.

Desde un abordaje comunicacional transdisciplinario, se indaga en las disposiciones afectivas de esta nueva subjetividad, incorporando aportes del psicoanálisis y poniendo el foco en la dimensión significante de los fenómenos políticos, para lo cual se recurre a herramientas del análisis discursivo.

Abstract

The research is dedicated to the study of the process of subjective reconfiguration, which, in a complex but increasingly subordinate manner to the logic of what Michel Foucault (2007) called neoliberal governmentality, established the conditions for the constitution of a citizenship willing to voluntarily assume a series of restrictions derived from the implementation of economic and social policies that at another time would have encountered greater resistance. During the civic-military dictatorship, these traces were evidenced in practices of complicity, silence, and acceptance of institutional violence.Then, after the years of repoliticization of the so-called "democratic spring", in the predominance of a citizenship characterized by apathy, political disaffection, and focusing on purely individual interests. A trajectory that would find some end of cycle in the scenario of repoliciticization cleared after the representation crisis of 2001. However, although transformed, many of the characteristics of neoliberal govern's art would emerge in the following years in the form of new subjective figures. Doing focus on these displacements, while also considering historical continuities, the research proposes to focus on two significant episodes of the most recent stage of Argentine democracy.

The first of these, whose study was addressed in a previous investigation (Schtivelband, 2016), is the so-called "the campo conflict" of 2008, which emerged as a protest by agricultural producers against the export taxes on grains imposed during the Cristina Fernandez de Kirchner's government (2007-2015). In that investigation, the characterization of the "neopolitical subject" was proposed as the most relevant figure that emerged in the context of the conflict. The second episode focuses on the political scene that

emerged following the conflict over the sharp increase in essential public service tariffs imposed by Mauricio Macri (2015-2019) during the first months of his term. What links can be established between the figure of the neopolitical subject and the new advance of the neoliberal-conservative offensive embodied in Argentina by Cambiemos Alliance? What similarities and differences exist between the subjectivity that gave rise to the intervention of the middle sectors that adhered to the demands of the rural leadership in 2008 and that expressed support for Mauricio Macri, both in the presidential elections of 2015, whose results allowed the return of a neoliberal government to Argentina, and in legislative elections of 2017? The central hypothesis is that there is a new form of subjectivity characterized as neo-sacrificial, which shows the exacerbation and displacement of certain features of neopolitical subjectivity, blurring the political participation that had characterized the 2008 scene, in a turn towards what can be called new forms of voluntary servitude.

Using a transdisciplinary communication approach, the research investigates the affective dispositions of this new subjectivity, incorporating contributions from psychoanalysis and focusing on the significant dimension of political phenomena, for which discursive analysis tools are used.

Introducción

En el ensayo documental *Adiós a la memoria* (2020), Nicolás Prividera recupera la historia de su familia a través de imágenes y filmaciones de su infancia, en un trabajo de montaje que tiende a establecer un puente entre el período de la última dictadura cívico-militar argentina y el presente. Con el foco puesto a la vez en la enfermedad de Alzheimer sufrida por su padre y en las fisuras de la memoria colectiva, en un tramo del film el director-narrador se interroga acerca del comportamiento de una cierta parte de la sociedad que vivió recluida y "en piloto automático" después de 1976, tal como ocurrió con su padre antes de ir perdiendo la memoria. Cuando se pone en su lugar, trata de comprender las razones que lo llevaron a un paulatino aislamiento y lo interpreta como una respuesta ante un exterior hostil durante la dictadura; así como otros, más alejados de la política, pudieron haber optado por ignorar lo que estaba pasando, por comodidad, por desidia o simplemente por inercia. Sin embargo, propone a continuación que no todo fue represión o indiferencia, sino también, y quizás en mayor medida, "una complicidad subterránea o abierta". Menciona, por caso, a sus abuelos, que reclamaban por el orden militar hasta que miembros de las Fuerzas Armadas secuestraron a su madre de la casa donde vivía. Es para reforzar esta idea que recurre al pensamiento de Gilles Deleuze y Félix Guattari, de quienes cita un conocido pasaje de *El Anti Edipo* (1973):

> Incluso las formas más represivas y más mortíferas de la reproducción social son producidas por el deseo. Por eso, el problema fundamental de la filosofía política sigue siendo el que ya Spinoza supo plantear (y que Reich redescubrió): "¿Por qué combaten los hombres por su servidumbre como si se

> tratase de su salvación? ¿Por qué soportan los hombres desde hace siglos la explotación, la humillación, la esclavitud, hasta el punto de quererlas no sólo para los demás, sino también para sí mismos?" Cómo es posible que se llegue a gritar: ¡queremos más policía y menos pan! Nunca Reich fue mejor pensador que cuando rehúsa invocar un desconocimiento o una ilusión de las masas para explicar el fascismo, y cuando pide una explicación a partir del deseo, en términos de deseo: no, las masas no fueron engañadas, ellas desearon el fascismo en determinado momento, en determinadas circunstancias, y esto es lo que precisa explicación, esta perversión del deseo gregario.

Cuando retoma su propia voz, ya no se observan imágenes del pasado familiar, se sitúa en otra época. Transcurren los últimos meses de la gestión de Mauricio Macri (2015-2019) y Prividera muestra ahora fotografías de personas durmiendo a la intemperie, carteles vandalizados de la próxima campaña electoral y transeúntes que caminan indiferentes por las calles de la ciudad de Buenos Aires mientras confiesa la profunda decepción de tener que volver a discutir, tantos años después, el número de desaparecidos "con los que ayer decían que estaban paseando por Europa".[1] También se lamenta por quienes, una vez más, han sido "ganados por el individualismo, la salvación del más fuerte y la admiración sin reserva por los ladrones". Hace una pausa y remata con ironía: "sólo si son de guante blanco, claro".

Argentina lleva 36 años de continuidad institucional pero las preguntas de Deleuze y Guattari resuenan en el presente que bosqueja el documental, abriendo nuevos interrogantes. Si *hoy como ayer* –para citar una vez más a su realizador– hay quienes viven la política como una intromisión en su pacífica vida familiar, ignorando todo lo que no sea su

1 Hace referencia a los discursos negacionistas que en parte proliferaron en las filas de la gestión del Gobierno de Macri pero que también comenzaron a tener eco en cierta parte de la sociedad. Véase, por ejemplo: https://www.lanacion.com.ar/politica/dario-loperfido-sobre-los-desaparecidos-yo-abri- la-tranquera-para-que-se-discuta-el-tema-nid1982938/.

propia salvación, ¿cuál fue efectivamente el alcance –y los límites– del llamado "proceso de democratización" iniciado en 1983, tras la asunción presidencial de Raúl Alfonsín? ¿No debía comprender, además del Estado y sus instituciones, los diversos ámbitos de la vida colectiva, sustituyendo –como se argumentó en ese momento– el silencio, el miedo y la complicidad por la participación ciudadana?

En base a estos interrogantes, la presente investigación toma como punto de partida una interlocución crítica con los debates sobre la transición (Portantiero y de Ípola, 1984; entre otros) y post-transición (O'Donnell, 1994; entre otros) democráticas, dado que en el escenario postdictatorial emergieron como un intento de proponer ciertos horizontes frente a la encrucijada democrática del momento. Si bien es indudable que estos debates significaron un punto de inflexión fundamental en los procesos de institucionalización de la vida democrática, resulta importante señalar que ellos cargan también con algunas de los supuestos que darían, en cierto modo, vía libre a los procesos de cristalización neoliberal a partir de la década del noventa. Vale decir, en los primeros años de la transición democrática, profundizando una concepción tendiente a la negación de la condición agonal de la política[2] y limitando a esta última a una

2 Uno de los supuestos básicos de este trabajo sugiere que para poder analizar los fenómenos de la política en las sociedades democráticas contemporáneas no alcanza con abordar el estudio de las luchas de poder en torno de las instituciones del Estado o las maneras que este tiene para determinar las acciones y reacciones de los ciudadanos. También se deben tomar en consideración aquellas actividades que, llevadas a cabo por esos mismos ciudadanos en el espacio de lo público, permiten su intervención en los procesos políticos, no sólo a través de los mecanismos o instrumentos e instancias de participación que contempla la Constitución y las leyes, sino también, y fundamentalmente, a partir de un eventual involucramiento en las disputas por la definición de los asuntos comunes y, por consiguiente, en la configuración de la sociedad en la que viven. Esta mirada intenta "eludir la trampa de reducir el estudio de la política sólo a su expresión institucional, vale rescatar la noción de *politeia* en su cabal generalidad, esto es como «la forma de vida política de la comunidad, de la cual los aspectos constitucionales representan sólo una cristalización formal» (Laclau, 2005: 214); podríamos agregar, al decir de Chantal Mouffe (1993), que dicha noción

puesta en escena para la rutinización de los procedimientos más básicos de la democracia liberal. Durante la década del noventa, impulsando una desarticulación entre el espacio público y los asuntos de interés común, que quedaron en manos de técnicos y políticos profesionales.

Por otra parte, en ese marco es posible identificar ciertas huellas de un proceso de reco*nfiguración subjetiva* que, de manera compleja pero cada vez más subordinado a la lógica de lo que Michel Foucault denominó gubernamentalidad neoliberal (2007), sentó las bases para la formación de una ciudadanía dispuesta a aceptar, ya sea en silencio o abiertamente, una serie de restricciones derivadas de la implementación de políticas económicas y sociales que en otro momento habrían encontrado una mayor resistencia. Durante la dictadura, estas huellas se evidenciaron en las prácticas de complicidad, silencio y aceptación de la violencia institucional. Posteriormente, tras los años de repolitización de la denominada "primavera democrática" (1983-1987), en el predominio de una ciudadanía caracterizada por la apatía, la desafección política y volcada hacia los intereses meramente individuales. Un perfil ciudadano que aparecía imponiéndose sobre otros que –como en el caso de algunos movimientos sociales, piqueteros y cierto sindicalismo– iban tejiendo lazos políticos en las acciones de resistencia.

Este derrotero encontraría cierto fin de ciclo en el escenario de repolitización despejado tras la crisis de representación del 2001. Sin embargo, aunque transformados, muchos de los rasgos propios del arte de gobierno neoliberal

---

supone además la formación de subjetividades" (Biglieri y Perelló, 2018: p. 69). En un sentido general, se trata de asumir la condición agonal intrínseca de la política, en contraposición a aquellas que la limitan a un procedimentalismo tendiente al alcance de acuerdos consensuados, tal como propone el filósofo alemán Jürgen Habermas (1999; 2009). Desde andamiajes teóricos en varios aspectos divergentes, en esta línea pueden incluirse las perspectivas de Rancière, 1996; Balibar, 2012 y 2013; Laclau y Mouffe, 1987; Mouffe, 1999, 2003; entre otros.

emergerían en los años posteriores en la forma de nuevas figuras subjetivas. Focalizando en estos desplazamientos, en un segundo momento, la investigación propone centrar la atención en dos episodios significativos de la etapa más reciente de la democracia argentina (2008-2019). Asumiendo que la democratización de la vida ciudadana ha sufrido avances y retrocesos desde la recuperación de la institucionalidad, el análisis de esos acontecimientos clave permite advertir la continuidad y profundización en las últimas décadas, de la producción de una forma de subjetividad social que, en tensa coexistencia con otras que operan en un sentido de construcción del ser-en-común, se manifiesta impregnada de un *deseo de servidumbre*.

El primero de ellos, cuyo estudio fue abordado en una investigación anterior (Schtivelband, 2016),[3] es el denominado "conflicto del campo" de 2008, que surgió como una protesta de los productores agropecuarios en contra de las retenciones a las exportaciones de granos impuestas durante la gestión de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015). En el marco de un complejo proceso de repolitización en la región,[4] que en la Argentina llegó a involucrar a sectores que, como se mencionó, hasta poco tiempo atrás se habían autoexcluido de la esfera pública, el conflicto desencadenó una serie de movilizaciones masivas a favor y en contra de la medida involucrando un amplio espectro social. Se trató de un escenario en el que, por un lado, un gran sector de tradición militante mostró su apoyo al gobierno de la Presidenta y, por otro, las entidades rurales, algunos partidos minoritarios y una porción de la clase media coincidieron

3 *Entre la ausencia y el regreso de la política: acerca de la emergencia de una subjetividad neopolítica. El caso del conflicto por las retenciones móviles de 2008* (2016). Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires).

4 El término "repolitización" hace referencia al proceso de renovación y reactivación de la participación ciudadana en temas políticos y sociales. Esencialmente, la repolitización implicó un retorno al compromiso cívico y político en una época en la que la desafección política y la apatía eran frecuentes en la región.

en su rechazo a la medida de gobierno. En ese contexto, llamó particularmente la atención la manifestación de esa parte de los sectores medios urbanos que hasta ese momento no sólo se había mantenido completamente al margen sino que también había repudiado las protestas sociales de años anteriores. En esta ocasión, el conflicto por las retenciones móviles encontró en ese sector social un actor que, sin estar necesariamente identificado con una posición ideológica ni guiado por intereses particulares, al apoyar a las entidades agrarias en su búsqueda por obstaculizar las políticas fiscales del gobierno, mostró cierta implicación en los asuntos públicos, pero sobre todo expresó un rotundo rechazo a cualquier forma de intervencionismo estatal que supusiera formas más equitativas de redistribución. En dicha investigación se propuso denominar a ese actor sujeto *neopolítico*, aludiendo con el neologismo tanto a la novedad que implicó su incorporación a la esfera pública y su involucramiento en discusiones y controversias de carácter político, como a la persistencia, en la subjetividad de ese mismo sujeto, de disposiciones afectivas provenientes de una configuración de larga data –cristalizadas en una identidad de clase media con un fuerte componente antiperonista– sobre las cuales operaron durante la década del noventa modos de identificación y participación ciudadana configurados por la gubernamentalidad neoliberal. Ambos componentes –el antiperonista y el neoliberal– confluyeron en un denominador común que configuró la subjetividad de una parte de la clase media porteña,[5] para la cual la fantasía de una "vida buena" o una "sociedad justa" pasaría por la defensa y reivindicación de las libertades individuales por sobre la construcción de la comunidad, la preeminencia de la lógica del mercado y el rechazo de la acción del Estado en la

---

5 Si bien en el trabajo se focalizó en la clase media porteña, también se destacó que el fenómeno fue más extenso e incluyó capas medias a nivel nacional, además de ciertos sectores populares.

regulación de la vida social y el odio hacia el otro en tanto amenaza de la propia existencia.

Ahora bien, la figura del sujeto *neopolítico* que se perfiló en el transcurso del conflicto por las retenciones móviles fue la manifestación más destacada –aunque no la única– de un movimiento de mutación subjetiva que, como se indicó más arriba, ya estaba en curso mucho antes. Es cierto, como también se ha dicho, que los procesos abiertos tras la crisis político-institucional de 2001 significaron la apertura de lo que Martín Plot (2008) dio en llamar un "tiempo público" (2008) –en referencia a ese momento en que se dejan de lado las ocupaciones particulares–, durante el cual se evidenció cierto resquebrajamiento de la hegemonía neoliberal; sin embargo, en el transcurso del conflicto agropecuario, la emergencia del sujeto *neopolítico* no significó un liso y llano retorno a posiciones antipolíticas sino que mostró tanto una ampliación de la preocupación por los asuntos comunes como la persistencia e intensificación de disposiciones y tendencias preexistentes. Frente a otros momentos de la historia reciente, como había ocurrido durante el gobierno de Carlos Menem, por ejemplo, cuando las manifestaciones de apoyo a las políticas de ajuste se daban de manera tácita, y sólo eventualmente más explícita, la adhesión de los sectores medios a los reclamos de la dirigencia rural no sólo permitió observar la continuidad de una producción subjetiva basada en la interiorización –a través de distintos dispositivos[6] de rendimiento y goce (Laval y Dardot, 2017;

---

[6] Judith Revel (2008) explica que el término "dispositivo" aparece en la obra de Foucault en la década de 1970 para referirse a los operadores materiales del poder, es decir, a las técnicas, estrategias y formas de sujeción utilizadas por el poder. Por definición, los dispositivos son de naturaleza heterogénea: "se trata tanto de discursos como de prácticas, de instituciones como de tácticas móviles; de tal modo, Foucault llegará a hablar, según los casos, de 'dispositivos de poder', 'dispositivos de saber', 'dispositivos disciplinarios', 'dispositivos de sexualidad', etcétera" (p. 52). Posteriormente, Giorgio Agamben (2011) amplió el alcance general de la categoría de dispositivos de Foucault, abarcando a "todo lo que tiene, de una forma u otra, la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, moldear, controlar y asegu-

Alemán 2016; entre otros)– del deseo de servidumbre, sino también su creciente exteriorización, manifestada en movilizaciones y actos masivos.

Si bien el modo de operar de la *subjetividad neopolítica* se ha reconocido privilegiadamente en un sector de la clase media, la continuidad y diseminación de dicha operatoria condujo a reinterrogarse acerca de sus alcances. En este sentido, en el presente trabajo la preocupación se dirige a identificar algunos de los rasgos que adquirió la referida mutación subjetiva en la escena política posterior. ¿Qué vínculos pueden establecerse entre la figura del sujeto *neopolítico* y el nuevo avance de la ofensiva neoliberal-conservadora encarnada en la Argentina por la Alianza Cambiemos? ¿Qué parecidos y qué desemejanzas existen entre la subjetividad que dio origen a la intervención de los sectores medios que adhirieron a las demandas de la dirigencia rural en 2008 y la que se expresó en el apoyo de una parte de la ciudadanía a Mauricio Macri, tanto en las elecciones presidenciales de 2015, cuyos resultados permitieron el regreso de un gobierno neoliberal en Argentina, como en los comicios legislativos de 2017?

Para avanzar en el esclarecimiento de estas cuestiones, se utilizó como segundo ejemplo de análisis la escena política surgida a raíz del conflicto por la fuerte alza en las tarifas de los servicios públicos esenciales dispuesta por el gobierno nacional en 2016. La medida formaba parte de una reforma al sistema de subsidios que recortó considerablemente las partidas presupuestarias del Estado destinadas a financiar parcialmente el costo de la luz, el gas y el agua. Ante el impacto en las facturas, muchos de los afectados participaron en marchas por todo el país y presentaron denuncias en los juzgados para tratar de frenar lo que se consideró un "tarifazo". Sin embargo, también hubo sectores de la sociedad que, aún perjudicados por los aumentos

---

rar los gestos, comportamientos, opiniones y discursos de los seres vivos" (p. 257).

excesivos, se pronunciaron con fervor a favor del gobierno. A diferencia de las intensas movilizaciones que se produjeron durante el conflicto de 2008, en esta ocasión las muestras de apoyo se manifestaron de forma más esporádica y principalmente a través de las redes sociales, en una coyuntura donde comenzaba a hacerse patente el viraje hacia un espacio público digital (Aruguete y Calvo, 2020). Lo que llamó la atención en este caso fue que quienes ofrecieron su respaldo a las medidas oficiales, a pesar de que les reportarían menores grados de bienestar, lo hicieron expresando una voluntad de sacrificio y una disposición sin precedentes para soportar las privaciones que exigía el plan de ajuste económico y social impulsado por la Alianza Cambiemos. Estas observaciones condujeron a pensar que a partir del conflicto por el tarifazo se habría asistido a la manifestación de huellas novedosas del proceso de reconfiguración subjetiva iniciado desde los tiempos de la dictadura.

En relación a lo expuesto, y en continuidad con las conclusiones aportadas en el trabajo previo, es posible delinear la hipótesis principal que guía esta investigación: en el marco de los procesos de neoliberalización a nivel global, la relación entre neoliberalismo y subjetividad adoptó diferentes características en los distintos escenarios políticos a lo largo de las últimas décadas. Así, en la escena política 2015-2019 de Argentina se asiste a la emergencia de una nueva forma de subjetividad caracterizada como *neosacrificial*.

Esta figura presenta, por un lado, la exacerbación y el desplazamiento de ciertos rasgos de la denominada *subjetividad neopolítica*. Aun manteniendo algunas de las disposiciones afectivas ligadas a la identificación antiperonista y la racionalidad neoliberal, en la coyuntura 2015-2019, la emergencia de la subjetividad *neosacrificial* presenta un desplazamiento de algunos de esos rasgos, desdibujando la voluntad de participación política de estos sectores que había caracterizado la escena del 2008.

Por otro lado, la nueva figura también hace referencia al abandono del discurso de la "buena vida", que expresaba

el deseo de un estado presente o futuro de disfrute, y su reemplazo por un discurso sacrificial en el que se acepta la frustración del propio disfrute (ya sin la promesa de una felicidad futura), siempre y cuando se impida el disfrute de los demás. Estos rasgos distintivos aparecen enlazados a la efervescencia de los discursos del odio y la legitimación de la desigualdad, tramitados tanto desde ámbitos gubernamentales como desde distintas esferas de la sociedad civil. En concreto, la subjetividad *neosacrificial* se inscribe en lo que puede denominarse nuevas formas de servidumbre voluntaria.

Tras estas consideraciones, cabe añadir que el presente trabajo se propone aportar elementos de análisis sobre la relación entre neoliberalismo y subjetividad para contribuir al diagnóstico de la democracia argentina y latinoamericana en el marco de la ofensiva neoliberal-conservadora (véase Capítulo 5, Apartado 1) que se desplegó en la región en los últimos años. Más precisamente, se pretende dar cuenta de la reconfiguración que el neoliberalismo ha producido en las subjetividades, focalizando particularmente en la forma en que se vincula el surgimiento del sujeto *neopolítico* en el marco del conflicto agropecuario de 2008 con las disposiciones subjetivas puestas en juego en la escena política 2015-2019. Ligado a ello, finalmente se procura profundizar en las contribuciones del psicoanálisis a la teoría política contemporánea con vistas a examinar su capacidad explicativa a la hora de dar cuenta de la reconfiguración que el neoliberalismo ha producido en las subjetividades.

Finalmente, se impone alguna aclaración sobre la óptica y el alcance de estas últimas consideraciones. La preocupación por reconocer ciertos derroteros de una subjetividad tendiente a la subordinación al arte de gobierno neoliberal, cuya emergencia en el caso de la Argentina se rastrea tempranamente en relación con el proyecto de la última dictadura militar, no pierde de vista las continuidades que pueden plantearse con ciertas lógicas que fueron generándose y replicándose a nivel global. Pero, al mismo tiempo,

la interrogación desde el andamiaje psicoanalítico pretende aportar respuestas que hurguen en ciertas condiciones psíquicas que operan como una suerte de sustrato (la división estructural del sujeto) que se moldea en un sentido epocal, en un ordenamiento histórico-político. Dicho esto, puede afirmarse que antes que una suerte de universalidad transhistórica, la subjetividad *neosacrificial* se entiende como aquella en la que los rasgos propios de una propensión a la servidumbre voluntaria se expande a partir de la ética social de la empresa propia de la gubernamentalidad neoliberal de un modo especialmente potente. A diferencia de otras subjetividades que operan en un sentido de construcción del ser-en-común, es una subjetividad gobernada por una lógica individualista de sumisión. No obstante, reconocer predominancias no supone que las figuras subjetivas deban interpretarse en un sentido puro. En buena medida, son atravesadas por condiciones históricas y coyunturales que explican las distancias pero también las continuidades entre configuraciones subjetivas en disputa. En el mismo sentido, la caracterización de la figura *neosacrificial* no pretende comprender todas las subjetividades configuradas en relación con la razón neoliberal. Por el contrario, esa racionalidad se despliega en una dinámica múltiple (Gago, 2014), dando forma a subjetividades muy diversas. Bajo esta premisa, la figura del sujeto *neosacrificial* se propone como clave interpretativa para comprender una problemática compleja de alcance mayor ligada a los desafíos y obstáculos que afronta la democracia contemporánea.

Estado actual del conocimiento sobre la relación entre subjetividad y política

Entre los principales antecedentes de la investigación se encuentra una serie de producciones que, desde las Ciencias Sociales, analizaron las transformaciones que el

neoliberalismo implicó a nivel global y latinoamericano. En primer lugar, se pueden señalar los trabajos que consideran al neoliberalismo principalmente como una doctrina antiestatista o un programa de políticas públicas que modifican la estructura económica causando el debilitamiento del Estado y consagran al mercado como principio de regulación privilegiado. El foco de estos estudios se dirige tanto a la comprensión de esos procesos de reforma durante los años ochenta y noventa como a la evaluación de las consecuencias económicas, sociales, políticas y subjetivas que la llegada de la neoliberalización produjo en las últimas décadas (Duménil y Lévy, 2010; Gudynas, 2009; Harvey, 2005; Laval y Dardot, 2017; Petras y Veltmeyer, 2003; Puello Socarras, 2013; Svampa, 2013). Pese a lo valioso de estos aportes, un conjunto de autores ha señalado la poca atención prestada a la especificidad del neoliberalismo con relación al liberalismo precedente, planteando la necesidad de dirigir el análisis hacia el modo como se estructura el capitalismo contemporáneo en función de otras transformaciones sociales más recientes (Secchi, 2016; Wegelin, 2017).

En esa perspectiva, se ubican –en segundo lugar– los trabajos que, basándose en los estudios de Foucault (2007; 2008) sobre la gubernamentalidad liberal y neoliberal, caracterizan al neoliberalismo no sólo como un conjunto de políticas de Estado sino, en un plano mucho más general, como un modo de gobierno del comportamiento humano que opera de manera capilar creando normatividades, prácticas y discursos que dan forma a un nuevo tipo de "racionalidad" dominante (Brown, 2010; Harvey, 2005; Laval y Dardot, 2017; entre otros).[7] Así, un aspecto central

[7] En base a lo mencionado, es necesario distinguir entre "gestión de gobierno" y "arte de gobierno". Según Sebastián Botticelli (2016), en el primer caso se hace referencia a una teoría del gobierno que "comprende al Estado como un conjunto de instituciones que sirven como asiento y base de la autoridad, por eso atiende cuestiones tales como la legitimidad, las diferentes modalidades que el Estado puede adoptar (democracia, populismo, totalitarismo, etc.) o el alcance de las potestades legislativas, punitivas y regulativas" (p.

de este enfoque recae en explorar la relación entre neoliberalismo y modos de subjetivación. Bajo el supuesto de que el neoliberalismo pretende construir un nuevo tipo de sujeto, sometido a las nuevas condiciones del capitalismo y expuesto a una competencia constante, una vasta producción bibliográfica analiza los actuales dispositivos de producción de la subjetividad –de rendimiento y de goce (Laval y Dardot, 2017; Alemán 2016), de felicidad (Ahmed, 2019; Sztulwark, 2019a), entre otros– y las figuras subjetivas que la gubernamentalidad neoliberal produce, como el "empresario de sí mismo" (Foucault, 2007; 2008; Laval y Dardot, 2017), el sujeto "desesperado" (Caletti, 2011), "endeudado" (Lazzarato, 2013), "inmunizado" (Espósito, 2005), etc.

Particularmente en lo que respecta a la situación argentina, se puede destacar algunas producciones que abordan el vínculo entre subjetividad y neoliberalismo en clave de colonización de los procesos de subjetivación (Murillo, 2008); estudios que señalan como determinante el papel que ocupan las corporaciones mediáticas en la tarea de allanar el terreno de la subjetividad social (Forster, 2016; Merlín, 2017; 2020); análisis que se centran en los modos que adquiere la racionalidad neoliberal en los sectores subalternos (Gago, 2014); publicaciones que evalúan la incidencia de procesos de más largo alcance, enfocándose en diferentes planos como el político, el estético o el social (Adamovsky, 2009; 2010; Canelo, 2019; Romé, 2018; Schwarzböck, 2015; Vommaro, Morresi y Bellotti, 2015; Vommaro, 2017; entre otros).

---

92). En tanto que "arte de gobierno", en una línea foucaultiana, remite a una gubernamentalidad que "no parte del supuesto de la unidad del Estado sino que atiende a la multiplicidad de prácticas que configuran la racionalidad gubernamental. Desde una analítica de la gubernamentalidad, el Estado ya no puede interpretarse como la sede y el origen del gobierno, sino únicamente como el lugar de su codificación" (p. 92). En este trabajo, se mantendrá esta distinción excepto en aquellos casos en que el término "gobierno" se defina en función del contexto en que se utiliza.

Avanzando en la hipótesis de una nueva racionalidad neoliberal definida como el despliegue de una lógica normativa generalizada que vincula desde el Estado hasta los mecanismos más íntimos de la subjetividad, algunos de esos abordajes sostienen que en la actualidad la soberanía del sujeto se ve comprometida de manera radical (Berardi, 2007; Brown, 2010; Hardt y Negri, 2005), enfatizando en ciertos casos una mirada nihilista, que acaba obturando todo horizonte político (Chul-Han, 2014). En contraste, otra serie de trabajos plantean que sostener la hipótesis de una apropiación absoluta de la subjetividad constituye un escenario apocalíptico para la democracia, para la política y para el sujeto. Defienden, en cambio, la premisa de la autonomía relativa de la política basándose, por ejemplo, en el estudio de la fluctuante y compleja relación de la figura de la ciudadanía en diferentes momentos de la historia del capitalismo. Desde esta perspectiva, el neoliberalismo no es considerado como una racionalidad coherente y consistente sino más bien como un entramado de sentidos que se articula en los sujetos de manera contradictoria (Balibar, 2013; 2017; Wegelin, 2017). De esta manera, junto a los dispositivos neoliberales de creación y captura de la subjetividad, es posible distinguir "formas de vida" (Sztulwark, 2019a) o modalizaciones ciudadanas instituyentes (Guindi, 2021) que supondrían una cierta incompatibilidad sensible con los imperativos de adecuación a la racionalidad dominante.

En una línea cercana, un tercer conjunto de estudios incorpora otros elementos de análisis, particularmente las conceptualizaciones provenientes del psicoanálisis (Freud, 1976; 1976; 1976; 1979; Lacan, 1975). Por un lado, profundizan en la comprensión de los procesos de configuración de la subjetividad en el marco de la sociedad neoliberal a partir del análisis de fenómenos como el "neorracismo" (Balibar, 1991; 2014; 2016). Por el otro, confrontan con quienes sostienen que se puede producir enteramente al sujeto afirmando que hay ciertos elementos en la propia constitución estructural de la subjetividad de las personas que ningún

orden político-histórico puede integrar al menos en forma total y definitiva. Así, abonan la idea de que el sujeto puede lograr separarse del discurso que lo ha constituido como tal y, por esta vía, subvertir las identificaciones que lo dominan y fijan al dispositivo de goce (Alemán, 2012; 2014; 2016; Merlín, 2017). Destacan además el rol decisivo que desempeñan los afectos, las emociones y las pasiones en la constitución subjetiva (Laclau, 2005; Mouffe, 2018; Stavrakakis, 2010) y sostienen la posibilidad de que mediante prácticas discursivas/afectivas puedan debilitarse los afectos comunes que sostienen la hegemonía neoliberal y así generar las condiciones necesarias para crear una hegemonía diferente (Mouffe, 2018).

Como se verá a lo largo de su desarrollo, la presente investigación se sustenta, con mayor o menor lejanía, en varios de los estudios hasta acá expuestos. En primer lugar, el trabajo adopta la mirada foucaultiana que permite dar cuenta de la complejidad y multidimensionalidad del fenómeno neoliberal. En este marco, se parte de los diagnósticos y perspectivas acerca de los procesos de desdemocratización (Brown, 2010) y moralización de la política (Mouffe, 2007); el fenómeno del "odio a la democracia" (Rancière, 2007), la elección de la desigualdad (Dubet, 2015), el "neorracismo" (Balibar, 1991; Miller, 2010; Žižek, 2007) y las nuevas formas de servidumbre voluntaria (Alemán, 2014; 2016). Por otra parte, se asumen los supuestos de las denominadas teorías postestructuralistas y postmarxistas (Laclau y Mouffe, 1987) que sostienen tanto la insuficiencia de las miradas esencialistas como las críticas al racionalismo. En este sentido, la propuesta laclausiana que pone en juego su concepción de lo social como discursivo permite analizar la constitución de sujetos políticos a partir de los conceptos de "hegemonía", "articulación" y "afecto" (Laclau y Mouffe, 1987; Laclau, 2005). También se incorpora al análisis los aportes de autores como Alemán (2012; 2014; 2016), Braunstein (2010); Laclau (2005), Miller (2010); Mouffe (2007; 2018), Stavrakakis (2019), Žižek (1992; 1993;

2007), que recuperan herramientas provenientes del psicoanálisis para la comprensión de la configuración de la subjetividad en el marco de la teoría política contemporánea (centralmente las categorías de "sujeto de la falta", "identidad", "identificación", "deseo", "goce" y "robo de goce", para pensar la relación entre política y afecto). Por último, este trabajo se basa en la asunción de que estas categorías psicoanalíticas no sólo permiten explicar la inercia o contención de los dinamismos de lo social, sino también la transformación y la acción política (Alemán, 2012; 2014; 2016). Situada en el marco de estas discusiones, la presente investigación apunta a dar cuenta de la singularidad de las configuraciones subjetivas en la política vernácula actual. Una tarea que procura reformular críticamente ciertas antinomias poco conducentes entre la historicidad de las configuraciones subjetivas y la posible universalización de ciertos aspectos que persisten en las distintas expresiones epocales.

Enfoque y modo de abordaje

Este trabajo se enmarca en una perspectiva comunicacional,[8] asumiendo los estudios de dicho campo en términos transdisciplinarios. La transdisciplinariedad alude no a la dilución ni a la mera convergencia de disciplinas –al estilo pluri o multidisciplinario–; propone un abordaje transversal que interroga a los fenómenos sociales en sus distintos niveles de complejidad. Como sostiene Fernando Almarza Rísquez (2006) –siguiendo a Edgard Morin y Basarab Nicolescu, entre otros:

La acción Transdisciplinar se manifiesta y produce interactiva y complementariamente entre, a través y más allá de disciplinariedad, simultáneamente en distintos niveles

8 La Licenciatura en Ciencias de la Comunicación es la formación de grado del autor.

de Realidad, integrando y complementando conocimientos de todas en favor de una comprensión del mundo en los términos en que actualmente se problematiza, y teniendo como meta el compartimiento de un nuevo lenguaje y una nueva lógica conceptual producto del flujo de la nueva información resultante, que permita el diálogo real e integrador entre especialistas de diversos campos y disciplinas de conocimiento. (Almarza Rísquez, 2006: p. 2).

Desde este punto de vista, el campo comunicacional no sólo permite nutrirse de los aportes de otras disciplinas, sino además, pone el foco en el nivel que atañe a la dimensión significante de diferentes fenómenos sociales, lo cual implica una lectura de los procesos políticos en clave de circulación de significaciones sociales. Este enfoque, que epistemológicamente se fundamenta en el giro lingüístico de la filosofía analítica (Rorty, 1998), asume la opacidad del lenguaje (no hay un acceso inmediato al *ser de las cosas*) y concibe a la producción de sentido como una de las dimensiones fundamentales de la vida social. De este modo, la superficie del discurso no aparece como un telón que guarda sentidos ocultos y verdades últimas sino que es el lugar de manifestación de las significaciones que constituyen la realidad social (Angenot, 1989; Foucault, 1973; 1985; Laclau, 1995; Žižek, 1992).

En cuanto a las decisiones específicas concernientes a esta investigación, la mencionada preocupación por el proceso de mutación subjetiva obligó a realizar una revisión extensa de la literatura proveniente de corrientes de pensamiento y tradiciones teóricas diversas respecto a la relación entre subjetividad y política, procurando establecer los alcances y limitaciones de cada una de ellas. Asimismo, se llevó a cabo una sistematización de las principales contribuciones del psicoanálisis para la comprensión de la configuración de la subjetividad en el marco de la teoría política contemporánea (Laclau, 2005; Mouffe, 2007; 2018, Alemán, 2012; 2014; 2016; Žižek, 1992; 2007; Stavrakakis, 2010; entre otros). Esta tarea no pasa por alto las distancias

entre las mencionadas perspectivas. Por el contrario, reconociendo y señalando las divergencias, propone nutrirse de dicha pluralidad para iluminar distintas zonas del problema, procurando generar puentes y enlazamientos tendientes a sortear esas distancias.

Por otro lado, se procedió a la revisión de ciertos artículos que, tanto por el peso que fueron cobrando sus autores (Juan Carlos Portantiero, Emilio de Ípola, Albert Hirschman, Daniel Lutzky) como por la relevancia de las revistas donde fueron publicadas (*Punto de Vista, La Ciudad Futura, Crítica & Utopía*), tuvieron particular impacto en la escena política de la coyuntura. Se trata de textos paradigmáticos que marcaron cierto rumbo en lo que respecta a las formulaciones teórico-políticas de la época y en torno de los cuales se cristalizaron ciertos usos conceptuales[9] (entre ellos con particular énfasis la noción misma de democracia), que vertebraron la teoría de la transición. En vinculación con ello, se complementó el trabajo de indagación a partir de la puesta en relación con otras producciones más recientes que comentaron críticamente las publicaciones previas. Esta vía permitió reconstruir una parte importante del debate político-intelectual de los años ochenta, así como individualizar algunos de los ejes sobre los que giraron las reflexiones suscitadas en relación con la transición

9 La alusión a los "usos conceptuales" debe interpretarse en el sentido propuesto por la denominada Historia Conceptual delineada por Reinhart Koselleck (1993; 2012), la cual plantea un modo teórico–metodológico de hacer historia sustentado en los lenguajes políticos, desde una mirada alejada de los supuestos esencialistas y teleológicos propios de la historiografía clásica. No trata de analizar un determinado conjunto de ideas propio de un momento histórico-político sino que problematiza en la trayectoria y los desplazamientos de los conceptos, reparando en la circulación y las eventuales mutaciones o desplazamientos de sentido. Para Koselleck, "[u]n concepto reúne la pluralidad de la experiencia histórica y una suma de relaciones teóricas y prácticas de relaciones objetivas en un contexto que, como tal, sólo está dado y se hace experimentable por el concepto" (1993: p. 117). Si bien el foco del presente trabajo no está puesto en el derrotero de los conceptos y/o lenguajes políticos, los supuestos de este enfoque resultan compatibles con la preocupación de esta investigación.

y postransición democrática en años posteriores. El análisis se centró en la identificación de ciertos elementos presentes en esta materialidad (supuestos, cosmovisiones, lugares comunes, etc.), que permitieron dar cuenta de los límites de lo decible y pensable (Angenot, 1989) acerca del proceso de reconfiguración subjetiva en ese momento histórico. Esto resultó fundamental para iluminar no sólo los obstáculos que tuvo el modelo de la transición para promover la constitución de una ciudadanía más activa, crítica y participativa, sino también las dificultades que tuvieron los académicos e intelectuales que participaron en esos debates para reconocer la presencia de actitudes que no sólo implicaban una mera aceptación pasiva de los efectos perniciosos de las políticas de ajuste y austeridad sino que, en muchos casos, también resultaban expresión de posiciones que paulatinamente establecieron una relación más estrecha con el orden neoliberal.

Para arrojar nueva luz sobre esta última cuestión, se recuperaron los resultados del trabajo previo, en el cual se había abordado el análisis de los discursos en torno del conflicto por las retenciones móviles, indagando particularmente en las motivaciones de los ciudadanos que tomaron partido por "el campo". En aquella ocasión, se recolectaron testimonios utilizando técnicas etnográficas: se llevaron a cabo y analizaron treinta entrevistas semiestructuradas a personas que se autopercibieron como pertenecientes a los sectores medios urbanos de la Ciudad de Buenos Aires y que manifestaron haber apoyado o participado activamente en los reclamos de la dirigencia rural durante el conflicto. Aunque las entrevistas no arrojaron conclusiones definitivas, resultaron valiosas para obtener información relevante y echar luz sobre el fenómeno en cuestión. Se exploraron diversos temas, como la narración de los acontecimientos del conflicto (ya sea vividos directamente a través de la participación en marchas y actos, o a través de los medios de comunicación), las emociones que despertó el conflicto, las razones por las que el tema cobró tanta importancia, la

reflexión del entrevistado acerca de las causas del conflicto, el consumo de medios (a través de qué medios siguieron el conflicto), la construcción del "nosotros/otros" (juegos de miradas, autopercepciones, etc.), la relación entre el conflicto y las condiciones de vida de los entrevistados (cómo afectó el conflicto a su ocupación o profesión, qué impacto tuvo en su vida cotidiana), las virtudes que se atribuyeron a los actores respetados (dirigentes agrarios, legisladores, gobernadores, etc.) y los mayores defectos de los actores criticados (presidenta, gobierno, piqueteros, políticos).

A partir de herramientas propias del análisis discursivo (Angenot, 1989; Laclau, 1995; Žižek, 1992), se indagaron algunos elementos indicativos tales como el uso de ciertas palabras o frases con carga emocional, la repetición de ciertos términos, la selección de ciertas imágenes o metáforas, entre otros, que acompañaron los actos enunciativos (y que no necesariamente estuvieron gobernados por el enunciador), lo cual permitió echar luz sobre dos aspectos distintos pero estrechamente relacionados. En primer lugar, sobre las disposiciones que permitieron el involucramiento de aquellos sectores que hasta poco tiempo atrás se habían autoexcluido de la esfera pública o que se habían sentido ajenos a las historias y memorias colectivas de lucha. Al respecto, se rastrearon algunas de las huellas que, tras el 2001, la crisis del neoliberalismo dejó en la subjetividad de los entrevistados (tanto la posible incidencia de las transformaciones propias del nuevo momento político como de la dislocación de la estructura simbólica y la desestabilización de las identificaciones que sostenían la identidad de los ciudadanos como "empresarios de sí mismos"), las cuales permitieron iluminar algunos de los resortes internos que se pusieron en juego en su actuación durante el conflicto. Por otra parte, se encontró que estas marcas aparecían frecuentemente imbricadas de manera ambivalente con la exteriorización de ciertas disposiciones afectivas provenientes de una configuración de larga data.

Los rastros de la persistencia de esas disposiciones resultaron ser un factor fundamental para explicar el proceso de identificación que condujo –en segundo término– a la constitución de una identidad colectiva en torno de las demandas del agro. En relación con este último aspecto, se identificaron además algunas huellas de lo que podría llamarse el discurso "pro-campo" o "anti-gobierno nacional", las cuales permitieron dar cuenta de dos mecanismos ideológicos complementarios: por un lado, el que produjo el efecto de creencia ideológica en los argumentos de los productores rurales y el efecto interconexo de subjetivación, de reconocimiento de la propia posición ideológica; por el otro, el que operó sobre la dimensión afectiva de los entrevistados, reintegrando cierto goce en la forma de una fantasía ideológica. En base a estas indagaciones y para aportar a la inteligibilidad del fenómeno en cuestión, resultó operativo acuñar la categoría de subjetividad *neopolítica*.

Desde el mismo enfoque teórico-metodológico, en el abordaje del segundo caso (la escena política 2015-2019) se sostuvieron varias de las mencionadas tareas aunque incorporando algunas variaciones en virtud de la coyuntura específica. En esta ocasión, se puso el foco en la incidencia de la formación discursiva neoliberal en las disposiciones afectivas que operaron en la subjetividad de quienes, aún afectados por el alza de las tarifas y la inflación, siguieron apoyando al gobierno de la Alianza Cambiemos en sus políticas económicas. En tal sentido, se procedió a la elaboración de una base documental compuesta por un conjunto de materiales heterogéneos (intervenciones públicas de políticos y funcionarios, producciones periodísticas, notas de opinión, entre otros) a partir de los cuales se realizó el análisis de los tópicos centrales de la discursividad neoliberal entre los años 2015 y 2019. Se rastrearon y expusieron ciertos temas recurrentes y lugares comunes (invocación al mérito y el esfuerzo individual, apelación al sacrificio y a la austeridad, la construcción del otro como objeto del odio,

etc.) con el propósito de identificar no sólo el sentido (que puede ser objeto de interpretaciones antagónicas), sino fundamentalmente "los encantos" (Angenot, 1989) –una eficacia más afectiva que informativa o comunicacional–, que hicieron posible la aceptabilidad de dichos elementos.

En vinculación con la tarea previa, seguidamente se elaboró un corpus con muestras de opiniones y comentarios de ciudadanos adherentes al gobierno de Macri (mensajes y publicaciones provenientes de redes sociales, testimonios obtenidos por diferentes medios de comunicación tanto en la vía pública como en actos de apoyo a la gestión de la Alianza Cambiemos) indagando en los mecanismos que en la web facilitan dinámicas de activismo social y construcción de comunidad política pero también "favorecen la propagación de conflicto y polarización" (Calvo y Aruguete, 2020: p. 6). A partir del rastreo de ciertas frases y/o palabras claves vinculadas a los temas recurrentes observados en la instancia previa que apuntó a la identificación de ciertas regularidades (Foucault, 1973; 1985; Angenot, 1989), el análisis permitió detectar una serie de expresiones del orden de lo afectivo (identificaciones con un ideal segregativo, síntomas de gozar la insatisfacción, odio al modo particular que el otro tiene de gozar, etc.), las cuales contribuyeron a arrojar luz sobre el proceso de exacerbación y transfiguración de los rasgos característicos de la subjetividad *neopolítica* que llevaron a la emergencia de lo que aquí se llama el sujeto *neosacrificial*. En este caso, el énfasis en adoptar un abordaje capaz de articular intervenciones de orden mediático y virtual respondió a la preeminencia que, a diferencia de la coyuntura del 2008, presentaron los intercambios y expresiones por medio de esas vías. Esta decisión se sustenta en el diagnóstico de un creciente protagonismo de la cultura de la convergencia (Jenkins, 2008)[10] caracterizada,

10 Con el término convergencia Jenkins hace referencia "al flujo de contenido a través de múltiples plataformas mediáticas, la cooperación entre múltiples industrias mediáticas y el comportamiento migratorio de las audiencias

entre otras cuestiones, por la tendencia a una transversalización de sentidos dispersos en dinámicas complejas en las que las intervenciones de los usuarios también participan en la configuración del espacio público.

Una vez establecida la metodología de trabajo, cabe realizar una serie de aclaraciones. En primer lugar, señalar que la decisión de focalizar en estas dos coyunturas críticas no obedeció a la necesidad de dar cuenta de los hechos tal como sucedieron en su facticidad empírica, sino porque ofrecían una vía productiva para avanzar en la inteligibilidad de un proceso histórico-problemático más amplio. En este sentido, tanto el conflicto agropecuario de 2008 como la escena política 2015-2019 pueden interpretarse como la emergencia de un "tiempo público" de acuerdo con la propuesta previamente mencionada de Plot (2008).

En segundo lugar, la decisión de adscribir a categorías psicoanalíticas no supone solamente una búsqueda de explicación de la pasividad de los sujetos o la contención de los dinamismos internos de la sociedad. En este sentido, es destacable el camino abierto por algunos autores de esta corriente (Laclau, 2005; Mouffe, 2007; 2018, Alemán, 2012; 2014; 2016; Žižek, 1992; 2007; Stavrakakis, 2010; entre otros), quienes en los últimos años se han apoyado en los desarrollos conceptuales aportados por Sigmund Freud y Jacques Lacan para pensar la transformación y la acción política. En continuidad con esos esfuerzos, este trabajo apela a ciertos aportes psicoanalíticos como una vía para visualizar el papel que juegan la afectividad y las emociones en la transformación de las identidades políticas. Es decir, cómo los procesos políticos y económicos dominantes, que frecuentemente obturan el surgimiento de subjetividades potencialmente transformadoras, a veces chocan con

mediáticas, dispuestas a ir casi a cualquier parte en busca del tipo deseado de experiencias de entretenimiento. 'Convergencia' es una palabra que logra describir los cambios tecnológicos, industriales, culturales y sociales en función de quienes hablen y de aquello a lo que crean estar refiriéndose" (2008: p. 14).

motivaciones profundas que están más allá de la voluntad y la razón de los sujetos. Al respecto, como complemento de los corpus mencionados más arriba, se conformó una serie heterogénea de producciones artístico-culturales (fragmentos de novelas, viñetas satírico-políticas, memes, GIFs) a partir de las cuales se indagó acerca del modo en que dichas producciones, en la medida en que son capaces de operar en un registro afectivo (Mouffe, 2014; 2018), podrían contribuir con procesos de desidentificación y construcción de nuevas formas de subjetividad crítica. Cabe aclarar que, si bien puede pensarse en cierta especificidad con la que operan los distintos materiales lingüísticos y visuales,[11] las imágenes no son leídas en ajenidad a las palabras dado que, como afirma André Gunthert (2020), "[l]as imágenes existen en composición con textos y con otros elementos, son formas híbridas como también lo es el lenguaje" (s/p.)[12]. Desde esta mirada, las piezas de humor en sus distintos formatos aluden a esa composición aunque, a diferencia de las de humor gráfico clásico, las intervenciones propias de las plataformas digitales (tales como memes y GIFs) contienen ciertos rasgos específicos en virtud de la posibilidad que brindan a los usuarios de producirlos y de su capacidad de propagación.[13] Estas intervenciones digitales son un

11 Al respecto, conviene considerar la formulación de Bredekamp (2004) quien se refiere a la performatividad de las imágenes a través de la noción de "acto de imagen", que alude a la de "acto de habla" de John Austin (1982). Según Austin, la performatividad refiere a la capacidad del lenguaje de no sólo describir o representar el mundo, sino también de producir efectos en él. No obstante, Bredekamp asume que las imágenes poseen atributos que la distinguen de las palabras, de modo que su capacidad de movilizar afectos opera en un sentido mucho más efectivo.

12 Al modo en que lo propone el historiador Enzo Traverso (2019), la propuesta de trabajar con una heterogeneidad de materiales, pasando "una y otra vez de los conceptos a las imágenes y de estas a aquellos" asume que todos ellos son "importantes en la formación y a expresión de la cultura" (p.16).

13 El modo de ser y proceder de este tipo de imágenes puede interpretarse en términos de lo que Hito Steyerl (2014) denomina "imágenes pobres", un tipo de visualidad propia de la cultura contemporánea. En tanto copia en movimiento, se caracteriza por su "mala calidad y definición subestándar. (…) La imagen pobre ha sido subida, descargada, compartida, reformatea-

distintivo de esta época en tanto tiene una incidencia clave en la actual dinámica de las plataformas digitales, espacialidad privilegiada del actual despliegue de los debates públicos (Srnicek, 2018).

Organización del trabajo

El trabajo está organizado en tres partes, las dos primeras integradas por dos capítulos cada una y la última por tres. La primera parte trata sobre el proceso de reconfiguración subjetiva posterior a la dictadura cívico-militar. En el Capítulo 1 se reconstruye críticamente algunos de los ejes en torno a los cuales giró el debate político-intelectual una vez iniciada la democracia en 1983. A partir del trabajo de archivo realizado, se identificaron los aspectos positivos pero también las limitaciones y los obstáculos que tuvo el modelo de la transición democrática para fortalecer la articulación entre el espacio público y la política restablecida durante el período conocido como la "primavera democrática", que expresó el rechazo a la dictadura militar que recién había terminado y la identificación con una nueva actitud política. Se muestra cómo, entre otros factores, la primacía asignada al aspecto procedimental de la democracia sobre el aspecto sustantivo, el énfasis en la racionalidad política y la búsqueda de consensos, la recuperación de la noción de "pacto" como regulador de las "pasiones políticas", en lugar de favorecer el reforzamiento de la sociedad civil, no lograron constituir una barrera contra las nuevas formas de servidumbre voluntaria que sobrevendrían en los años siguientes.

El Capítulo 2 analiza la cristalización de la subjetividad neoliberal en los años noventa. A partir de la reposición

---

da y reeditada" (pp.33-34). Sin embargo, su aparente pobreza guarda una potencia de intervención en el espacio público a partir de las posibilidades de apropiabilidad y viralización.

del debate académico en torno a la postransición y consolidación democrática, se pone el foco en lo que muchos intelectuales y académicos coincidieron en señalar como un fenómeno "anómalo" a explicar: el inesperado consenso, pasivo o activo, de gran parte de la ciudadanía a las reformas y ajustes pro-mercado implementados por el gobierno de Menem. Lo que se pretende mostrar es que la disposición social no sólo a tolerar sino también a apoyar de manera más o menos encubierta u ostensible las políticas de sometimiento al capital, no tuvo su génesis en ese momento histórico-político sino que se remonta a la época dictatorial, aunque cobró un mayor y decisivo impulso durante los años del menemismo. En función de estas premisas, se focaliza en las fuertes conexiones entre el despliegue del arte de gobierno neoliberal y los rasgos predominantes que adquirió la ciudadanía durante la década del noventa. En particular, se analizan las consecuencias derivadas de la desarticulación entre lo político y lo público, proceso que permite comprender la profundización de la tendencia ciudadana a caer en la apatía y la indiferencia hacia la política pero también, como contracara, las cada vez más entusiastas adhesiones a las reformas neoliberales.

La segunda parte del trabajo recupera los principales resultados obtenidos en la tesis de maestría, donde se estudió la emergencia del sujeto *neopolítico*. El Capítulo 3 busca conectar algunos interrogantes acerca del proceso de reconfiguración subjetiva objeto de la indagación, con el particular momento de reactivación de la política que, de manera compleja y heterogénea, sirvió de marco para la constitución de la nueva subjetividad y las formas de intervención que se pusieron en escena. Para ello, se propone una lectura histórico-política de ciertas condiciones que posibilitaron la emergencia del conflicto del 2008. Se indaga el rumbo que fue tomando la relación entre neoliberalismo y subjetividad desde la década de los noventa hasta el escenario en el que se produjo el conflicto por las retenciones móviles. De modo que la preocupación central consiste en visualizar

tanto los puntos de inflexión –el retorno de la política– como las persistencias –del discurso neoliberal– entre uno y otro momento.

El Capítulo 4 centra la atención en las condiciones que posibilitaron los procesos de identificación colectiva durante el conflicto agropecuario de 2008, en particular el que propició la adhesión de una parte de la clase media al reclamo de la dirigencia rural. Por un lado, se desarrollan las categorías teóricas a partir de las cuales se propone iluminar el papel central jugado por la dimensión afectiva en la configuración de la subjetividad *neopolítica*. Por otro lado, se expone el trabajo realizado a partir de las entrevistas, que permite dar cuenta tanto de las disposiciones que posibilitaron que una parte importante de los sectores medios urbanos –hasta hacía poco autoexcluidos de la escena pública–, se haya interesado e involucrado en el conflicto, como de las que permitieron la adhesión de esos sectores –que no tenían intereses económicos o de otro tipo con "el campo"–, a las demandas de los productores agropecuarios durante el conflicto por las retenciones móviles.

La tercera parte está dedicada a examinar la fase más reciente del proceso de mutación subjetiva que, en el contexto de la renovada embestida neoliberal que sufrió la Argentina tras el conflicto de 2008, significó lo que en esta tesis se ha interpretado como el tránsito del sujeto *neopolítico* al sujeto *neosacrificial*. Tomando nota del surgimiento de *nuevas formas de servidumbre voluntaria* basadas en el sacrificio y el sufrimiento, el Capítulo 5 retoma uno de las interrogantes planteadas tras las elecciones presidenciales de 2015 por analistas y académicos sobre los factores que hicieron posible la victoria de la Alianza Cambiemos: ¿cómo se explica que una parte de la ciudadanía, luego de una década de puesta en marcha de ciertos principios tendientes a la igualdad, se haya inclinado por un candidato ideológicamente cercano al neoliberalismo y haya decidido renovarle su apoyo una vez en el gobierno a pesar de verse afectada por las políticas de ajuste implementadas? Para

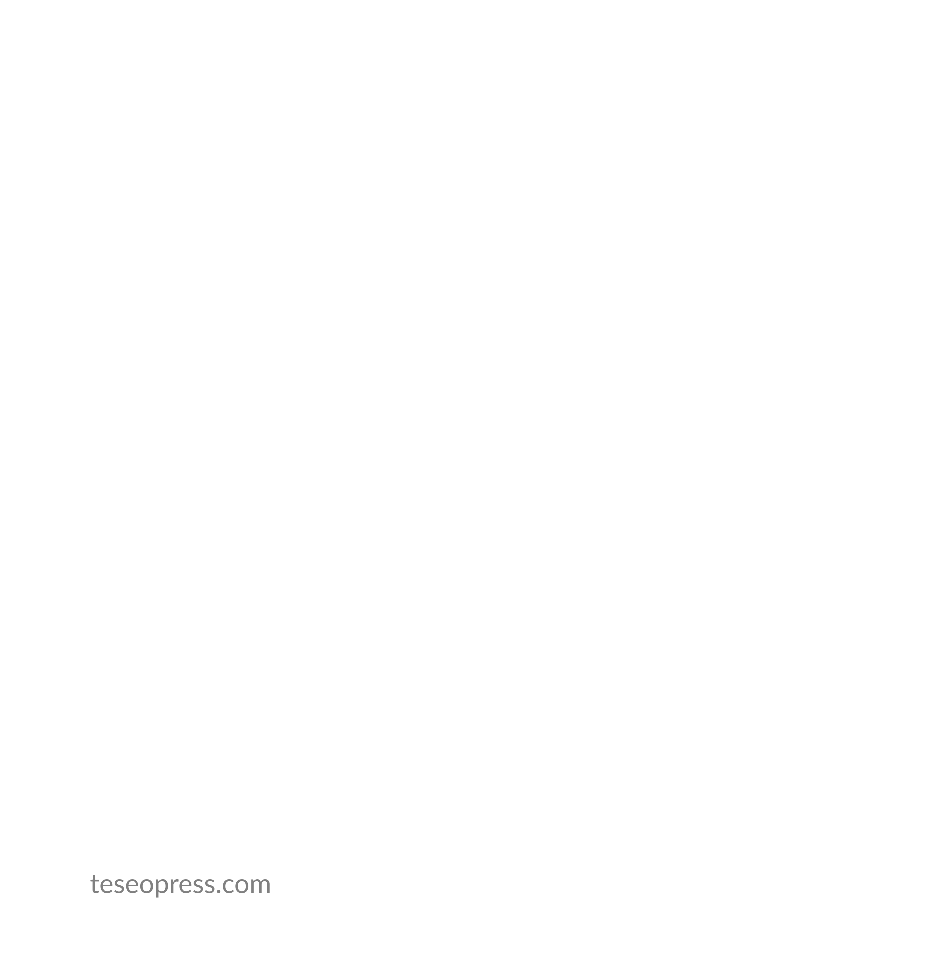
esclarecer esta cuestión se propone una revisión del problema de la servidumbre voluntaria, desde la formulación original de Étienne de La Boétie en 1549 hasta los planteamientos más recientes que, desligando la palabra voluntad de la definición tradicional, propia del racionalismo ilustrado, se interrogan por el apoyo social al modelo neoliberal y la aceptación cada vez más abierta de las consecuencias producidas por las políticas de ajuste estructural.

El capítulo 6 se centra en los nuevos discursos de servidumbre voluntaria que surgieron de la mano del proceso de recomposición del precio de los servicios públicos y otras políticas de corte neoliberal implementadas en Argentina durante el gobierno de Mauricio Macri. Resaltando el rol cumplido por los medios digitales como nuevas tecnologías de difusión e intercambio de información, especialmente en lo que se refiere a la propagación de *fake news* y posverdad, se analiza el discurso de austeridad promovido por el gobierno nacional y (re)producido en medios de comunicación y redes sociales.

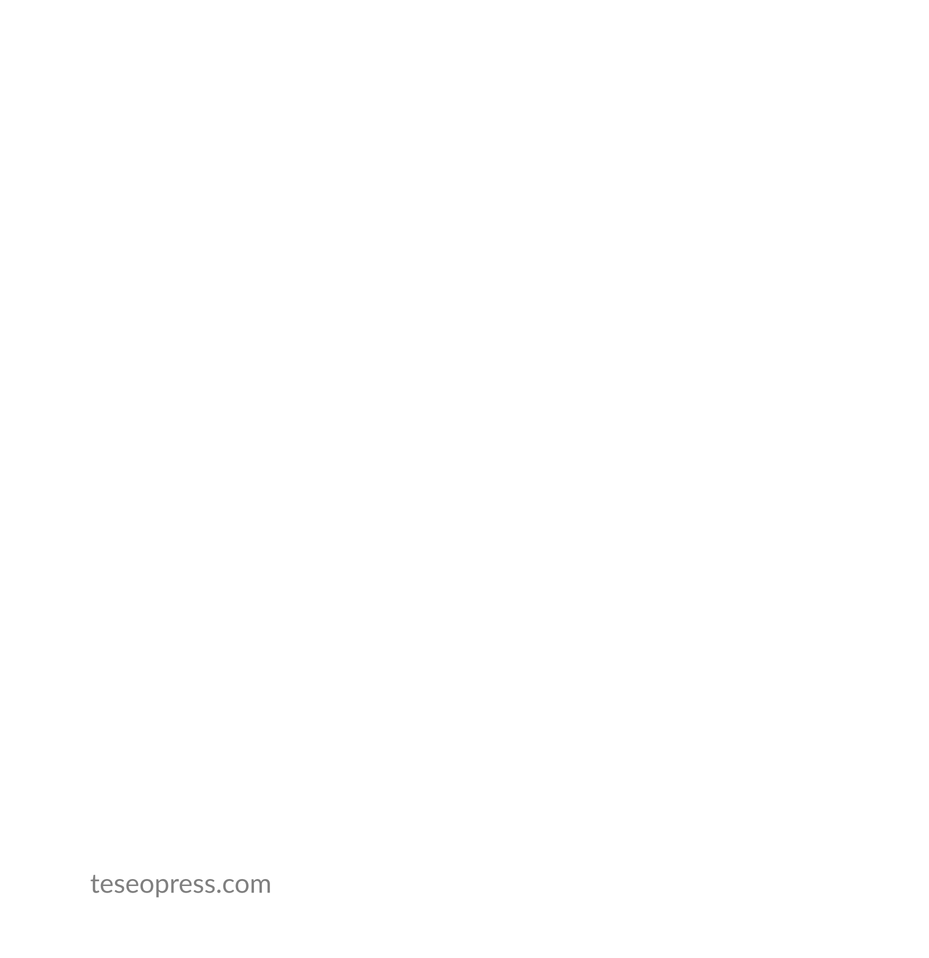
En el Capítulo 7 se aborda la constitución de la figura del sujeto *neosacrificial*. Se expone el análisis del corpus de testimonios que permite dar cuenta de las disposiciones que posibilitaron que una parte de la sociedad brindara su apoyo a las medidas oficiales a pesar de que traerían consigo menores niveles de bienestar. Se muestra cómo el odio por el otro y la disposición a sacrificarse a condición de impedir el disfrute de los demás fueron las características distintivas de la nueva subjetividad emergente. Por último, se presenta el trabajo realizado a partir del corpus complementario con vistas a identificar las condiciones que permitirían una eventual desestabilización de las identificaciones *neosacrificiales*.

El trabajo cierra con un capítulo de conclusiones donde se propone una recapitulación que vertebra las tres partes de la investigación. El énfasis está puesto en subrayar las continuidades o los denominadores comunes entre las diferentes etapas del proceso de reconfiguración subjetiva que

se inició con la última dictadura cívico-militar, se acentuó en la década de los noventa y tuvo su expresión más evidente en el marco de la ofensiva neoliberal-conservadora que viene desarrollándose en Argentina desde, al menos, 2008 a la fecha. Finalmente, se abren ciertos interrogantes que prefiguran algunas líneas de investigación futura.



Parte 1. El proceso de reconfiguración subjetiva tras la dictadura cívico-militar



1

El retorno democrático

1.1. Los debates de la transición

La salida de la dictadura en 1983 fue, sin lugar a dudas, un momento clave de la historia política nacional. La urgencia por encontrar una salida al terror generado por la violencia estatal, puso en el centro de la escena la preocupación acerca de cómo instituir un nuevo ordenamiento democrático sujeto a una institucionalidad pero que involucrara también a la sociedad civil. El debate político-intelectual resultó altamente comprometido en esas discusiones. ¿Cómo posicionarse frente a ese escenario de recuperación democrática? ¿Cómo procesar los años de dictadura, sus causas y consecuencias? ¿Qué interpretaciones arriesgar acerca de la situación política de los años previos a 1976? ¿En qué términos considerar la actitud de la sociedad civil? Y, por sobre otras cuestiones, ¿cómo garantizar condiciones para la recuperación de una institucionalidad compatible con una vida democrática? Indudablemente había mucho para pensar, decir, hacer y resolver.

Hoy, cuarenta años después, ese escenario aún suele ser rememorado interrogando en qué medida realmente pudo lograrse esa institucionalización de la democracia. Pero también revisando críticamente cuál fue el papel que jugaron esos posicionamientos intelectuales que en esa época se conocieron, y aún en estos días se conocen, como "los debates de la transición democrática". En un artículo reciente, Alejandro Moreira (2015) señalaba que nociones como "transición democrática" o "pacto democrático"

sintetizaron en los primeros años de postdictadura la propuesta política y cultural que tuvo como propósito explícito “construir nuevos sujetos sociales portadores de un discurso con potencialidad hegemónica que cerrara el ciclo de crisis que caracterizó a la Argentina a lo largo del siglo XX” (p. 3). Sin embargo, afirmaba inmediatamente que, en lugar de traer el reforzamiento de la sociedad civil, la transición se extendió en el tiempo hasta desembocar en los regímenes neoliberales de la década del noventa. De manera similar, Silvia Schwarzböck (2015) ha sostenido que la dictadura cívico-militar en Argentina no terminó con la salida del poder de la junta militar, sino que se perpetuó en la forma de una postdictadura que persiste hasta hoy en día. En sus palabras, la postdictadura “es lo que queda de la dictadura, desde 1984 hasta hoy, después de su victoria disfrazada de derrota” (p. 23). Desde este punto de vista, para la autora, la postdictadura se habría caracterizado por la consolidación de un estilo de vida de derechas, que se hizo especialmente evidente durante la presidencia de Menem en los años 90.[1] Esto lleva a interrogarse, entonces, por *aquello que falló* para que el modelo de la transición no proporcionara, a pesar de las expectativas de académicos e intelectuales que participaron activamente en esos debates, medidas efectivas y sostenibles para erradicar la “servidumbre” a la que aludía Prividera en su película. Puede que un buen punto de partida sea asumir que las producciones del momento y las

1 No obstante, es importante considerar el argumento presentado por Diego Sztulwark (2019b), quien sostiene que la idea planteada por Schwarzböck de que después de los años 70 toda vida es una vida de derecha porque está ganada por la idea de la derrota, no es aplicable en todos los casos. Específicamente, Sztulwark hace referencia a lo que Mariano Pacheco (2019) denominó “ciclo de resistencia popular y anti-neoliberal”, que comenzara en la década de 1990 con las protestas en las localidades neuquinas de Plaza Huincul y Cutral-Có, experiencias que no pueden incluirse a una simple vida de derechas. Este señalamiento permite considerar que esas y otras experiencias similares fueron en cierta medida la condición de posibilidad para la reactualización de los procesos de repolitización de la región en la escena posterior al 2001.

lecturas retrospectivas no pueden interpretarse como una unidad homogénea sino que, por el contrario, presentan una serie de matices, disputas y contradicciones.

Sobre el tema de la transición democrática en Argentina (y en otros países de América Latina) se ha escrito de manera abundante desde distintas trayectorias académicas e ideológico-políticas. Por un lado, se encuentran los estudios de un conjunto de pensadores latinoamericanos (Guillermo O'Donnell, Manuel Garretón, Marcelo Cavarozzi, Liliana de Riz, Arturo Valenzuela y Fernando Henrique Cardoso) que, a fines de la década del setenta y principios de los años ochenta, constituyeron un campo de discusiones orientado a dar respuesta a los complejos problemas planteados en varios países de la región en su recorrido desde los gobiernos autoritarios hacia la democracia. A estos trabajos hay que sumar, para el caso argentino, los aportes de un grupo de intelectuales reunidos en torno al Grupo de Discusión Socialista (que integraban, entre otros, José Aricó, Juan Carlos Portantiero y José Nun) y en el periódico *Controversia* (por ejemplo, Rubén Sergio Caletti, Sergio Bufano, Nicolás Casullo), quienes publicaron en esos mismos años –y también en los posteriores– una serie de artículos desde los cuales mantuvieron un intenso debate en torno a la noción de democracia, dando cuenta de un tránsito teórico en relación con las concepciones de la política y del cambio político que habían sostenido hasta entonces.

Por otro lado, desde tradiciones, lecturas y formaciones diferentes, se puede mencionar un gran número de investigadores que, en producciones más recientes, recuperan estos debates político-intelectuales ya sea como objeto de estudio o como fuente para el análisis de la evolución de la transición a la democracia en sus respectivos países (Martina Garategaray, Cecilia Lesgart, Josefina Elizalde, Laura Maccioni, Ricardo Martínez Mazzola, Alejandro Moreira, Tomás Moulian, Adriana Reano, Silvia Schwarzböck, Ricardo Sidicaro, entre muchos otros). En el marco de estas discusiones, a continuación se examinan algunos de los ejes

sobre los que giraron las reflexiones suscitadas por esas discusiones, con el objetivo de identificar cuáles fueron las virtudes pero también cuáles las obturaciones o los impedimentos que –en contra de sus propósitos explícitos– tuvo el modelo de la transición a la luz de la historia argentina posterior.

Tal como fue planteado en diversos estudios, frente al impacto político causado por las dictaduras militares y el fracaso de las experiencias revolucionarias de las décadas del sesenta y setenta, se produjo una revalorización de la democracia política que empezó a ser pensada, antes y después de su inicio formal, como la mejor alternativa posible. Cecilia Lesgart (2011), por ejemplo, ha señalado cómo la democracia pasó a ser la preocupación teórica dominante en el campo politológico, transformándose "en un objetivo deseado por sí mismo" (p. 166). De igual forma hace referencia a un grupo de intelectuales de izquierda (tanto peronistas como marxistas) que, distanciándose y criticando tanto a las organizaciones guerrilleras como a la visión y praxis política leninista, encontraron en la democracia una manera de gestar lo que, en referencia a Koselleck (2012) va a nombrar como "otro horizonte de expectativas" (p. 153). En ese contexto, la idea de "transición" jugó un papel sustancial. Su uso más extendido permitía pensarla "como un trayecto pausado y pautado, paulatino y pactado, gradual, realizado a través de múltiples y no de una sola jugada como denotan las ideas de revolución o 'toma del poder'" (p. 150). Utilizada como "metáfora espacio-temporal de movimiento" permitía retrasar la llegada del futuro allí donde la contingencia de los procesos no se ajustaba a los tiempos esperados.

En primer lugar cabe afirmar que si, por un lado, hubo intelectuales que se dedicaron exclusivamente a tareas académicas, por otro, hubo quienes colaboraron con políticos de distintas tendencias, tanto en la preparación de discursos

como en el asesoramiento de ministros y funcionarios[2] (Elizalde, 2009). Para algunos de ellos, esto significaba la posibilidad de realizar sucesivas intervenciones dentro de la sociedad encaminadas a la producción gradual de una democracia como "reforma moral e intelectual" (Lesgart, 2011: p. 159). Sin embargo, las transiciones en el plano teórico no condujeron por sí mismas a su realización práctica. Moreira (2015) lo ha expresado quizás de manera más categórica cuando afirmó que la transición "se ha vuelto eterna" (p. 613). Entre otros aspectos, esto se evidenció en el desencanto generado entre los politólogos ante las sucesivas llegadas que no se ajustaban al modelo de democracia imaginado para la región,[3] lo que finalmente llevó a que no se la considerara "un arribo prístino, sino una característica en regímenes políticos 'con enclaves autoritarios', 'débilmente institucionalizados', 'con fuertes zonas marrones', 'con déficit de *accountability*" (Lesgart, 2011: p. 167).

Lesgart ha vinculado este tipo de desajuste entre teoría y realidad con el hecho de que las teorizaciones que se gestaron no fueron la culminación de un proceso de madurez política, profesionalidad académica o solidez intelectual, sino el resultado de experiencias teóricas y políticas que no se cumplieron, a las que se evaluó como erróneas y que se vivieron desde la sensación del fracaso. De esta forma, la

---

2 Estas intervenciones deben ser consideradas en diálogo con el triunfo de la figura de Raúl Alfonsín en las elecciones presidenciales de 1983. El acercamiento de varios de estos intelectuales a lo que se conoce como Grupo Esmeralda (entre otros, Daniel Lutzky, Gabriel Kessler, Margarita Graziano, además de la participación destacada de Portantiero y de Ípola), una suerte de usina de ideas cercano a la gestión radical como versión vernácula de la socialdemocracia.

3 Al respecto, puede mencionarse la incorporación del concepto de "poliarquía" de Robert Dahl (1993) como sinónimo de "democracia" para determinar la cercanía o distancia de un régimen político con el régimen militar o con la democracia deseada. De acuerdo con Lesgart (2011), este término y las elaboraciones de Schumpeter (1983) "permiten elaborar un enfoque en el que la democracia se aleja de las «condiciones necesarias» requeridas por las teorizaciones de la modernización, de la participación directa o de la movilización popular" (p. 166).

precisión conceptual, la claridad analítica y el rigor en el uso de los términos se vieron afectados tanto por las "*experiencias* personales (exilios, encarcelamientos) y autorreferenciales (el marxismo como programa teórico, la 'derrota' del proyecto)" (2000: p. 36), como por las *expectativas* que se construyeron en oposición a esos "futuros pasados que no pudieron cumplirse" (2011: p. 168).

El desarrollo de la categoría de democracia, por ejemplo, estuvo signada tanto por las esperanzas generadas ante el pasado autoritario como por el cambio de posición intelectual que implicó la recuperación de componentes propios del liberalismo político y otros aditamentos de corte socialdemócrata, encarnados en el gobierno del presidente Alfonsín. Esto sucedió con los politólogos quienes, según Lesgart, buscaban establecer procedimientos para la restitución de garantías que evitaran el ejercicio arbitrario del poder por parte de los autoritarismos. Entendida casi exclusivamente como un régimen político –es decir, como un conjunto de reglas plurales e igualitarias– la democracia perdió así "gran parte del componente expresivo que la vincula con la naturaleza de las relaciones sociales, con un estilo de vida, una ética secular, un tipo de cultura cívica" (2011: p. 159). Pero también fue el caso de cierta izquierda intelectual, que empleó el término democracia con una máxima capacidad expresiva, sin evitar su estiramiento ni preocuparse en acotar su utilidad analítica; de modo que la incorporación de componentes igualitarios quedó subsumida a los procedimientos, valorizando sus contenidos representativos como aquellos capaces de limitar los riesgos de un retroceso autoritario. De esta forma, se acercó a otras corrientes teóricas no necesariamente de izquierda que veían a la democracia como "un conjunto de reglas para la constitución del gobierno y la formación de las decisiones colectivas" (2011: p. 159).[4]

---

4 Esta idea de democracia puede interpretarse en un sentido muy cercano al formulado por Habermas (1987). Para este autor, la democracia se define

En este punto es importante hacer notar un matiz que Ariana Reano (2012) ha agregado a la interpretación anterior, a partir del análisis que realizó de la construcción de sentido de la democracia durante la transición. Si bien coincidió con Lesgart en que la democracia como régimen político "fue reivindicada no sólo por los intelectuales sino también por múltiples sectores de la sociedad" (p. 500), su trabajo pretendía mostrar que el significado del término se fue configurando en el debate político-intelectual de la época, en torno a una tensión entre la dimensión formal, ligada a la idea de orden, y la sustantiva, asociada a la acción y la transformación.

Esta tensión se expresó particularmente en la corriente de izquierda que buscaba renovarse luego de la derrota de las experiencias revolucionarias de los años sesenta y setenta. Frente a la necesidad de revisar la relación entre socialismo y democracia, se intentó superar la vieja oposición entre "democracia formal" y "democracia real" con el objetivo de que el orden institucional y la tarea de transformación no aparecieran como desafíos contrapuestos. Para ello, autores como de Ípola y Portantiero (1984), particularmente, recurrieron a la distinción establecida por el filósofo estadounidense John Searle entre reglas "constitutivas" y "normativas". Mientras que las primeras "prescriben la manera correcta, adecuada, en que debe llevarse a cabo una determinada acción que, desde el punto de vista lógico, preexiste a dichas normas y, por tanto, *no es definida por ellas*", las segundas "'fundan (y también rigen) una actividad cuya existencia depende lógicamente de esas reglas'… 'Ellas crean o definen nuevas formas de comportamiento" (p. 15). Con la ayuda de estos conceptos, ha dicho Reano, se procuraba "lograr la articulación entre una dimensión democrática

---

como un proceso de autolegislación y una forma de autodeterminación política de la comunidad, que debe desarrollarse a partir de tres principios: la participación de todos los actores sociales, el libre debate sustentado en una amplia garantía de los derechos de comunicación y la transformación de los ciudadanos en coautores de las normas que guían sus acciones.

que reivindicara el lugar de las reglas, los procedimientos y las instituciones, y al mismo tiempo el rol activo de los sujetos en la construcción del orden democrático a través de su participación" (p. 506).

Como aclaró Reano, esta tarea de revisión no sólo formó parte de un debate teórico sino que fue concebida como una tarea política en sí misma que dirigió el esfuerzo a redefinir el significado del orden y el conflicto. Laura Maccioni (2015) señalaba al respecto que una de las operaciones críticas más profundas que estos intelectuales llevaron a cabo en los primeros años del retorno a la democracia consistió en cuestionar la tendencia de la tradición política de izquierda a valorar como necesariamente positiva toda manifestación de conflicto, y en la simultánea revalorización del orden como consenso, que debía incluir la posibilidad legítima del disenso. Para Portantiero y de Ípola (1984), por ejemplo, la política solamente cobraría sentido en la medida en que las relaciones entre los actores no operasen "conforme a un consenso total o una guerra total" (p. 19). De acuerdo con esta premisa, la forma de orden político deseable sería "aquella que resulta del ejercicio de un juego de intereses y demandas entre actores, con la condición indispensable de que se reconozca la distinción y distancia entre reglas constitutivas y reglas normativas" (Maccioni, 2015: p. 105). El ejercicio de la política según este enfoque fue pensado a partir de la idea de un "pacto democrático"[5] entre diferentes actores, que se verían limitados a imponer sus intereses de manera unilateral pero mantendrían, a pesar de ello, una fuerte capacidad de veto sobre las posiciones de

5 La idea de "pacto democrático" debe ser interpretada en un sentido complejo. En primer lugar, como una suerte de acuerdo para sortear las consecuencias de los años de autoritarismo. Pero también, en lo conceptual, recuperando aspectos del contractualismo moderno de pensadores como Locke, Rousseau o Hobbes, del modelo de la acción comunicativa propuesto por Habermas y aportes de los teóricos de la acción racional como Jon Elster. Al respecto, véase Lesgart (2000), entre otros.

sus eventuales oponentes. Por esta vía, sería posible llegar a acuerdos racionales sobre la base de un diálogo pacífico, lo que sólo podría lograrse si las partes se comprometían a respetar las reglas del juego democrático.

Autores como Maccioni entienden que el trabajo de estos intelectuales propició una valoración positiva de las prácticas tendientes a la construcción del consenso, contribuyendo a afirmar una idea de orden, que históricamente había sido negado de manera sistemática por la izquierda. De modo que esto hizo posible que "cuestiones antes definidas como específicamente políticas fueran abordadas desde una mirada propia del analista de la cultura, y que cuestiones antes entendidas como correspondientes a la dimensión 'superestructural' de lo simbólico pudieran ser leídas como praxis, como formas de actuar en el mundo" (p. 100). En esta línea pueden ser leídas las afirmaciones de Portantiero y de Ípola (1984) cuando subrayaban en los inicios de la democracia la importancia de esta perspectiva frente a la visión autoritaria de la relación entre orden y conflicto:

> La única metáfora fundadora de un orden político democrático a la altura de la diversidad de los proyectos que en su estallido constituyen la crisis, es la clásica: la del pacto. En esta dirección la democracia se coloca, rigurosamente, como una utopía. Pero no como una utopía de sociedad perfecta, transparente, sino como una utopía de conflictos, de tensiones y de reglas para procesarlos. En eso consiste el orden democrático, como esfera autónoma, irreductible a la esfera económico-social, aunque puede predicarse una mayor afinidad entre ciertos órdenes económico-sociales y la democracia. Pero la relación no es necesaria sino contingente. (Portantiero y de Ípola, 1984: p. 15).

En este punto, es acertada la interpretación de Maccioni respecto de que el debate de los ochenta privilegió un aspecto clave: la respuesta a la pregunta "qué es político" dejó de referirse únicamente a la dimensión de las instituciones políticas, sus portavoces y discursos técnicos,

para reparar en el mundo de la vida cotidiana, concebido como sede de la estabilidad democrática (p. 107). Sin embargo, resulta importante considerar la perspectiva crítica de Moreira (2015), quien ha sostenido que este modelo descansa sobre la falacia de pretender que se parte de un equilibrio entre los participantes, cuando lo que en realidad sucede es que el escenario inicial se configura a partir de la desigualdad: "algunos son más fuertes que otros, algunos ni siquiera ingresan al diálogo, otros no tiene capacidad alguna de veto" (p. 613). De igual manera, José Nun (1998) se preguntaba unos años atrás por las condiciones para que el ciudadano pueda ejercer sus derechos políticos cuando, por ejemplo, trabaja catorce horas por día, o está desocupado y sin ningún anclaje social. El capitalismo, decía, "es por definición un sistema fuertemente generador de desigualdades" (p. 153); es imposible negar el condicionamiento que produce el orden económico sobre la democracia política. Para Moreira (2015), la clave del consenso radica, sin embargo, en que los actores involucrados acepten y naturalicen esas desigualdades. El orden se obtiene bajo la más absoluta libertad de expresión y el respeto a la diversidad de posiciones, posiciones que pueden hacer de todo menos cuestionar el ordenamiento de las cosas. En consecuencia, "la política entendida como conflicto queda por definición excluida, o en todo caso, se la tramita como caso a resolver bajo el imperio de la ley" (p. 614).

Esta exclusión se evidencia, por ejemplo, en el itinerario que en la década del ochenta tuvo la discusión sobre qué estaba primero, si las reglas que crean y definen formas de comportamiento respetuosas de las instituciones democráticas, o la acción que resignifica esas reglas, haciendo posible la transformación democrática. Según Reano, esa discusión no se zanjó, sino que permitió nuevos debates a lo largo del ciclo de la transición democrática y a través de ella se puso de manifiesto la tensión constitutiva de la democracia. Sin embargo, como la misma autora ha reconocido, ante el caos y el temor provocados por un posible retorno del pasado

violento y autoritario, finalmente fue ganando terreno la idea de que era necesario garantizar primero la estabilidad institucional y luego crear las condiciones para una democracia sustantiva. El pedido de paciencia que el economista alemán Albert Hirschman (1986) hiciera a la ciudadanía latinoamericana desde las páginas de la revista *La Ciudad Futura*, debe interpretarse desde ese marco, opuesto a lo que el mismo autor podría haber denominado "una actitud no paciente", típica tanto de movimientos revolucionarios como de regímenes autoritarios:

> En un régimen autoritario, la certeza acerca de la futura acción política no es completa, pero hay muchas más seguridades acerca del tipo de políticas y direcciones que nunca se habrán de seguir. Así, aceptar la incertidumbre acerca de si el propio programa va a ser llevado a la práctica es una virtud democrática esencial. ¿En qué circunstancias puede hacerse presente y real esta virtud democrática, "este amor a la incertidumbre"? Una condición mínima es que la ciudadanía adquiera cierta dosis de paciencia. Con esta condición la sociedad puede vivir una experiencia democrática mientras permanece dividida en dos o más campos antagónicos, sin que nadie cambie de parecer. (Hirschman, 1986: p. 23).

Por cierto, como indicó Lesgart a propósito de los términos "autoritario" o "autoritarismo", estos fueron usados de manera generalizadora en los años ochenta, designando al mismo tiempo a los regímenes militares, la violación sistemática de los derechos humanos y el clima de terror impuesto desde el Estado, como a determinados rasgos de la cultura política, el comportamiento de algunos actores y tipos de arreglos institucionales. También se los empleó para aludir a los populismos, caudillismos, corporativismos latinoamericanos y diferentes prácticas partidarias o intelectuales de la izquierda. Este uso omnicomprensivo del término resulta notorio, por ejemplo, en la explicación que se elaboró sobre el pasado de violencia como resultado de dos fuerzas enfrentadas. Por otra parte, uno de los

supuestos fundamentales del pensamiento de los ochenta afirmaba que el intento de forzar la historia y construir el socialismo fue lo que llevó "al totalitarismo de izquierda por decantación (las guerrillas mesiánicas y una cultura política insurgente signada por el paradigma de la guerra), o bien al totalitarismo de derecha por reacción (el golpe militar, la dictadura, la represión)" (Moreira: 2015, p. 613). Esta preocupación también está presente en el trabajo de Marina Franco (2014) quien ha señalado que ese esquema binario basado en la equiparación de responsabilidades, "fue el tópico fundamental y más visible en los primeros años de la postdictadura para explicar la violencia del pasado" (p. 26), contribuyendo en buena medida a la cristalización de lo que más tarde se llamaría la "teoría de los dos demonios". Sin embargo, el postulado básico de dos fuerzas opuestas y la responsabilidad original de la subversión "no fue una construcción postdictatorial, sino que fue la reemergencia, reactualizada y resemantizada, de un tópico instalado en el lenguaje político de los años setenta previos a la dictadura" (p. 26). Lo que sí constituyó una novedad, en cambio, fue el surgimiento de un discurso alternativo que, de la mano de las organizaciones de derechos humanos, las asociaciones de víctimas y un pequeño sector de la izquierda y el peronismo cercano a ellas, denunciaba –no sin otras omisiones y silencios– al terrorismo de Estado "como algo cualitativamente diferente que superaba aquel esquema dicotómico y equiparador tan resistente en la escena pública" (p. 45).

En este sentido, a pesar de la consideración que ha hecho del uso amplio y expresivo de términos como autoritarismo, democracia o transición, de sus significados heterogéneos y analíticamente ambiguos y de su empleo como adjetivos para describir y evaluar, Lesgart no desestimó completamente su eficacia. Sostuvo que como conceptos e ideas, traspasaron el ámbito académico e intelectual, promoviendo identidades y agrupamientos novedosos (autoritarios/demócratas, revolucionarios/demócratas, entre otros), lo

que resultó "políticamente oportuno para crear rápida, clara y pedagógicamente una nueva imagen del mundo" (p. 168).

Es motivo de debate la magnitud y celeridad de este proceso. Algunos autores, como Vicente Palermo y Marcos Novaro (2003) por ejemplo, señalaron que luego de la derrota de la Guerra de Malvinas, la invocación de la subversión derivó en el repudio de la represión ilegal y el terrorismo de Estado, y que desde entonces "la condena moral de la represión se extendió como un macizo sentimiento que excedía toda consideración política e ideológica, abarcando a una amplísima mayoría" (p. 486). Añaden que en el momento de la transición, lo que antes se había llamado "guerra sucia" pasó a denominarse "represión" y "terrorismo de estado" y los "subversivos" de antes se convirtieron en "militantes", "jóvenes idealistas", "víctimas" y "víctimas inocentes". Franco (2014), sin embargo, identificó en estas afirmaciones –por lo demás, ampliamente sostenidas en ese período– "un cierto desfasaje temporal y una fuerte generalización" (p. 44). Si bien ha coincidido en que el movimiento de derechos humanos avanzó en la construcción de esas nuevas representaciones, consideraba que su proceso de difusión y aceptación se extendió y demoró en el tiempo, continuando incluso hasta la actualidad.[6] Efectivamente, en los últimos tiempos de la dictadura y en la primera etapa del nuevo gobierno existió la condena de la represión, "pero

6 La objeción de Franco es acertada, entre otros motivos, porque no necesariamente coincide la caracterización de "las víctimas" con una reivindicación de "la militancia de esas víctimas". Como lo expone Traverso (2019) en un sentido más general (en referencia al clima global de los años posteriores a la Caída del Muro en 1989), la rememoración de las víctimas tendió a una sacralización que mostraba cierta incapacidad para coexistir con un recuerdo de sus condiciones militantes. Como se argumenta en las siguientes páginas, esta posición (en muchos aspectos coherente con los lineamientos de la teoría de la transición), de algún modo parece haber primado en los primeros años del retorno de la democracia siendo, por un lado, motivo de discusión dentro de los organismos de derechos humanos y por otro, representando un punto de desplazamiento en el marco de las discusiones atinentes a los procesos de repolitización post 2001.

fue relativa y variable según los enunciadores, en tanto en general se vinculaba a sus métodos o excesos, no a su naturaleza ilegal, sistemática, ni mucho menos llegaba a poner en cuestión cabalmente la potestad represiva del Estado" (Franco, 2014: p. 44).

Con relación a esto, en su estudio de las etapas de la transición Ricardo Sidicaro (2013) reconocía la emergencia de una ideología antimilitarista que surgió en la población luego de la Guerra de Malvinas constituyendo, a su parecer, el cambio más significativo de la cultura política precedente y cuyos efectos favorecieron la continuidad democrática. Las crisis militares de Semana Santa (1987), Monte Caseros (1988) y Villa Martelli (1988), por ejemplo, provocaron en las calles protestas sociales espontáneas y masivas en contra de los levantamientos castrenses. Sin embargo, observaba, por otro lado, la "persistencia" o "supervivencia", tanto en los agentes centrales de las luchas políticas como en la ciudadanía en general, de disposiciones sedimentadas durante los cincuenta años anteriores. Empleaba esos conceptos –que tomó del historiador estadounidense de origen europeo Arno Mayer– para dar cuenta, en el caso de la transición argentina, del lento proceso de disolución de las huellas dejadas por las dominaciones precedentes, cuyos efectos obstaculizaron el desarrollo de una cultura política más democrática. En particular, señalaba la aceptación que tuvieron las sucesivas intervenciones de las Fuerzas Armadas en la vida política del país. Aceptación que no se basó simplemente en el empleo de la violencia física, sino que fue parte de lo que denominó –siguiendo al sociólogo norteamericano Irving Horowitz– *la norma de la ilegitimidad*. Este concepto refiere

> al componente de la cultura política latinoamericana que concebía al Estado básicamente como una agencia de poder y a las creencias que suponían que la legitimidad de los gobernantes surgía de los resultados de sus políticas económicas o sociales, relativizando los medios ilegítimos en términos

> legales para alcanzar los cargos públicos así como las acciones u omisiones de las autoridades violatorias de las normas constitucionales. (Sidicaro, 2013: p. 23)

Sidicaro adoptaba la idea de persistencia, entonces, para remitir a las asincronías de los cambios que al mismo tiempo condujeron a una apreciación de la democracia sin que se produjera el retroceso de la vigencia de la norma de la ilegitimidad. Se podría interpretar en estos términos el hecho de que la aceptación con que la represión fue recibida por amplios sectores sociales antes y durante la dictadura no se modificó a la salida del proceso dictatorial, ni en los primeros tiempos de la gestión radical, sino que, como ha expresado Franco, fue motivo de disputa hasta lograr ser desplazada "por el lenguaje de los derechos humanos que se afirmó en torno a la acción del movimiento humanitario y, probablemente, por el impacto del *Nunca Más* y el Juicio a las Juntas Militares realizado en 1985" (p. 49). Sin embargo, pese a que resulta relevante la incorporación que hace Sidicaro de elementos históricos que obligan a pensar el retorno a la democracia en un sentido no meramente coyuntural, no hay que perder de vista las connotaciones de algunas de sus caracterizaciones. Por un lado, la noción misma de norma de la ilegitimidad es problemática en tanto, en un sentido similar al que impregna a la teoría de la transición en su conjunto, niega la condición agonal de la política privilegiando los componentes procedimentalistas de la democracia. Esto se vislumbra también en las apreciaciones laudatorias que el autor hace de las democracias occidentales –distantes de los vicios de la cultura política latinoamericana. Por último, si bien su periodización de la república militar entre los años 1930-1983 propone una problematización de la aceptación de los golpes militares de esa etapa, acaba obliterando las experiencias acaecidas a partir de mediados del siglo XX, fundamentales en la historia democrática local.

Sobre estas cuestiones ha hecho foco una lectura retrospectiva crítica de Nicolás Casullo (2007) en la que trabajó

precisamente la relación entre historia y memoria dando cuenta de las políticas de la memoria desde la transición hasta la primera década del siglo XXI, momento de publicación del libro. Proponiendo un debate en torno de las argumentaciones que intentaron una interpretación sobre estos procesos, por sobre otras cuestiones, le interesaba poner en debate la idea de una revolución fracasada que obturó las posibilidades de la política en la escena actual. Un trauma que, según entendía, no pudo ser procesado ni por el campo intelectual ni por la sociedad y que en buena medida marcó el rumbo de las políticas de la memoria. Observaba en los primeros años de democracia que el fuerte despliegue de "información periodística, el testimonio de sobrevivientes y familiares, la judicialización de la historia vía tribunales y la condena a los máximos mandos de las Fuerzas Armadas" (p. 237), permitió configurar la interpretación más difundida en la sociedad de lo vivido durante la dictadura cívico-militar. Del mismo modo contribuyeron, a mediados de los noventa, los "emprendimientos biográficos, autobiográficos, documentarios y periodísticos, que hicieron presente una narrativa politizadora sobre lo acontecido" (p. 237). Y en los años recientes, las "propuestas documentales y ficcionales de relatos generacionales y de hijos de desaparecidos que abrió a su vez la discusión sobre la historia crítica de las narraciones de la memoria de los setenta" (p. 238). Pero a pesar de esa sucesión de diversas formas narrativas de visibilizar, denunciar y juzgar la represión en la Argentina, puso el foco en ciertas "omisiones y silencios", posiblemente las mismas a las que se refería Franco en su artículo, haciendo notar una "ausencia manifiesta": la de un discurso crítico y reflexivo sobre el fracaso de las experiencias revolucionarias de los años sesenta y setenta, que "quedó derogado y diferido entre los pliegues de diferentes operatorias discursivas" (p. 239).

Como ha sostenido Casullo, esta carencia remite, por un lado, a una imposibilidad política e intelectual de nombrar de forma clara y en relación directa con lo que los propios

protagonistas pensaron y actuaron, gran parte de ese pasado violento. Hubo dos circunstancias durante el proceso de transición democrática que influyeron en esto. En primer lugar, el hecho de que a pesar de la solidez de la lucha por la memoria, no se logró romper sustancialmente el discurso deshistorizante y despolitizador que la dictadura había construido en torno a la violencia de los años de lucha social y política. La democracia política "asumió la mayor parte del vaciamiento biográfico del pasado con que los dispositivos discursivos militares habían impregnado a la sociedad" (p. 261). Por ejemplo, Emilio Crenzel (2008) ha mostrado en base al análisis del prólogo del *Nunca Más*, cómo ese texto fundante del relato postdictadura no historizó "el pasado de violencia política y el horror que atravesó el país" y omitió, también, "las responsabilidades del Estado, las fuerzas armadas y la sociedad política y civil en las desapariciones previas al golpe" (p. 131).[7] La segunda circunstancia refiere al significado que adquirió entre 1980 y 1990 el final político y cultural de la revolución en tanto expresión siempre conflictiva de proyectos políticos radicales. Conjuntamente con el posterior derrumbe del "socialismo real" y la crisis del marxismo, la clausura de la cuestión revolucionaria "operó como *deserción narrativa* profunda de las izquierdas para el estudio de sus tradicionales objetos históricos, victoriosos o derrotados" (Casullo, 2007: p. 163). Esta deserción, agregaba, contribuyó al vaciamiento del pasado "transponiéndolo a un absurdo presente de idioma político liberal" (Casullo, 2007: p. 264).[8]

---

7 En el prólogo puede leerse: "En cuanto a la sociedad, iba arraigándose la idea de la desprotección, el oscuro temor de que cualquiera, por inocente que fuese, pudiese caer en esa infinita caza de brujas, apoderándose de algunos el miedo sobrecogedor y de otros, una tendencia consciente o inconsciente a justificar el horror: 'por algo será'…" (CONADEP, 1984: p. 8). Sólo en su corpus, dice el investigador, "el informe se limita a interrogar al poder judicial por su inoperancia ante la violación de la ley" (Crenzel, 2008: p. 111).

8 No obstante, Casullo sostiene que "fue en este campo de una izquierda *aggiornata* socialdemócrata y peronista desde donde emergieron ciertos

Pero por otro lado, la ausencia de una enunciación sobre lo ocurrido remite además a "una honda y extraña indisposición de la sociedad con sus años setenta". Indisposición que no se explica únicamente por la violencia política y militar sino más bien por un "curioso (y poco tratado) rechazo traumático de la sociedad con respecto a sus propias participaciones latentes o manifiestas" (p. 239). Como si el clima de liberación y cambio que impregnó a la población mayoritaria, decía Casullo, fuera solamente un mal sueño para una sociedad esencialmente conservadora; o como si las huellas de la aprobación que tuvo la política represiva estuviesen siempre a punto de ser descubiertas.

Ciertamente, la interrogación por los problemas de la subjetividad durante los primeros tiempos de la democracia resulta un terreno escasamente visitado. Aunque en una clave política distanciada de una mirada agonal, uno de los primeros trabajos que avanzó sobre la cuestión es el de Daniel Lutzky (1988). Según este autor, la dificultad de la sociedad argentina para pensar en su propia historia proviene tanto del sufrimiento causado por la destrucción externa como por la caída de los ideales colectivos y el vaciamiento de los proyectos en los que se habían depositado las esperanzas. Lejos de referir al fracaso de las experiencias revolucionarias en las que se centró Casullo, Lutzky se detuvo en algunos hechos que consideraba significativos: el regreso del peronismo al poder en 1973 y su derrocamiento tres años después; la ilusión de las clases medias con la idea de "orden" de Martínez de Hoz, la época de la "plata dulce" originada en el boom financiero, la euforia del Mundial '78 y el colapso económico a partir de 1981; la recuperación de las Islas Malvinas en abril de 1982, el estallido nacionalista en todo el país y la aplastante derrota dos meses después. Otros cambios, tanto o más profundos a su parecer, producidos en el ámbito de la vida privada (la destrucción de

---

cuestionamientos valiosos contra la deshistorización de la memoria de la violencia de los años setenta" (Casullo, 2007: p. 265).

fuentes de trabajo, la caída de los ingresos, la ruptura de las relaciones sociales, la pérdida del sentido tanto a nivel individual como colectivo, entre otros), habrían confluido con los factores antes mencionados para "forjar un sujeto golpeado, temeroso y disminuido en sus capacidades de acción" (p. 74). Para Lutzky, todos estos antecedentes explicarían el tipo de identificación que se produjo con la propuesta democrática. Señalaba que en las indagaciones sobre el primer momento de la postdictadura se observaba con claridad lo que fue el proceso por el cual se depositó implícitamente en ese cambio la solución de las angustias cotidianas, de los problemas económicos, de protección y de sentido. Sin embargo, evaluaba que con el paso del tiempo, la percepción de esos problemas se fue transformando. La sensación inicial de que la llegada de la democracia resolvería rápidamente todos los problemas y angustias personales cedió ante la posterior comprobación de que eso finalmente no sucedería: la economía se controló con el posteriormente fallido Plan Austral, pero los ingresos de las personas no volvieron a los niveles previos a la crisis; los secuestros y la impunidad desaparecieron, mientras que la existencia de la democracia con sus límites para el "control" produjo inseguridad; se recuperó la ética en las relaciones con el poder, pero no se superó la crisis de sentido y de creencias que produjo la etapa anterior (p. 76).[9]

De esta manera, Lutzky concluía que el "lugar" en el que los argentinos quedaron después del proceso vivido durante esos años no fue el mejor para que se pudieran identificar con el rol de ciudadanos activos. La depresión, producto de

9 Cabe aclarar que este movimiento no se limitó únicamente al caso argentino, sino que fue observado en varios lugares del mundo. En todas partes, hubo un retroceso en cuanto a la innovación política y la guerrilla, que en los años sesenta y setenta era considerada como un movimiento de liberación, pasó a ser tachada como terrorismo y sus miembros estigmatizados como "monstruos". Asimismo, en diferentes países, los gobiernos adoptaron políticas liberales, incluyendo la socialdemocracia, que finalmente tomó medidas semejantes.

la destrucción de ideales, la desvalorización de sí mismos y la culpabilidad, trajo como consecuencias

> una baja energía transformadora del contexto social o de la vida cotidiana, una visión relativamente primitiva en la mirada que los argentinos tienen sobre la sociedad y sus problemas, una desideologización general de lo político y un crecimiento de la actitudes individualistas (sin portar un juicio de valor sobre las mismas). (Lutzky, 1988: p. 77).

Sin duda, la lectura de Lutzky está alejada de la propuesta teórico-política que vertebra la presente investigación en tanto se encuentra atravesada por la preocupación por transformar una cultura política autoritaria en los términos en que lo propone la teoría de la transición. No obstante, despierta interés dada la temprana contribución que hace el autor para desestigmatizar el papel de los afectos en la política y reflexionar sobre su importancia en un contexto en el que prevalecían las formas de pensar la política exclusivamente en el campo de la racionalidad, perspectivas que promovían la búsqueda de consensos racionalmente establecidos y que coincidían en ubicar a los afectos como aquello de lo que la política debe distanciarse, postulando la equivalencia entre afectividad e irracionalidad.

1.2. De la promesa de participación a la obliteración de la política

Llegado este punto, es posible identificar con mayor claridad las limitaciones y los obstáculos que tuvo el modelo de la transición para promover, de acuerdo con sus objetivos, la constitución de una ciudadanía más activa, crítica y participativa. La recuperación de la democracia como proyecto de "reforma moral e intelectual" estuvo orientada a crear las condiciones para la transformación de la cultura, las relaciones intersubjetivas y los hábitos políticos de la sociedad.

Sin embargo, como ha mostrado Franco, el consenso social a favor de la represión ejercida por el Estado durante la dictadura aún estaba vigente como horizonte de sentido válido no sólo por la clase política sino también por la sociedad en general en diciembre de 1986 cuando el por entonces presidente Raúl Alfonsín señaló que el proyecto de Ley de Punto Final, a punto de ser enviado al Congreso Nacional, implicaba "suspender la persecución penal para los hechos en que se sobrepasaron los límites de los actos de servicio en la lucha contra el terrorismo, pero no para actividades totalmente ajenas a ella como la supresión de la identidad de menores" (*Tiempo Argentino*, 6/12/86, citado por Franco, 2014: p. 49).

En el marco del debate político-intelectual de los ochenta, la adjudicación de la permanencia de concepciones tendientes a relativizar el valor del orden normativo, tal como lo propusieron Portantiero, de Ípola o Sidicaro, llevó a priorizar el aspecto procedimental de la democracia sobre el aspecto sustantivo. Ante el temor a un retroceso autoritario y las evaluaciones que indicaban que sólo un proceso de estabilización institucional podría luego permitir la demanda por la profundización igualitaria de la democracia, la política se concibió como la construcción de un orden (diferente al económico y social) sobre la base de acuerdos preestablecidos y la búsqueda de consensos que incluían la posibilidad del disenso razonable. De esta manera, se procuraba eliminar o limitar la dimensión conflictiva de la política ya que, se pensaba, conducía inevitablemente a la ruptura del pacto democrático y, por lo tanto, a la anomia o al totalitarismo. Esta posición parecía tanto más convincente cuanto que se basaba, en buena parte, en experiencias personales y autorreferenciales, cuya revisión impulsó el tránsito que condujo desde la revolución, con su primacía del conflicto social, a la democracia política, con su enfoque en los valores del liberalismo político y las instituciones como garantes de los derechos sociales. En relación con esto, sin embargo, son acertadas las críticas que formuló

Moreira (2015) al plantear que por ese camino se olvidaba que entre la formulación de un derecho y su aplicación efectiva existe una gran distancia que no se puede superar "con apelaciones a la buena voluntad de individuos o grupos" (p. 614). Agregaba también que para hablar de ciudadanía "se requiere ante todo individuos que tengan la posibilidad, el poder y la decisión de poner en acto los derechos de los ciudadanos –y eso es precisamente lo que de facto no ocurría" (p. 614). Según el autor, para salvar tal distancia y hacer efectivos esos derechos, se necesitaría una política que golpeara los cimientos del orden actual, pero esa política fue precisamente la que se vio inhibida por las mismas premisas sobre las que se sustentó el consenso democrático.

En lugar de hablar de la pervivencia de *disposiciones* –propias de una cultura política autoritaria latinoamericana– conviene reparar, como propuso Casullo en la serie de *indisposiciones* delineadas por la teoría de la transición. En primer lugar, la negativa o imposibilidad que detectaba Casullo en los mismos intelectuales y académicos para generar narrativas que permitieran restituir la figura de la revolución frustrada como memoria del pasado a debatir. Puede decirse con Lesgart que, junto con el rechazo del autoritarismo, este corte con el pasado articulado alrededor de la idea de revolución se anudó a la búsqueda de nuevos vocabularios y experiencias para nombrar el futuro, lo que condujo a la unificación en el término "democracia" de la totalidad de significados a los cuales se pretendía arribar. Pero además, el autor entiende que el debilitamiento de sustento narrativo de la experiencia revolucionaria de los años setenta contribuyó a mantener la continuidad del relato que la dictadura había delineado en términos de releer la violencia política desde una perspectiva deshistorizante y despolitizadora (Casullo, 2013: p. 261). La interpretación maniquea de los dos tipos de violencia, por ejemplo, con fuertes bases experienciales y enraizada en un sistema de percepciones instaladas antes de la dictadura, permaneció casi incuestionada mucho tiempo después de que se

comenzara a conocer el alcance y la naturaleza del terrorismo de Estado. Al mismo tiempo, la "deserción narrativa" de la izquierda intelectual contribuyó a reforzar las lecturas de ajenidad e inocencia de la sociedad, aspecto que en los primeros tiempos de la democracia estaba menos presente. Como indicó Crenzel, la omisión en el informe *Nunca Más* de las responsabilidades políticas y morales de amplios sectores de la población antes y después del golpe, revela en alguna medida las dificultades de la sociedad para aceptar sus propios compromisos y formas de participación directa o indirecta.[10]

El trauma de la sociedad con "sus deserciones, silencios y olvidos" (Casullo, 2013: p. 266) da cuenta, en segundo lugar, de la profunda *indisposición* con el recuerdo que dejó el descalabro del proyecto revolucionario de finales de los sesenta y setenta. Indisposición que tiene que ver no sólo con las secuelas del terror de Estado, sino también con el proceso de destrucción de creencias e ideales, de las relaciones sociales y de la capacidad de acción, que derivó en la dificultad de gran parte de la sociedad para pensar su propia historia, y produjo a la vez una profunda mutación de los marcos dentro de los cuales se configuraron las formas de percibir, actuar y pensar en los años previos y posteriores a la recuperación de la democracia.

Prividera, por ejemplo, ha reconstruido esa transformación –esencialmente afectiva– a partir de las viejas películas familiares que dibujaban el itinerario de la enfermedad del padre: "Algo de él se terminó de quebrar en el `76. Desde entonces vivió en piloto automático. Se fue recluyendo lentamente como si buscara la intrascendencia. Por empezar, se recluyó en aquella zona de la que antes había querido escapar: la familia, la vida privada, el discreto desencanto

10 No obstante estas afirmaciones, sería conveniente tener en cuenta la composición política de esta comisión, cercana al gobierno radical. Hacia el año 2006, la lectura política de la comisión sería, en cierta medida, puesta en discusión en el Nuevo Prólogo del *Nunca Más*.

de la burguesía". ¿Por qué no hay política en esas películas caseras?, se preguntaba en otro tramo del film. Y respondía: "Un psiquiatra como él diría que no pudo salir de la melancolía y hacer el duelo".[11] Sin embargo, Prividera se apresuró a reconsiderar la respuesta: "Quizás la verdad sea la contraria: acaso no logró transformar ese duelo imposible en una melancólica resistencia". Siguiendo a Enzo Traverso (2019), la melancolía sería en este caso "el rechazo obstinado de cualquier compromiso con la dominación" (p. 70). Si se abandona el modelo freudiano y se "despatologiza" la melancolía, como propone el historiador e intelectual italiano, se la podría ver como un proceso habilitante. Tal posibilidad reside "en la fusión del sufrimiento de una experiencia catastrófica (derrota, represión, humillación, persecución, exilio) y la persistencia de una utopía vivida como un horizonte de expectativa y una perspectiva histórica" (p. 76). Luego de las experiencias políticas fracasadas y rechazadas (la revolución y el socialismo real), ¿por qué la democracia representativa no pudo ocupar ese lugar?, ¿por qué no logró generar el rechazo a cualquier compromiso con la dominación en la sociedad?

En parte, que los efectos traumáticos del proceso de destrucción (la historia negada y su manifestación en forma de angustia, culpa, depresión, baja autoestima, aislamiento, etc.) no hayan desaparecido durante los primeros años de la democracia se debe, como ya se dijo, a la imposibilidad política e intelectual para convertir ese "agujero negro" en un acontecimiento historizado. Lo que contribuyó, a su vez,

---

11 Traverso (2019) explica la diferencia que establece Freud entre duelo y melancolía: "El duelo es un proceso mediante el cual la persona supera el sufrimiento causado por la pérdida y termina por separarse del objeto perdido. De este modo, sus energías libidinales pueden transferirse a un recipiente diferente (persona, ideal, valor, etc.) y el doliente recupera su equilibrio. A diferencia del doliente que prevalece sobre su pena, el melancólico sigue narcisistamente identificado con su objeto amado y perdido y transforma así su sufrimiento en un aislamiento introspectivo que lo aparta del mundo exterior. En otras palabras, la melancolía es un 'duelo patológico' no consumado e imposible" (p. 69).

a mantener la continuidad de la línea argumental trazada por la dictadura respecto a la violencia de finales de los sesenta y setenta. Pero además, la democracia no logró fortalecer la articulación entre el espacio público y la política restablecida en el primer momento de la transición, durante la llamada "primavera democrática", que expresó el rechazo a la recién finalizada dictadura militar y la identificación con una nueva actitud política. Que la democracia no haya podido constituirse como nuevo horizonte de expectativas da cuenta, entonces, no de la imposibilidad para transformar una cultura política autoritaria en una cultura política democrática, sino de los límites o dificultades del modelo propuesto como arribo deseado desde de los gobiernos autoritarios para profundizar en la dimensión participativa y en los aspectos igualitarios y sustantivos. Pero también de los "olvidos" sufridos en el camino teórico que condujo desde la idea de revolución a la de transición y desde la de autoritarismo a la de democracia. No sólo se le restó importancia reflexiva al ascenso de las nuevas versiones teóricas y políticas neoconservadoras (Lesgart, 2011: p. 156), sino que la esperanza en la racionalidad política y la búsqueda de consensos hizo que se perdieran de vista la relevancia política de los afectos y las emociones en el nuevo escenario democrático. En tanto que las pasiones e identidades fuertes, consideradas resabios de una época signada por la violencia y el autoritarismo, fueron atribuidas a una cultura política autoritaria, no democrática e intolerante, la recuperación de la noción de "pacto" como regulador de esas "pasiones políticas" permitió generar expectativas sobre la construcción de un orden político estable como resultado de acciones estratégicas llevadas a cabo por una sociedad civil plural y organizada, consciente y vigilante de sus derechos y atribuciones. En tal contexto, el optimismo de esos intelectuales se transformó rápidamente en decepción con la llegada al poder del nuevo presidente. Inicialmente asumieron que el triunfo de Carlos Menem en las elecciones de 1989 y el regreso del peronismo al poder implicaría

el resurgimiento de todo aquello que se quería dejar atrás –lamentando, como dice críticamente Moreira (2015), que finalmente ocurriera lo que no tenía que ocurrir: que el pasado volviese, "pero con su peor rostro" (p. 15). No obstante, el giro radical que llevaría adelante Menem generó ciertas zozobras en los posicionamientos. Muchos de los postulados que venían sosteniendo estos intelectuales (la defensa de la modernización, la oposición a una cultura latinoamericana, el rechazo de una posición política agonal, etc.) acabarían teniendo menos distancias con el neoliberalismo menemista que las que estaban dispuestos a aceptar.

2

La cristalización subjetiva neoliberal en los noventa

2.1. Los debates en torno a la postransición

Mientras que las discusiones sobre la transición democrática se centraron en el pasaje del autoritarismo a la democracia y el énfasis estuvo puesto en las reglas de juego, si bien recogió ciertas preocupaciones de la década anterior, el debate académico durante los años noventa giró en torno a las cuestiones relativas a su consolidación y calidad, procurando institucionalizar esas nuevas reglas. Sin embargo, este debate debe leerse al mismo tiempo desde un punto de vista panorámico capaz de enfocar las disputas que (re)aparecieron en torno a la concepción de la política subyacente.

Por un lado, cobraron relevancia las producciones de un conjunto de autores (por ejemplo, Guillermo O'Donnell, José Nun, Juan Carlos Portantiero, Hugo Quiroga, Ricardo Sidicaro, María de los Ángeles Yannuzzi) que hicieron hincapié en las consecuencias negativas para la consolidación democrática generadas, entre otras razones, pero fundamentalmente, por el debilitamiento del entramado institucional que habría sufrido el régimen democrático durante el gobierno de Menem. Por otro lado, desde una perspectiva diferente, otras intervenciones intelectuales (Vicente Palermo, Marcos Novaro, Manuel Mora y Araujo, entre otros) pusieron de relieve ciertos procesos claves de la experiencia menemista, como el fortalecimiento del Estado frente a las corporaciones o la introducción del Partido Justicialista

–que se suponía autoritario– al juego democrático, bajo la consideración de que habrían representado un paso importante hacia la consolidación democrática. Más cerca en el tiempo, se pueden reconocer una serie de trabajos (entre ellos, Hernán Fair, Alejandro Moreira, Mario Navarro o Gastón Souroujon) que toman estos debates como objeto de estudio o marco de referencia para analizar ese segundo momento de la "postransición" durante el período menemista.

En un artículo que se podría ubicar como precursor de las posiciones más críticas, O'Donnell (1994) señalaba que las democracias instaladas a fines del siglo pasado, tomando Argentina, Perú, Ecuador, Bolivia, Filipinas, Corea y muchos países poscomunistas como ejemplos, abrieron el camino para una etapa de "postransición", a menudo más larga y compleja que la transición inicial desde un gobierno autoritario. Esta "segunda transición", decía el autor, supuestamente tiene lugar entre un gobierno elegido democráticamente y un régimen democrático consolidado e institucionalizado, definido este último como aquel en el que todos los actores principales aceptan las reglas del juego democrático y ninguno utiliza recursos no aprobados, como el uso de la amenaza o de la fuerza, por ejemplo, que quedan excluidos. Sin embargo, O'Donnell observaba que, debido a una combinación de factores históricos, socioeconómicos y culturales, la mayoría de las democracias latinoamericanas habían sobrevivido sin consolidarse, dando lugar a lo que calificó como "democracias delegativas", caracterizadas entre otros aspectos por la limitación de la representación republicana al acto electoral, el predominio de un poder ejecutivo discrecional y la evitación de los mecanismos de rendición de cuentas, tanto horizontales como verticales.

Hugo Quiroga (2006) sostendría algunos años después que durante la presidencia de Menem se instaló en Argentina una práctica de gobierno ubicada en una zona indeterminada entre los imperativos de la política y la vigencia

del Estado de derecho, que denominó "decisionismo democrático":

> Desde 1989, luego de los momentos más difíciles de la transición política, nuestra democracia no pudo prescindir del ejercicio de los poderes excepcionales y se alejó de aquella concepción que proclama la separación de poderes y los controles mutuos, que reprime los posibles excesos de los gobiernos de tumo. Cuando se refuerza al ejecutivo, el parlamento pierde poder y capacidad de control. Se trata de una verdadera práctica de gobierno. Con esta práctica, los gobiernos no suspenden el Estado de derecho, como lo indicaría una perspectiva decisionista schmittiana, sino que, al contrario, se valen de la Constitución para ejercer plenos poderes: la delegación legislativa, el veto parcial y los decretos de necesidad y urgencia. (Quiroga, 2006: p. 90).

Desde otra mirada política, José Nun (1995) daría cuenta del modo en el que Menem llevó a un límite extremo el proceso de concentración y de personalización del poder utilizando múltiples recursos para lograrlo. Entre ellos mencionaba, en primer lugar, "la subordinación o el vaciamiento sin tapujos de los principales organismos de control del Poder Ejecutivo", que concluyó con la ampliación de los miembros de la Corte Suprema de Justicia para poder asegurarse los fallos favorables que necesitara. Otro fue el uso de "decretos de necesidad y urgencia", no previstos en la Constitución, con los que el gobierno eludió cada vez que quiso la intervención del Congreso, profundizando así la subordinación de este último. Es decir, a contrapelo de las miradas que tendieron a desprestigiar la persistencia de organizaciones políticas, cristalizando una concepción liberal individualista, Nun criticaba el debilitamiento de aquellos órganos corporativos que habían sido tan importantes para el peronismo en otros tiempos, como los sindicatos o las fuerzas armadas (p. 88).

En lo que respecta a las lecturas acerca de la experiencia menemista, algunas voces impregnadas de una mirada

procedimental, criticaron los instrumentos decisionistas implementados en este periodo de gobierno aunque considerando que esos recursos de excepción se dieron en el marco de un proceso de reforzamiento institucional. Marcos Novaro (1997), por ejemplo, sostenía que si bien el fenómeno menemista evocaba el regreso al centro del escenario político de "ciertos motivos típicamente populistas"[1], "su decisión de pasar por alto las tradiciones corporativas y movimientista, la orientación privatizadora, desreguladora y aperturista de sus políticas", así como la alianza con los "tradicionales 'enemigos del pueblo' (los militares antiperonistas, los empresarios y economistas liberales, los banqueros extranjeros y el gobierno norteamericano, entre otros)", implicaron un punto de inflexión en la historia política argentina. Al lograr con ello el apoyo de los más diversos sectores sociales y políticos, "se hizo evidente además que se había cerrado el abismo que por décadas separaba, y en general enfrentaba, las opciones políticas populares de las del resto de la sociedad, completando la obra iniciada en este sentido por Alfonsín al comienzo de la transición" (p. 122). En la misma sintonía, Vicente Palermo (1998) afirmaba que con Menem

> el populismo cumplió un papel, pero en el marco de una institución partidaria fortalecida en el pasado inmediato y durante la misma gestión de gobierno. Y en gran medida pudo hacerlo gracias a ese nuevo marco. La subordinación de los sindicatos al Partido Justicialista, es un ingrediente de un proceso de partidización mucho más amplio, consistente en la victoria de los defensores de un determinado conjunto de normas, que el ascenso de Menem a la Presidencia confirmó y completó. (Palermo: 1998, p. 11).

---

[1] El autor caracterizaba esos motivos a partir de la enumeración de una serie de rasgos tales como "la fe en un liderazgo ejecutivista salvador, depositario de un carisma extraordinario y de ciertos 'dones mágicos', el ascenso social a través de la política, el mito de la conquista de la gran ciudad por un humilde paisano del interior del país, el escaso respeto por las convenciones institucionales" (Novaro, 1998: p. 121).

Desde una postura crítica, en su trabajo abordado previamente, Moreira (2015) hacía notar que estos argumentos sustentan una tesis que, en términos más simples, fue ampliamente difundida por la prensa de derecha durante los años del menemismo: la transición no había culminado con el fin del alfonsinismo, como se pudo haber pensado, sino que su curso se completó recién con el gobierno de Menem. De acuerdo con esta visión, hubo un período de consolidación institucional con Alfonsín, luego un período de reformas estructurales[2] irreversibles –que autores como Palermo o Novaro denominaban "modernización"–, y finalmente se podría esperar una nueva etapa en la que se sintonizaría con la transformación imperante, dado el relativo fracaso de la sociedad para incorporar criterios de cultura política más acorde con los principios modernizadores adoptados en la economía y en las instituciones políticas. Así, las reformas implementadas durante la década del noventa terminaron por justificarse como una etapa necesaria de la transición democrática (p. 14). Una vez más, es preciso detenerse en las dificultades de algunas de las premisas que vertebran estos argumentos. Por un lado, la valoración positiva de las premisas modernizadoras que signaron la historia política

2 Carlos Gervasoni (1999) definió el término reforma estructural como "un movimiento desde instituciones y arreglos económicos estatistas hacia otros basados en el libre mercado". Las reformas estructurales más comunes son "la apertura del comercio exterior, las privatizaciones, la desregulación de precios, la liberalización de los mercados financieros y laborales, y la racionalización del estado" (p. 96).

argentina,[3] pero que también incidieron en los modos de arribo de las políticas neoliberales de la década del noventa.

Otro punto a considerar es que, a pesar de las diferentes conclusiones a las que llegaron quienes se preocuparon por resaltar los obstáculos o beneficios, muchos coincidieron en señalar –algunos como un fenómeno "anómalo" a explicar– el sorpresivo apoyo de gran parte de la población a las políticas de ajuste económico. Como muestran diferentes estudios, junto con las modificaciones operadas en el plano político e institucional, durante el gobierno de Menem se produjo un drástico proceso de transformación, inédito por su magnitud y alcance, que cambió de manera profunda la estructura económica y social del país. Sin embargo, a pesar de la radicalidad de esas reformas, el menemismo logró obtener el consenso, tanto activo como pasivo, de una amplia diversidad de sectores sociales, que comprendía incluso a los más afectados por las políticas neoliberales

3 Desde los tempranos debates en el marco de los procesos de Organización Nacional del siglo XIX, las premisas modernizadoras estuvieron presentes en la Argentina adjudicando un lugar inferior o subalterno al país y la región respecto de Europa y/o Estados Unidos. A partir de los años '60 y '70, de la mano de los lineamientos de Gino Germani (1971), estas miradas tomaron la forma de una teoría consolidada que continuaría adjudicando las causas del atraso a los males de la política vernácula en contraposición con las denominadas naciones avanzadas. "Con los golpes de Estado, atrás quedan las contiendas teórico-políticas orientadas por las políticas reformistas de la modernización y el desarrollo, que habían sido contestadas por las teorizaciones de la dependencia y rebasadas ambas por las urgencias de la revolución" (Lesgart, 2011: p. 147). En ese sentido, el imperativo de modernización que reapareció con ímpetu en la etapa transicional debe interpretarse con ciertos desplazamientos respecto de las formulaciones previas en tanto aparece asociado a una transformación institucional y de la sociedad civil pero con algunas implicaciones distintas a las formulaciones previas. Si la teoría de la transición en un sentido general anuncia un abandono de posiciones teleólogicas y esencialistas tal como lo proponen, entre otros, Portantiero y de Ípola, este imperativo modernizador, revigorizado en los noventa, continuaría navegando a dos aguas entre las nuevas coordenadas y la continuidad del diagnóstico histórico estructural asociado a la cultura política de atraso y violencia. Al respecto, véase Cecilia Lesgart (2011) y Betina Guindi (2021).

implementadas: una porción de las capas medias y los sectores populares. De modo que en esa coyuntura ya aparece la preocupación respecto de cómo explicar el respaldo por parte de la sociedad, a un gobierno que llevó a cabo medidas que tradicionalmente habían sido resistidas y que en el mediano plazo generaron grandes costos sociales y económicos. Este interrogante planteó un serio desafío a la inteligibilidad del fenómeno que, al mismo tiempo y con características específicas, se repetía en otros países de Latinoamérica y el mundo.

Formulado de diferentes formas, el problema se manifiesta en muchas obras e investigaciones dedicadas al estudio del tema. Mario Navarro (1995), por ejemplo, en un artículo donde ha revisado las principales tesis explicativas frente a la ausencia de respuesta popular a los procesos de ajuste económico, asumía como principio que se trató de "una situación anómala bajo condiciones de régimen democrático" (p. 445). El motivo de esta supuesta incompatibilidad entre ajuste y preferencias populares consistiría en que las mayorías no parecen inclinadas a consentir libre y voluntariamente programas económicos que impliquen, entre otras posibles consecuencias, desempleo, concentración de ingresos o reducción de ayudas estatales. Esta tesis, ha dicho Gastón Souroujon (2014) en su investigación sobre la ciencia política argentina frente al menemismo, debe leerse a la luz de lo que se pensaba desde principios de la década del setenta sobre la oposición entre regímenes democráticos y reformas de mercado. Por ejemplo, análisis como el de O'Donnell (1972), entre otros, planteaban la imposibilidad de un proyecto de reformas estructurales con apoyo popular, y subrayaban que era la coerción gubernamental la única forma de lograrlo. En este sentido, la capacidad del gobierno de Menem para llevar a cabo una transformación de esas características, con un bajo nivel de conflictividad respecto a períodos anteriores y con sucesivas victorias electorales, incluida la reelección para un segundo mandato, aparecía como una absoluta novedad.

Por otro lado, Souroujon señalaba que esta anomalía que expuso el menemismo, también mostró las deficiencias explicativas de aquella perspectiva tradicional de las ciencias políticas, sostenida entre otros por el estadounidense Simon Jackman (1995), que se basaba en el supuesto de que "el apoyo o rechazo de la ciudadanía a un gobierno específico dependía directamente de su desempeño económico" (Souroujon, 2014: p. 5). Según esta formulación, los ciudadanos consideran responsables al gobierno por la situación económica, y lo reeligen si la economía funciona bien o lo desplazan si no funciona, llegando así nuevamente a la conclusión de una contradicción entre el modelo de ajuste y las preferencias de los votantes. Respecto de este punto, es correcto el señalamiento del investigador de que esta teoría, explícita o implícitamente, parte de algunas de las premisas de la perspectiva de la elección racional, en donde "la lógica de las acciones individuales está signada por la intencionalidad, la maximización y el autointerés y en donde la sociedad es concebida como la suma y tensión de estas preferencias individuales y sectoriales" (p. 5). Sobre este postulado se desarrolla, en segundo lugar, la hipótesis de que la impopularidad y el rechazo de la sociedad a las reformas y ajustes pro-mercado es el resultado de un cálculo costo/beneficio efectuado a partir de la representación que los individuos tienen de sus intereses particulares.

Pero, de igual modo, el supuesto del accionar racional también se puede encontrar en muchas de las teorías que se presentan como críticas y superadoras de la tradicional. Souroujon mencionaba, en primer lugar, a la "teoría de la expectativa" tal como fue definida por Kurt Weyland (1996) en un artículo donde intenta dar cuenta del sorprendente grado de apoyo popular que tuvieron los presidentes de Argentina, Brasil y Perú a finales de los ochenta, a pesar de haber promovido duros programas de ajuste y reestructuración neoliberal. El argumento central del politólogo estadounidense consiste en la afirmación de que en situaciones normales las personas actúan con prudencia y son reacias

a asumir riesgos que pudieran generar costos en el futuro; sin embargo, en tiempos de crisis, los individuos entran en el dominio de la pérdida, un dominio que transforma sus expectativas y los predispone a aceptar riesgos como un modo de evitar pérdidas más grandes. Por esta razón, sostenía Weyland, en aquel momento la gente optó por apoyar a líderes como Menem, Collor de Melo o Fujimori, y a tolerar las políticas de ajuste. En la misma línea argumental, Souroujon ha ubicado la hipótesis esgrimida, entre otros, por Juan Carlos Torre (1998), donde se subraya que la elección racional de los individuos no siempre es un dato uniforme, sino que está sujeta a condiciones coyunturales, que provocan un reajuste del cálculo de costo/beneficio. Por ejemplo, en un artículo escrito junto a Pablo Gerchunoff, ambos autores sostenían que

> hay circunstancias que pueden alterar la evaluación de los costos y beneficios de los cambios estructurales. Por ejemplo, aquellas en las que los programas de reformas se inician como parte integral de un paquete de políticas de estabilización cuyo objetivo es superar una grave crisis hiperinflacionaria. (…) Así, como ocurrió en la Argentina de 1989, los gobiernos de corte reformista pueden llegar a contar con la aquiescencia de los afectados por los cambios si estos llegan a convencerse de que la reforma del statu quo, a pesar de los sacrificios que entraña, es la mejor de las alternativas posibles para detener el deterioro de su situación socioeconómica. (Torre y Gerchunoff, 1997: 161).

El problema con esta hipótesis, como ha señalado Souroujon, es que sólo puede ser adecuada al comienzo de la implementación de la reforma, pero no puede explicar la tolerancia de la sociedad civil por períodos de tiempo más largos (por ejemplo, la coyuntura de reelección de Menem en 1995). Tampoco explica por qué una vez que se alivió la situación hiperinflacionaria, el menemismo siguió ganando elecciones y siguió siendo aceptado por la sociedad. En términos de Weyland, no explica por qué las personas

continúan asumiendo riesgos una vez que abandonan el ámbito de la pérdida. Algunos autores, como Palermo y Novaro (1996), por ejemplo, buscaron superar esta dificultad afirmando que el estigma de la crisis estuvo al acecho todo el período, condicionando la voluntad de los votantes por el miedo a su regreso. Sin embargo, aunque es posible reconocer el peso que tuvo el "fantasma de la crisis" durante esos diez años, Souroujon tiene razón cuando sostuvo la necesidad de matizar la relevancia de la hiperinflación como megavariable explicativa, y al mismo tiempo reconocer que la propia idea de crisis forma parte de una construcción imaginaria y, por tanto, es susceptible de interpretación.

En segundo lugar, Souroujon tomó en consideración la "teoría anticíclica" defendida por Carlos Acuña y William Smith (1996) en un artículo donde estos analizaban la lógica de apoyo y oposición a las reformas neoliberales. Los autores partían de la observación, en el contexto latinoamericano de la década del noventa, de una relación inversa a la establecida frecuentemente entre desempeño económico y conflicto social, lo cual los llevó a sustentar la hipótesis de que la tensión social se reduciría en épocas de crisis y aumentaría cuando se vislumbran mejoras en la economía. Esta hipótesis, como ha dicho Souroujon, se basa en supuestos parecidos a la anterior (individuos cuyo comportamiento está guiado por el interés propio, la intencionalidad y la instrumentalidad), y una vez más son las condiciones en que se aplican las políticas de ajuste (en este caso se subraya el factor temporal de la crisis) lo que modifica los patrones de comportamiento. Para Acuña y Smith, "es la clásica aversión al riesgo que postula la elección racional lo que lleva a los individuos a tolerar las políticas de ajuste, pues no conciben ninguna otra alternativa menos riesgosa" (p. 9).

Por último, la "teoría del cambio de preferencia" o "tesis de conversión", analizada en los trabajos de Navarro (1995), Carlos Gervasoni (1999) y Leslie Armijo y Philippe Faucher (2002), ofrece un tercer argumento para explicar la anomalía que presentó el menemismo. A partir del consenso que

tuvieron las reformas llevadas a cabo por el gobierno de Menem, esta hipótesis rechaza el supuesto de la impopularidad del ajuste neoliberal y sostiene, por el contrario, que tanto la élite como las masas habrían apoyado los principios generales de la política económica basada en el control de la inflación. Según Armijo y Faucher, en América Latina, a partir de la década del noventa, la demanda de las masas apuntó a la estabilidad económica y los bajos niveles de inflación: "Sospechamos que el principal motivo del apoyo popular al político reformista es que las reformas de mercado han terminado con la inflación" (p. 24). Un argumento similar fue utilizado por Gervasoni, para quien todos aquellos gobiernos que implementaron una política monetaria heterodoxa, aumentando la oferta de dinero y generando presión inflacionaria, tuvieron que enfrentar una pérdida significativa de votos. La razón por lo que esto ha sucedido, decía, es que "la inflación alta (y más aún la hiperinflación) es un fenómeno todavía más visible y socialmente costoso que el estancamiento de la producción, y, a diferencia del desempleo, afecta a todos los votantes" (p. 105). Estos cambios de preferencia en la sociedad habrían surgido, para este autor, como consecuencia de la crisis de la deuda de los años ochenta:

> Es muy probable que dicha crisis haya marcado un punto crítico en la relación entre la economía y las elecciones en América Latina. La llamada década perdida representó el golpe final a una estrategia económica que venía mostrando signos de agotamiento desde los 60. Muchos de los factores que explican el mejor desempeño electoral de las administraciones reformistas no estaban presentes o eran mucho menos importantes antes de 1982. (Gervasoni, 1999: 103).

De acuerdo con Souroujon, esta teoría tiene la ventaja de reconocer que tales reformas requirieron un grado de apoyo explícito y positivo por parte de la población. Sin embargo, la perspectiva desde la cual se plantea está todavía anclada en una concepción racional y egoísta del comportamiento

humano. El apoyo que la población da a estas políticas sigue siendo consecuencia de un análisis racional de sus intereses; es una población "que ahora estimaría la estabilidad de precio y el horizonte de certidumbre que genera, por sobre el nivel de empleo o de producción, como si la amenaza del desempleo no fuese también un factor de incertidumbre" (p. 11).[4] Por otro lado, se puede plantear una observación crítica con respecto a la afirmación de Gervasoni de que el cambio de preferencias se habría producido en la década de los ochenta. De ser así, no se explica por qué en las elecciones de 1989 se produjo el triunfo del candidato que, a partir de promesas electorales como "el salariazo" y "la revolución productiva", parecía más inclinado a implementar una política monetaria heterodoxa (con un posible aumento de la inflación), siendo que su competidor, Eduardo Angeloz, de la gobernante Unión Cívica Radical, era el que más en línea estaba con las nuevas preferencias. Si, por el contrario, se argumenta que en Argentina esa transformación se da luego del triunfo de Menem, sería necesario explicar cómo se produjo un cambio de intereses tan rápido en el conjunto de la población, y a la luz de esto, qué factores

4 Dentro de las explicaciones basadas en factores económicos y motivaciones racionales, Hernán Fair (2011) contrastó aquellos estudios que atribuyen el éxito electoral y político del menemismo principalmente al logro del control de la hiperinflación, de las visiones más heterodoxas, como la de Mabel Thwaites Rey (2003), quien añadió, junto a la estabilidad monetaria, "la expansión del consumo masivo para los sectores de clase media y las privatizaciones para los sectores empresariales" (Fair, 2011: p. 6). También incluyó bajo esta misma clasificación, estudios como los de Ángel Rodríguez Krauth (1997; 2000) o de Karina Bidaseca y Pablo Barbetta (2006), que destacaban la relevancia que tuvo el denominado "voto cuota", ligado al endeudamiento económico de vastos sectores sociales hacia fines del primer mandato de Menem: "En Argentina se vota pensando en el propio bolsillo y, así apareció el llamado voto cuota. Quiénes tienen cuotas pagaderas en dólares, votan por la continuidad de la convertibilidad, puesta en vigencia desde 1992, aunque con la misma se les haya reducido su salario en más de un 50% desde entonces. Y a pesar de dicho Plan haya convertido a los trabajadores argentinos en una inmensa masa de desocupados y subocupados, que no pueden acceder voluntariamente a las ostentosas ofertas que les ofrece el mercado" (Rodríguez Krauth, 2000: p. 32).

impidieron que esos intereses continuaran fluctuando en los años siguientes.

En todo caso, Souroujon ha señalado que esta lectura no fue unánime, sino que en paralelo hubo otro grupo de pensadores que hicieron aportes relevantes para entender la legitimidad conferida al menemismo a partir de los cambios producidos en las significaciones sociales y las identidades políticas. Por un lado, quienes, como Sidicaro (1995; 2002) o Steven Levitsky (2005), intentaron pensar esta anomalía desde una concepción de la sociedad estructurada en dos grandes sectores, el popular y la clase media y alta. De acuerdo con esta perspectiva, ambos grupos habrían apoyado al gobierno de Menem y las políticas que aplicó, aunque por diferentes razones. Mientras las clases populares lo hacían desde la vigencia del imaginario político peronista tradicional, el otro grupo de la sociedad estaría dando su apoyo a las medidas económicas llevadas adelante. Así, según Sidicaro (2002), "el gobierno de Menem recibió, por el pasado, una vertiente de votos populares sin reclamos disruptivos inmediatos, en tanto que por el presente, el sostén coyuntural se lo dieron individuos contrarios al peronismo histórico, ubicados en los deciles superiores de la distribución de ingreso" (p. 244). Para Levitsky, la confluencia de ambos sectores en apoyo al gobierno también fue posible debido a la particular estructura organizativa que tiene el Partido Justicialista, por la cual la coordinación del partido dispone de autonomía con respecto a las organizaciones de base, lo que permite que estas últimas trabajen internamente para captar los votos peronistas tradicionales[5] en tanto que la

[5] Fair (2011) distingue dentro de esta corriente un conjunto de trabajos, entre los que se encuentran el de Levitsky (2005) y Gerardo Scherlis (2004), en los que se subraya la importancia de "las prácticas de clientelismo político y patronazgo estatal, para disciplinar, mediante diversos incentivos o compensaciones materiales, a la estructura partidaria del peronismo y a las bases populares" (p. 8). Sin embargo, advierte que en los últimos años esa concepción instrumental del clientelismo se convirtió en objeto de controversia, particularmente a partir de los aportes de investigaciones como las de Javier Auyero (1997, 2001), que destacan la relación "afectiva" que estas prácticas

dirigencia puede orientar sus esfuerzos para atraer el apoyo de votantes independientes: "mientras las organizaciones de base prestan atención al ámbito de la identificación, los dirigentes del PJ poseen relativa libertad para salir en busca de votos en el ámbito de la competencia" (p. 120).

Si bien estos autores intentaron alejarse de las deficiencias de aquellas teorías que están arraigadas exclusivamente en el comportamiento racional de los actores individuales, es correcta la observación crítica de Souroujon acerca de que estas posiciones mantuvieron, no obstante, un claro sesgo iluminista al asumir que el comportamiento guiado por emociones e imaginarios es propio sólo de los sectores populares, mientras que aquellos sectores con mayor nivel de ingresos y educación pueden deshacerse de ellos y así orientar racionalmente sus acciones. A través de este sesgo, se tiende a explicar "la capacidad de los sectores medios y altos para independizarse de su tradicional imaginario antiperonista y poder orientar su comportamiento a partir de los intereses económicos" (p. 13). Por el contrario, lo que se vuelve autónomo en el caso de los sectores populares, es la situación económica, que no se toma en cuenta, pesando mucho más el imaginario tradicional.[6]

Por otro lado, el investigador distinguió un segundo grupo de autores como los ya nombrados Yannuzzi (1995) o Palermo y Novaro (1996), pero también Gerardo Aboy

---

políticas generan entre dirigentes políticos y clientes, "lo que explicaría el voto al menemismo a cambio de la identificación generada en los 'favores' clientelares ofrecidos por los propios punteros barriales" (Fair, 2011: p. 8).

6 Fair (2011) destacó también la perspectiva que hizo hincapié en la importancia que adquirieron los elementos carismáticos en la legitimación de la figura presidencial. Al interior de este enfoque, que comparte el énfasis en los aspectos "irracionales" y "emocionales" con los trabajos que situaban el eje en la relación del menemismo con la tradición peronista, ubicó a autores como Oscar Landi (1992) o Luis Alberto Quevedo (1997), para quienes el éxito de Menem estuvo asociado a "su particular carisma personal y su fuerte conexión personalizada con los sectores populares, mediada a través de su constante aparición en los medios de comunicación masivos, en especial la televisión, y su cómoda adecuación a la subcultura propia y la multiplicidad de géneros que la caracterizan" (Fair, 2011: p. 5).

Carlés (2001), quienes pusieron en entredicho la idea de la existencia de un núcleo duro de representaciones que conformarían la identidad peronista al subrayar la erosión y desarticulación que esta había sufrido, principalmente, por el proceso de renovación del peronismo que se inició en los años ochenta y los cambios producidos en el escenario político argentino. Tanto Yannuzzi como Palermo y Novaro coincidieron en señalar que cuando Menem llegó al poder, "el peronismo" como identidad política aún mantenía nominalmente su vigencia, pero sus contenidos se encontraban en crisis:

> esos valores y tradiciones venían atravesando desde la muerte de Perón una crisis furibunda, y los esquemas de reconocimiento y la misma identidad de los actores parecía haberse ido descomponiendo con el paso de los años… dejándolos en una situación de disponibilidad para ser interpelados por una estrategia política que fuera lo suficientemente audaz y original como para sacarlos de su postración y decadencia. (Palermo y Novaro, 1996: 25).

De acuerdo con esta interpretación, la anomalía no se resolvió con la implementación de un nuevo programa político basado en un imaginario pasado, como daría a entender Portantiero (1995), por ejemplo, al establecer una "continuidad esencial" entre menemismo y peronismo (p. 106), sino que fue un trabajo tanto de recuperación como de ruptura con el imaginario político peronista lo que hizo posible que Menem consolidara una nueva coalición y construyera un nuevo criterio de identidad. En tal sentido, Aboy Carlés señalaba que apenas arribado al gobierno, Menem trató de debilitar elementos básicos de lo que el autor ha llamado "la dimensión de la tradición" (p. 302); debilitamiento que se combinó, según Souroujon, con el refuerzo y resignificación de otros elementos según la situación.

Como ha dicho este último autor, esta perspectiva tiene la ventaja sobre la anterior de reconocer y subrayar el doble camino de ruptura y continuidad como característica

central de cualquier imaginario político que pretenda establecerse con éxito.[7] Sin embargo, en muchas de estas lecturas, esos elementos quedan subordinados, nuevamente, al fenómeno de la hiperinflación. Por ejemplo, Aboy Carlés sostenía que el aspecto distintivo para entender las particularidades que adquirió la reforma estructural en Argentina provino de la crisis hiperinflacionaria de 1989: "tras la crisis la implementación de reformas radicales fue habilitada sin mayores oposiciones como solución a las demandas de reconstitución de un orden estable" (p. 297).[8] También

---

7 Otros trabajos como los de María Susana Bonetto, Fabiana Martínez y María Teresa Piñero (2001) o Paula Canelo (2002; 2011), también hicieron hincapié en las rupturas y continuidades con el discurso peronista a la hora de evaluar las estrategias enunciativas utilizadas por Menem para obtener legitimidad social. Canelo (2011), por ejemplo, ha planteado que "[c]omo ha señalado Aboy Carlés (2001), la ruptura central del menemismo con el peronismo tradicional fue la ausencia de un adversario social, que en el caso de los 'otros peronismos' había sido construido, con mayor o menor intensidad de acuerdo con el período, mediante figuras 'clasistas', como la 'oligarquía', los 'explotadores' o los 'privilegiados', o bien los 'imperialistas' o la 'dictadura militar'; aun cuando, como hemos señalado, esta ruptura no fuera automática ni unilineal. Pero también hemos demostrado que fue en la tradición peronista donde el menemismo encontró un conjunto de recursos discursivos que se volvieron instrumentos políticos de primer orden para llevar adelante el proyecto puesto en marcha en 1989: entre ellos, una estructura enunciativa caracterizada caracterizado por el vaciamiento del campo político, la posesión de una doctrina vacía, una concepción de la política como 'arte de lo posible' y una tendencia a la apropiación del adversario político" (p. 107).

8 Para Aboy Carlés, el "discurso hobbesiano de superación del caos" por medio del cual Menem construyó su liderazgo, habría evitado la división del electorado en razón de la fuerte demanda social de recuperación del orden frente a la situación de caos, hiperinflación y saqueos que tuvo lugar hacia el final del gobierno de Alfonsín. En ese marco, decía, "el menemismo habría dejado de lado el tradicional componente populista de reforma social del peronismo, para edificarse como el 'Partido del Orden' para los sectores dominantes" (Aboy Carlés: 2001, p. 11). En esta perspectiva, Fair (2011) añadió los estudios de investigadores como Sebastián Barros (2002) o Carlos Freytes Frey (2008), para quienes la clave para explicar el apoyo de la población al menemismo se encontraría en la estabilidad económica, convertida en el "significante vacío" de orden, o bien, como en el caso del propio Fair, en el sistema de convertibilidad, definido como "un régimen socioeconómico más amplio, vinculado a múltiples significantes adosados, que luego sobredeterminarían al conjunto de los discursos del primer gobierno mene-

para Novaro (1994) la experiencia de la hiperinflación pudo haber sido "el principal motivo de la amplia aceptación del estilo menemista" (p. 89).

Teniendo en cuenta lo apuntado hasta aquí, cabe una serie de observaciones respecto de ciertos aspectos y enfoques presentes en los debates sobre la postransición. Por un lado, interesa subrayar el desplazamiento de la centralidad otorgada al mundo de la vida cotidiana, considerado por los intelectuales en los ochenta como ámbito primordial de acción política (Maccioni: 2015), en favor de las cuestiones relativas a la estabilidad y calidad institucional, donde las acciones de la sociedad civil pasaron a ser interpretadas casi exclusivamente en relación con su contribución a la eficacia del sistema político. Se podría considerar en particular aquellas promovidas con mecanismos de participación y consulta a los beneficiados o a los afectados por las reformas, tales como la denominada *accountability* social o "rendición de cuentas a la sociedad civil", especialmente valoradas por autores como O'Donnell. En su investigación acerca del rol desempeñado por el Banco Mundial en América Latina, Susana Murillo (2008) analizó detalladamente esta estrategia, basada en vincular el incremento de ayuda a un compromiso con la buena gobernanza por parte de los países receptores:

> El BM, en consonancia con la profundización de las reformas institucionales en pro del "buen gobierno", sostiene desde hace varios años que en muchos países ya se ha logrado crear conciencia sobre las "consecuencias de la corrupción". Una vez construida esa conciencia, el objetivo es iniciar y sostener reformas institucionales concretas. Para lograrlo, el proceso propuesto por el Grupo de Gobernabilidad, Regulación y Finanzas en el Instituto del Banco Mundial se planteó la integración de nuevas herramientas de diagnóstico con

---

mista, consolidando, a partir de 1991, la frágil relación hegemónica iniciada en 1989" (p. 10).

"experiencias participativas y de acción colectiva con la sociedad civil". (Murillo, 2008: p. 147).

El objetivo de la rendición de cuentas a la sociedad consiste, entonces, en la construcción de una responsabilidad gubernamental basada en la participación de la sociedad civil en términos mercantiles antes que políticos. Se trata de procesos en los que los ciudadanos pueden exigir a los funcionarios que den explicaciones sobre sus actos de gobierno. De todos modos, la *accountability* social, agregaba Murillo, "no insta a la participación política, sino a la agrupación para reclamar por problemas específicos, y de modo imaginariamente 'apolítico'" (p. 156).[9]

Es necesario observar también que a pesar de que la discusión sobre las consecuencias para la consolidación democrática generada por el gobierno de Menem giró fundamentalmente en torno a la cuestión del déficit de los mecanismos institucionales formales, se pasó por alto el factor de despolitización inherente al empleo de tales instrumentos. Sin embargo, en un escenario en el que se profundizaba el alcance de la exclusión de la política en un sentido "fuerte", el centro de las miradas recayeron sobre la *sorpresiva* aquiescencia de la ciudadanía al decisionismo gubernamental y la discrecionalidad en la adopción de las políticas públicas.

En algunos casos, la explicación del apoyo social se fundamentó en la estabilidad económica alcanzada a partir del control definitivo de la hiperinflación. Sin embargo, es acertada la lectura de Souroujon de que "ver a la hiperinflación como el principal motivo de la amplia aceptación del estilo menemista no puede explicar por sí sola el consenso

9 El trabajo de campo que realizó en medio de diferentes marchas de protesta en Buenos Aires durante los años 2004 y 2005 le permitió comprobar que aquellos ciudadanos que se movilizaron, lo hicieron en respuesta a un discurso que los interpelaba a participar no en tanto sujetos políticos, "sino en tanto negociantes que buscan el propio bienestar" (Murillo, 2008: p. 156).

relativo a diez años de gobierno" (p. 15). En efecto, interpretar dicha aprobación en términos de lo que sería la vigencia de "la norma de la ilegitimidad", tal como propuso Sidicaro (2013), además de los problemas ya señalados, haría perder de vista que el consenso otorgado por la población se mantuvo durante ese tiempo a pesar de la adopción por parte del gobierno de un conjunto de medidas que generaron altos costos sociales y económicos a grandes capas de la sociedad. Así, frente al "enigma" que supuso la falta de objeciones ante esas políticas, otros enfoques recurrieron al concepto de "tolerancia" para explicar el pensamiento de quienes estaban dispuestos a aceptar las restricciones del presente a la espera de beneficios futuros. Al respecto, aparte de la ya señalada concepción racional y autointeresada del comportamiento humano presente en esta hipótesis, cabe agregar además que este concepto tiene el inconveniente de remitir, como ha subrayado Souroujon, a una suerte de victimización de la sociedad frente a un paquete de reformas que aceptaría impasible a pesar de percibir sus costos, negando así la posibilidad de pensar en un consenso más activo.

Afirmar esto no significa, en modo alguno, restar importancia al componente de pasividad tácita que tuvo el consenso social hacia Menem y su modelo económico. En su investigación sobre la construcción y consolidación de la hegemonía menemista, Fair (2008) ha analizado el rol de lo que denominó "los componentes pasivos" en dicho proceso. Dejando de lado la lógica puramente racionalista e instrumental, enfatizaba la importancia que tuvo en la legitimación del gobierno de Menem

> la ausencia de alternativas frente al triunfo de la "democracia liberal", la visión mecanicista del orden global, que generó una impotencia frente a la imposibilidad de cambiar el estado de cosas vigente, el cientificismo con el que se pretendió despolitizar las decisiones tomadas y, al mismo tiempo, deslegitimar a los adversarios y la reestructuración social que produjo la aplicación de políticas de orientación neoliberal, que terminaron fragmentando, segmentando y polarizando a

> los sectores populares y sindicales, mientras se unificaban los sectores dominantes. (Fair, 2008: p. 20).

Otros estudios, como los de Sergio Caletti (2003), Julio Gambina (2001), Yago Franco (2000), Daniel García Delgado (1994), Daniel Campione e Irene Muñoz (1994), Susana Murillo (2008) y Mabel Thwaites Rey (1994), también pusieron de relieve la fragmentación, segmentación, polarización y heterogeneización social impulsadas por las políticas neoliberales, que junto con el disciplinamiento social ocasionado por la represión y el terrorismo de Estado de los años setenta, la hiperinflación de finales de los ochenta y el desempleo creciente de mediados de los noventa, "habrían generado una apatía, resignación y un conformismo generalizado (…), que terminaría por promover una 'despolitización social' (…) y un consenso general de tipo 'pasivo'" (Fair: 2011, p. 9). En un artículo dedicado a estudiar las transformaciones psicológicas en la subjetividad durante los años noventa, Franco destacaba que

> el estado de resignación y conformismo se ha edificado sobre la particular experiencia del "Terrorismo de Estado" vivida en la Argentina, que preparó el terreno (no solamente político-económico-social, sino psíquico) para la instauración triunfante del modelo social actual. A ese terror psicopolítico se le sumó el terror económico producido por la hiperinflación y, poco después, el que produciría la hiperdesocupación y la recesión. (Franco, 2000: p. 4).

De acuerdo con lo que han señalado estos trabajos, la falta de rechazo al modelo de país establecido por el menemismo se debió, en alguna medida, a la resignación, el miedo y el disciplinamiento social que llevaron a amplios sectores de la población a aceptar pasivamente ese nuevo rumbo. Dicho en otros términos, la década del noventa se habría caracterizado por la formación de una ciudadanía signada por la apatía e indiferencia hacia la política. No obstante, como se señaló más arriba, entre las explicaciones

del consenso que disfrutó el gobierno menemista también se encuentran aquellas que, como en el caso de Gervasoni o Armijo y Faucher, reconocieron *un grado de apoyo explícito* por parte de la sociedad en la implementación de las reformas neoliberales. El problema con esta tesis es que además de seguir dentro de los mismos parámetros racionalistas y economicistas de las hipótesis que enfatizan la idea de tolerancia, resulta inconsistente al dar cuenta de las condiciones de emergencia de esa aceptación. En este sentido, las lecturas basadas en los cambios en las significaciones sociales ofrecen elementos de análisis más acertados a la hora de explicar el origen del apoyo, ya sea indagando en el vínculo entre el discurso de Menem y la tradición de su partido o bien recuperando los componentes novedosos que el menemismo puso en juego para interpelar a los distintos sectores de la sociedad. Aun así, muchas de estas investigaciones no dejan de acentuar, al final, la relevancia de la hiperinflación como variable central para explicar el consenso, con lo que terminan reduciendo en gran medida la articulación identitaria propuesta por el menemismo "a una mera reacción ante un factor negativo, amenazante y externo" (Souroujon, 2014: p. 15). No obstante, es importante considerar que la hiperinflación tampoco opera en base a una racionalidad plena sino que en definitiva su eficacia radica en que obra sobre el fondo del miedo.

En su estudio sobre el imaginario político durante el gobierno de Menem, Souroujon (2012) propuso, en cambio, dar cuenta del modo en que el pasado hiperinflacionario como imagen de amenaza permanente se articuló con otros elementos que no fueron consecuencia necesaria de la crisis, como la relación carismática, el mito político de "Argentina país del primer mundo" o lo que llamó "las ideas fuerza neoliberales", entre las cuales prevalecía la que expresaba la "no existencia de opción" ante la política de ajuste. De esta manera, la investigación permite identificar estos componentes "positivos" que contribuyeron a construir la base de legitimidad del menemismo, al tiempo que resalta el papel

central que jugaron tanto las capacidades de la clase política para imponerlos, como la disposición de la sociedad, para tomarlos:[10]

> Todo proceso de reforma, sea cual sea su signo, requiere un activo trabajo por parte de la clase política en pos de la reconstrucción de un nuevo imaginario político que sea aceptado por la sociedad. Es en este plano en donde se resolverá la identidad y legitimidad del proceso, en la medida en que se la pueda articular con estos imaginarios, y es en este plano en el que el rol de lo político se refuerza allende su aparente desaparición. (Souroujon: 2012, pp. 28-29).

El menemismo cumplió, sin lugar a dudas, ese papel necesario para el reacomodamiento del escenario local. En la misma dirección, es plausible interpretar que la disposición social, tanto para *tolerar* como para *apoyar activamente* las políticas de transformación y ajuste, no tuvo su génesis durante ese momento histórico-político sino que tuvo que construirse a lo largo del tiempo, tal como ha señalado Franco (2000), aunque no solamente desde el terror generado por la represión militar o la crisis hiperinflacionaria, sino también, y fundamentalmente, a partir de una política social activa que apuntó a configurar una subjetividad funcional al neoliberalismo. Esa tarea no partió del menemismo sino que se remonta a la época dictatorial, pero en la década de los noventa cobró un mayor y decisivo impulso. Es preciso tener en cuenta además que esta configuración tuvo lugar en el marco de los procesos de neoliberalización

10 Considerando varios de los aspectos mencionados, Murillo (2008) ha señalado que el liderazgo de Menem fue apoyado por un consenso tácito que se fundaba en la creencia en la "eficiencia" del líder, creencia imaginaria basada en su capacidad para ofrecerse como un modelo exitoso a nivel social, independientemente de sus aptitudes políticas. En este sentido, frases basadas en la apatía política como "roba pero hace", por ejemplo, de amplia circulación en ese momento, implicaba una cierta voluntad de excusar la corrupción por parte de los políticos, siempre que resolvieran –imaginariamente– algunos de los problemas que enfrentaba la sociedad (p. 101).

que operaron a nivel global. En tal sentido, en el próximo apartado se propone pausar la lectura política vernácula para hacer un breve recorrido por el análisis de Michel Foucault sobre el surgimiento y despliegue del neoliberalismo y su impacto en la dimensión subjetiva de la sociedad civil.

2.2. El retiro de la política y la razón neoliberal

Hacia las últimas décadas del siglo XX se hizo evidente la puesta en marcha de un proceso de reestructuración del capitalismo a nivel global que, entre sus rasgos relevantes, refería a la crisis del Estado de bienestar. No obstante, estas transformaciones estuvieron lejos de impactar sólo en términos de un ordenamiento económico. En ese marco de desbloqueo y generalización del modelo neoliberal a nivel mundial, diferentes expresiones tanto de la reflexión filosófica como de la investigación social coincidieron en la evaluación acerca de una crisis de la política, en términos no sólo de las cuestiones vinculadas a la gobernabilidad e institucionalidad sino también –y fundamentalmente– en referencia a la capacidad de intervención de la ciudadanía en el espacio público. Mientras que para Alain Badiou (1985), la política parecía haber entrado en la apariencia de su ausencia, Jacques Rancière (1996) planteó que en las sociedades europeas de aquel entonces –a las que denominó posdemocráticas– se había puesto de manifiesto el borramiento del obrar democrático y, "en suma, la desaparición de la política" (p. 130). Cornelius Castoriadis (1997), por su parte, alertaba sobre la disipación del conflicto social y político en estos términos:

> En verdad no hay ni programas opuestos, ni participación de la gente en los conflictos o en las luchas políticas, o simplemente una actividad política. En el plano social no sólo está la burocratización de los sindicatos y su reducción a un estado esquelético, sino que también existe la casi desaparición de las

> luchas sociales. Nunca hubo en Francia tan pocas jornadas de huelga, por ejemplo, como en los últimos diez o quince años, y casi siempre estas huelgas tienen un carácter categorial o corporativista. (Castoriadis, 1997: p. 113).

En el caso de Latinoamérica, durante la década del noventa, el neoliberalismo impulsó –principalmente a través de los lineamientos de organismos financieros internacionales– políticas que supusieron no sólo la transformación de factores claves de la economía y el papel del Estado, sino que, al mismo tiempo, apuntaron a cambiar de manera radical la naturaleza y la forma de los lazos sociales. En ese contexto se generaron las condiciones para que se produjera una mutación considerable en la constitución de la ciudadanía, lo que permitió a su vez la institución de una definición de la vida en común basada en la mera yuxtaposición de los intereses particulares, absolutamente opuesta al sentido de la comunidad, de la intervención y del litigio.

Este apartado se dirige a argumentar que existen conexiones férreas entre lo que fue el despliegue de un arte de gobierno neoliberal y los rasgos predominantes que adquirió la ciudadanía durante la década de los noventa. En contraposición a la figura del ciudadano como aquel sujeto público y activo capaz de dirigir sus acciones hacia la constitución del ser-en-común, la operatoria neoliberal dio lugar a la constitución de un sujeto "empresario de sí mismo", enfocado en la vida individual, aunque en un sentido desplazado respecto de la formulación liberal clásica. Esta última cuestión fue objeto de una lúcida reflexión por parte de Foucault (2007), quien abordó el análisis del surgimiento y despliegue del neoliberalismo y su impacto en la dimensión subjetiva de la sociedad civil.

Desde una perspectiva que se opone totalmente a cualquier enfoque normativo e institucional, Foucault rechazó la idea de formular una teoría del Estado que pretendiera analizar en sí mismas la naturaleza, estructura y funciones del Estado, ya que consideraba que éste no es más que "el

efecto móvil de un régimen de gubernamentalidades múltiples" (p. 96). Sin embargo, su análisis no borra la presencia y efecto de los mecanismos estatales, más bien busca "ponerse afuera" e investigar el problema del Estado desde la multiplicidad de caminos, modalidades y posibilidades que existen para orientar a los hombres, dirigir su comportamiento, restringir sus acciones y reacciones, etc. En tal sentido, proponía partir de la práctica gubernamental "tal como se presenta, pero, al mismo tiempo, tal como se refleja y se racionaliza para ver, sobre esa base, cómo pueden constituirse en los hechos (…) el Estado y la sociedad, el soberano y los súbditos" (pp. 17-18). No estudió, entonces, sólo la historia de las diferentes prácticas consistentes en gobernar, sino que examinó fundamentalmente las transformaciones en la racionalización de la práctica gubernamental –lo que denominó "arte de gobernar"–, desde la constitución, durante el siglo XVI, de esa forma de racionalidad gubernamental llamada razón de Estado, pasando por la puesta en acción del liberalismo en el siglo XVIII, hasta la programación de la gubernamentalidad neoliberal en el siglo XX. Por tanto, será necesario abordar algunos aspectos de esta genealogía.

Para comenzar, Foucault identificó la aparición y el establecimiento de la razón de Estado con cierto tipo de racionalidad en la práctica gubernamental que permitiría ajustar la manera de gobernar a un Estado que se da como ya presente pero al mismo tiempo como un objetivo a construir: "Gobernar, según el principio de la razón de Estado, es actuar de tal modo que el Estado pueda llegar a ser sólido y permanente, pueda llegar a ser rico, pueda llegar a ser fuerte frente a todo lo que amenaza con destruirlo" (p. 19). Asimismo, señalaba dos rasgos característicos en esa manera de obrar. Por un lado, en su política exterior, esto es, en sus relaciones con los otros Estados, el gobierno pasa a fijarse objetivos limitados. A diferencia de lo que había sido la Edad Media, donde "el horizonte, el proyecto, el deseo de la mayoría de los gobernantes y soberanos" consistía en "situarse con respecto a los demás Estados en una posición

imperial", en el caso de la razón de Estado "se admite que cada Estado tiene sus intereses y, por consiguiente, debe defenderlos (…) pero se reconoce también que su objetivo no debe ser alcanzar en el fin de los tiempos la posición unificadora de un imperio total y global" (p. 22). Por el otro, en el orden de la política interna, el gobierno ajustado a la razón de Estado comienza a asignarse una serie de objetivos ilimitados. La cuestión, para los que gobiernan ese Estado, apuntaba Foucault, pasa por tener en cuenta y hacerse cargo de las actividades de las personas hasta, aún en sus más mínimos detalles: "el que gobierna va a tener que reglamentar la vida de sus súbditos, su actividad económica, su producción, el precio al cual van a vender las mercancías, el precio al cual van a comprarlas, etcétera" (p. 23).

Esta extensión ilimitada de la razón de Estado que cobró cuerpo en un Estado de policía,[11] encontró, a partir del siglo XVI y durante el siglo XVII, en el derecho y las instituciones judiciales, un principio de limitación externo: "la razón de Estado sólo sufrirá objeciones de derecho cuando haya franqueado esos límites, y en ese momento el derecho podrá definir el gobierno como ilegítimo, podrá objetarle sus usurpaciones y en última instancia liberar a los súbditos de su deber de obediencia" (p. 26). Ahora bien, Foucault constató hacia mediados del siglo XVIII una transformación importante que caracterizará de manera general lo que va a llamar "la razón gubernamental moderna". Esa transformación consistió en la inclusión de un principio de limitación del arte de gobernar que ya no era exterior al gobierno, como lo fue el derecho en el siglo XVII, sino que iba a serle interior a la práctica gubernamental. Caracterizó esta limitación interna de la racionalidad gubernamental como una restricción a la vez general y de hecho, que el

11 Cabe recordar que, para Foucault, la policía puede homologarse al arte de gobernar dado que se trata de una suerte de identificación con la totalidad del gobierno: organización de la vida, gestión de la salud, la moralidad, etc. Es decir, aquello que *los hombres hacen* se convierte en el "elemento constitutivo de la fuerza del Estado" (2006: p. 370).

gobierno hubo de imponerse a sí mismo para poder alcanzar sus objetivos. La razón gubernamental debía respetar esos límites "en cuanto puede calcularlos por iniciativa propia en función de sus objetivos y como el mejor medio de alcanzarlos" (p. 27).

De esta manera, al mismo tiempo que iba a marcar el límite de la acción del gobierno, esta limitación estableció, en la propia práctica gubernamental, una división racional entre las operaciones que podían y las que no podían hacerse, es decir, entre las cosas por hacer y los medios que debían emplearse para hacerlas, por un lado, y las cosas que no había que hacer, por el otro. Se entra en una época que es la de la razón gubernamental crítica, donde el límite al soberano y lo que este podía hacer, ya no va a estar planteado por medio de un principio externo, sino que será la misma crítica interna de la razón gubernamental la que va a plantear los límites para impedir un exceso de gobierno. Y agregó: "la racionalidad de la práctica gubernamental podrá medirse en relación con ese exceso o, en todo caso, la delimitación de lo que sería excesivo para un gobierno" (p. 29).

Foucault emplea justamente el término "frugal" para dar cuenta del problema del gobierno mínimo, que identifica con la puesta en acción de un nuevo arte de gobernar: el liberalismo. El principio regulador de este "gobierno frugal", explicaba, se formó a partir de "la conexión con la razón de Estado, y el cálculo de esta, de cierto régimen de verdad que encontraba su expresión y su formulación teórica en la economía política" (p. 45).[12] La economía política,

---

12 Por "régimen de verdad" o "régimen de veridicción", Foucault (2007) se refería al "conjunto de reglas que permiten, con respecto a un discurso dado, establecer cuáles son los enunciados que podrán caracterizarse en él como verdaderos o falsos" (p. 53). Y agregaba a modo de ejemplo: "Recordar que los médicos del siglo XIX dijeron muchas necedades sobre el sexo no tiene ninguna importancia desde un punto de vista político. Sólo tiene importancia la determinación del régimen de veridicción que les permitió decir y afirmar como verdaderas una serie de cosas que, según lo que acertamos a saber hoy, quizá no lo fueran tanto. Tal es el punto, precisamente, en el que el análisis histórico puede tener un alcance político. Lo que políticamente

a diferencia del pensamiento jurídico de los siglos XVI y XVII, no se desarrolló fuera de la razón de Estado sino que "se formó en el marco mismo de los objetivos que la razón de Estado había fijado al arte de gobernar" (p. 31). De esa manera, al reflexionar sobre las prácticas gubernamentales, no lo va a hacer en los términos del derecho, para distinguir si son legítimas o no, sino en función de sus efectos.

La cuestión pasa, entonces, por conocer qué efectos tienen esas prácticas y si éstos son negativos. Foucault sostenía que, en respuesta a estas preguntas, la economía política hace hincapié en la existencia de fenómenos, procesos y regularidades que se dan necesariamente en términos de mecanismos inteligibles, y que si bien pueden ser contrariados, no podrán evitarse. De hecho, la economía política descubre cierta naturalidad en la práctica misma de gobierno:

> si hay una naturaleza que es propia de la gubernamentalidad, sus objetos y sus operaciones, la práctica gubernamental, como consecuencia, sólo podrá hacer lo que debe hacer si respeta esa naturaleza. Si la perturba, si no la tiene en cuenta o actúa en contra de las leyes que han sido fijadas por esa naturalidad propia de los objetos que ella manipula, surgirán de inmediato consecuencias negativas para ella misma. (Foucault, 2007: p. 33).

Lo importante a señalar aquí es que, a partir de ese momento, las razones por las que un gobierno puede violar esas leyes de la naturaleza residen en la ignorancia fundamental de su existencia, sus mecanismos y sus efectos, o simplemente, en un error, lo cual vincula la cuestión de la autolimitación de la práctica gubernamental con la cuestión de la verdad.

¿Dónde se forman esas leyes que permiten falsar o verificar la práctica gubernamental? Ese lugar de verdad no es, decía Foucault, la cabeza de los expertos económicos, cuyo

---

tiene su importancia no es la historia de lo verdadero, no es la historia de lo falso, es la historia de la veridicción" (p. 55).

papel se limita a indicar dónde el gobierno debía buscar el principio de verdad que regula los mecanismos naturales de lo que él manipula, sino *el mercado*. En efecto, a mediados de siglo XVII se empezó a ver al mercado como algo que obedecía a mecanismos naturales y espontáneos, al punto que, si se trataba de modificarlos, sólo se conseguiría perturbarlos y desnaturalizarlos. De esta manera, el mercado se convirtió en un lugar de veridicción, en el sentido de que debe manifestar algo semejante a una verdad económica que permitirá discernir en las prácticas gubernamentales las que son correctas y las que son erradas. El gobierno deberá conocer esa mecánica interna e intrínseca de los procesos económicos y se obligará a respetarla. La delimitación de la gubernamentalidad por el principio de la verdad implica, entonces, la fijación de ciertos límites "deseables" que es necesario establecer en función de los objetivos del gobierno, destacando además lo que para este sería erróneo y pernicioso hacer, es decir, intervenir en esos mecanismos espontáneos de la economía.

Esto significa que el gobierno basará su política en un conocimiento preciso y continuo de lo que sucede en la sociedad, en el mercado, en lo económico, por lo que –y aquí Foucault señalaba una cuestión central– la limitación de su poder no podrá venir del respeto a libertad de los individuos, sino simplemente de los resultados del análisis económico que el gobierno deberá respetar. Si se habla de liberalismo, "esto no quiere decir que se esté pasando de un gobierno que era autoritario en el siglo XVII y principios del siglo XVIII a un gobierno que se vuelve más tolerante, laxista y flexible" (p. 82). El empleo que ha hecho del término "liberal" no refiere entonces a una práctica gubernamental que suministraría a los hombres la libertad de actuar como quisieran, sino a un nuevo arte gubernamental que se encuentra obligado a *producir y organizar las condiciones en las que se puede ser libre*.

Sin embargo, Foucault advertía que en la misma práctica liberal se establece una relación problemática entre la

producción de la libertad y aquello que, al ser necesario para producirla, amenaza con limitarla y destruirla: "[e]s preciso por un lado producir la libertad, pero ese mismo gesto implica que, por otro, se establezcan limitaciones, controles, coerciones, obligaciones apoyadas en amenazas, etcétera" (p. 84). Aquí el autor estaba pensando en la relación entre las disciplinas y el liberalismo pero también en la aparición de mecanismos de control que no operan sólo como un contrapeso necesario de la libertad (como en el caso del panoptismo), sino que, en un sentido liberogénico, lo hacen como su principio motor. En otras palabras, "mecanismos cuya función consiste en producir, insuflar, incrementar las libertades, introducir un plus de libertad mediante un plus de control e intervención" (p. 89).

El conjunto de estos mecanismos, o más precisamente su incremento, especialmente a partir de la crisis económica de la década de 1930 y la amenaza de los regímenes totalitarios, es lo que Foucault señalaba como factor desencadenante de lo que llamó la crisis del dispositivo gubernamental propio del liberalismo. En ese escenario, el problema para los liberales de la época giraba en torno a la siguiente cuestión: si los Estados que propician medidas económicas y políticas ya sea para garantizar y producir más libertad en una situación peligrosa de desempleo o para evitar la merma de libertad que supondría el paso al socialismo, al fascismo o al nazismo, recurren a mecanismos de intervención económica, esos mismos mecanismos ¿no introducen de contrabando prácticas que son al menos tan peligrosas para la libertad como aquellos sistemas políticos que se trata de evitar?

De esta manera, como consecuencia de la política económica intervencionista, la crisis del liberalismo se manifestó, inmediatamente antes y con posterioridad a la segunda guerra mundial, en una serie de nuevas evaluaciones, nuevas estimaciones y nuevos proyectos de arte de gobernar que, primero en Alemania y Estados Unidos, se articularon

contra los mismos objetos de repulsión: la economía dirigida, la planificación y el intervencionismo estatal.

Esta "fobia al Estado", que recayó sobre a experiencias tan diferentes como el comunismo soviético, el nazismo alemán, la política del *New Deal* norteamericana o la planificación inglesa de posguerra, condujo a los nuevos liberales de ambos lados del océano[13] a invertir el razonamiento surgido a partir del siglo XVIII. Es decir, luego de comprobarse los vicios intrínsecos que la intervención del Estado acarrea, como nada probaba que la economía de mercado también tenga esos vicios, se le va a pedir a esta última "que sea en sí misma, no el principio de limitación del Estado, sino su principio de regulación interna de punta a punta de su existencia y su acción" (p. 148).

No obstante, si los neoliberales plantean la necesidad de un Estado bajo la supervisión del mercado más que un mercado bajo la supervisión del Estado, esto no significa que el neoliberalismo sea, como lo subrayaba Foucault, "el resurgimiento, la recurrencia de viejas formas de economía liberal formuladas en los siglos XVIII y XIX" (p. 149).

---

13 Foucault ha distinguido dos formas principales en las que se presentó el programa neoliberal: por un lado, el denominado ordoliberalismo alemán (entre los años 1948 y 1962, con posterioridad al nazismo) y, por otro, el liberalismo de la Escuela de Chicago (surgido en reacción al New Deal, la planificación de guerra y los programas económicos demócratas). Según Foucault, el neoliberalismo norteamericano presentaría un carácter más radical, reactivo a la concepción de "una comunidad no desintegrada". En cambio, para los ordoliberales sí resulta viable una organización por parte del estado lo cual no refiere estrictamente a un gobierno económico sino a un gobierno de la sociedad que remite no tanto a una política de *laissez-faire* o mercantil sino a una ética social de empresa. No obstante estas diferencias, Foucault se ha ocupado de rastrear los numerosos "puentes" que se pueden trazar entre ellos en tanto "la crítica planteada en nombre del liberalismo económico se apoya en la autoridad del peligro representado por la inevitable secuencia: intervencionismo económico, inflación de los mecanismos gubernamentales, exceso de administración, burocracia, rigidización de todos los mecanismos de poder, al tiempo que generación de nuevas distorsiones económicas, inductoras de nuevas intervenciones" (2007: p. 365). Con relación a esto último, en este trabajo se ha tendido a privilegiar los elementos en común.

De hecho, el problema para el neoliberalismo no pasa por saber cómo se podría liberar al interior de una determinada sociedad política, un lugar vacío que sería el del mercado, sino, por el contrario, saber "cómo se puede ajustar el ejercicio global del poder político a los principios de una economía de mercado" (p. 157). En consecuencia, a fin de proyectar en un arte de gobierno los principios formales de la economía de mercado, los neoliberales debieron someter al liberalismo a una serie de transformaciones.

En primer lugar, Foucault ha señalado la disociación entre la economía de mercado y el principio político del *laissez-faire*. Esto se alcanzó gracias a la formulación de una teoría de la competencia que la concibe, más allá, o incluso antes de su existencia histórica real, como una estructura formal capaz de garantizar, por medio de sus mecanismos internos, la regulación económica. Así, el problema para el neoliberalismo consistió en proporcionar un espacio concreto y real en que pudiera actuar la estructura formal de la competencia, permitiendo el funcionamiento de una economía de mercado sin *laissez-faire*. Esta política activa sin dirigismo es lo que permitió situar al neoliberalismo, ya no "bajo el signo del *laissez-faire* sino, por el contrario, bajo el signo de una vigilancia, una actividad, una intervención permanente" (p. 158).

Segundo: si el problema del liberalismo clásico era "saber si hay cosas que no pueden tocarse y otras que es legítimo tocar" (p. 163), para los neoliberales la cuestión pasaba por saber "cómo tocarlas". Según Foucault, esto representa un problema de "estilo gubernamental". ¿Qué significa esto? Básicamente que los neoliberales van a intervenir por medio de acciones reguladoras u ordenadoras, no sobre los mecanismos de la economía de mercado, sino sobre su "marco", es decir, sobre sus condiciones de posibilidad. Una "política de marco" supone, entonces, actuar sobre ciertos datos previos (técnicos, científicos, jurídicos, demográficos, etcétera) que no tienen un carácter económico directo, pero que pueden condicionar una eventual economía de mercado. El

gobierno no podrá intervenir sobre los efectos del mercado o para corregir sus efectos destructivos sobre la sociedad; para que los mecanismos competitivos puedan cumplir su papel de reguladores, *ahora deberá intervenir sobre la sociedad misma*, "a cada instante y en cada punto del espesor social" (p. 179). En otros términos: lo que los neoliberales quisieron hacer no es un gobierno económico, concluía Foucault, sino un gobierno de sociedad que se ocupe fundamentalmente de la sociedad civil a través de una política social activa.

¿Cómo se concibe esa política de sociedad en este nuevo arte de gobierno? Como se ha visto, lo que sostienen los neoliberales es que una política social, para que se pueda integrar a una política económica y no la destruya, no debe dirigirse contra la economía de mercado sino que debe actuar sobre sus condiciones de posibilidad, garantizando el funcionamiento del mecanismo formal de la competencia y evitando que se produzcan los efectos sociales negativos que se generarían debido a la falta de esta. Foucault entendía que, más que en una sociedad mercantil, "una sociedad de supermercado", los neoliberales piensan en un tipo de sociedad innegablemente regulada por el mercado pero en la cual "el principio regulador no debe ser tanto el intercambio de mercancías como los mecanismos de competencia" (p. 182), esto es: una "sociedad de empresa". Entonces, en lugar de suprimir los efectos antisociales de la competencia, la política social debe eliminar los mecanismos anticompetitivos que la sociedad puede generar. ¿De qué manera? Mediante un intervencionismo social dirigido a transformar la naturaleza y la forma de los lazos entre los individuos. Para fundamentar esta afirmación, Foucault analizó, entre otros, un documento de 1950 donde se enumeran algunos de los objetivos de la acción gubernamental neoliberal:[14]

---

14 Se trata de un texto escrito por Wilhelm Röpke en 1950, "Orientación de la política económica alemana", "que ha sido repetido veinticinco mil veces" desde entonces, dice Foucault.

> en primer lugar, permitir a cada uno, en la medida de lo posible, el acceso a la propiedad privada; segundo, reducción de los gigantismos urbanos, sustitución de la política de los grandes suburbios por una política de ciudades medianas, reemplazo de la política y la economía de los grandes complejos habitacionales por una política y economía de viviendas individuales, aliento a las pequeñas unidades de explotación en el campo, desarrollo de (…) industrias no proletarias, es decir, los artesanos y el pequeño comercio; tercero, descentralización de los lugares de vivienda, de producción y de gestión, corrección de los efectos de especialización y división del trabajo, reconstrucción orgánica de la sociedad a partir de las comunidades naturales, las familias y los vecindarios; y para terminar, de una manera general, organización, ordenamiento y control de todos los efectos ambientales que puedan ser producto de la cohabitación de la gente o del desarrollo de las empresas y los centros productivos. (Foucault, 2007: p. 184).

En este sentido, Foucault hablaba de un retorno a una *Vitalpolitik,*[15] una "política de la vida" que apunta a hacer del mercado y la competencia, lo que llama "el poder informante de la sociedad", es decir, alcanzar la formalización de la sociedad según el modelo diversificado y diferenciado de la empresa. En consecuencia, el neoliberalismo va a propiciar una política de sociedad y un intervencionismo social a la vez activo, múltiple, vigilante y omnipresente, cuya finalidad será la de hacer de cada individuo un "empresario de sí mismo". La noción de hombre económico (*homo œconomicus*), circunscrita durante los siglos XVIII y XIX al ámbito de los comportamientos o de las conductas de las personas en el mercado, comienza a ser aplicada por los neoliberales

---

15 Foucault tomó el término de Alexander Rüstow, representante del ordoliberalismo, quien definía esta *Vitalpolitik* como "'una política de la vida que no esté esencialmente orientada, como la política tradicional, hacia el aumento de los salarios y la reducción del tiempo de trabajo, sino que tome conciencia de la situación vital de conjunto del trabajador, su situación real, concreta, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana'; la higiene material y moral, la sensación de limpieza, el sentimiento de integración social, etc." (2007: p. 185).

a cualquier actor, no sólo económico sino social en general, que se conduzca de manera racional, es decir, que tenga en cuenta los cambios contingentes de la realidad y responda a ellos de manera no circunstancial sino sistemática. De este modo, el "empresario de sí mismo" va a ser aquel a quien se lo deja hacer en función de su interés particular, pero al mismo tiempo, y en la medida en que necesariamente responderá en forma sistemática a las modificaciones que se vayan a introducir artificialmente en el medio, aparece también como un sujeto claramente gobernable.[16]

En efecto, el arte de gobierno neoliberal provocó y todavía provoca una reconfiguración subjetiva que en buena medida repercute en el ejercicio de la política entendido como la búsqueda de soluciones comunes. Como se verá a continuación, en el escenario de la década del noventa operó predominantemente en una dirección de desafección política inexorablemente ligada a la alteración de las viejas condiciones del espacio público político de la modernidad clásica. Sin embargo, esa reconfiguración subjetiva se reconocería con mayor nitidez años después, en el marco de una dinámica de repolitización abierta tras la crisis del 2001, aunque en una dirección no de resistencia, como lo harían otras figuras subjetivas, sino reactualizando el apoyo a la implementación de políticas de corte neoliberal.

16 Indudablemente, la formulación de Foucault tal como la pensó hace varias décadas requiere hoy abrir nuevos interrogantes cuando, por ejemplo, en los últimos años se asiste a una biopolítica comandada ya no sólo por el orden de la estatalidad sino con marcado predominio del mundo empresarial. Ello no resta vigencia a las formulaciones del filósofo dada la productividad de su pensamiento para continuar interpretando la escena contemporánea pero además porque el predominio del mundo empresarial podría ser leído como agudización de las operatorias de las políticas de marco, anticipadas por el autor.

2.3. La desafección ciudadana en los noventa y su vinculación con la cuestión del espacio público político

A la luz de lo que se ha venido desarrollando, y con el fin de avanzar en la inteligibilidad de las condiciones que favorecieron la producción de un tipo de ciudadano "empresario de sí mismo", es importante detenerse en la cuestión acerca de las modalidades que adoptaron las relaciones entre la gobernabilidad de la sociedad en el momento neoliberal y las transformaciones del espacio público. En primer lugar, y de un modo semejante al que se argumentó atendiendo a que las condiciones de emergencia del orden neoliberal deben leerse en referencia a los elementos de ruptura con el arte de gobierno liberal, la focalización acerca de los rasgos que adquirió el espacio público político –por excelencia, ámbito del ser/aparecer del ciudadano– requiere asumir que el *momento neoliberal* involucró también ciertas mutaciones en la relación entre espacio público y política tal como se presentara en el ordenamiento que lo precedió.

En primer lugar, cabe recordar que la vinculación de lo público con lo político se desarrolló históricamente como la característica central de la democracia moderna. Según el filósofo francés Claude Lefort (1990), ello fue consecuencia de una profunda transformación del ordenamiento simbólico de las sociedades a partir del pasaje de la forma "teológico-política" (donde la representación de la sociedad ante sí misma era mediada por el rey como representante de Dios, y estaba encarnada en aquel) a la forma "democrático-política" (cuando se derrumba esa mediación con lo extra-mundano, así como su corporización en el monarca). De modo que la forma de la sociedad se convierte en un enigma permanente y una labor permanente de autoconfiguración. Esta mirada fue retomada por Plot (2007)[17]

[17] Cabe aclarar que en producciones más recientes, en una línea próxima a la de Rancière, acertadamente Plot (2015) propone una crítica a Lefort inter-

para profundizar acerca de la cuestión de la institución de la política moderna:

> El ahora desincorporado y vacío lugar de poder se vuelve *normativamente* el premio a obtener en una lucha política permanentemente arbitrada por la intervención *tanto* periódica *como* excepcional de la voz del pueblo, esta actividad autoconfigurativa a la cual se dedican las democracias modernas resulta ser la dimensión interminable, fundamental y constitutiva de su propia existencia. (Plot, 2007, p. 15).

Tal como lo expone el fragmento, el autor destacó, por sobre otras cuestiones, el carácter acontecimental de la intervención de la voluntad popular en los procesos de decisiones de asunto público. La emergencia de un "tiempo público" supone que las luchas de poder en torno de las instituciones del Estado y las actividades llevadas a cabo por la ciudadanía en la esfera de lo público no mantienen ni una relación de exterioridad mutua –tal y como proponen ciertos modelos teóricos, como el de Jürgen Habermas[18]– ni una proximidad permanente –al modo en que lo propuso la filósofa Hannah Arendt[19]– sino que, además de la excepción

---

pretando que sus formulaciones remiten en cierta medida a supuestos holistas y a una taxonomía próxima a los tipos ideales al estilo weberiano, lo cual dificulta una concepción verdaderamente inmanente y agonal de la política. No obstante, como señala el propio Plot, esto no invalida la eficacia de la lectura de Lefort en la dirección arriba propuesta.

18 La exterioridad mutua de la esfera pública y el sistema político, tal como la describe Habermas (2009), no permite otorgar un rol dinámico a los actores de la sociedad civil, limitando su actuación al control público sobre las autoridades políticas o a la influencia en el proceso político. Si bien estas actividades son importantes y no deben ser pasadas por alto, la reducción normativa de la relación entre sociedad civil y política a la influencia de la primera sobre la segunda no alcanza para crear las condiciones de una verdadera participación política en los asuntos públicos de la comunidad. Al quedar fijada como un espacio exterior a la sociedad política, lo que la concepción habermasiana de la esfera pública desestima es la posibilidad misma de que se produzca, en ciertas circunstancias, una convergencia entre lo público y lo político.

19 Para Arendt (1995), el estrecho vínculo entre esfera pública y política tenía en el caso de Grecia un carácter marcadamente estable. El propósito de la

deliberativa institucionalizada de las campañas electorales, de tanto en tanto ciertos acontecimientos políticos contingentes, logran acaparar monopólica e informalmente la atención pública y, bajo determinadas circunstancias, habilitan la intervención de la ciudadanía en el proceso político.

Ahora bien, a partir del análisis de las condiciones que marcaron la tendencia a la formación de una ciudadanía caracterizada por la apatía e indiferencia hacia la política durante la década de los noventa, Sergio Caletti (2003) advertía que términos como "despolitización", "apatía", "incredulidad" o "rechazo", se habían naturalizado antes de ser plenamente comprendidos (p. 86). Dado que la ciudadanía "se constituye como tal en el espacio de lo público, la instancia por excelencia de articulación, disputa y controles mutuos entre el Estado y la sociedad de particulares", es en las mutaciones de este proceso de constitución donde debería "indagarse por su 'abandono' de la política" (p. 100). En tal sentido, puede proponerse que, así como bajo la gubernamentalidad neoliberal se promovió el funcionamiento de una economía de mercado sin *laissez-faire,* que hizo del mercado un espacio sometido a una intervención permanente, para poder ejercer un control sobre los efectos producidos por la cohabitación de los ciudadanos en la esfera pública, se procedió además a una paulatina desarticulación de lo que había sido el acople, característico de la

pólis, señalaba, era el de "capacitar a los hombres para que realizaran de manera permanente, si bien bajo ciertas restricciones, lo que de otro modo sólo hubiera sido posible como extraordinaria e infrecuente empresa" (p. 219). El problema, tal como lo señaló Plot (2008), surge cuando se trata de transformar esta idea de la institución de un espacio permanente de aparición, en un modelo normativo para las democracias modernas: "¿no es posible reconocer que nosotros, los ciudadanos modernos, somos muchos más –en realidad, "todos"– y estamos mucho más ocupados en el ámbito privado que nuestros pares de la antigüedad, que eran muchos menos en cantidad y cuyas labores eran facilitadas por esclavos y la opresión sobre las mujeres; y por lo tanto, estamos necesitados de instituir no un único espacio de aparición sino, también, *tiempos periódicos y excepcionales de aparición*?" (pp. 198-199).

.

democracia moderna, entre lo político y lo público, generando la constitución de una paradójica esfera pública *sin debate ni conflicto*.

Hacia mediados de la década del ochenta Badiou (1985), observando y tomando nota del creciente desencanto de la ciudadanía con la política, caracterizó al fenómeno como una situación en la cual la política parecía haber entrado en *la apariencia de su ausencia*:

> Incluso cuando se la menciona, con referencia a lo que ocurre –a las elecciones, el parlamento, los sindicatos, la presidencia, a declaraciones televisadas, viajes pomposos–, todos saben, con un saber en el que las palabras son irresponsables, que se trata de un escenario ahora destinado a otros fines, del que provienen ciertos signos, pero signos cuya uniformidad es tal que en ella sólo puede empalmarse un sujeto automático, despojado de todo deseo. (Badiou, 1985: p. 7).

Cabe señalar que el término *apariencia* no significa aquí que el ausentamiento de la política haya sido un fenómeno aparente, entendido esto último como algo diferente de la realidad. De lo contrario, los análisis que describieron en aquel momento la disipación del conflicto social y político –incluido el suyo propio– podrían considerarse poco más que una mera ilusión. Más bien, lo *aparente* a lo que alude la expresión resulta identificable con *lo que aparece*, en el sentido en el que lo empleaba Arendt (2009) cuando caracterizó a la esfera pública como un espacio plural del mutuo aparecer de los unos ante los otros. La apariencia era entendida por la filósofa alemana como constitutiva de la realidad, en el sentido de que todo lo que aparece en el espacio público puede ser visto y oído por todo el mundo: "Nuestra sensación de la realidad depende por entero de la apariencia, y, por lo tanto, de la existencia de una esfera pública en la que las cosas surjan de la oscura y cobijada existencia" (p. 60).

Si *la apariencia* refiere entonces a algo que toma presencia frente a los ojos, que *la política* parezca haber entrado en *la apariencia de su ausencia* quiere decir que, con el

desbloqueo del neoliberalismo, se produjo un "eclipsamiento" del espacio de lo visible, que las discusiones alrededor de las cuestiones de interés general fueron reemplazadas por un proceso de toma de decisiones que pasó a realizarse a espaldas de los ciudadanos, y que operó ocultamente, más allá del espacio público donde se construye el mundo común. O en otros términos, que la esfera pública dejó de ser la instancia por excelencia de las divergencias y la confrontación entre los distintos puntos de vista en el abordaje de los problemas en común, para dar lugar a la instauración de una perspectiva del mundo donde los asuntos públicos comenzaron a ser vistos sólo bajo un aspecto y presentados únicamente bajo una sola luz.

Algunos analistas suelen emplear la expresión "eclipse de lo político" para referirse a este proceso. Ronald Beiner (1987), por ejemplo, hablaba de la crisis de la política en estos términos:

> Convencidos de que la administración del sistema político es prerrogativa de expertos especialmente calificados y que la opinión del ciudadano ordinario no satisface los cánones de racionalidad establecidos, los potenciales ciudadanos se retiran a su propio dominio privado, donde surgen la frustración y el malestar político. (Beiner, 1998: p. 20).

Sin embargo, lo que Beiner designaba como "frustración" o "malestar político" no debe interpretarse simplemente como la expresión de un estado de ánimo o el resultado de una cuidadosa reflexión. Desde la perspectiva que se viene exponiendo, es importante subrayar que la actitud de apatía e indiferencia debe más bien ser considerada como el correlato inseparable de las transformaciones introducidas en el espacio donde se constituyen las ciudadanías.

Para comprender mejor la naturaleza de este fenómeno, se puede pensar en la distinción que, en referencia al espacio público moderno, Arendt ha establecido entre problemas sociales y cuestiones políticas. La autora aclaraba el

significado de esta diferenciación, presente a lo largo de su obra, de la siguiente manera:

> Hay cosas cuya justa medida podemos adivinar. Tales cosas pueden ser realmente administradas y, por tanto, no son objeto de debate público. El debate público sólo puede tener que ver con lo que –si lo queremos destacar negativamente– no podemos resolver con certeza. Por otra parte, si lo pudiésemos resolver con certeza, ¿para qué necesitaríamos reunirnos? (Arendt, 1998a: p. 152).

De acuerdo con esto, un problema social sería, por ejemplo, el de la vivienda: "No debería haber debate alguno alrededor de la cuestión de que todo el mundo deba tener un alojamiento adecuado" (p. 153). El asunto queda, así, excluido del terreno político. El debate político sólo tendría lugar en la medida en que surjan diferentes puntos de vista desde los que se pueda contemplar el problema*:* "la cuestión de si esta vivienda adecuada significa integración o no es sin duda político" (p. 153).

Ahora bien, volviendo al escenario de finales del siglo XX, se puede afirmar que, con la desvinculación entre espacio público y política, los asuntos políticos comenzaron a dirimirse bajo un criterio puramente administrativo. Dicho en otros términos, esta transformación se plasmó, en primer lugar, en la retirada del espacio de lo público del debate político, convirtiendo todos los asuntos de interés común en problemas técnicos. Bajo el supuesto de que existía una única realidad política que podía ser analizada a través de métodos científicos, la razón gubernamental neoliberal logró convertir progresivamente la discusión pública en una materia sometida al saber de expertos que consideraban las soluciones de los problemas comunes como verdades perfectamente demostrables. Como ha señalado Gastón Beltrán (2005):

> el saber tecnocrático no deja lugar para el debate, ya que sus aportes no son planteados como visiones parciales sino

> como verdades absolutas y científicamente demostrables. Los diagnósticos de los problemas, así como las soluciones, son mostrados como el resultado de la aplicación de un conjunto más o menos estandarizado de modelos econométricos científicos y objetivos, que resultan inhibitorios de cualquier discurso que no posea el mismo instrumental técnico. (Beltrán, 2005: p. 28).

El traslado de la toma de decisiones política a manos de administradores o técnicos, a partir de la suposición de que la creciente complejidad y especialización del proceso de toma de decisiones políticas estaba más allá de la competencia del individuo común, condujo, por otra parte, a un paulatino alejamiento de la ciudadanía con respecto a la política. En aquellos espacios que en otra época se habían erigido como escenarios del debate, la confrontación y el conflicto alrededor de las cuestiones de la cosa pública, se fue expandiendo, como observó Rancière (1996), "la opinión desencantada" de que había poco para deliberar y que las decisiones se imponían por sí mismas, "al no ser el trabajo propio de la política otra cosa que la adaptación puntual a las exigencias del mercado mundial y el reparto equitativo de los costos y beneficios de esta adaptación" (p. 6).

En este punto, se puede retomar la preocupación por las condiciones que facilitaron la desarticulación entre espacio público y política en Argentina. Al respecto, Beltrán situó a la crisis económica de 1989 como un punto de inflexión:

> Los meses que precedieron a la renuncia del entonces presidente Raúl Alfonsín se caracterizaron por un proceso inflacionario fuera de control –con valores que rondaban, en promedio, el 250% mensual–, un gobierno sin capacidad de controlar los procesos políticos y económicos y una tensa situación social, de la cual los saqueos a supermercados y la represión policial son los recuerdos más firmemente grabados en la memoria colectiva. (Beltrán, 2005: p. 9).

Aunque las reformas estructurales ya formaban parte del debate durante los años ochenta, no fue sino hasta

la década siguiente, fundamentalmente a partir del apoyo irrestricto que recibieron de una parte importante del empresariado argentino, que comenzaron a hacerse efectivas. Así, las privatizaciones de empresas públicas, la apertura de la economía, la desregulación de los mercados, y el "achicamiento" del Estado, aparecieron en la escena política de esos años como los remedios infalibles para los problemas de la Argentina.

Según Beltrán, las razones de la creencia empresarial en las soluciones propuestas por el neoliberalismo están relacionadas con los procesos que tuvieron lugar en el plano internacional donde, tanto en términos políticos como económicos e ideológicos, el liberalismo salió victorioso tras el colapso del socialismo soviético. Sin embargo, reconocía que el contexto internacional no explicaba por sí sólo cómo estas ideas, impulsadas entre otros por los organismos multilaterales de crédito, entraron y fueron interpretadas y resignificadas localmente. Fue la forma en que ciertas ideas fuerza neoliberales crecieron en legitimidad durante esos años, lo que lo llevó a pensar, a su vez, en el papel de los intelectuales como "difusores o propagadores de ideología" (p. 14).

De esta manera, el foco puesto en los intelectuales expertos le permitió arrojar luz sobre la forma en que el neoliberalismo fue aceptado como válido no sólo por el conjunto del empresariado (lo que se explicaría por la creciente influencia que los economistas comenzaron a tener internacionalmente y, en el contexto argentino, por el modo en que la economía como problema pasó a ubicarse en el eje de los debates y planteos, dándole mayor importancia a la disciplina que se ocupaba específicamente de estos temas) sino también por las elites gubernamentales y por amplios sectores de la sociedad. Por un lado, Beltrán esclareció el papel que cumplieron las redes de economistas e intelectuales como intermediadores entre los organismos financieros y otros centros de producción de ideología neoliberal y los encargados de la toma de decisiones políticas a nivel local:

> Las redes de expertos se articulan en un conjunto de *think tanks* (o "tanques de pensamiento"), fundaciones y consultoras que cuentan con un staff de intelectuales encargados de la producción de un tipo particular de saber. La influencia de estos espacios de generación de saber experto se evidencia en el hecho de que "todo político o funcionario con aspiraciones, todo tomador de decisiones de alto rango, cuenta con un *think tank* que lo provee de ideas, lo asesora con propuestas, lo conecta con las corrientes de pensamiento internacional o lo apoya con datos e información en el debate político. (Beltrán, 2007: p. 31).

Por el otro, centró la atención en la "aceptabilidad" de las ideas neoliberales por parte de la sociedad civil. Propuso, como una manera de evaluarla, pensar en qué medida fueron recibidas por la opinión pública:

> Por ejemplo, el programa *Tiempo Nuevo*, dirigido por Bernardo Neustadt y Mariano Grondona, semanario televisivo de clara orientación liberal (…), era por esos años el programa de periodismo político de mayor audiencia. Aunque el mero "consumo" de ese programa no indica necesariamente afinidades ideológicas, sí proporciona un indicio del tipo de discursos que eran pronunciados sin producir un profundo rechazo. (Beltrán, 2005: p. 14).

Siguiendo esta misma línea de análisis, Ezequiel Adamovsky (2009) ha señalado cómo junto a esos periodistas, los economistas se convirtieron en los opinadores más requeridos en los medios: "Desde sus programas de radio y TV y sus columnas en los diarios explicaron pacientemente durante años que los problemas del país tenían que ver con la excesiva intervención de la política y del Estado en la economía" (p. 422). Así, la intensa campaña de propaganda habría permitido convencer a la sociedad no sólo de que los ajustes eran necesarios, sino también de la racionalidad de las medidas y las decisiones. No obstante, y sin demérito de estas interpretaciones, es importante tomar en cuenta que la posibilidad de irradiación de estas voces no hubiera

sido posible sin el marco de reconfiguración del mapa de medios, inclinado hacia un proceso de privatizaciones y concentración de la propiedad.[20]

Por otra parte, la inviabilidad del proyecto neoliberal tal como pretendió ser instaurado paulatinamente se hizo cada vez más evidente. Cuando los desastrosos efectos del neoliberalismo en Latinoamérica se hicieron sentir de forma más dramática, la indiferencia ciudadana fue abriendo paso a un profundo malestar expresado de manera explícita en una pérdida generalizada de confianza en la capacidad de los políticos profesionales para la toma de decisiones. En Argentina, algunos trabajos llamaban la atención sobre la crisis de legitimidad no sólo de quienes integraban la clase política sino del sistema político en su conjunto:

> El llamado desprestigio de la clase política y su falta de credibilidad, son latiguillos que a fuerza de reiterarse en los medios masivos, en los pasillos o en la conversación cotidiana, han adquirido cierto estatuto de naturalización. Decenas de sondeos miden la magnitud de este fenómeno semana a semana, mes a mes. Casi nadie discutiría ya que se trata de un nuevo elemento del paisaje político que ha llegado para quedarse, al menos por un buen tiempo. (Caletti, 2003: p. 91).

Aun así, resulta importante señalar que el creciente rechazo ciudadano a la política no significó la disipación de los movimientos de protesta. Por el contrario, muchos de esos estudios registraron una multiplicidad de reclamos y movilizaciones populares, protagonizadas fundamentalmente por nuevos actores sociales. Por ejemplo, tal como concluyeron Federico Schuster y Sebastián Pereyra (2001) en un trabajo sobre la protesta social en la Argentina durante la década del noventa, la abundante movilización de recursos colectivos hallada, presentaba "un carácter marcadamente diversificado", "con rasgos claros de localización y

20 Pueden consultarse al respecto los trabajos de Daniel Azpiazu (2001) y Eduardo Basualdo (2000), Osvaldo Iazzetta (1996), entre otros.

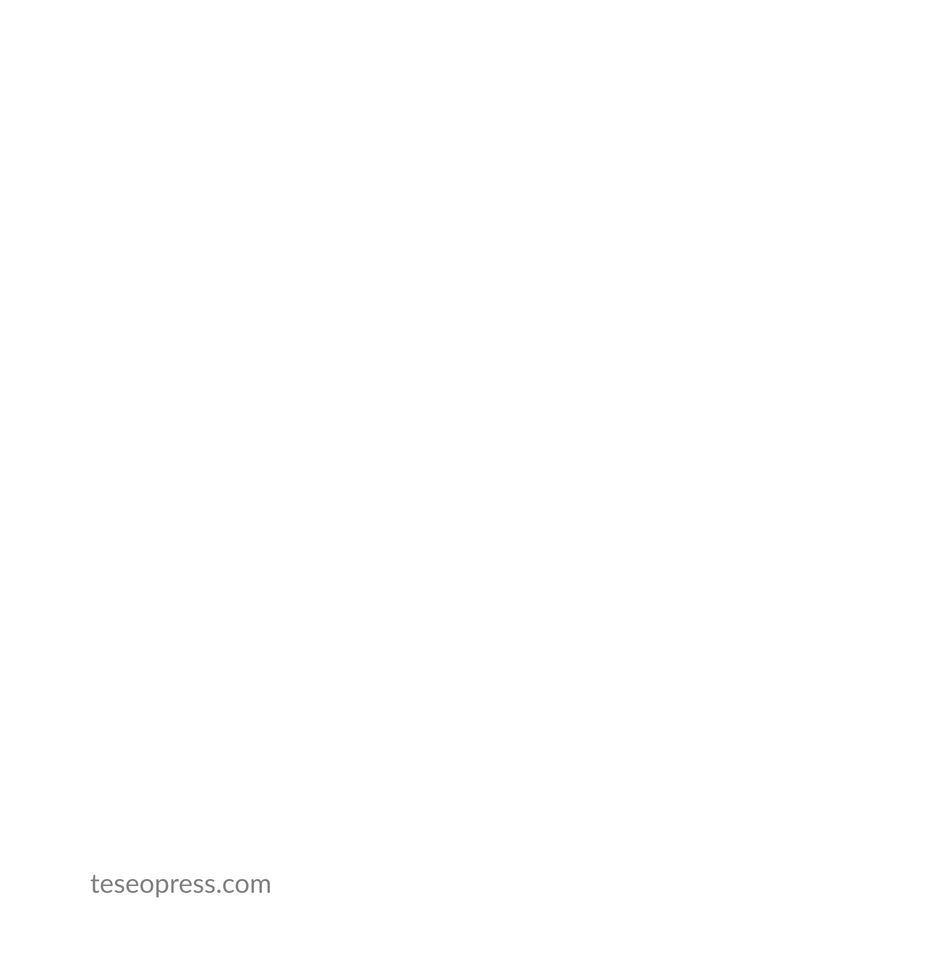
singularidad", y por ende, "con alta fragmentación y escasas posibilidades de construir sujetos unificados de acción" (p. 59). Del mismo modo, Caletti (2003) caracterizó a esa gran cantidad de manifestaciones de protesta principalmente por su carácter efímero, por no poseer organizadores visibles o reconocidos y por sostener reivindicaciones muy puntuales e inmediatas.[21]

En definitiva, en términos generales, la consecuencia más importante de la crisis de la política no radicó en la desaparición de toda forma de intervención ciudadana en el espacio público sino, más bien, en una serie de movimientos complejos. Ciertamente, el análisis del papel de los intelectuales en torno a la producción de "efectos de verdad", como los llamaría Foucault (2007), permite vislumbrar cómo se interpusieron e interfirieron entre las instancias de toma de decisiones políticas y el ciudadano común, contribuyendo en alguna medida a su paulatino alejamiento de las preocupaciones políticas. Asimismo, los datos sobre la protesta social en esos años evidencian el tránsito de una ciudadanía orientada hacia los intereses colectivos, a una ciudadanía preocupada por la defensa de derechos particulares o privados. Sin embargo, resulta poco conveniente una interpretación apresurada que limite esta reconfiguración subjetiva a una mera aceptación pasiva. En los términos que ha sido argumentado, resulta clave reconocer la presencia de actitudes que no sólo involucraban una *reclusión apática en el espacio de la vida privada* sino, en muchos casos, también resultaban expresión de posiciones que fueron estableciendo mayores o menores distancias con el nuevo ordenamiento.

---

21 No obstante, cabe subrayar una vez más que estas experiencias de protesta no deben leerse como carentes de todo horizonte político ni de espesor histórico. Al respecto, puede reconocerse la emergencia de actores como los movimientos piqueteros que, hacia mediados de los noventa intentaron resistir la operatoria neoliberal abriendo paso a las nuevas identidades políticas militantes que se delinearían en los primeros años del siglo XXI.

En ese marco, como se vio en el apartado anterior, se dieron ciertas adhesiones tácitas, o eventualmente más explícitas, al menemismo y su modelo socioeconómico. En ese respaldo es posible encontrar huellas impregnadas también de otras tradiciones previas, antiplebeyas pero que, a su vez, permiten tender conexiones entre estas últimas décadas del siglo XX y las escenas posteriores a lo que podría caracterizarse como un proceso de reactivación de la política en un sentido complejo, heterogéneo, muchas veces reñido con una actividad emancipatoria. Como se verá a continuación, en esta línea puede interpretarse la emergencia del sujeto *neopolítico* (Schtivelband, 2016) en el marco del conflicto agropecuario de 2008 en Argentina.



Parte 2. La emergencia del sujeto neopolítico

3

Entre la apariencia de la ausencia y el regreso de la política

3.1. Interrogantes acerca del conflicto agrario en el marco de la renovada escena latinoamericana

A pocos años del inicio del nuevo siglo, en los debates políticos y académicos en torno del panorama latinoamericano, fueron cobrando fuerza ciertos puntos de vista que postulaban un regreso de la política y sus temáticas a la vida cotidiana. Estos enfoques se apoyaban en una serie de acontecimientos políticos que venían teniendo lugar en algunos países de la región, cuyo eje estaba anclado en el resurgimiento de la participación de la ciudadanía en la formulación de demandas vinculadas con los asuntos de la vida en común, en contraste con la apatía generalizada con que a menudo se caracteriza a los años noventa. En una intervención pública en 2012, el filósofo y politólogo Eduardo Rinesi se refería de esta manera a los cambios que se habían venido produciendo en la región y, particularmente, en la Argentina:

> Lo que me parece que ha ocurrido en el último tiempo, tal vez no sólo en la Argentina, quizás es un fenómeno más amplio, pero en la Argentina de un modo muy visible, es un estallido o una profundización de un conjunto muy variado de militancias, entre las cuales, la de los sectores juveniles, universitarios o no, sin duda tiene un relieve importante y una especial visibilidad. Llama la atención la aparición en el espacio público de maneras muy notorias y muy entusiastas

> de una cantidad de jóvenes, participando muy activamente en una vida política que hasta hace no mucho tiempo los rechazaba o los repelía. Una década y poco, podríamos decir, en que había un movimiento más bien de rechazo, de condena del mundo de la política, del mundo de los políticos, a los que se percibía monolíticamente como una manga de corruptos, como una manga de tipos que se tenían que ir todos, a un compromiso con la vida pública, con los debates públicos, con el propio funcionamiento del aparato del Estado. Hay como una recuperación del valor positivo de la política como actividad, del discurso político como palabra hoy autorizada para construir una narrativa diferente a la que construía tradicionalmente el discurso de los medios, el discurso de lo técnico-económico. Cuando uno se acuerda del modo en que se discutía de política en este país hace quince años, en los que los políticos casi no abrían la boca si no era para decir a cuánto estaba esa mañana el *riesgo país.*[1] Es decir, había una colonización muy fuerte del discurso de la política por el discurso técnico-económico neoliberal. Y lo comparo con lo que pasa hoy, cuando al revés, ya no hay casi economista que no hable como el político que es. Hay una comprensión del carácter político de la actividad económica, del carácter político de las discusiones diversas que tenemos en los espacios públicos, y eso ha producido manifiestamente un tipo de enamoramiento en amplios sectores sociales, juveniles y no juveniles. (Rinesi, 2012: s/p.).

Para el autor, esta recuperación del valor positivo de la política –asociada a su retorno–, supuso una serie de novedades temáticas y expresivas en las manifestaciones de la militancia política respecto tanto de las prácticas militantes de los años ‘70 como de las culturas políticas de los ‘80. Estas novedades en algunos casos coexistían, en otros se fusionaban, con formas y prácticas de larga data. La proliferación de organizaciones políticas, sociales, culturales,

1 Se refiere al índice que intenta medir el grado de riesgo que entraña un país para las inversiones extranjeras, empleado fundamentalmente por los organismos financieros internacionales como instrumento para poner límite a las políticas gubernamentales.

de manifestaciones en el espacio público urbano, de intervenciones en nuevos medios, tales como redes sociales, de temáticas vinculadas a demandas de la sociedad civil, entre otras cuestiones, parecía dar cuenta de esa suerte de *enamoramiento* que mencionaba Rinesi.

Lo cierto es que las novedades temáticas y expresivas no alcanzaron tan sólo a actores políticos previamente constituidos sino que una de las particularidades de ese proceso radicó en una ampliación que recuperaba la preocupación por los asuntos comunes que supuso además el involucramiento de sectores que hasta poco tiempo atrás se habían autoexcluido de la esfera pública o que directamente se habían sentido ajenos a las historias y memorias colectivas de lucha.

Así, frente a este escenario inevitablemente surgió el siguiente interrogante: ¿en qué medida puede considerarse que una intervención en esa esfera pública ampliada pueda asumirse como realmente "política"? Ligado a ello, ¿en qué medida la/s subjetividad/es que dio/dieron base a la participación de esos nuevos actores pueden ser consideradas realmente "política/s"? ¿Es factible leer estos procesos que fueron sucediéndose en América Latina como un abandono definitivo del modo de constitución de una ciudadanía marcada por la apatía, el individualismo y el neoliberalismo?

Si para determinar las condiciones bajo las cuales se produjo el ausentamiento de la política se propuso orientar la reflexión hacia el lugar mismo de la desaparición, para constatar que la política haya vuelto a ocupar el lugar que había abandonado, o en todo caso, para acreditar la modalidad de ese retorno, habría que interrogarse por los sujetos que se constituyeron en las nuevas condiciones que presentaba el espacio público.

Convendría enfatizar que esta ampliación del espacio de lo público no solamente comprendió a los actores que se encontraron con ese *enamoramiento* de la política. La ampliación se evidenció en el desplazamiento de las temáticas de los medios de comunicación y en el eclipsamiento

de los discursos político-tecnocráticos, pero también, en el involucramiento de una parte de la sociedad en discusiones cotidianas y en controversias políticas coyunturales de mayor jerarquía, que revistieron formas de participación más cercanas a la resignación o al rechazo que al enamoramiento. Como también afirmaba el propio Rinesi, no se trató solamente de una relación de enamoramiento: la política asume inexorablemente el conflicto entre los hombres. De modo que el regreso de la política no puede asociarse tan sólo a las valoraciones positivas u optimistas respecto de la potenciación de algunas prácticas sino que lo que pone en el centro de la cuestión es el retorno a la centralidad del conflicto político. Y, en el caso de la Argentina, ese conflicto se define fundamentalmente en términos de un antagonismo entre peronismo y antiperonismo, antagonismo que guarda una larga historia previa y que signó los últimos setenta años de la historia del país.

Como se ha señalado previamente (véase Parte 1, Capítulo 2), el eclipsamiento de la política de los '90 había arrasado con las controversias constitutivas de la política argentina, al punto de que, como sostuvo el filósofo Ricardo Forster (2008), la clase media, tradicionalmente antiperonista, "primero con cierta desconfianza nacida de su gorilismo visceral pero luego francamente entusiasmada por los viajes a Miami, los teléfonos celulares y la posibilidad de disfrutar de la ficción primermundista, acompañó a (quien era entonces presidente, Carlos) Menem" (p. 16). Si bien su *retorno* supuso la conformación de nuevas modalidades subjetivas en lo que refiere a la cuestión de las particularidades que adquirieron en la nueva escena –tras varios años de neoliberalismo y eclipsamiento de la política–, no quiere decir que carecieran de memorias históricas y/o, en algunos casos como el de la clase media, de hostilidad hacia el peronismo.

Estas últimas apreciaciones ponen de manifiesto la preocupación central de esta segunda parte del trabajo (que retoma el trabajo de investigación previo), relativa a la

caracterización de la subjetividad de quienes, alejados del fragor de la militancia, en aquellas circunstancias *decidieron* intervenir en la arena pública. De la mano de lo cual surgieron una nueva serie de interrogantes: ¿cuáles son las condiciones de posibilidad que hicieron a la constitución de esa nueva subjetividad?, ¿qué interlocución estableció con el discurso neoliberal de los '90?, ¿de qué manera su emergencia incidió en la configuración de las nuevas identidades colectivas que surgieron en este contexto?, ¿qué forma adquirió esa nueva modalidad de intervención en la esfera pública, y en qué difirió de los modos de la participación ciudadana registrados durante los años noventa?

Para avanzar sobre estas cuestiones, se tomó como caso paradigmático al denominado "conflicto del campo", que tuvo lugar en la Argentina en el año 2008, a partir de que el Gobierno de Cristina Fernández de Kirchner anunciara la Resolución N° 125 sobre retenciones móviles.

El conflicto con los productores agropecuarios por la política de derechos a las exportaciones se originó hacia comienzos del mes de marzo, tras el anuncio del por entonces ministro de economía, Martín Lousteau, de un nuevo esquema de retenciones a las exportaciones de granos. La norma consistía básicamente en un aumento de las alícuotas para la soja y el girasol así como la implementación de un sistema de retenciones móviles que permitía subir o bajar el porcentaje del impuesto de acuerdo con la evolución de los precios de los granos, lo cual generó la reacción de las cuatro principales entidades patronales del campo –Confederación Intercooperativa Agropecuaria (Coninagro), Confederaciones Rurales Argentinas (CRA), Federación Agraria Argentina (FAA) y Sociedad Rural Argentina (SRA)–, que respondieron con un llamado al cese inmediato de actividades. La medida de fuerza impulsada por la dirigencia rural contó rápidamente con la adhesión de los productores, quienes en señal de protesta se movilizaron y bloquearon rutas en decenas de localidades del interior, afectando la comercialización de carnes y granos en todo el país. La

negativa del gobierno a negociar mientras durara el *lockout* y el endurecimiento de la posición de los productores agropecuarios contribuyeron a que el enfrentamiento se prolongara en el tiempo y adquiriera notoria trascendencia y proyección pública.

Con el pasar de los días, la circulación en los medios de comunicación de las diferentes posiciones y opiniones de los actores vinculados a uno y otro sector, así como de otros actores sociales o políticos de peso, logró despertar el interés de una parte considerable de la población que comenzó a implicarse en una infinidad de discusiones referidas a una amplia gama de cuestiones que iban desde el correcto o incorrecto manejo gubernamental del conflicto, el carácter confiscatorio o redistributivo de la medida, la conveniencia o no de la intervención del Estado en la renta privada, hasta el modelo de país que se pretendía construir. En un escenario convulsionado por la generalización de una disputa no exenta de desafíos cruzados y acusaciones por la prolongación de los cortes de ruta, la paralización y el desabastecimiento de alimentos, el empresariado rural fue cosechando un conjunto de adhesiones de distintas figuras políticas así como el apoyo de sectores urbanos medios y altos que, en reiteradas oportunidades durante el transcurso del conflicto, se manifestaron con cacerolas y bocinazos en las calles de las principales ciudades del país.

Ante el fracaso de cualquier intento de acercamiento de posiciones y en un clima de creciente tensión por el incremento de las protestas a favor de "el campo" y la intensificación de actos y manifestaciones de apoyo al gobierno, hacia mediados de junio, la Presidenta envió el proyecto de retenciones móviles para ser discutido y votado en el Congreso Nacional. Durante las últimas etapas del conflicto, la capacidad de las entidades agropecuarias y del gobierno para lograr la adhesión de distintos sectores de la sociedad ganó mayor alcance y se llegó al tramo final de la discusión en el Senado con una fuerte polarización sociopolítica y un grado significativo de intensidad en la disputa. La crisis

desatada por las retenciones móviles terminó por establecer una frontera interna en la sociedad que contribuyó a la configuración de dos grandes agrupamientos sociales definidos, básicamente, por el apoyo o rechazo a la Resolución 125.

Los actos masivos realizados en Buenos Aires el día anterior al tratamiento legislativo del proyecto mostraron, por un lado, la confluencia de sindicatos, movimientos sociales, intendentes del conurbano y ciudadanos independientes apoyando, bajo la consigna de "más democracia en defensa de la mesa de los argentinos", las retenciones móviles; por el otro, con expresiones como "el campo somos todos" y otras consignas que identificaban al campo con la esencia de la argentinidad, a los ruralistas, miembros de la oposición, organizaciones gremiales y sectores medios sin vínculo aparente con la actividad agrícola, movilizados en desacuerdo con la Ley.

Ahora bien, los motivos por los cuales se eligió este caso responden no tanto al grado de "virulencia" de la protesta en torno a las retenciones móviles –los cacerolazos y piquetes ocurridos en la Argentina durante la crisis político-institucional de 2001 alcanzaron incluso una intensidad mayor– sino al fuerte impacto que generó, particularmente, en una parte importante de la clase media porteña que no tenía intereses económicos o de otro tipo con el campo y que, sin embargo, se vio involucrada y participó en actos y manifestaciones en apoyo a los productores rurales reivindicando cierta concepción republicana[2]. Se trata de un sector social que no sólo se mantuvo absolutamente al

---

2 En un trabajo reciente sobre el conflicto agrario del 2008, Sabrina Morán (2019) explora las tensiones conceptuales en torno de la noción de república durante el mencionado conflicto. El uso vindicatorio de la institucionalidad que primó por parte de la oposición al kirchnerismo (opuesto a una concepción popular de la *cosa pública*) del "concepto de república operó en este proceso como un significante que concentró diversos intereses, aspiraciones y reivindicaciones de estos sectores, cuya eficacia se plasmó en las elecciones legislativas del año 2009 –a partir de las cuales se proyectó a nivel nacional la coalición opositora que, no casualmente, se presentó como una alternativa republicana frente al populismo kirchnerista" (p. 144).

margen sino que repudió las protestas sociales de la década del noventa (cortes de ruta, piquetes, etc.). Incluso, tampoco se trataría estrictamente del mismo sector de la clase media que tuvo una participación en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 y sostuvo su participación en movilizaciones y asambleas. Como sostiene Adamovsky (2009), en aquella oportunidad los protagonistas fueron sectores medios y bajos que probablemente tenían historias previas de lucha y no habían salido beneficiados por el modelo neoliberal.[3] En cambio, aquellos sectores de la clase media que consiguieron mantener o mejorar su posición social en medio de la debacle del país, lejos de sumarse a los cacerolazos y las movilizaciones callejeras, "prefirieron quedarse encerrados y reforzar las medidas de seguridad" (p. 458). Cuestión que marcaría una diferencia sustancial en lo que respecta al conflicto del 2008: en esa ocasión, quienes se sintieron "afectados" por los problemas comunes fueron los sectores que hasta ese momento se habían mantenido ajenos a cualquier discusión en la arena pública.

Estas observaciones condujeron a la hipótesis que guió el trabajo previo: en el marco del complejo proceso de repolitización en la región, la ampliación de la preocupación por los asuntos comunes, que en la Argentina llegó a involucrar a sectores que hasta poco tiempo atrás se habían autoexcluido de la esfera pública, permitió la emergencia de un tipo de subjetividad que –a falta de un término más preciso– se propuso denominar *neopolítica*. El prefijo *neo* procuró remitir, de manera tensa, a una doble caracterización: por un lado, buscaba aludir a la incorporación de esos actores a la esfera pública y su involucramiento en discusiones y controversias de índole político, pero por el otro, sugería la

---

3 Si bien, como dice Susana Murillo (2008), no debería descartarse la presencia de demandas particularistas de cierta parte de los sectores medios que salió exclusivamente a reclamar frente a las entidades bancarias sin mayor interés que la recuperación de sus ahorros, incautados por el "corralito" financiero implementado por el entonces Ministro de Economía del gobierno de Fernando de la Rúa, Domingo Cavallo.

persistencia, en la subjetividad de esos mismos actores, de disposiciones afectivas provenientes de una configuración de larga data –cristalizadas en una identidad de clase media asociada a posiciones con un fuerte componente antiperonista– sobre las cuales operaron durante la década del noventa modos de identificación y participación ciudadana configurados por el modelo neoliberal. Tanto la periodización como la línea interpretativa que sustentó esta hipótesis resultan fundamentales a la hora de avanzar en los posteriores derroteros en torno de la cuestión de la subjetividad política, sobre los que se centra el presente trabajo.

Cabe recordar que, particularmente durante el conflicto por las retenciones móviles, se asistió no sólo a una disputa de ingresos entre el Gobierno nacional y las entidades agropecuarias sino, además, a una lucha respecto de la significación del conflicto que comprometió a un amplio abanico de actores. Una serie de voces representantes de los diversos sectores involucrados (funcionarios, dirigentes rurales, actores sociales o políticos de peso)– confluyó en una esfera pública sometida a una fuerte tensión producto de la oposición entre modos contradictorios de apreciar la situación y la deliberación abierta acerca de cuestiones tales como la política fiscal utilizada por el Gobierno nacional, la elaboración e implementación de las políticas públicas o los alcances y los límites en la relación entre Estado y mercado.

Los medios masivos de comunicación operaron haciendo circular y cristalizando una serie de opiniones y creencias, que lograron interpelar a una parte importante de los argentinos, entre ellos, a un sector de la clase media porteña con débil o ausente preocupación por los asuntos públicos. Concretamente, la emergencia de un discurso en el cual "la esencia de la argentinidad", "la defensa de la institucionalidad", "la voluntad de diálogo", aparecían amenazadas por "el autoritarismo gubernamental" y "la violencia política", proporcionó las condiciones para la adhesión de esos sectores medios a los reclamos de "el campo". La efectividad de estos significantes radicó en que no se limitaron a operar

solamente en el nivel cognitivo, sino que lo hicieron además en la dimensión afectiva de la subjetividad. Ese discurso habilitó la irrupción del contenido individualista y antiplebeyo característico de la identidad de la clase media argentina (expresado en buena medida como "odio al peronismo"), pero además supuso la reactualización de un tipo de subjetividad propia del orden neoliberal (para la cual la fantasía de una "vida buena" o una "sociedad justa" –ficciones de un estado futuro en el que se superarían las limitaciones que en el presente frustran su disfrute– pasaría por la defensa y la reivindicación de las libertades individuales por sobre la construcción de la comunidad, la preeminencia de la lógica del mercado y el rechazo a la política como vía de regulación de la vida social).

3.2. Una mirada retrospectiva del conflicto

En el marco del mencionado proceso de ampliación del espacio de lo público, durante los cuatro meses que duró el conflicto por la Resolución 125, representantes de los distintos sectores involucrados cobraron visibilidad en una esfera pública sometida a una fuerte tensión producto de la confrontación entre distintos puntos de vista sobre los cambios en la política de retenciones a las exportaciones agropecuarias y la manifestación de visiones alternativas acerca de las políticas agroalimentarias necesarias para el país. La prensa y los programas periodísticos motorizaron la circulación de las diferentes opiniones y formas de evaluar la situación que, con el correr de los días, lograron acaparar la atención de una ciudadanía que hasta ese momento había permanecido indiferente a los asuntos políticos. De esta manera, el conflicto se fue convirtiendo paulatinamente en objeto de debate público y una parte significativa de la sociedad optó al final por tomar partido por uno u otro

contendiente, llegando incluso a participar en marchas y manifestaciones e involucrarse en el proceso político.[4]

Lesgart y Souroujon (2008) describieron algunos de los cambios en la práctica de gobierno producidos a partir de la crisis del neoliberalismo y del resurgimiento de los regímenes nacional-populares en la región. Tomando como referencia los casos de Argentina, Bolivia y Venezuela, el estudio mostró cómo y en qué dirección esos cambios llevados adelante en aquellos años incidieron en el sentido de la idea de política (y su relación con la democracia liberal) construida en las décadas del ochenta y noventa bajo la programación neoliberal.

La primera novedad que se notó fue el regreso de la conflictividad en esos tres países. Contrariamente a la gubernamentalidad neoliberal, que intenta neutralizar los conflictos, la hostilidad convertida casi en estilo de gobierno no fue "percibida como un rasgo negativo o como una cualidad de la que la política democrática deba prescindir en pos de alcanzar consenso" (2008: p. 36). En ese sentido, señalaban cómo, a diferencia del clima político-cultural de los años noventa, la política se tornó más confrontativa y, de esa forma, se desplegó el conflicto en el espacio público.

Un segundo aspecto considerado fue el del retorno del Estado. Los autores encontraron que los tres gobiernos parecían devolver al Estado una capacidad para darle sentido a la vida social y a la idea de que había algo que era "común a todos" (p. 38), lo que contrastaba abiertamente con las medidas adoptadas durante el período neoliberal, que había promovido la institución de una definición de la vida en común basada en la mera yuxtaposición de intereses

4 Situación que se replicó en otras circunstancias o en otros casos de gran repercusión pública. En el 2015, por ejemplo, con motivo de la muerte del fiscal Alberto Nisman, se reprodujo una lógica similar en la marcha contra el Gobierno nacional del 18 de febrero y la marcha de apoyo al Gobierno el día 1° de marzo, con motivo del discurso de la presidenta en la apertura de las sesiones ordinarias del Congreso.

particulares, absolutamente opuesta al sentido de la comunidad. Propusieron como ejemplo para pensar el regreso del Estado como símbolo de lo "común", la construcción del discurso en torno a la renacionalización o estatización de las empresas privatizadas en los años noventa, donde partiendo de la idea de la "soberanía de los recursos naturales", se planteó cómo un Estado-nación podía construir un "nosotros" frente a un "otro" (representado, en el caso de Argentina, por Estados Unidos, ciertos organismos de crédito internacional o las políticas derivadas del llamado "Consenso de Washington").

Esta cuestión permitió revelar además otro fenómeno en el que repararon Lesgart y Souroujon: el retorno de la identidad, es decir, la forma en que discursivamente los presidentes de esos tres países,[5] en lugar de apelar al ciudadano representado por el Estado en sus derechos civiles y políticos, parecieron interpelar sujetos colectivos. La distinción "no es menor a la hora de diferenciar entre una *democracia liberal atenta a la racionalidad y responsabilidad de los actores* y *una democracia que atiende a identidades*, que en su marcha se vuelve menos liberal" (p. 40). En este sentido, podría entenderse que para esos tres presidentes la política ha tenido más relación con la movilización de las pasiones y menos con la argumentación racional dirigida a individuos.

El viraje dejó en evidencia el resquebrajamiento de ciertos supuestos fundamentales del neoliberalismo. Un mayor peso del intervencionismo estatal, la revalorización del conflicto, los intentos de construir identidad a partir de rasgos comunes y la apelación a las creencias u opiniones, resultaron ser algunos de los factores que determinaron que, durante los años previos a la crisis desatada en 2008 por la Resolución 125, la dimensión política y conflictiva cobrara centralidad frente al peso de la economía y de la administración o gestión de los asuntos público-políticos propio de

5 Los autores se refieren a los mandatos presidenciales de Néstor Kirchner (2003-2007), Evo Morales (2006-2019) y Hugo Chávez (1999-2013).

los años noventa. Uno de los signos de este cambio pudo encontrarse en el modo en que los programas periodísticos de los medios de comunicación se mostraron como escenarios de debate sobre temas políticos y asuntos públicos, presentando cierto desplazamiento del discurso monocorde de los economistas neoliberales.[6]

Respecto de esta última cuestión, como se ha dicho, si bien la participación de los medios de comunicación motorizó la circulación y cristalización de diferentes opiniones y formas de evaluar la situación de modo que con el correr de los días el conflicto deviniera en objeto de debate público y de involucramiento de una parte significativa de la ciudadanía, esta participación, lejos de desplegarse como una suerte de caja de resonancia neutral, potenció la conflictividad del caso dada la capacidad de los medios para imponer agenda, configurar marcos de percepción y reforzar creencias sociales. El alcance de ciertas interpretaciones mediáticas incidió también en la audiencia a la hora de tomar partido por uno u otro contendiente, incluso en decidir la participación en marchas y manifestaciones e involucrarse en el proceso político. Ciertos medios hegemónicos tenían –y tienen aún hoy– intereses económicos directos ligados al sector agrario.[7] Por otra parte, las intervenciones de los medios tuvieron correlato con una disputa que por esos días comenzaba a tomar forma respecto del Gobierno nacional

6 Este trastrocamiento que presentaron en muchos casos los medios hegemónicos de comunicación en el cual aparece una repolitización del tono de sus programas pareciera ser la contracara de lo que en los ’90 había sido la farandulización de la política. Así, por ejemplo, en los últimos años hasta programas de interés general o incluso programas “de chimentos” tocan temas de debate político. Sin embargo, los motivos de este viraje en muchos casos parece ser una decisión que responde al marketing de la empresa –a tono con los nuevos aires– antes que una repolitización profunda de la lógica de los medios.

7 Según Norma Giarracca (2010), desde 2007 los diarios *Clarín* y *La Nación* tienen el control del 50% de Expoagro, una exposición agroindustrial al aire libre donde diversas empresas exhiben anualmente productos, materiales y servicios para el campo.

y que en el 2009 tendría su punto más álgido con la sanción de la Ley de Medios.

Este nuevo acoplamiento entre espacio público y política llevó a reconsiderar el modo en que las transformaciones referidas impactaron particularmente en la subjetividad de aquellos sectores sociales –principalmente de clase media urbana– que, en virtud de su constitución como "empresarios de sí mismos", se habían sustraído a la dimensión política de la propia vida social.

En el Capítulo 2, tras la caracterización –fundamentalmente en términos de Foucault– del despliegue del neoliberalismo en las últimas décadas del siglo XX, se hizo mención a la implementación que encontró en la Argentina evidenciado, entre otros aspectos, en el desacople entre espacio público y política. Esto fue posible mediante un intervencionismo social dirigido a transformar la naturaleza y la forma de los lazos entre los individuos. Frente a ese panorama, se delinearon dos nuevos interrogantes. Por un lado, ¿qué relaciones se establecieron entre las transformaciones de esos lazos durante la década del noventa y las identidades colectivas previamente constituidas? Por otro lado, y como cuestión fundamental de este trabajo, ¿qué especificidades se recortaron con posterioridad a esa década en lo concerniente a los procesos de subjetivación y la conformación de identidades colectivas en el nuevo escenario?

Uno de los muchos factores que contribuyeron para hacer viable la aplicación de las políticas neoliberales fue la manera en que se habían ido formando las identidades sociales y políticas durante las décadas previas, especialmente, "la expansión de la identidad de 'clase media', con su fuerte contenido individualista y antiplebeyo":

> El neoliberalismo en Argentina sólo pudo instalarse en un contexto de honda fragmentación social que fue necesario fabricar previamente. El terrorismo de Estado de los militares hizo parte del trabajo. Otro tanto hicieron las transformaciones socioeconómicas. Pero fueron los cambios en el nivel de

> la cultura y de las identidades los que terminaron de preparar el camino, dividiendo y separando a la masa de los argentinos del común. (Adamovsky, 2009: pp. 430-431).

Esas divisiones fueron inicialmente fomentadas por la elite hacia principios de siglo XX, cuando fue indispensable "rearmar las jerarquías sociales que habían sido erosionadas tanto por los cambios económicos y demográficos como por las intensas solidaridades populares que venían tejiéndose" (p. 58). La operación político-cultural que realizó la clase superior consistió en una redefinición de la ciudadanía, es decir, "del conjunto de normas que establecen quién tiene derechos políticos y cómo se supone que debe ejercerlos" (p. 59). Lo cual apuntaba a "crear o reforzar jerarquías sociales y contrarrestar los vínculos de solidaridad que se estaban creando entre gente de diferente condición" (p. 86). Asimismo, "tenía la ventaja de lograr que algunos grupos sociales, sin ser ellos mismos de la clase superior, se identificaran sin embargo con su estilo de vida y con sus valores, separándose de ese modo del pueblo más bajo" (p. 115).

La manera en que los sectores medios se imaginan a sí mismos y a los demás lleva aún hoy la marca de esa larga tradición política elitista y excluyente:

> La "clase media" imagina ser la encarnación de la nación y la voz de la racionalidad, lo mejor de la argentinidad. Traza sus orígenes en una manera sesgada de ver el pasado, en la que los inmigrantes europeos –sus ancestros– son los protagonistas centrales del progreso nacional y la población anterior, su obstáculo. Argentina, desde la visión implícita "de clase media", es la elegante y blanca Buenos Aires, o quizás la pampa "gringa", pero nunca la villa miseria ni el paisano de piel oscura. (Adamovsky, 2009: p. 488).

En ese sentido, la irrupción del peronismo en 1945 significó un trauma para buena parte de la clase media, acostumbrada a imaginarse parte de una nación blanca, "decente" y europea:

> El hecho más irritante para las clases "decentes" fue sin duda que las jerarquías sociales tradicionales se vieron profundamente alteradas por efecto de ese componente plebeyo que aportaron al gobierno los seguidores de Perón. (…) ¿Qué fue lo que los motivó a ser tan furiosamente antiperonistas? La respuesta está en el hecho de que, en realidad, no fueron sólo las jerarquías del ámbito laboral las que se vieron alteradas: el vendaval del peronismo sacudió varios pilares que definían el lugar de cada cual en la sociedad. (Adamovsky, 2009: p. 266).

La identidad de clase media, según Adamovsky (2010), nació en esos años: "fue el modo en que mucha gente pudo diferenciarse de esos 'negros' que ahora se pretendían protagonistas de la historia nacional. El trauma peronista reapareció varias veces en la historia y todavía hoy la cultura argentina sigue surcada por las tensiones que él provoca" (p. 12).

En cuanto al perfil que encontró la clase media durante la década del noventa, habría que pensar en el modo particular de implementación de los procesos de neoliberalización en Argentina en tanto fueron llevados adelante por un gobierno como el de Carlos Menem que encaminó sus políticas hacia una subordinación al orden neoliberal internacional sin despojarse –o sin lograr hacerlo– de una identidad peronista desbordante de rasgos plebeyos. De modo que, como ya fue señalado en palabras de Forster, aunque durante esos años el antiperonismo fue neutralizado a partir del consumo, conviene no perder de vista que algunos rasgos profundos de la identidad "de clase media" se encarnaron también en la figura del "empresario de sí mismo", propia de la subjetividad antipolítica neoliberal. El análisis llevado a cabo respecto de la incidencia de la *Vitalpolitik* en los sectores medios, está lejos de suponer que haya sido homogénea o generalizable para todos los miembros de esta clase, así como tampoco supone que no haya existido tal incidencia en otros grupos sociales.

La contundencia con que el orden hegemónico neoliberal marcó el ritmo de la sociedad durante la década

del noventa, fue cuestionada por los acontecimientos de diciembre de 2001, en los cuales quedó al descubierto no sólo la crisis de representatividad marcada por el rumbo de las decisiones tomadas por las autoridades políticas y económicas –entre las cuales estaba la implementación del "corralito" bancario[8] o la declaración del estado de sitio, que terminó con la renuncia del entonces presidente Fernando de la Rúa–, sino además el proceso de resquebrajamiento del modelo neoliberal.

Cuál fue el alcance de los sucesos de 2001 y cómo repercutieron en los procesos de repolitización que se abrieron en los años siguientes ha sido motivo de análisis y reflexión por parte de distintos autores. Algunos, como Susana Murillo (2008), vislumbraron en la indignación popular que se reflejó en los cacerolazos y asambleas barriales un posible factor de repolitización de las relaciones sociales –la cual "no podía ser hecha bajo la forma de la *representación política*" (p. 333). Las posibilidades de esta repolitización, en parte, tendrían que ver con la subsistencia de una memoria de derechos habidos y luchas gremiales y políticas colectivas. De todos modos, la misma autora señalaba que:

> Es sólo una ilusión pensar que todos quienes participaban de ese movimiento deseaban lo mismo. De ese modo, en las acciones de las asambleas se mezclaban la lectura y discusión de textos libertarios, con el rechazo a la extorsión de bancos y empresas privadas, pero también con el deseo de moralizar e higienizar plazas y barrios, así como castigar a delincuentes y rateros. (Murillo, 2008: p. 334).

Y a continuación:

> La lectura de narraciones de personas entrevistadas desde el año 2001 parece sugerir que, junto al rechazo o la desconfianza en la idea de representación política, se habrían construido

8 Se trataba de un conjunto de medidas políticas restrictivas que buscaba evitar la salida en masa de depósitos bancarios.

> rasgos de una moral centrada en los derechos y deberes hacia el propio y cercano grupo de los iguales, al tiempo que la confianza en el colectivo de todos se desestructuraba. Esos mismos relatos indican que en muchos ciudadanos parece haber crecido una moral basada en el cuidado de sí y los allegados, a la par que la desconfianza en cualquier colectivo que incluya a todos. (Murillo, 2008: p. 334).

Otros autores ubicaron con mayor énfasis una incipiente manifestación de repolitización en esos días. Tal es el caso de la lectura que hizo Adamovsky. Más allá del tono celebratorio –"una rebelión *popular* notoriamente *plural y múltiple,* tanto por su composición social como por las identidades puestas en juego" (p. 457)– su interpretación parece indicar que los protagonistas de diciembre del 2001 fueron sectores medios y bajos que probablemente tenían historias previas de lucha y no habían salido beneficiados por el modelo neoliberal. En cambio, los que consiguieron mantener o mejorar su posición social en medio de la debacle del país,

> no sólo no participaron, sino que tuvieron una conducta bastante opuesta a las de los que golpeaban cacerolas en las calles y plazas. Por ejemplo, "los que ganaron" en los noventa y se refugiaron en *countries* y barrios cerrados, no experimentaron ninguna sensación de libertad ni entusiasmo. Para ellos, diciembre del 2001 y todo el 2002 fueron los tiempos del Gran Miedo. (p. 458).

Como ya se ha señalado, esta cuestión marcaría una diferencia sustancial en lo que respecta al conflicto del 2008, ya que en esta ocasión, quienes se sintieron "afectados" por los problemas comunes fueron los sectores que hasta ese momento se habían mantenido ajenos a cualquier discusión en la arena pública.

En la misma línea de análisis se podría preguntar si acaso las marchas y movilizaciones de los años 2004 y 2005 realizadas a raíz de la llamada tragedia o masacre

de Cromañón[9] y del caso Blumberg,[10] no deberían considerarse más cercanas por su composición social a las registradas en apoyo al sector agrario durante el 2008. En base al análisis realizado por Murillo, probablemente pueda afirmarse que existe cierta coincidencia en el perfil de los manifestantes. Sin embargo, como señaló la autora, esos casos resultan ejemplos paradigmáticos de lo que sería la *accountability* social o "rendición de cuentas a la sociedad civil" dado que los ciudadanos se agrupaban para reclamar en tanto "víctimas", individuos o grupos afectados por los "excesos", las "arbitrariedades" de "malos gobernantes" o de "jueces corruptos" (2008: p. 156). Esta última caracterización encontraría, como se verá a continuación, algunas diferencias con el modo de conflictividad expresado durante el conflicto por las retenciones móviles.[11]

Respecto del panorama del 2008, habría que recordar una vez más que el conflicto estuvo enmarcado en un proceso mayor de repolitización y ampliación de la esfera pública que no sólo había habilitado el resurgimiento de la participación e involucramiento de los sectores juveniles en la política, sino que también alcanzó a sectores que hasta poco tiempo atrás se habían autoexcluido de la esfera pública o que directamente se habían sentido ajenos a las historias y memorias colectivas de lucha. En ese sentido, durante los años posteriores al 2001 convivieron manifestaciones cuyas demandas tendrían un alcance de tipo particularista (como los mencionados casos Cromañón y Blumberg) junto

---

9 En la que murieron 194 personas por el incendio de un local bailable que estaba excedido en su capacidad y no respetaba las normas establecidas para ese tipo de espacios.

10 En el que el asesinato de un joven de clase media alta motivó a su padre a encabezar lo que él mismo denominó una "cruzada" (que ha tenido fuertes efectos en la transformación de la justicia penal).

11 De todos modos, no habría que descartar la posibilidad que pese a las diferencias señaladas, esas manifestaciones hayan resultado cierto antecedente en lo concerniente a la experiencia de reclamo en el espacio público.

a otros que fueron tejiendo reclamos de un alcance más amplio, es decir, de tono más abiertamente político.[12]

Bajo estas premisas: ¿en qué términos pensar la participación de una parte de los sectores medios en apoyo al sector agrario, y cómo caracterizar a esa nueva figura subjetiva que se manifestó en este proceso? Aun sin desconocer la persistencia de ciertos elementos, la renovada dinámica política planteó el desafío de proponer una conceptualización respecto de las identidades colectivas y la emergencia de las nuevas figuras subjetivas.

12 Respecto de estos últimos, los de tomo más abiertamente político, podría pensarse, por ejemplo, en la discusión generada en la sociedad civil en torno de la Ley de matrimonio igualitario en julio de 2010. Pese a la oposición de la Iglesia católica y los sectores más conservadores de la sociedad, finalmente la ley fue sancionada. Probablemente esto pueda leerse como un rasgo de mayor *aggiornamiento* de la sociedad sobre temáticas ligadas a la sexualidad, aunque es cierto también, que el tema no encontró la misma oposición en los medios que en otros casos.

4

Del sujeto neopolítico y las identidades colectivas

4.1. El papel de los afectos en la construcción política de las identidades colectivas

Con los ecos de la crisis de la política aún resonando en la primera década del este siglo –aquella que proclamaba la disipación del conflicto y la posibilidad de resolver los problemas sociales *más allá* de la discusión pública acerca de los asuntos comunes–, surgieron una serie de voces que postulaban el retorno de la dimensión política en las relaciones sociales. Tanto en publicaciones académicas, periódicas y medios de comunicación se presentó a este fenómeno como una reactualización de algunos aspectos propios de la política, evidenciados en la conformación de una esfera público-política donde se volvía a ver una mayor conflictividad en torno de los asuntos de la vida en común y la emergencia de una ciudadanía que, superando la fragmentación característica de la etapa anterior, comenzaba a unir a sus reclamos aspiraciones y demandas más generales y de mayor alcance, posibilitando la constitución de agrupamientos sociales con capacidad de influir en los procesos políticos.[1]

---

1 Véanse, entre otros, el artículo "El retorno de la política" de Ricardo Forster (2010) donde auguraba "un camino de retorno a la política antes devastada por la hegemonía del discurso económico neoliberal", o la entrevista a Antonio Negri (2007) titulada "El regreso de la política", en la cual anunciaba el fin de la posmodernidad, al menos en su rasgo político de indiferencia ante el bien común, y dice que recomienza "el tiempo de una narración del

Frente a estas transformaciones, en el ámbito de las ciencias sociales se fueron actualizando los debates alrededor de la literatura dedicada a la problemática de las identidades colectivas y los estudios sobre la constitución de los sujetos políticos. Cuestiones en torno del carácter dado o construido de las identidades o el rol que la racionalidad juega a la hora de dar forma a los agrupamientos, fueron revisadas por numerosos investigadores que intentaban abordar el análisis de los fenómenos políticos y sociales que estaban aconteciendo.

Precisamente, el trabajo de investigación previo (Schtivelband, 2016) se sumó a estos debates desde una perspectiva antiesencialista de lo social que enlaza el problema de la discursividad como apertura de la significación y como espacio de luchas y antagonismos sociales (reconociendo la dimensión de poder como inherente a todos los sistemas de relaciones sociales) con la dimensión afectiva. A partir de estos planteos se buscó dilucidar el rol que juegan las pasiones en la creación de las identidades políticas, focalizando en las condiciones que posibilitaron los procesos de identificación colectivos durante el conflicto del 2008, particularmente en la adhesión de una parte de la clase media al reclamo de la dirigencia rural.[2]

Para abordar estos asuntos, se tomó como vía de entrada un estudio publicado en el marco de un proyecto de investigación sobre espacio público y políticas. En este estudio, Marcelo Altomare y Juan Carlos Seoane (2008)

---

proceso de liberación". También Laclau celebraba, en una entrevista (2010), lo novedoso del escenario de ese momento: "la situación es mucho mejor ahora que hace 10 años. Es el momento de politización mayor (…) Sin dudas vivimos un momento mucho más vivo, que me recuerda a los años '60".

2 A ello se sumó una incipiente campaña que denunciaría la "corrupción" de la gestión como elemento de desestabilización de los valores de la república, un aspecto que iría cobrando fuerza en los años posteriores hasta la coyuntura de triunfo de la Alianza Cambiemos. Véase por ejemplo: "Ante una corrupción en aumento", *La Nación*, 25 de agosto de 2008. Recuperado de https://www.lanacion.com.ar/editoriales/ante-una-corrupcion-en-aumento-nid1042765/.

retomaron el debate que, tras la denominada crisis de los grandes relatos, se orientó hacia la revisión crítica de la perspectiva marxiana de la clase social y de las condiciones en que se constituyen las identidades colectivas. Si bien los autores destacaban en ese artículo la impronta que ha tenido la interpretación de Karl Marx en la comprensión de las identidades colectivas, concluían sin embargo que la concepción de la clase como un sujeto predeterminado de antemano es, fundamentalmente, lo que llevó a diversos investigadores que venían trabajando sobre el tema a abandonar esa perspectiva. Es que para Marx –alegaban–, la constitución identitaria de los sujetos de acción colectiva "se torna inteligible a través de la formación de identidades de carácter colectivo basadas en un interés común, objetivado de modo apriorístico sobre el movimiento del devenir de la historia" (p. 80).

El problema, como ha señalado, entre otros, la investigadora María Gloria Trocello (2009), es que a pesar de que el marxismo interpreta el mundo social desde una perspectiva relacional, al definir la identidad de clase "en términos de intereses o condiciones materiales objetivas independientes de la conciencia subjetiva de los actores sociales" (s/p.), adquiere la característica de una identidad inmediata, inmutable y necesaria, y esto implica una forma de esencialismo. Asimismo, la creciente complejización y fragmentación de las sociedades capitalistas avanzadas –constatación que realizan numerosos estudios contemporáneos– contribuyó al desplazamiento de la perspectiva marxiana que concebía a la clase social como único principio articulador de las identidades colectivas. Teóricos e investigadores provenientes del marxismo o inspirados en él como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1987) plantearon en ese sentido que no se puede dejar de aceptar que "tanto la diversidad estructural de las diversas relaciones en que los agentes sociales están inmersos, como el hecho de que el grado de unificación que pueda existir entre las mismas no es la expresión de una esencia común subyacente, sino la resultante de una lucha

y construcción política" (p. 98). De esta manera, la crítica al esencialismo impulsó a la investigación en ciencias sociales a poner el foco cada vez más en el carácter construido de las identidades colectivas. Como ha indicado Stuart Hall (1998), la cuestión no pasa por suponer "el despliegue de algunas leyes inevitables", sino más bien por reconocer "las conexiones, las cuales, aunque puedan llevarse a cabo, no tienen que existir obligatoriamente" (p. 35).

Asumiendo entonces que las identidades colectivas no son una sustancia preexistente sino el producto de una construcción social, el propósito de analizar la constitución del numeroso y heterogéneo agrupamiento en torno de las demandas de los productores agropecuarios durante el conflicto de 2008, se encontró, sin embargo, con una dificultad a la hora de visualizar las condiciones que permitieron establecer las *conexiones* –para emplear el término utilizado por Hall– entre esos múltiples actores.

Existen distintas perspectivas desde las que se podría haber abordado esta cuestión. Una opción consistía en suponer, como sugieren algunos modelos que derivan de la teoría de la elección o acción racional, que el compromiso obtenido entre los distintos grupos fue producto de una agregación de preferencias o de una negociación entre diferentes intereses particulares. Como en el caso de algunas de las perspectivas que buscaban explicar la supuesta anomalía del apoyo a las reformas durante el gobierno de Menem (ver Parte 1, Capítulo 2), estos enfoques parten de la premisa de que los individuos realizan sus acciones guiados por elecciones racionales y egoístas, conduciéndose en el mundo político mediante el cálculo económico de los costos y beneficios involucrados en cada acción.[3] Por ejemplo, Schuster (2005) ha tomado como base algunos de estos supuestos cuando planteó en un estudio sobre protesta social y acción colectiva que esta última "es el resultado de la asociación de individuos con intereses comunes que

3 Para una aproximación a esta perspectiva véase Mancur Olson (1992).

desarrollan estrategias colectivas como alternativa racionalmente calculable, para optimizar en circunstancias ocasionales y bien delimitadas, las probabilidades de éxito en la satisfacción de sus preferencias" (p. 46). Estaba claro que a partir de estas premisas habría sido muy difícil explicar la adhesión de una parte de la clase media porteña al reclamo de la dirigencia rural. Incluso si se hubiera aceptado que una parte lo hizo guiada por la maximización de sus propios intereses y actuó de una manera básicamente instrumental (podría ser el caso de familiares de chacareros o de inversores en pools de siembra), había muchas personas que no tenían intereses económicos vinculados con el campo y, sin embargo, también adhirieron.[4]

Este tipo de dificultades ha llevado a otros investigadores a suscribir a perspectivas que postulan conceptos alternativos de racionalidad. La teoría de la acción comunicativa de Habermas (1987), basada en la deliberación o argumentación racional, por ejemplo, desplaza el foco de atención desde "la racionalidad cognitivo-instrumental" hacia "la racionalidad comunicativa". La diferencia radica principalmente en que para esta última "lo paradigmático no es la relación de un sujeto solitario con algo en el mundo objetivo, que pueda representarse y manipularse, sino la relación intersubjetiva que entablan los sujetos capaces de lenguaje y de acción cuando se entienden entre sí sobre algo" (p. 499). Desde este punto de vista, entonces, la configuración de las identidades que de una y otra parte agruparon a los numerosos sectores intervinientes en el conflicto podría ser explicada como el resultado de acuerdos racionalmente motivados alcanzados mediante la comunicación intersubjetiva. El modelo deliberativo plantea que para que sea posible el debate debe haber suficientes personas dispuestas

4 Si bien excede los alcances del presente trabajo, el interrogante podría hacerse extensivo –como lo muestran algunos trabajos (Moltó, 2013, entre otros)– a los manifestantes que se mostraron a favor de la Resolución 125.

a dar razones en público, a evaluarlas y a responder convenientemente a las que ofrezcan los demás.

No obstante, esas no fueron las disposiciones predominantes de quienes estuvieron involucrados en el conflicto. Como mostró la investigación de 2016, el tema relacionado con las retenciones y la renta agraria, a pesar de haber sido el detonante del conflicto, no fue mencionado explícitamente por los mismos sujetos que habían adherido a las demandas del agro. Además, el estudio detectó un alto grado de confusión a la hora de argumentar racionalmente dicho apoyo (ver apartado siguiente). Si bien existen otros enfoques relacionados con la teoría de la acción racional,[5] la exploración del estado del conocimiento preexistente realizada en aquella ocasión reveló las limitaciones de abordar la cuestión desde una perspectiva centrada en la voluntad, la reflexión y los argumentos racionales como la única o principal determinación de la formación de las identidades colectivas.[6]

5 Se pueden mencionar, por ejemplo, los trabajos de Elster (1990) y de Sidney Tarrow (1997).

6 Diversos estudios han examinado los factores que permitieron que grupos urbanos sin afiliación ideológica ni intereses específicos se unieran a las marchas del campo, centrándose principalmente en explicar los procesos de formación de identidades desde una perspectiva racional. Una primera línea de investigación argumentó que la relación entre el público urbano y el sector rural debía entenderse en el contexto de la disminución del consenso en torno al proyecto que consideraba a la industria como el único sector capaz de impulsar el desarrollo económico y social. Según estos estudios, la imagen del agro como un sector especialmente dinámico o del empresariado rural como un actor económico clave para el futuro del país fueron fundamentales para entender por qué, en respuesta a los cortes de ruta, por ejemplo, se culpó al Gobierno nacional en lugar de a quienes obstruían el tráfico (Hora, 2010). Por otra parte, un segundo conjunto de estudios sostuvo que la aparición de movilizaciones en apoyo al sector agropecuario no se debía únicamente a la confianza en la capacidad del campo, sino más bien a una base de descontento previo (Chuca, Rivas y Stramucci, 2009). En el relato de los acontecimientos, la aparición de opiniones negativas por parte de los entrevistados en relación con temas y medidas gubernamentales como la nacionalización de las AFJP, la Ley de Medios Audiovisuales, el patrimonio de Néstor Kirchner, los Derechos Humanos o la inseguridad sugería que estas personas estaban en contra del Gobierno nacional en lugar de apoyar

En el citado trabajo, en cambio, se tomó como punto de partida los presupuestos de las denominadas teorías críticas postestructuralistas y postmarxistas, las cuales, asumiendo tanto la insuficiencia de las visiones esencialistas como las críticas al racionalismo, han servido como base de numerosas investigaciones que han venido trabajando en los últimos años sobre el tema de las identidades y su relación con la política.[7] En este sentido, resultó pertinente retomar la

al campo (Moltó, 2013). Por lo tanto, se planteaba que el conflicto agropecuario contribuyó a potenciar y canalizar un descontento previo que crecía debido a la falta de representación y patrocinio de los intereses de los sectores medios en la política del gobierno (Gómez, 2008), así como a la persistente desconfianza en el sistema político en general, que se originó a partir de la crisis de legitimidad de los partidos políticos en 2001 (Moltó, 2013). Un tercer conjunto de investigaciones se enfocó en los aspectos psicosociales emergentes y argumentó que en 2008 se produjo un cambio significativo en el tipo de subjetividad colectiva predominante durante la década de 1990, la cual se caracterizó principalmente por el rechazo hacia la política. Según esta línea de análisis, además de la necesidad de participación en lo público, que ya se había evidenciado en los acontecimientos de 2001, intervinieron en el conflicto agropecuario la sensación de encontrarse en un momento de transición y el sentir que se tenía un papel relevante en los sucesos (Fabris y Puccini, 2010). Es posible que los sucesos del conflicto del agro hayan sido influenciados por factores como la discusión sobre el papel del campo y la industria, la falta de confianza en el sistema político y el deseo de participación en asuntos públicos. Sin embargo, es importante tener en cuenta que la formación de identidades colectivas no se debe solamente a la voluntad, deliberación y racionalidad, sino que también hay otros factores que no han sido considerados en estos estudios. Por ejemplo, ¿cómo podrían explicarse las expresiones de odio hacia el peronismo que se divulgaron en las redes sociales o que se escucharon en las manifestaciones? En este sentido, otros enfoques han subrayado la persistencia de una identidad antiperonista en un sector de la sociedad (Wortman, 2008; Adamovsky, 2009), la cual fue actualizada por un gobierno que retomó el discurso de la justicia social, mostró preocupación por el mercado interno y el crecimiento económico, e incorporó banderas que no pertenecían a la tradición peronista, como la de los derechos humanos (Jozami, 2009). El estudio llevado a cabo en 2016 coincidió con estas perspectivas que enfatizaban otros factores menos relacionados con la razón y la voluntad, como es el caso del "trauma" que la aparición del peronismo causó en la identidad política de la clase media.

7 En relación con el caso del conflicto por las retenciones móviles, véanse particularmente los trabajos de Hernán Fair (2008), Nadia Lazarowski (2010), Mariano Fernández y Soledad Stoessel (2012) y Juan Pablo Gauna y Sebastián Rigotti (2013).

revisión crítica de la concepción marxista del sujeto de clase desde la perspectiva de la teoría de la ideología de Louis Althusser, la cual, a partir de los aportes que ha tomado del psicoanálisis tanto freudiano como lacaniano, permite sostener la no preeminencia de lo racional como fundamento de la constitución de las identidades colectivas. Esta línea de estudio, que se inició en los años sesenta y setenta, se ha enriquecido más recientemente con las aportaciones de autores como Žižek, Laclau y Mouffe, entre otros, quienes han sustentado la idea de un sujeto no sólo racional sino atravesado por el deseo, la pasión y el goce en su acción política.[8]

En primer lugar, se revisó el problema referido al proceso subjetivo de formación de las creencias de sentido común. Proceso mediante el cual las ideas y opiniones aparecen o son auto-percibidas por los individuos como si fueran expresiones de su propia voluntad, originadas en ellos mismos, y no como el resultado de un proceso de internalización de significaciones preexistentes. Esta cuestión resultó fundamental, para comprender el mecanismo por el cual se produce el efecto de creencia que permite la identificación con una causa, ya sea el consentimiento indiferente a las soluciones administrativas de los problemas políticos en los noventa, o más importante para el presente trabajo, la aprobación entusiasta con que las mismas capas medias que hasta poco tiempo atrás se habían excluido de la escena pública, acompañaron los reclamos de los productores

8 Cabe destacar con Jorge Alemán (2011), que aun cuando "en Lacan hay muchos pensamientos referidos a las inercias sociales", estos autores no otorgan necesariamente un valor negativo a esos conceptos, sino que los consideran centrales para visualizar, a través del análisis del papel de la afectividad en los procesos de constitución de las identidades colectivas, cómo los procesos políticos de cambio en ocasiones chocan pero en otras resultan vitalizados por motivaciones profundas que escapan a la voluntad y a la razón de los sujetos. Es interesante reflexionar, por ejemplo, en la repercusión que tuvo en los últimos años el libro de Laclau *La razón populista* (2005), donde se asiste a una revalorización del término populismo y de la condición afectiva, empleados tradicionalmente de un modo peyorativo.

agropecuarios durante el conflicto por el cambio en el régimen de retenciones.

Según una célebre frase, *no es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia*. Siguiendo una dirección opuesta a la del idealismo filosófico, Marx y Engels (1968) sostenían que los hombres reales y actuales, así como están materialmente condicionados, son los productores de sus ideas. Sin embargo, las representaciones que se hacen de sí mismos y de sus relaciones, lejos de presentárseles de manera clara y transparente, se les aparecen invertidos, *como en una cámara oscura*. Ahora bien, ¿cómo se produce esa inversión?

Con la división del trabajo (entre manual e intelectual), los sectores liberados de la tarea de producir los medios necesarios para satisfacer sus necesidades (en el capitalismo, la clase propietaria de los medios de producción, pues son otros, los trabajadores, quienes los brindan) tienen la posibilidad (y el tiempo necesario) de formarse una imagen del lugar que ocupan en el mundo y sus relaciones con los demás. Pero estas representaciones resultan absolutamente distorsionadas debido a que se forjan con independencia de las condiciones materiales de existencia (ya que los miembros de la clase dominante no entran en contacto directo con la instancia de la producción). Sin embargo, los individuos que forman parte de la clase trabajadora tampoco logran hacerse una representación "adecuada" del lugar que ocupan en la estructura productiva, a pesar de que ellos sí producen directamente su vida material. Se representan a sí mismos, por ejemplo, como sujetos libres cuando *en realidad* la venta de su fuerza los "esclaviza" a su puesto de trabajo. Marx y Engels explicaban este fenómeno señalando que las ideas dominantes de una época son las ideas de la clase dominante y que la clase que domina en el plano material también lo hace en el plano intelectual. Ahora bien, ¿cómo se produciría esta dominación intelectual?, ¿cómo es que los sectores dominados llegan a pensar su situación a través de categorías burguesas como "libertad", "salario justo",

etc.? Sostenían que la confusión en el plano de las ideas sería producto de las contradicciones que se registran en el plano material. Por lo tanto, su propuesta fue la abolición del modo de producción capitalista a través de la práctica revolucionaria: suprimida, en la sociedad comunista, la división del trabajo y las contradicciones que genera, las ideas se corresponderían a lo que las cosas "realmente son", disipando así toda ideología.

Posteriormente, Marx (2004) precisó mejor el origen de la distorsión ideológica. Con el concepto de "fetichismo" logró arrojar luz sobre el proceso por el cual el valor generado por el trabajo humano se pone de manifiesto como si fuese una propiedad inherente a la mercancía. Su análisis, sin embargo, no pretendía revelar el contenido oculto detrás de la forma-mercancía sino entender el misterio de la forma misma.[9] Todo el secreto, señalaba, reside en el carácter social del trabajo. Los diferentes trabajos privados, en la medida en que se desarrollan independientemente unos de otros, sólo adquieren realidad como partes del trabajo social en su conjunto a través de las relaciones que se dan al intercambiar los productos de su trabajo. De este modo, las relaciones sociales entre trabajadores privados aparecen transfiguradas en el mercado como si fueran relaciones sociales entre cosas. "Ellos no lo saben, pero lo hacen", postuló. Ahora bien, revelado el misterio ¿el intercambio mercantil asume otra forma o deja de ser efectivo? Evidentemente no. Las prácticas que los sujetos realizan cotidianamente para producir su vida, incluida la forma en que intercambian mercancías, no se alteran por el hecho de que "sepan" cómo funcionan. Entonces ¿por qué aun sabiendo, continúan haciéndolo? Althusser (1970) fue enfático cuando argumentó que las representaciones ideológicas no se

9 Acá es interesante adelantar el punto de vista althusseriano explicado más adelante. Se verá cómo tanto para Marx como para Althusser, el problema de la "distorsión" ideológica radica menos en el contenido "distorsionado" que en el enmascaramiento de su propio operar.

disipan, no pierden su "efectividad social" por el hecho de que se conozca el secreto de su funcionamiento.

Al respecto, Žižek (1992) se ha preguntado dónde reside el carácter ideológico de las creencias, si en el "saber" o en el "hacer". Invirtiendo el punto de vista "habitual" que ubica lo ideológico en el saber ("no lo saben, pero lo hacen"), siguió a Althusser cuando proponía pensar que lo ideológico estaría operando en las propias prácticas. Retomando entonces estos argumentos, reinterpretó la fórmula marxiana de la siguiente manera: "ellos saben que, en su actividad, siguen una ilusión, pero aun así lo hacen" (p. 61) (la gente sabe que el dinero, como una mercancía más, no tiene valor en sí mismo, pero sin embargo se comporta prácticamente como si no lo supiera).

El problema que desencadenó la reflexión althusseriana en el artículo sobre los Aparatos Ideológicos de Estado (1970) fue el de la reproducción de las condiciones materiales de producción: ¿cómo reproduce el capitalismo sus propias condiciones de existencia? Si por un lado resultaba relativamente evidente que la reproducción de las fuerzas productivas tenía lugar fuera del lugar de trabajo, por otro lado no estaba tan claro cómo se reproducía las relaciones sociales de producción. Para abordar esta cuestión, Althusser realizó una revisión de la teoría marxiana del Estado proponiendo que junto con el Aparato Represivo de Estado (ARE), funcionaba un conglomerado de instituciones, en su mayoría privadas, a las que denominó Aparatos Ideológicos de Estado (AIE), y que serían las responsables de la reproducción de las relaciones sociales de producción. Los AIE contribuyen a su reproducción principalmente a través de la ideología. Althusser sostuvo que instituciones como la familia, la escuela, la Iglesia, los partidos políticos, los sindicatos, los medios masivos de comunicación, etc., son las encargadas de regular y dar sentido a cada uno de los actos de las personas, incluso aquellos que son considerados que se desarrollan "libremente" porque *emanan de su más íntima interioridad*. En la segunda parte del mismo artículo,

Althusser intentó responder la cuestión acerca de cómo se lleva a cabo esta "internalización", precisando la forma en que se produce el efecto de creencia ideológica, para lo cual avanzó en la formulación de una teoría de la ideología.

En el desarrollo que se hizo respecto del problema de la ideología en Marx, se ha visto como explica el hecho de que las condiciones materiales se expresan de un modo "distorsionado" en la ideología. Ahora bien ¿en qué consiste esta "distorsión" para Althusser? Planteaba que no son las condiciones materiales las que se expresan en la creencia ideológica, sino que lo que se representa es la relación imaginaria que el sujeto mantiene con dichas condiciones. Según filósofo francés, se vive en la ideología. Entonces, lo que se oculta tras la máscara ideológica es el propio funcionamiento de la ideología. Lo que se escapa es el "mecanismo" mediante el cual se llega a creer en "esto" o en "aquello". Los sujetos suponen que lo que creen surgió de ellos mismos. Se reconocen como los autores de sus creencias, pero desconocen el proceso inconsciente por el cual la creencia los constituye como sus sujetos. Hace que se reconozcan como "sujetos libres" con relación a sus creencias, cuando en realidad están "sujetados" a ellas. De esta manera, distinguía a *las* ideologías particulares (donde se expresa la representación de la relación de los individuos con sus condiciones materiales de existencia) de *la* ideología en general, acerca de la cual postuló una serie de tesis sobre su estructura y funcionamiento.

Retomando la concepción psicoanalítica del sujeto, y específicamente las tesis de Lacan acerca de su constitución descentrada,[10] Althusser afirmaba que lo que asegura el funcionamiento de la ideología es su estructura en forma de espejo. Lo que garantiza el efecto de subjetivación por el

---

[10] La teoría psicoanalítica habla de un sujeto del inconsciente. Subvierte la concepción clásica de un sujeto de "voluntad y conciencia", centrado en su "yo". Lacan (1975) explicaba como el *infans* expuesto a su imagen en el espejo asume esa imagen como propia, haciendo del yo un lugar de desconocimiento.

cual un individuo asume su "papel" como sujeto ideológico, es el mecanismo (doblemente) especular constitutivo de la ideología. La tesis central dice que "la ideología interpela a los individuos como sujetos" (p. 53). Esto quiere decir que toda ideología tiene por función la constitución de los individuos concretos en sujetos. La ideología funciona de tal modo que "recluta" sujetos entre los individuos o "transforma" a los individuos en sujetos mediante la operación de interpelación. Ahora bien, la interpelación siempre es en nombre de un Sujeto (con mayúscula) que es quien dirige el llamado. Este Sujeto ocupa el lugar único de centro, lo cual significa que toda ideología está *centrada* en torno de un Sujeto Absoluto (se verán más adelante las consecuencias teóricas que esto implica). El individuo debe reconocer que es a él al que se le dirige el llamado, debe identificarse como su destinatario. Pero al mismo tiempo debe identificarse con alguna característica o rasgo del Sujeto que formula el llamado para poder tomar a su cargo el mandato: debe "poder contemplar" su propia imagen en el Sujeto para identificarse con la Causa que le ofrece. Esta estructura especular redoblada *garantiza*, por último, que los sujetos se sometan "libremente" a las órdenes del Sujeto y que asuman "libremente" el "papel" de sujeto ideológico.

Posteriormente, Althusser (1966) abordó con más detalle el problema de la producción del efecto de subjetivación: "[t]odo discurso produce un efecto de subjetividad" (p. 115) y el efecto particular del discurso ideológico es el de "reconocimiento/desconocimiento". Como se vio, la ideología interpela al individuo constituyéndolo como sujeto, y de este modo le brinda las "razones" para asumir las tareas que le corresponden desarrollar en función del lugar que ocupa en la división técnica y social del trabajo. Estas razones –según el autor– figuran *con todas las letras* en el discurso ideológico, que es "un discurso referido al sujeto al que se dirige" (p. 118). Esto implica que para que un individuo se reconozca como sujeto en el discurso ideológico debe figurar él también "en persona" entre los significantes

del discurso. Debe “poder verse” en el discurso de la interpelación. De este modo, se produce el “efecto de reconocimiento” mediante el cual el sujeto asume como propio un discurso “que le viene de afuera”. Pero aquí se produce automáticamente un cierto “desconocimiento”. En el momento en el que el individuo interpelado se reconoce como sujeto en el discurso ideológico, “desconoce” que es ese mismo acto de reconocimiento lo que hace de él aquello en lo que se ha convertido. Pasa por alto que él es el resultado de un proceso, y de este modo, cae en la ilusión de ponerse como autor de “su” discurso, creyendo encontrar en sí mismo el origen de sus palabras y las razones que las sostienen (“yo sé muy bien lo que digo”). De ahí que en reiteradas ocasiones Althusser haya señalado que en el discurso ideológico no es el sujeto el que habla sino que es el sujeto el que es hablado por la ideología.

Ahora bien, ¿cómo se produce este efecto de (des)conocimiento?, ¿qué es lo que permite que el individuo asuma su “papel” de sujeto ideológico? Althusser postulaba que “la interpelación como sujetos ideológicos de los individuos humanos produce en ellos un efecto específico, el efecto inconsciente, que permite a los individuos humanos asumir la función de sujetos ideológicos” (1966, pp. 121-122). Con esta tesis intenta pensar la articulación de la estructura inconsciente sobre y en la estructura ideológica. Para ilustrar esta relación, sugería asumir al inconsciente como un mecanismo que “funciona” con lo ideológico, en el sentido en que se dice que un motor “funciona con gasolina”. El inconsciente –decía Althusser a partir de su lectura de Lacan– “está estructurado como un lenguaje” (p. 38), de modo que constituye un discurso que, como todo discurso producido, induce un efecto-sujeto: un sujeto que está “ausente” del discurso del que es sujeto. Cuando en su experiencia vivida el sujeto expresa su creencia en una causa lo hace a través de enunciados tales como “yo creo tal cosa…” o “yo pienso tal otra…”. El “yo” que se afirma en el enunciado no es el sujeto que enuncia la creencia sino el sujeto

producido por efecto del discurso de la interpelación. Lo que el sujeto así producido desconoce es que el sujeto que habla, "que lo habla", el sujeto de la enunciación, es el propio discurso de lo ideológico instaurado como sujeto del discurso del inconsciente (desconoce la brecha existente entre enunciado y enunciación; se volverá sobre esto más adelante). El lugar que deja ese sujeto "ausente" (des-conocido para el sujeto interpelado) va a ser ocupado ("por lugartenencia") por el sujeto "presente" en el enunciado (el "yo", efecto imaginario,[11] producto de la articulación del discurso inconsciente sobre el discurso ideológico). Quien habla en el discurso del inconsciente entonces, es el propio discurso de lo ideológico instaurado como sujeto del discurso del inconsciente. Se ve así como el inconsciente "funciona" con la ideología: las estructuras ideológicas se "internalizan" en el individuo de manera inconsciente y, mediante este sistema, el individuo asume su "papel" de sujeto ideológico interpelado como tal por el discurso ideológico.

Siguiendo los desarrollos de Althusser, Žižek (1992) revisó el problema de la "internalización" de la estructura ideológica. A la luz de la distinción entre "la realidad" y "lo Real"[12] formulada por Lacan a partir de los años '70, el filósofo esloveno efectuó una crítica al modelo althusseriano. En efecto, la teoría de la ideología formulada por Althusser se apoyaba fundamentalmente en el abordaje lacaniano de los '50 en donde, según Fabián Schejtman (2002), "muchas veces 'lo real' no se distingue de 'la realidad'" (p. 212). Como se vio, para Althusser, no hay un contenido "verdadero" que esté oculto tras la creencia "distorsionada". Lo que se expresa en la creencia ideológica es la relación imaginaria que el sujeto mantiene con las condiciones de existencia. Esto significa que no hay *una realidad* anterior a "la realidad", y

---

11 Véase nota a pie 165.

12 De acuerdo con Schejtman (2002), podemos entender la oposición entre real y realidad en el sentido de que nuestra realidad "comporta como tal una serie de mediaciones imaginarias y simbólicas que no están allí más que para vedarnos el acceso a ese real último" (p. 212).

lo que se llama "la realidad" se constituye en y por la ideología. El sujeto se integra a una cierta "realidad" a partir de la internalización de la estructura doblemente especular de la ideología y del juego de identificaciones con la propia imagen y con la imagen del Sujeto que le devuelve el discurso ideológico. Esta integración se lleva a cabo de manera plena, lo que implica que el proceso de la interpelación ideológica no presenta fallos. Ahora bien, la distinción entre "la realidad" y "lo Real", permitió a Žižek afirmar lo contrario: que la "internalización" nunca se logra completamente. ¿Qué significa esto? En apariencia, esta distinción ofrecería una vía de escape al sujeto para evitar la subordinación a la ideología. Sin embargo, según Žižek, lejos de entorpecerla, la brecha abierta por esta interpelación fallida es la condición misma de la plena sumisión del sujeto. La introducción de la dimensión de lo Real permitiría pensar en un "redoblamiento" del proceso que admita que *antes* de ser cautivo de la identificación, del reconocimiento/desconocimiento, el sujeto es atrapado por el Sujeto mediante un secreto que se supone está oculto en él. Se vio cómo a través de la interpelación, el individuo interpelado *se convierte* en aquello en lo que se ha reconocido y asume "su" papel de sujeto ideológico. Acá hay que destacar la naturaleza performativa del proceso por el cual el sujeto logra su identidad. Como se dijo más arriba, el discurso ideológico le brinda al sujeto las "razones" para asumir las tareas que le corresponde desarrollar en función del lugar que ocupa en la trama social. Lo que Žižek añadió es que ese mandato es siempre arbitrario, es decir, no se puede explicar con referencia a las propiedades y capacidades *reales* del sujeto. El sujeto aparece en el discurso ideológico representado por un significante que connota un conjunto de propiedades supuestamente "reales" en las que se reconoce. Esto es a lo que se aludía líneas más arriba cuando se afirmó que el sujeto "debe verse" en el discurso.

La ilusión correspondiente al proceso de la interpelación consiste, según Žižek, en una "inversión" mediante

la cual el sujeto asume esas propiedades supuestamente "reales" como *reales* (es decir, como propiedades intrínsecas, inseparables de su ser). Lo que el análisis de Althusser pasó por alto es que lo Real no tiene un modo necesario de ser simbolizado. En su estudio de la interpelación, la "consistencia" que logra el sujeto está garantizada por la identificación con el Sujeto Absoluto que le confirma lo que él *realmente* es. Pero si la nominación implica una brecha irreductible entre lo Real y los modos de simbolización, esto quiere decir que el Sujeto no puede ser Absoluto. En realidad, es el sujeto el que *presupone* al Sujeto como Absoluto en el momento de aceptar su sujeción. El acto de presuposición hace existir al Sujeto como Absoluto.[13] De este modo, el sujeto siempre logra su identidad a través de una nominación radicalmente contingente y mediante la fijación a un significante (maestro, amo, rey), carga un mandato que es arbitrario (toda simbolización siempre será parcial y en definitiva, arbitraria). Cargado con este mandato, el sujeto se enfrenta a un interrogante: "¿por qué soy lo que se supone que soy, por qué tengo este mandato?" ("¿Por qué soy… un maestro, un amo, un rey?"). Se produce así una *brecha entre el enunciado y la enunciación*: "en el nivel del enunciado dices esto, pero ¿qué quieres decirme con ello, por medio de ello?" (1992: p. 154). Por eso se dijo más arriba que el sujeto es atrapado por el Sujeto mediante un secreto que se supone está oculto en él. Por supuesto, a pesar de las "razones" y la coherencia simbólica que pueda ofrecer el discurso ideológico, el Sujeto no tiene la respuesta para esta pregunta. De este modo, se ve como de la operación de interpelación queda un residuo de "sin sentido" que no se integra al sentido ideológico.

---

13 Acá se vuelve a encontrar el mecanismo descrito por Marx (2004) en "El fetichismo de la mercancía y su secreto". Retomando lo dicho más arriba: "sabemos que el dinero, como una mercancía más, no posee un valor en sí mismo, pero sin embargo nos conducimos prácticamente como si no lo supiéramos"; del mismo modo "actuamos como si creyéramos en la omnipotencia de la burocracia, como si el Presidente encarnara la Voluntad del Pueblo…" (Žižek, 1992: p. 65).

Este "plus" que deja el proceso mediante el cual se integra al sujeto a una cierta "realidad" es lo que sostiene la dimensión afectiva, de *goce*, propia de la ideología. Conviene detenerse un momento en esta noción.

En su artículo sobre Freud y Lacan (1977), Althusser destacaba que la "parte más original de la obra de Lacan" radica en el descubrimiento de que el pasaje de la existencia biológica a la existencia humana se lleva a cabo bajo lo que el autor denomina la Ley de la Cultura, y que esta Ley es formalmente equivalente al orden del lenguaje. Siguiendo a Lacan señalaba dos momentos de dicha transición. Primero, el momento de la relación dual en la que el cachorro humano no sale de su relación con su madre. En esta etapa (imaginaria) todavía no se puede hablar propiamente de un "sujeto". El niño no distingue a la madre como otro ni se distingue a sí mismo como algo diferente a esa madre que lo contiene en un todo. En esta etapa toda necesidad es satisfecha inmediatamente. Si bien esa relación comienza a tener discontinuidades a partir de los momentos de presencia y ausencia de la madre, va a ser recién en el segundo momento, el del Edipo, donde el niño logra despegarse de su madre a partir de la intervención decisiva de un tercero (el padre) y entra en un orden simbólico (orden del lenguaje) que metamorfosea esa relación imaginaria (sin separación). A partir de este momento, la satisfacción ya no va a ser algo automático, sino que será diferida y estará ligada a un significante que la simbolizará. Esto quiere decir que la primera experiencia de satisfacción deja una marca significante en el psiquismo, que se constituye como modelo para orientar en lo sucesivo la búsqueda hacia el objeto de satisfacción. En la segunda experiencia, esta marca es evocada mediante la simbolización, y así el sujeto queda inscrito en una instancia en la que se relacionará con cada nueva carencia a través de la mediación del lenguaje. De este modo, el complejo de Edipo permite explicar la constitución de los sujetos en el marco de sus relaciones con los demás. Lo que Lacan añade, según Althusser, es que todo este proceso de transición

hacia la cultura está regulado constantemente por el orden del lenguaje, es decir, el Orden Simbólico.

El corte que instaura la ley de lo Simbólico instala retroactivamente en el sujeto la idea de que antes de ese corte "lo tenía todo" (aunque no tuviera conciencia de ello porque el organismo aún no era sujeto plenamente constituido en el lenguaje). De este modo, la entrada en el lenguaje introduce la posibilidad del deseo. Según Néstor Braunstein (2006), el eje de la enseñanza de Lacan hasta finales de los años cincuenta giraba en torno al deseo: "un deseo que trasciende los marcos de la necesidad y que sólo puede hacerse reconocer alienándose en el significante, en el Otro como lugar del código y de la Ley" (p. 17). Esto significa que todo aquello que pasa por el trámite del Orden Simbólico se constituye en deseo, y este deseo busca recuperar la plenitud perdida tras el ingreso al lenguaje, lo cual confronta al sujeto con una imposibilidad. A pesar de esto, el universo simbólico permite suplir esa imposibilidad de retorno a la experiencia de plenitud a través del reemplazo simbólico de esa experiencia de satisfacción primaria. Sin embargo, como la vuelta del deseo es a la huella mnésica y no a la experiencia misma, la satisfacción del deseo acarrea siempre el sentimiento de que *falta algo*, de que lo conseguido no es lo mismo que lo que se quería.[14] Por lo tanto, el deseo puede ser pensado como el "motor" que reanima constantemente el recuerdo de esa vivencia fundamental.[15]

---

14 Sucede que las percepciones de las cosas no armonizan del todo con el recuerdo fundamental, sólo en parte. Esta discordancia es constitutiva del ser humano. Lacan (1981) ha explicado que, a diferencia de otros animales, el hombre no posee una forma fija de regular las relaciones entre las imágenes y los objetos reales y sólo lo consigue a través del orden simbólico. De este modo, frente a un deseo, no hay una forma fija de satisfacerlo.

15 Braunstein toma como punto de partida la teoría del sistema nervioso propuesta originalmente en 1895 por Freud (1979), donde se describe que el cuerpo humano, tal y como lo veía el psicoanalista vienés en ese momento, está regulado por vías nerviosas aferentes y eferentes que buscan reducir la tensión y el dolor, y fomentar estados de relajación, tranquilidad y equilibrio energético mínimo, los cuales son percibidos subjetivamente como placer. La condición de indefensión original del ser humano requiere ini-

No obstante, la originalidad de la condición del deseo en el hombre involucra una dimensión adicional: la del *goce*. Aunque este concepto se origina en Lacan,[16] se puede vislumbrar de algún modo en la obra de Freud. En "Más allá del principio del placer" (1992), Freud expuso dos principios que rigen la vida anímica: el principio del placer, relacionado con la búsqueda del placer y la evitación del dolor, y el principio de realidad, que se refiere a la necesidad de adaptarse al mundo real y sus exigencias. Pero además introdujo un concepto que trasciende estos dos principios: la "pulsión de muerte", que impulsa al ser humano a regresar a un estado anterior de no existencia. Ahora bien, Braunstein plantea una pregunta importante: ¿a qué estado anterior se refiere Freud exactamente? Según su interpretación, la muerte priva al hablante de cualquier posibilidad de goce, ya que solo es posible en un cuerpo vivo. No obstante, si la vida queda definida a partir del acceso al lenguaje, entonces la "pulsión" puede entenderse como una fuerza que busca recuperar el estado previo a la palabra, es decir, el goce primario que precede la existencia del sujeto. Este goce representa entonces la experiencia originaria y mítica de satisfacción plena a la que se debió renunciar tras el ingreso al lenguaje, y se relaciona con el registro de lo Real.

Aunque este concepto se pone en juego en la obra de Lacan en contraposición a la noción de deseo desde los años cincuenta, no es sino hasta los setenta que los procesos

---

cialmente la asistencia ajena de una "persona experimentada" que advierta el estado de necesidad en que se encuentra el niño, por ejemplo, a partir de su llanto, y que permita la acción apaciguadora. De esta manera, gracias a Freud, se puede imaginar esta experiencia mítica de satisfacción como un proceso que se desarrolla en un registro puramente orgánico, donde el objeto de satisfacción provoca un placer inmediato, vinculado a la reducción del estado de tensión.

16 Braunstein rastreó el significado de este concepto en Lacan y concluyó que llega a su obra a través de la filosofía del derecho de Hegel, donde aparece como algo "'subjetivo', 'particular', imposible de compartir, inaccesible al entendimiento y opuesto al deseo que resulta de un reconocimiento recíproco de dos conciencias y que es 'objetivo', 'universal', sujeto a legislación" (2006: pp. 18-19).

del inconsciente se relacionan explícitamente con el goce. Es por esto que, si bien Althusser tenía claro que el inconsciente tiene una estructura similar a la del lenguaje, puede haber resultado más difícil de comprender que "el inconsciente depende del goce y es un aparato que sirve a la conversión de goce en discurso" (Žižek, 1992: p. 28). De hecho, será Žižek quien permita reflexionar sobre cómo el discurso ideológico se encarga de "reaportar" al sujeto algo del goce al que debió renunciar.

Ahora se puede volver a lo dicho más arriba sobre el resto de "sin sentido" que sostiene la dimensión de goce propia de la ideología. Este resto, según Žižek, "abre el espacio para el deseo y hace al Otro (el orden socio-simbólico) incongruente" (p. 170). Si no fuese así, si el orden socio-simbólico fuera absolutamente congruente, significaría que la única posibilidad para el sujeto consistiría en la enajenación en ese orden cerrado (gozante); aunque ya no se podría hablar propiamente de un sujeto en ese caso. Es por esto que Žižek consideró que más allá del reconocimiento de que el sujeto del psicoanálisis es un sujeto dividido, el aspecto más radical de la teoría lacaniana es aquel que postula al Otro como incongruente. Es justamente esa incongruencia la que le da al sujeto la posibilidad de lograr una cierta separación (del Otro). Ahora se puede precisar que esa incongruencia adquiere una presencia positiva. ¿De qué manera? Frente a la pregunta "¿qué quiere el Otro" ("*Che vuoi?*") y la incapacidad de traducción de ese deseo del Otro en un mandato con el que identificarse, la única manera que tiene el sujeto de salir de este atolladero es a través de la respuesta de ese "*Che vuoi?*" con un argumento imaginario que cubra esa brecha. Žižek encontraba aquí el papel de *la fantasía*. La fantasía cumple la función de una "pantalla" que ocupa y oculta simultáneamente el lugar que falta en el orden socio-simbólico. Es una respuesta al "*Che vuoi?*", un argumento imaginario que viene a llenar el lugar vacío que deja la falta (de respuesta) del Otro, y por lo tanto permite cubrir la brecha abierta entre enunciado y enunciación para que el

individuo pueda satisfacer la identificación simbólica que le permita asumir plenamente el "papel" de sujeto ideológico. Así, la fantasía viabiliza una cierta experiencia de completud conectada con la recuperación imaginaria del goce perdido, al tiempo que encubre la imposibilidad misma de su concreción.

Lo mismo es válido, según Žižek (2000), para la fantasía social: "ella es la contrapartida necesaria del concepto de antagonismo, un escenario que llena los vacíos de la estructura social, ocultando su antagonismo constitutivo" (p. 262). Para explicar esta cuestión, recurría al ejemplo del antisemitismo. Siguiendo a Laclau y Mouffe, propuso que "la sociedad no existe" y que "el judío" es su síntoma. Desde esta perspectiva, la sociedad no existe como un conjunto armonioso sino que es concebida como estructurada en torno de una cierta traumática imposibilidad, en torno de una fisura que no puede ser simbolizada. En el discurso antisemita, el judío aparece como un síntoma, vale decir, como "un elemento particular que subvierte su propio fundamento universal" (Žižek, 1992: p. 47), en la medida en que encarna simbólicamente esa falta de completud. Se lo identifica imaginariamente con todos los males que ocurren –"como en el caso de la ideología nazi que reconoce, detrás de las crisis económicas, la humillación nacional, la degeneración moral, etc., la misma mano oculta del judío" (Žižek: 1994, p. 56)–, y su eliminación aparece imaginariamente como la posibilidad de recobrar la plenitud perdida. Pero, como se vio, Žižek planteaba que eliminando el síntoma, expulsando al otro que "roba nuestro goce" (Miller, 2010), no se resuelve la hendidura fundamental que constituye lo social.

La imposibilidad de establecer un cierre de lo social, fue conceptualizada por Laclau y Mouffe (1987) a través de la noción de "antagonismo". Los autores pensaban que los antagonismos son la "experiencia" del límite de lo social en tanto atestiguan la imposibilidad de una sociedad de constituirse plenamente. Para fundamentar esta afirmación basaban su análisis en una comparación con los "límites del

discurso". Estos límites constituyen la condición de posibilidad de un sistema significativo, pero también la condición de su imposibilidad: "no pueden ser ellos mismos significados, sino que tienen que mostrarse a sí mismos como *interrupción* o *quiebra* del proceso de significación" (Laclau, 1995: p. 71). Esto supone que hay un punto donde toda objetividad encuentra su límite absoluto: una exterioridad radical que es requerida para la constitución del sistema, pero que a la vez, cumple esa función planteando una amenaza que niega a todas las diferencias interiores a ese sistema. Esta subversión del sistema por sus límites hace a todas esas diferencias equivalentes entre sí, de modo que

> anulan toda positividad del objeto y dan una existencia real a la negatividad en cuanto tal. Esta imposibilidad de lo real –la negatividad– ha logrado una forma de presencia. Es porque lo social está penetrado por la negatividad –es decir, por el antagonismo– que no logra el estatus de la transparencia, de la presencia plena, y que la objetividad de sus identidades es permanentemente subvertida. (Laclau y Mouffe, 2010: p. 172).

Tres cuestiones se desprenden de lo anterior. La primera es la constatación de que los antagonismos son constitutivos e inerradicables, lo cual pone de manifiesto la imposibilidad de eliminar definitivamente la división y el conflicto de toda sociedad humana (la ilusión ideológica, diría Žižek, consiste en suponer que después de la aniquilación del enemigo antagónico se alcanzará una sociedad transparente de la que habrán desaparecido los antagonismos). En segundo lugar, si el límite de lo social se da en su mismo interior como algo que lo subvierte, se pude sostener que las identidades sociales van a estar penetradas por la misma precariedad y ausencia de sutura que la totalidad social de la que forman parte. De este modo, Laclau y Mouffe distinguieron el tipo de relación específica que define el antagonismo. A diferencia de la oposición o de la contradicción, en el antagonismo la relación no surge de identidades plenas,

sino de la imposibilidad de constitución de las mismas: "En la medida que hay antagonismo yo no puedo ser una presencia plena para mí mismo. Pero tampoco lo es la fuerza que me antagoniza: su ser objetivo es un símbolo de mi no ser" (2010: p. 168). Se advierte así, finalmente, la relación entre el antagonismo y la constitución de las identidades colectivas. Las identidades colectivas son el resultado, siempre precario, de articulaciones discursivas contingentes. La articulación es una práctica que supone la tensión entre la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia. Cuando un conjunto de demandas heterogéneas no pueden ser integradas dentro de un sistema institucional, las demandas insatisfechas comienzan a articularse, a formar encadenamientos equivalenciales. Cabe avanzar, entonces, acerca de las condiciones que permitieron que reclamos particulares de grupos heterogéneos se articulen en una unidad durante el conflicto en oposición a otra articulación que se configuró en torno al apoyo a la medida gubernamental.

Profundizando el planteo que había realizado junto a Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista,* Laclau (2005) expuso la emergencia de identidades colectivas propias de una lógica populista como el resultado de la fractura del sistema institucional. Para que la convocatoria populista resulte efectiva, como precondición, es necesario cierto grado de crisis de la antigua estructura, ya que las identidades populares requieren cadenas de demandas insatisfechas. Sin embargo, en el caso que se analizó en el trabajo previo, el descontento de amplias capas de los sectores medios con la medida adoptada por el gobierno condujo a la constitución incipiente de una cadena equivalencial de demandas centradas en torno a unos pocos símbolos que, si bien fue *in crescendo,* no llegó a desafiar al sistema político como un todo.

Vinculado a lo antedicho, el asunto clave con relación al conflicto del 2008 consistió en determinar qué es lo que permitió la articulación entre los reclamos de los productores rurales y los de sectores medios urbanos porteños. Algunas investigaciones señalaron que ciertas cuestiones como

la sospecha en la confección de los índices de inflación por parte del INDEC (Moltó, 2013) o las críticas a la institucionalidad política (Chuca, Rivas y Stramucci, 2009), pudieron haberse traducido en demandas concretas. No obstante, durante el conflicto, más que exponer reivindicaciones propias del grupo, los sectores medios manifestaron su apoyo al campo con consignas del tipo "el campo somos todos" y otras creencias que identificaban al campo con la esencia de la argentinidad, lo cual condujo a la siguiente pregunta: ¿qué es lo que hizo que los sectores medios subsumieran su voz en las expresiones de los productores rurales? O mejor aún, ¿por qué las enunciaciones por parte de los dirigentes agrarios impactaron en una parte de la ciudadanía de un modo en que el gobierno no sólo no pudo hacerlo sino que cada intervención del Gobierno nacional parecía fortalecer más la unidad entre sectores medios y dirigencia agraria?

Como se vio, Žižek abrió una posibilidad de análisis cuando se detuvo en las operaciones que permiten a una entidad convertirse en objeto de una investidura, para lo cual recuperó el concepto althusseriano de interpelación. De la operación de interpelación queda un residuo de "sin sentido" que no se integra al sentido ideológico. Un resto que "abre el espacio para el deseo y hace al Otro (el orden simbólico) incongruente" (1992: p. 170). Este "plus", entonces, es lo que sostiene la dimensión afectiva, de *goce*, propia de la ideología. De este modo, la condición de posibilidad de las formas sociopolíticas de identificación –que están en la base de las identidades colectivas–, radica en proporcionar al actor una forma de goce.

Sin dudas, la forma que tomó el conflicto del agro entre los meses de marzo y julio de 2008 se debió a la sobredeterminación de distintas demandas, muchas de las cuales involucraron voluntades, deliberaciones y racionalidad. El punto en cuestión es que estas parecen no ser las únicas determinaciones que operan en la constitución incipiente de una identidad colectiva –en este caso, producida en torno de las demandas del agro. Existen también otras

determinaciones, más escurridizas e inasibles, que proporcionaron las condiciones para la adhesión de una parte de los sectores medios urbanos a los reclamos del campo. A contramano de otras lecturas que subrayan las motivaciones racionales o pasan por alto la importancia de las pasiones y emociones en la explicación de los fenómenos políticos, se propuso asumir una lectura del conflicto que enfatizara el rol de la dimensión afectiva.

Laclau (2005) recurrió al concepto freudiano de "libido" para explicar la naturaleza del lazo social: "Este sería un vínculo libidinal y, como tal, estaría relacionado con todo lo referido al 'amor'" (p. 76). De acuerdo con Freud, los lazos emocionales que unen al grupo son pulsiones de amor que siguen el modelo de la identificación, vale decir, "la exteriorización más temprana de un lazo afectivo con otra persona" (2005: p. 77). Entre las diferentes formas de identificación (con el padre, con el objeto de elección amorosa), Laclau se centró en aquella que surge "a raíz de cualquier nueva percepción de una cualidad común compartida con alguna otra persona que no es objeto de las pulsiones sexuales" (p. 78). De este modo, pensó la formación del grupo en términos de "vínculos equivalentes forjados entre las personas como resultado de su amor común hacia un líder" (p. 80), cuyo nombre –o el de cualquier objeto que ocupe su lugar– desempeñará un rol aglutinador.

Cabe señalar que esta caracterización guarda una notable semejanza con la estructura especular redoblada de la ideología, estructura mediante la cual –se recordará– el sujeto logra cierta consistencia identificándose con el Sujeto Absoluto que le confirma lo que él *realmente* es, al mismo tiempo que permite el reconocimiento mutuo entre los sujetos y el Sujeto, y entre los sujetos mismos. Sin embargo, lo que Laclau añadió –y precisamente Althusser pasó por alto– es que lo que garantiza el lazo entre los sujetos no puede consistir exclusivamente en la coherencia simbólica que pueda ofrecer el discurso ideológico. La dimensión afectiva juega un rol central.

De acuerdo con Laclau, la constitución de las identidades colectivas no descansa exclusivamente en el reconocimiento recíproco de los sujetos que se reconocen o identifican cognitivamente con los argumentos de un discurso ideológico (en las razones usuales que justifica la creencia en tal o cual causa), sino que encuentra parcialmente su raíz en una relación compartida hacia un goce encarnado en un objeto contingente, que pasa a ser la representación de una plenitud imposible. Antes que en alguna cualidad común preexistente (intereses sectoriales, de clase, etc.) o en un conjunto de razones compartidas, los lazos que unen a los individuos en un grupo se crean a partir de la identificación con alguna imagen (el líder o la idea conductora) cargada emocionalmente. Eventualmente –agregó citando a Freud–, esa imagen puede volverse negativa: "el odio a determinada persona o institución puede producir el mismo efecto unitivo, y generar ligazones afectivas similares a la dependencia positiva" (p. 85).

Este aspecto se vincula directamente con la noción de antagonismo. Cualquier particularidad diferencial, inclusive el principio mismo de diferencialidad ("estar en contra de…"), puede investirse libidinalmente y funcionar como aglutinador construyendo retrospectivamente un abanico de argumentos racionales en los que los sujetos se reconocerán ("…por esto o aquello"). Hay que señalar además que –tal como observó Žižek (1992)– aún los hechos contradictorios con esos argumentos o aquellos que parecen desmentirlos, pueden servir para reforzar el discurso ideológico.[17] Piénsese, por ejemplo, en cómo las desastrosas consecuencias generadas por la aplicación de las recetas neoliberales sirvieron frecuentemente como argumentos a favor de la necesidad de crear o adecuar las instituciones para su conveniente implementación.

---

17 Para Žižek (1992), "Una ideología en realidad triunfa cuando incluso los hechos que a primera vista la contradicen empiezan a funcionar como argumentaciones en su favor" (p. 80).

De tal forma, la unidad del grupo fue concebida por Laclau como resultado de una articulación de demandas heterogéneas; demandas que, más allá de su significado o contenido particular, expresan el deseo de una plenitud que es permanentemente diferida. No hay, sin embargo, nada automático en la formación de las identidades colectivas. Al ser el resultado de la tensión entre lógicas equivalenciales y diferenciales opuestas, es suficiente que el equilibrio se rompa por el predominio de uno de los dos polos, para que la unidad del grupo se desintegre. Laclau advertía que si se produce un incremento en la capacidad de canalización de las demandas particulares a través de los marcos institucionales existentes, la homogeneización equivalencial que requieren las identidades colectivas como precondición de su constitución se vuelve imposible. Esto sólo es posible si, por el contrario, un gran conjunto de demandas simultáneas presentadas como un todo unificado no logran ser absorbidas por el sistema institucional. La construcción de una identidad colectiva es, entonces, el intento de dar nombre a esa plenitud ausente. En el caso en cuestión del conflicto agrario, lo que se mostraría es, por sobre otros aspectos, la construcción de identidades colectivas en conflicto que se disputarían el nombre de la plenitud. El trabajo con las entrevistas colaboró productivamente en dar respuesta a estas preocupaciones.

4.2. La clase media interpelada: su adhesión a los reclamos de "el campo"

Como punto de partida convendría señalar que dentro del conjunto de entrevistados –docentes, comerciantes, empresarios, profesionales–, ante la pregunta respecto de la participación en conflictos previos, todos afirmaron no haber participado antes de una marcha de adhesión o de

protesta.[18] "Lo único parecido que había hecho fue mirar desde el balcón de mi casa los cacerolazos de 2001", "Creo que el único conflicto que recuerdo en donde mucha gente marchó fue lo del corralito. A mí me pareció bien eso, pero digamos que no soy de ir y hacer ruido con los demás" o "Generalmente le escapo a esas cosas", fueron algunas de las expresiones recogidas. Sin embargo, la mayoría consideró que el momento en que tuvo lugar el conflicto por las retenciones móviles "era distinto" y que la situación los disponía "a experimentar eso de participar", "apoyando a uno, coincidiendo con otro" y "opinando sobre algo que nos parecía bien o nos afectaba".

Ante la pregunta de qué suponían que había cambiado, uno de los entrevistados respondió que en otra época "la situación podría haberse visto reservada como algo que se trataba puertas adentro, y quizás ni nos enterábamos de lo que pasaba", pero que "ahora los conflictos están mucho más expuestos a la opinión pública". La percepción de que el conflicto había cobrado mayor exposición fue compartida también por otros, quienes rescataron como positivo que en los medios de comunicación "se haya hablado públicamente del tema de las retenciones" o "que se haya discutido abiertamente de la situación del campo y de los motivos del paro agropecuario". Asimismo, la mayoría advirtió un cambio de actitud en ellos mismos que generalizan hacia el resto de los ciudadanos: "Creo que en el 2001 nos dimos cuenta tarde de que podíamos participar de esa manera y lograr lo que queríamos. Con lo del campo no fue así"; "Cambió en esto de que se discutió más, de que se tomó más posiciones, de que había gente que por ahí no le daba bola a nada y a raíz de esto se empezó a meter en las discusiones, en querer

18 Una lectura general del material de las entrevistas permite suponer, siguiendo a Adamovsky (2016), que los entrevistados podrían ser considerados como pertenecientes a la fracción de la clase media menos perjudicada por el modelo neoliberal: "aquellos que consiguieron mantener o mejorar su posición social en medio de la debacle del país" (p. 427).

enterarse más"; "La sociedad entendió al fin que la democracia no se trataba de aceptar las decisiones desde arriba, sino que lo rico de la vida democrática pasaba por el debate y la participación".

Esta aprobación del debate se exteriorizó también a través de una serie de declaraciones que en cierta medida parecerían admitir tanto la existencia de otras visiones y posiciones, como la inevitabilidad de la conflictividad social:

> Lo único que yo veo como positivo de todo esto es que se habló un poco más, se llevó a que se piense un poco más y que se busque tener una posición de algún tipo. Me pareció muy bien que todos opinen, los de un lado y del otro.

> Lo que me puso contento es que, al durar tanto, obligó a la gente a pensar un poquito qué pasaba. Si se solucionaba en una semana, hubiese pasado de largo. Como duró tres meses, o cuatro, la gente se empezó a meter en las discusiones, en querer enterarse más. Durante la vida normal no se tiene discusiones de este tipo.

> Creo que está bien que haya conflicto, no tiene por qué ser algo malo. No siempre tiene que ser una "batalla", el conflicto iba a existir porque el gobierno quería las retenciones y el campo no. No creo que a esta altura se puedan lograr soluciones pacíficas, tampoco aliento la guerra. Pero me pareció bien que se haya solucionado de esa manera, que ambos sectores insistan en sus intereses. Obvio que el paro de los tres meses nos molestó a todos, pero me parece que sirvió.

> Me di cuenta que no había ninguna solución mágica que englobe todo, ninguna solución ideal que traiga felicidad para todos, sino, por el contrario, que había que plantear las diferencias y buscar la mejor solución posible.

De igual modo, la valoración entusiasta de la participación se vio reflejada en un conjunto de enunciados que expresaban la creencia de que "se estaba haciendo algo

valioso", que la presencia en las marchas y los actos "servía para algo": "para inclinar la balanza", "para frenar al gobierno" o "para apoyar al campo". Una entrevistada lo formuló de esta manera:

> La participación de la gente creo que fue importante para definir el curso del conflicto. Mucha gente se dio cuenta de que estas cosas les interesaban de verdad, y se empezó a meter más en esto. Desde mi punto de vista, es como si nos estuviésemos valorando más, no sé. Vamos entendiendo que podemos hacer muchas cosas, por lo que queremos y por lo que no.

Como muestran estos extractos, la necesidad de discusión y toma de posición así como también la percepción de la conformación de un colectivo con capacidad para participar e incidir en los acontecimientos (marcada por el uso de la tercera persona del plural que desplazó en muchos casos al impersonal "la gente"), parecen ser algunas de huellas que el resquebrajamiento de la hegemonía neoliberal dejó en la subjetividad de los entrevistados.

Sin embargo, el discurso de aceptación de la conflictividad social como herramienta de tramitación de la vida social, aparece atravesado por una serie de tensiones que se expresan en ciertas contradicciones o ambivalencias respecto de los motivos que suscitaron la participación. Por un lado, el renovado interés por los asuntos públicos podría asociarse a la atención respecto de problemas de otros, en este caso, corporaciones agrarias.[19] Pero por el otro, junto a esas muestras de interés y apoyo, a menudo se escucharon expresiones que reflejaban una mera preocupación individual y privada. Por ejemplo, una entrevistada comenzó

---

19 No es un dato menor que, entre las corporaciones agrarias que protagonizaron el conflicto, la Sociedad Rural Argentina fue un grupo de poder con controversial participación en la vida política del país. De modo que el apoyo a la "Mesa de enlace" por parte de los sectores medios no podría ser leído levemente en clave de una preocupación por los *problemas del otro*.

hablando de la preocupación de los jóvenes que, como ella en 2008, concurrieron a los actos organizados por la dirigencia rural: "Antes no se discutía de política. La verdad es que no sé si justamente este conflicto es el que hace surgir todo eso, pero creo que nos hizo despertarnos un poquito más, por lo menos lo veo así en mi generación". Sin embargo, en otro segmento de la entrevista agregó: "Sentía que si no me involucraba, si no participaba de los cacerolazos, las consecuencias las íbamos terminar pagando nosotros".

La ambivalencia entre el interés general y la búsqueda del bien particular se manifestó también en el relato de otros entrevistados que enunciaban *cierta solidaridad* con los reclamos de la dirigencia rural al mismo tiempo que dejaban ver su fastidio por el desabastecimiento de los supermercados:

> Por lo general, temas como éstos sólo eran tratados en algunas ocasiones, en algunas charlas. Ahora siempre son temas de qué hablar. (…) Más allá de que ahora todo pase por la televisión, creo que la gente demuestra más interés. También tiene que ver lo que pasa en la actualidad, ¿no? Ver la inseguridad, la pobreza todos los días es algo que hace que nos conectemos más con la realidad, es como si los problemas de los otros nos afectaran mucho más de cerca. (…) Creo que me involucré porque me parecía un poco injusta la situación. Además, me estaba afectando, no podíamos seguir así con el país varado desde hacía tres meses.

> Es que, en ese momento, si vivías en Argentina tenías que involucrarte en la pelea. No sé si todos estábamos totalmente informados de lo que venía pasando o si teníamos un interés real en esto. A dónde ibas, el tema de conversación era este. En la calle, en el laburo, en tu casa, en todos lados. No podías escapar de involucrarte. Además, tarde o temprano, que no haya nada en el supermercado molestaba. Supongo que ahí estaba el problema.

> A mí el conflicto me afectó en la vida cotidiana: no había productos, mercaderías, no había transporte… Entonces decidí

> que esa situación no me gustaba, no me convenía, y ahí es cuando levanté la voz para decir "no". (...) También pienso que fue el momento y el acontecimiento para crear un nuevo tipo de participación. Pude hacerme escuchar, participar de una forma activa.

De modo que las huellas que las transformaciones producidas tras la crisis de 2001 y el posterior proceso de repolitización dejaron en la subjetividad de los entrevistados permiten dar cuenta de las condiciones que posibilitaron que una parte importante de los sectores medios porteños, que hasta hacía poco se habían autoexcluido de la escena pública, se haya interesado e involucrado en el conflicto. Pero, a la vez, los rastros de la persistencia de disposiciones subjetivas configuradas por la gubernamentalidad neoliberal –así como la irrupción del contenido individualista y antiplebeyo característico de la identidad de la clase media argentina– constituyeron un factor fundamental para explicar el proceso de identificación que condujo a la constitución de una identidad colectiva en torno de las demandas del agro.

Un repaso por las declaraciones de los dirigentes agropecuarios al periodismo durante los primeros días del conflicto muestra cómo el discurso contra las retenciones móviles se construyó inicialmente sobre un conjunto de reivindicaciones sectoriales vinculadas a "la pérdida de la rentabilidad", "la falta de una política agropecuaria de largo plazo" o "la falta de atención a los problemas de las economías regionales":

> El campo mostrará su rechazo y repudio al aumento a las retenciones que en realidad son medidas puramente recaudatorias.[20]

---

20 Eduardo Buzzi, titular de la Federación Agraria Argentina, diario *Clarín*, 12 de marzo de 2008.

> Esto no es un paro del campo, es la reacción del interior contra un despojo.[21]

> No gravan la renta financiera y se pueden seguir haciendo fenomenales negocios financieros, pero al chacarero le siguen sacando lonjas.[22]

Si bien la recurrencia de este tipo de expresiones pudo favorecer la articulación de los reclamos de cada fracción del sector en una demanda unificada, no parece haber sido el factor fundamental en el desencadenamiento de la adhesión de una parte de la clase media urbana –que no tenía intereses económicos o de otro tipo con "el campo"– al reclamo del empresariado rural. De igual forma que en otros estudios existentes (por ejemplo, el de Chuca, Ribas y Stramucci, 2009) la cuestión referida a las retenciones y la renta agraria, a pesar de haber sido el detonante del conflicto, casi no apareció explícitamente mencionada por los entrevistados.

Entonces, ¿qué es lo que hizo que esas personas subsumieran su voz en las expresiones de los productores rurales? Una primera respuesta la ofrece el análisis que hacen Fernández y Stoessel (2012) de las intervenciones públicas realizadas en el marco de las sucesivas movilizaciones convocadas por la Mesa de Enlace, donde muestran cómo los dirigentes agropecuarios intentaron inscribir gradualmente el reclamo en contra de las retenciones en un discurso en el que se pudiesen incorporar demandas de otros sectores sociales. Esta tentativa se evidencia, por ejemplo, en fragmentos como el siguiente, extraído del discurso que dio el titular de la Federación Agraria, Eduardo Buzzi, en un acto en Armstrong, provincia de Santa Fe, a principios del mes de junio:

---

21 Hugo Biolcatti, vicepresidente de la Sociedad Rural, diario *Clarín*, 18 de marzo de 2008.

22 Buzzi, diario *Crítica*, 15 de julio de 2008.

> Porque también la gente de la ciudad advierte que hay problemas con su propia calidad de vida. (…) Se dan cuenta claramente, todos los argentinos, que nos están mintiendo con el INDEC, se están dando cuenta todos que hace en realidad un año y medio que se perseguía a los trabajadores del INDEC para que empiecen a ajustar los índices a una lógica distinta a la que la gente sentía cada vez que iba al supermercado, a la tienda a comprar ropa. Por eso ahí hay otro tema que me parece que nosotros tenemos que señalar. No es solamente el problema agropecuario (…) porque hay muchos sectores que están siendo agredidos y están viendo deteriorada su calidad de vida de igual manera.[23]

También el estudio de Lucas Castro (2013) permite echar luz sobre la articulación entre los reclamos de los productores del campo y las demandas de los habitantes de la ciudad. De acuerdo con su análisis, esa "ligazón" se explica por la misma lógica equivalencial que unificó al conglomerado de ruralistas inicialmente: una serie de demandas acumuladas (seguridad, lucha contra la inflación, denuncias de corrupción gubernamental) comenzaron a percibirse como equivalentes a los reclamos contra las retenciones en su rechazo común a "la mentira", "la agresión", "el atropello" encarnados en el Gobierno nacional. En esa coyuntura, "campo" dejó de ser el significante que encarnaba aquel conjunto de demandas insatisfechas de los productores rurales, y empezó a funcionar como aglutinador de las diferentes reivindicaciones. Así, los sectores medios urbanos, cuyas actividades económicas no habían sido afectadas por las retenciones móviles, pudieron verse representados en el discurso del empresariado rural y se sintieron con posibilidad de expresar su descontento.

De todos modos, y no obstante la importancia de los aportes de estas investigaciones, persiste el interrogante acerca por qué las enunciaciones por parte de los dirigentes agrarios impactaron de un modo en que el Gobierno

---

23 Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=XRZEmQ_helc.

nacional, a pesar de que también buscó insistentemente interpelar a la sociedad presentando datos y razones de peso, no pudo hacerlo. Castro argumenta que las entidades ruralistas ocupaban "lugares sociales de alta concentración de poder económico y simbólico" (2013: p. 54). Sin embargo, como sostiene el estudio de Ileana Carletta (2013), Cristina Fernández también poseía la eficacia simbólica para construir y definir la realidad sociopolítica con su lenguaje, sus palabras y sus clasificaciones. Un nuevo repaso, ahora por los discursos que dio la Presidenta durante el conflicto, muestra cómo destinó gran parte de sus intervenciones públicas a rebatir los argumentos esgrimidos por el discurso rural.[24] Por ejemplo, cuestionando el pretendido carácter confiscatorio de las retenciones:

> Porque las retenciones, no son medidas fiscales, son profundas medidas redistributivas del ingreso. Escucho y leo muchas veces a periodistas que por allí tienen un marcado tinte progresista, encarar el tema de las retenciones desde una percepción únicamente fiscal. Pero a ver, ¿qué es la distribución del ingreso? ¿Cómo se hace la distribución del ingreso si no es, precisamente, sobre aquellos sectores que tienen rentas extraordinarias sino de qué ejercicio me están hablando en materia de distribución del ingreso, a quién le vamos a pedir, a los países fronterizos, a quién, qué es la distribución del ingreso? Algo que siempre se declama, algo que siempre se dice pero que muy pocas veces se cumple, ¿por qué?, porque

---

24 Véanse, por ejemplo, los discursos de la Presidenta durante la firma de convenios entre AySA y municipios bonaerenses, el martes 25 de marzo de 2008; durante el encuentro en apoyo a las medidas en Parque Norte (Ciudad de Buenos Aires), el 27 de marzo de 2008; durante el acto de anuncio de nuevas medidas para los productores agropecuarios, en la Casa Rosada, el 31 de marzo de 2008; durante el *Encuentro por la convivencia y el diálogo* en Plaza de Mayo, el 1º de abril de 2008; durante el lanzamiento de un fondo de redistribución social para hospitales, viviendas populares urbanas y rurales y caminos rurales, desde el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, el 9 de junio de 2008; en el acto de Plaza de Mayo, el 18 de junio de 2008. Recuperado de http://es.wikisource.org/wiki/Cristina_Fern%C3%A1ndez_de_Kirchner#2008.

> hay que tocar intereses que muchas veces son muy poderosos y que cuestan.[25]

No obstante, no sólo no pudo corroer la unidad entre sectores medios y dirigencia agraria, sino que, por el contrario, cada intervención suya –o de cualquier otro integrante del Gobierno– parecía reforzarla aún más. Cabe destacar al respecto algunas de las expresiones vertidas en las entrevistas:

> El Gobierno decía muchas cosas en contra de la gente de campo. Me afectó la visión de una autoridad peleando continuamente contra su propio pueblo.

> Había cortes de ruta y manifestaciones en todo el país, se especulaba con que podría haber desabastecimiento y el Gobierno no hacía más que apagar el incendio con nafta.

> El nivel de agresión fue enorme. (…) Los discursos agresivos del Gobierno terminaron de inclinar la balanza a favor del campo.

Por otra parte, si bien la mayoría de los entrevistados encontró razones racionales para justificar su adhesión a los reclamos de "el campo" (replicadas casi literalmente de las intervenciones públicas de los dirigentes agropecuarios y de las construcciones que hacían los medios), las ambivalencias detectadas en los extractos analizados en el apartado anterior hacen pensar que la eficacia de la interpelación del discurso "pro-campo" o "anti-gobierno nacional" (vale decir, lo que permitió "convencer" a la clase media de sumarse a la protesta), radicó en que no sólo se limitó a operar en el plano cognitivo. Logró hacerlo además en la dimensión afectiva de su subjetividad, movilizando ciertas disposiciones que se pusieron en juego en el proceso de identificación que condujo a la constitución de una identidad colectiva

25 Discurso de Cristina Fernández el 25 de marzo de 2008.

en torno de las demandas del agro. Esto se evidencia en la presencia recurrente de enunciados que dejaban traslucir la persistencia de disposiciones provenientes de una configuración de larga data –cristalizadas en una identidad de clase media asociada a posiciones con un fuerte componente antiperonista– sobre las cuales operaron durante la década del noventa modos de identificación y participación ciudadana configurados por el modelo neoliberal. Enunciados que expresaban no sólo la preocupación por el desabastecimiento de productos para el consumo, sino también *el temor* a que el Estado continuara inmiscuyéndose en la economía y la vida privada de las personas, a perder aquello que efectivamente se tiene o a sufrir los embates de políticas de tipo redistribucionista:

> Mi participación fue manifestando apoyo al campo porque consideré que el impuesto era confiscatorio y no respetaba la propiedad privada. (…) Es como si el día de mañana el Gobierno viniera a decirme que tengo que entregar una parte de mi departamento porque me sobra el lugar. No quisiera vivir en un país así.

> Adherí porque se generaba un cambio de reglas sobre la marcha, queriendo imponer un impuesto más alto de manera forzosa sin acordarlo previamente con los productores. (…) Es necesario que se establezcan reglas claras, no sólo para el campo, para todos.

> Me pareció que lo más grave, te diría lo más peligroso de lo que estaba haciendo el gobierno, era que hoy se metía con las rentas de la gente del campo y eso quería decir que se metía con el trabajo de uno mismo.

> Creo que en el 2001 nos dimos cuenta tarde de que podíamos participar de esa manera y lograr lo que queríamos. Con lo del campo no fue así, éramos todos contra el gobierno diciendo "basta, hasta acá llegaron, no vamos a permitir que sigan metiéndose con lo que no les corresponde".

> En mi caso, entendí que la resolución 125 no era una buena idea ya que si el precio de la soja subía, las retenciones y el impuesto podía ser mayor al treinta y cinco por ciento, que era el tope más alto impositivo. Y no me parecía justo que a una persona que vive de su trabajo se le saque un cuarenta, un cuarenta y cinco por ciento de su sueldo.
>
> Creo que la adhesión de tanta gente a los reclamos del sector rural fue debida a lo perjudicial que resultaba la medida propuesta a tomar por parte del Estado. (…) Perjudicial porque afectaba a los productores pero también, indirectamente, a la actividad económica en general. (…) Particularmente, me afectó en que, entonces, hubo muchos problemas con el transporte. Había muchos cortes de calles por protestas y cortes en las rutas por lo que se me complicaba mucho para hacer los envíos a través del país de los que depende en parte mi trabajo.
>
> Yo sentía que si no los parábamos, si se metían con lo que el campo vendía, iban a volver a meterse en todo: en lo que comprás, en lo que vendés, en lo que hacés, en lo que tenés.

Las entrevistas permitieron sacar a la luz aspectos que quedarían ocultos desde una lectura enfocada en los aspectos más racionales. Particularmente, a través de los fragmentos seleccionados como ejemplos se puede vislumbrar no sólo por qué el Gobierno nacional no pudo desarticular la unidad entre sectores medios y dirigencia agraria, sino también por qué cada nueva intervención gubernamental terminaba fortaleciéndola. Frente a la conformación de un conglomerado de sectores sociales diferentes a partir de la articulación equivalencial de demandas en torno del reclamo original de los productores agropecuarios, el Gobierno aparecía como “lo excluido” de la nueva identidad diferencial, “un “exterior” que amenazaba la identidad del “interior”. Así, lo que quedaba por fuera de la frontera de exclusión no sólo eran “la mentira”, “la agresión”, “el atropello”, sino también todo aquello que atentaba contra los derechos a la

propiedad, a la libre empresa y a la libre actividad económica, encarnados en el modelo del "empresario de sí mismo".

Por otra parte, como el grado de unificación que podía existir entre los diferentes sectores no era la expresión de una esencia común subyacente, sino el resultado de una articulación política contingente, la identidad construida en torno a las demandas del agro, al fundarse en lo que dejaba afuera, en "lo excluido", se definió fundamentalmente a partir de lo que "no era": no era la corrupción oficial, la inflación negada o la soberbia de la Presidenta, como muestran otros estudios. Pero tampoco era la intervención del Estado, el dirigismo económico, la creciente fiscalización de los negocios o el avance contra la propiedad privada y la libertad de empresa.

Se ve así por qué, más que exponer reivindicaciones propias del grupo, los sectores medios manifestaron su apoyo a "el campo" con consignas del tipo "el campo somos todos" y otras creencias tales como "el campo es la patria", que lo equiparaban con la esencia de la argentinidad. Ahora bien, ¿con qué país, con que patria, se identificó a "el campo"? Aunque convendría no perder de vista que la identificación del campo con la patria se inscribe en tiempos largos en la historia del país (el modelo idílico de "El granero del mundo" de principios del siglo XX *avasallado* por el industrialismo de mediados del siglo), en el conflicto por las retenciones, la identificación se encaminó fundamentalmente a restituir una Argentina que se percibía como amenazada con el fracaso del modelo neoliberal. Retomando el análisis de Castro, se puede decir que "patria" es un término que no tiene ningún significado particular por fuera del sistema de articulaciones diferenciales y equivalenciales dentro del cual se lo sitúe. Es un símbolo que puede condensar una pluralidad de significados y, por eso, cumplir la función de la fantasía: servir de pantalla que encubra esa incongruencia. Durante el conflicto, "patria" se constituyó en una entidad imaginaria capaz de expresar el cumplimiento de los deseos de superación de las limitaciones impuestas por las

transformaciones producidas tras la crisis desatada en 2001. En ese marco, la metáfora de "campo" permitió suplir la carencia de sentido de la patria. La patria, entonces, fueron "los grandes terratenientes, los chacareros autoconvocados, los pueblos movilizados, las clases medias que cacerolearon; la patria se hizo, adquirió su corporalidad, en cada corte de ruta (donde se cantaba el Himno Nacional), en las asambleas de autoconvocados, en los actos multitudinarios de Rosario y Buenos Aires enarbolando banderas celestes y blancas y, por supuesto, en el trabajo y la producción del sector rural" (2013: p. 66). Al revestirse de patria, "el campo" procuró constituirse en una promesa capaz de recuperar esa plenitud ausente navegando a dos aguas entre la asunción y la negación de la conflictividad de la política en una posición próxima a la posición institucionalista republicana.[26]

El estado público que fue adquiriendo en esos días la cuestión de las retenciones móviles habilitó el retorno a la escena pública de una discusión que durante varios años se mantuvo obturada. Si, de acuerdo con la afirmación de Rancière (2007), durante los años noventa existía un escaso margen para la deliberación y las decisiones se imponían por sí mismas, no obstante, durante el conflicto, los ciudadanos pudieron *constatar* que era posible discutir acerca de cuestiones tales como la política fiscal utilizada por el Gobierno, la elaboración e implementación de las políticas públicas o los alcances y los límites en la relación entre Estado y mercado, para arbitrar una solución posible. Sin embargo, la adhesión de una parte de los sectores medios a los reclamos de los productores agrarios permitió que la asunción de la discusión y de la disputa de ideas para resolver los problemas políticos se articule de manera tensa con la búsqueda de una plenitud, sólo alcanzable al precio de negar la conflictividad y la política misma.

¿Cómo pensar, desde la perspectiva que se viene sosteniendo en este trabajo, esa tensión entre la intervención

---

26 Véase nota a pie 45.

conflictiva de los ciudadanos en la esfera pública y la fantasía de plenitud, es decir, de un futuro sin conflictos y sin antagonismos"?

Ya se desarrolló la concepción de los antagonismos como constitutivos e inerradicables (Laclau y Mouffe, 1987), lo que implica la imposibilidad de eliminar definitivamente la división y el conflicto en cualquier sociedad humana. Ahora es posible ampliar un poco más esta cuestión. En (2007) Mouffe ha discutido con quienes, desde una visión pospolítica, defienden una forma consensual de democracia y se niegan a reconocer la dimensión antagónica constitutiva de lo social, como la teoría habermasiana, que procura una superación de las antinomias planteadas entre liberales y comunitaristas a partir de lo que define como el modelo de la democracia deliberativa, orientado hacia un consenso logrado comunicativamente. En esta línea, otros enfoques ya mencionados anteriormente, como los que ponen el acento en el diálogo, la reflexividad, la tolerancia o los mecanismos de confianza activa para resolver los conflictos,[27] ven en la existencia de identidades colectivas construidas en términos de nosotros/ellos una amenaza para la convivencia democrática. El deseo de una sociedad "reconciliada", "más allá del antagonismo", según Mouffe, "revela una falta total de comprensión de aquello que está en juego en la política democrática y de la dinámica de constitución de las identidades políticas" (2007: p. 10). Para esta autora, la naturaleza de las identidades colectivas implica que siempre haya una confrontación entre un "nosotros" y un "ellos". En este sentido, propone como tarea para la política democrática, no el intento de superar la confrontación mediante el consenso, sino la de construirla como una confrontación política entre "adversarios". Desde esta perspectiva, que denomina "agonista", la autora considera crucial desentrañar el papel que juegan las pasiones en la política, de modo de poder evitar el surgimiento de antagonismos, donde la confrontación

27 Véanse, entre otros, Anthony Giddens (1997) y Ulrich Beck (1994).

adquiere la forma amigo/enemigo y el oponente pasa a ser percibido como un enemigo que debe ser destruido.

Ahora bien, ¿qué papel jugaron las pasiones durante el conflicto por las retenciones móviles? Más arriba se había visto cómo la cuestión del goce entra en juego en la emergencia de los antagonismos, cuando un *otro* es percibido como una amenaza para un *nosotros*. Se puede decir que la conformación de un *nosotros* en torno de los reclamos de "el campo" no descansó exclusivamente en el reconocimiento de una parte de la clase media porteña en los argumentos del discurso que identificó al campo con la patria sino que encontró parcialmente su raíz en una relación compartida con los productores del agro hacia un goce encarnado en un objeto contingente –la Resolución 125–, que pasó a ser la representación de una plenitud mítica, imposible de recuperar.

Ese discurso reintegró imaginariamente algo del goce perdido bajo la creencia de que la completud de la sociedad (que oscilaba entre el regreso mítico al país previo al '45 o a los años dorados del consumo menemista, donde el Estado no intervenía en la vida privada de los ciudadanos) se alcanzaría "eliminando" al otro que "no nos permite ser plenamente nosotros mismos". De este modo, antes que en alguna cualidad común preexistente o en un conjunto de razones compartidas, los lazos que unieron a ese conjunto heterogéneo de individuos en un grupo se crearon a partir del rechazo a las políticas impulsadas por la presidenta de la Nación. Se condensó –se cargó emocionalmente– en su figura (y en el Gobierno en general) el conjunto de todos los males que aquejaban a la sociedad (corrupción, inseguridad, desempleo, etcétera). Si bien durante las entrevistas no se observaron ni gestos ni palabras fuera de tono –es posible que el paso del tiempo y la misma situación de entrevista atemperaran los ánimos–, el lenguaje empleado en comentarios publicados en blogs o en testimonios recogidos por los medios durante el conflicto, tuvo un tono notoriamente distinto que, en muchas ocasiones, demostraba un rechazo

profundo hacia la presidenta y el proceso kirchnerista en general:

> Basta de esta tiranía K ya es momento de salir del letargo despertemos y salgamos a sacar a esta gente, soy de la ciudad pero creo que el capricho de los KK lo estamos pagando caro y esta gente no da marcha atrás. Aguante el campo no dejemos que nos mientan más estos terroristas que están en el poder y que no saben gobernar.
>
> Este conflicto no se va a terminar hasta que no se vayan los Kirchner y sus secuaces… Es impredecible e infinita la capacidad de destrucción que tiene este matrimonio gobernante, traducida en toda perversidad para con el pueblo argentino. Estoy con la gente del campo y con todos los que luchan en contra de las políticas de este matrimonio perverso.
>
> Lo viví muy intensamente. Día a día. Después de un año quiero que los K se vayan, que renuncien porque siento que esperar tres años va a llevar al país al desastre del que no vamos a salir. Quiero decirle al campo que se mantenga firme, que siga luchando que los K tienen los días contados.[28]

El argumento imaginario fue que si se retiraba la Resolución 125 –o mejor: si renunciaba la presidenta– la sociedad podría recuperar el orden amenazado y se solucionarían *todos* los problemas. Finalmente, la habilitación de un canal institucional a través del cual el conflicto pudo adoptar una forma agonista impidió, aun con serias dificultades, que tomara un rumbo antagónico.

De esta forma, el discurso de "la patria" como plenitud imposible[29] habilitó la irrupción del contenido individualista

---

28 Comentarios extraídos de http://especiales.perfil.com/125_aniversario/comentarios.php.

29 Esta plenitud dialoga con otras situaciones o momentos de representación de plenitud imposible, como por ejemplo, el ya mencionado modelo agroexportador, eclipsado por el peronismo industrializador. El significante campo guarda en la historia del país un lugar privilegiado para el proyecto de restauración de un orden perdido.

y antiplebeyo característico de la identidad de la clase media argentina, así como supuso la reactualización de un tipo de subjetividad propia del orden neoliberal. Ambos componentes –el antiperonista y el neoliberal– confluyeron en un denominador común que configuró la subjetividad de una parte de la clase media porteña, para la cual la fantasía de una "vida buena" o una "sociedad justa" pasaría por la defensa y la reivindicación de las libertades individuales por sobre la construcción de la comunidad, la preeminencia de la lógica del mercado y el rechazo a la política como vía de regulación de la vida social y el odio por el otro en tanto amenaza de la propia existencia. En este sentido, se puede sostener que la nueva subjetividad política y las formas de intervención que se pusieron en escena durante el conflicto, evidenciaron cierta politización o involucramiento en los asuntos públicos, pero expresaron, por sobre todo, un rechazo rotundo a cualquier forma de intervencionismo estatal que suponga formas de redistribución social. Esa *fobia al Estado*, que cobró forma en la defensa a ultranza del principio de libertad individual, hace que esta figura aparezca como base de intervenciones que podrían pensarse como características de un conservadurismo restaurador.

En síntesis, el conflicto por las retenciones móviles significó la apertura de un "tiempo público" durante el cual se vio posibilitada la constitución de una nueva subjetividad política, inscripta en el particular momento de su aparición. Específicamente, se trató de un momento que evidenció las disputas en torno del neoliberalismo: de un lado, la apuesta por vigorizarlo; del otro, el intento de resquebrajarlo, neutralizarlo y desplazarlo del espacio público. De modo que las circunstancias concretas que posibilitaron la configuración de un espacio público-político en el transcurso de los sucesos de 2008, fueron distintas a las que habían conducido al eclipsamiento de la política que extendió su sombra desde la década del noventa hasta bien entrados los años dos mil.

Durante ese período, el desacople entre espacio público y política, que marcaría la tendencia en las ciudadanías al abandono de la dimensión política de la vida social, llevó a la configuración de una subjetividad signada por la desconfianza y el rechazo a la política y sus representantes. Así, las formas de participación en el espacio público, reducidas básicamente a los reclamos por derechos particulares o a la petición de rendición de cuentas a las autoridades, se caracterizaron por situarse por fuera o en los bordes la política. Incluso, si bien existieron momentos, como los episodios del 19 y 20 de diciembre del 2001, que presentaron al mismo tiempo la persistencia de reclamos particularistas con otras intervenciones que rompieron con ese particularismo o acotación de demandas y que evidenciarían aspectos de emergencia de una subjetividad política, no debe perderse de vista que, en primer lugar, esos acontecimientos estuvieron inscriptos en –y fueron causa de– uno de los momentos de mayor crisis institucional del país. Episodios que, por otra parte, seguramente fueron uno de los puntos de partida del posterior proceso de retorno de la política. En segundo término, la implementación del Estado de Sitio y las decenas de muertos y centenas de heridos demuestran que estuvo lejos de acontecer como un conflicto político si, como diría Mouffe, el antagonismo le ganó al agonismo o, en palabras de Rinesi, la tragedia, a la política.[30]

La respuesta de la sociedad civil en el transcurso del conflicto entre el Gobierno y "el campo", por el contrario,

30 En una entrevista publicada en el diario *Página 12*, Eduardo Rinesi (2010) proponía pensar la política desde el drama: "Es posible decir que hay política porque hay, entre los hombres y los grupos, conflicto, y que hay tragedia, también, porque hay conflicto. Por supuesto, el conflicto con el que lidia la tragedia es diferente del conflicto con el que lidia la política. Y la propia dignidad de la política radica en tratar de sostener esa diferencia: la diferencia entre los conflictos políticos, que pueden procesarse y tratar de resolverse, y el conflicto trágico, que es radical e irreductible. De modo que la tragedia permite pensar la política no porque la política sea necesariamente trágica, sino porque la tragedia nos muestra el límite de la política, su cifra oculta, su posibilidad última y siempre desplazada".

no se limitó a los modos característicos de participación de los noventa ni la coyuntura supuso la crisis de institucionalidad que se había vivido en 2001. La intervención conflictiva de los ciudadanos en la esfera pública dio señales de un regreso de la creencia en la política como medio para cambiar la realidad, evidenciado, por ejemplo, en las acaloradas discusiones generadas alrededor de la medida adoptada por el Gobierno o en la realización de acciones concretas como cacerolazos, marchas y protestas que tuvieron lugar en el espacio de lo público. Sin embargo, según se desprende de las entrevistas realizadas, es necesario agregar también que una parte importante de las personas que se movilizaron en contra de las retenciones móviles manifestaron, al mismo tiempo, la persistencia de ciertas creencias y deseos configurados por la gubernamentalidad neoliberal.

Atendiendo a esta última cuestión, ¿en qué medida puede considerarse, entonces, que la subjetividad que dio base a la intervención de esos actores durante el conflicto sea realmente "política"?

En la investigación de Mauricio Moltó (2013) –referida en el Capítulo 4–, por ejemplo, se caracterizaba al ciudadano que se movilizó a favor del campo en los grandes centros urbanos del país, rotulándolo de "antipolítico": "El 'antipolítico' adhirió al reclamo rural y enfocó sus críticas (no sólo) en la figura de *los Kirchner*" sino que las "extendió hacia el resto de la dirigencia política" (s/p.). Esta interpretación inscribe el conflicto en la serie de irrupciones aisladas propias de la década previa y desautorizaría a pensar en los sucesos del 2008 como una experiencia que remite a ciertos rasgos de emergencia de una repolitización de la sociedad civil.

Ahora bien, si por *antipolítica* se entendiera, no simplemente "el rechazo ciudadano a la política como vía de regulación de la vida social" (Moltó, 2013), sino –siguiendo a Roberto Espósito (2006)– "una política enmascarada, un modo de hacer política mediante la devaluación de la política misma" (s/p.), podría suponerse que la intervención de

los sectores medios en el espacio público estuvo de todos modos ligada a la política, aunque lo haya estado en forma de privación y de contraste. Sin embargo, las entrevistas evidencian que no fue esa la relación que establecieron con la política. La participación en el conflicto no sólo no fue juzgada por los propios actores como algo externo a la política sino que, además, en la medida en que fueron capaces de unir a sus reclamos particulares aspiraciones y demandas más generales y de mayor alcance, posibilitó la constitución de agrupamientos sociales con capacidad de influir involucrándose directamente en el proceso político. El conflicto por las retenciones móviles encontró en una parte de los sectores medios urbanos un actor que en el apoyo a las entidades agrarias (incluida la SRA) motorizó, en su búsqueda de obstaculización de las políticas fiscales de gobierno, a un mismo tiempo la persistencia de una gubernamentalidad neoliberal y el desempolvo de viejas tradiciones conservadoras que, en Argentina, se asocian con el antiperonismo.

De manera que, si bien no se puede sostener que los sectores medios que adhirieron a los reclamos agropecuarios adoptaron una posición antipolítica, la persistencia de huellas que remiten a la subjetividad del "empresario de sí mismo" tampoco permite afirmar que, durante el conflicto por las retenciones móviles, su intervención pueda identificarse nítidamente con los rasgos propios con los que se ha caracterizado al sujeto político en el transcurso de este trabajo –como aquel que además de preocuparse por los problemas comunes, asume la conflictividad como una dimensión constitutiva de la vida social y cuya actitud supone intervenciones que abonen y proyecten un camino viable para la realización de sus aspiraciones.

Podría pensarse que la principal dificultad que presenta esta tensión –marcada por la ausencia y el regreso de la política– remitiría a la necesidad de una reconceptualización de la noción misma de sujeto político que permitiera cobijar estas nuevas intervenciones. Sin embargo, el camino de esta investigación ha abierto la cuestión ya no hacia el

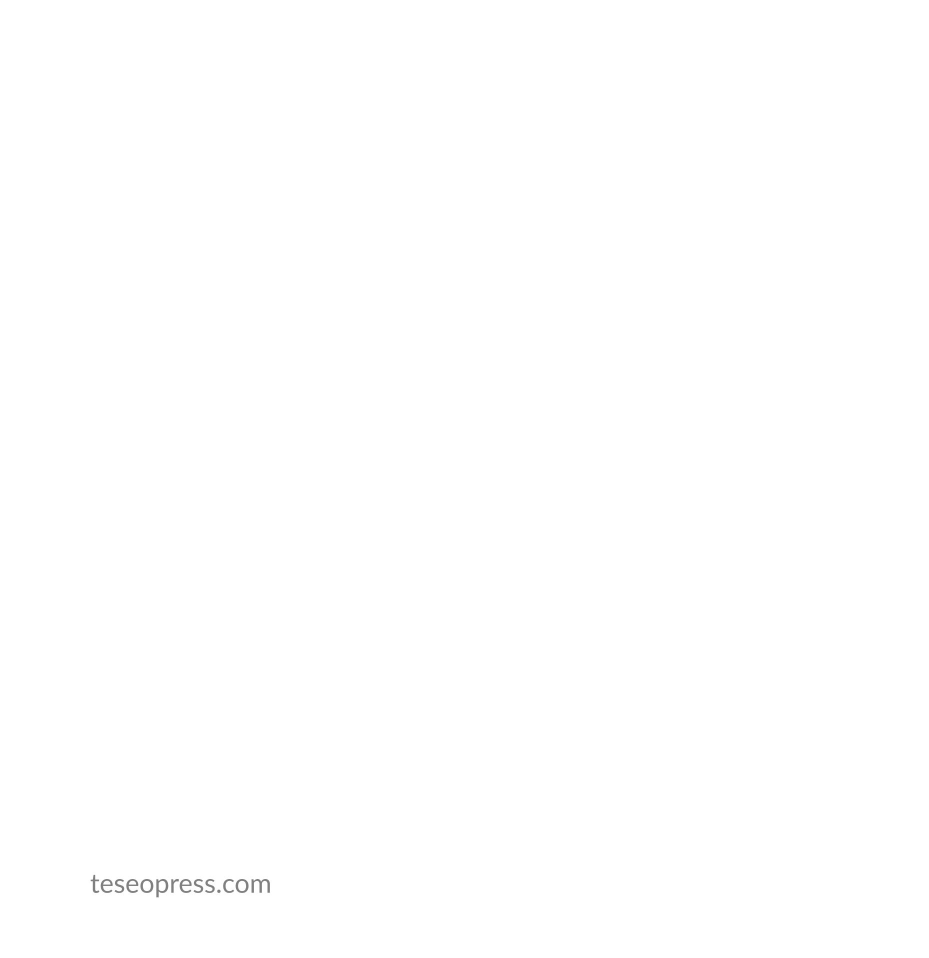
interior de esa categoría sino a la necesidad de difuminar las fronteras de la misma y, por lo tanto, de acuñar un nuevo concepto: el de subjetividad *neopolítica*. Esta decisión se funda en la convicción de que –tras la superación de las concepciones esencialistas en lo que respecta a la constitución de las identidades políticas– es posible (imprescindible) pensar en nuevos modos de ser sujetos.

En este sentido, cuando en el presente trabajo se habla de un "regreso" de la política, se alude inevitablemente a una mutación de las subjetividades colectivas. Mutación que puede advertirse en el modo en el que la crisis del neoliberalismo y las posteriores transformaciones en la gubernamentalidad (así como la misma experiencia del 2008) hicieron del sujeto algo distinto del "empresario de sí mismo" –y donde el regreso a un supuesto pasado (mítico) de plenitud no viene a ser otra cosa que una fantasía ideológica. Del mismo modo, aunque la subsistencia de una memoria de derechos habidos y luchas gremiales y políticas colectivas, como sugiere Murillo (2008), pudieran haber sedimentado o colaborado embrionariamente en el posterior proceso de repolitización, los puentes que pudieron tenderse entre las capas arqueológicas de las memorias colectivas y las experiencias de protesta social que se dieron en los últimos años tampoco permiten hablar de un "regreso de la política" tal como se la conocía y practicaba previamente al desbloqueo y generalización del modelo neoliberal porque, entre otros motivos, las transformaciones socioeconómicas de los años noventa también han dejado grabadas sus huellas en la subjetividad de los individuos. Al mismo tiempo, no se trata de afirmar que la figura del sujeto *neopolítico* haya sido la única que se desplegó durante el conflicto. Coexistió y coexiste aún con otras más alejadas o más cercanas a la política –están últimas, seguramente más portadoras de las memorias de las luchas previas y, en ese sentido, fundamentales a la hora de pensar en el *regreso de la política*.

En todo caso, lo que puede decirse es que el conflicto por las retenciones móviles fue la manifestación de

un proceso de mutación subjetiva que ya estaba puesto en marcha. Proceso en el cual la figura más destacada que se perfiló, en la medida en que la fuerza del acontecimiento permitió potenciarla, fue la del sujeto *neopolítico*.

Parte 3. Del sujeto neopolítico al sujeto neosacrificial



5

La emergencia de nuevas formas de servidumbre voluntaria

5.1. El escenario 2008-2015: finalización del ciclo kirchnerista y triunfo de la Alianza Cambiemos

A finales de la primera década del siglo XXI, se inició en América Latina una serie de golpes de Estado llamados "suaves" o "blandos"[1] en contraposición a las dictaduras tradicionales del siglo XX, contra gobiernos populares y democráticos que –con mayor o menor fuerza y de diferente modo– intentaron desarrollar políticas que escapaban a la lógica y dinámica neoliberal. El juicio político al por entonces presidente de Honduras, Manuel Zelaya, mediante el cual éste fue removido de su cargo en 2009; el derrocamiento del presidente de Paraguay, Fernando Lugo, en el 2012; y posteriormente, el golpe parlamentario que terminó con el gobierno de la brasileña Dilma Rousseff en 2016, se enmarcan dentro de esta nueva modalidad de desestabilización, basada en estrategias conspirativas no violentas desplegadas en el marco de las instituciones legitimadas por las propias constituciones locales.

---

1 La noción de "golpe suave" o "golpe blando" fue introducida por el sociólogo y politólogo estadounidense Gene Sharp (2003). Se trata de un proceso en el cual un grupo de élite busca derrocar a un gobierno electo democráticamente mediante tácticas no violentas, como la manipulación de los medios de comunicación, la creación de crisis económicas y políticas, y la movilización de la opinión pública en contra del gobierno. Estos métodos buscan minar la confianza del pueblo en su gobierno y preparar el terreno para un cambio de régimen sin necesidad de recurrir a la violencia.

En estos países, miembros de la oposición política con el apoyo de sectores empresariales y de los medios de comunicación, así como de grupos conservadores y de derecha optaron por la interrupción de los regímenes democráticos para reinstaurar gobiernos de corte neoliberal. En el caso de Argentina, aunque también hubo varios intentos de desestabilización contra la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner, la situación presentó características diferentes. Allí, las experiencias de gestión de gobiernos de corte neoliberal, que habían encontrado sus límites tras la crisis de 2001-2002,[2] lograron reactualizarse a través de la victoria de la Alianza Cambiemos en las elecciones de 2015 y, posteriormente, con la revalidación en los comicios legislativos de 2017.

La Alianza Cambiemos se conformó en 2015 con el fin de participar en las elecciones nacionales de ese año. Estaba integrada por varios partidos políticos, incluyendo la Unión Cívica Radical (UCR), el PRO (Propuesta Republicana), la Coalición Cívica-ARI (Afirmación para una República Igualitaria), el Partido FE (Frente Renovador), el Partido Demócrata Progresista (PDP), el Partido Unión Celeste y Blanco (UCeDe), así como otros partidos regionales y provinciales. No obstante, como han señalado, entre otros, Paula Biglieri y Gloria Perelló (2018), su estructura fue más compleja que un simple acuerdo entre partidos, ya que además recibió el respaldo del establishment financiero, grandes corporaciones económicas agrupadas en la Asociación Empresaria Argentina, y del sector agropecuario que se opuso al gobierno kirchnerista en 2008. Asimismo contó

---

2 Se hace referencia a los acontecimientos de los días 19 y 20 de diciembre de 2001 así como a la posterior y persistente movilización social, que evidenciaron no sólo la crisis de representatividad marcada por el rumbo de las decisiones tomadas por las autoridades políticas y económicas (entre las cuales estaba la implementación del "corralito" bancario y la declaración del Estado de Sitio, que terminó con la renuncia del entonces presidente Fernando de la Rúa), sino también el proceso de resquebrajamiento del modelo neoliberal.

con el apoyo de varias ONG, fundaciones, el *Grupo Clarín* (principal conglomerado de medios de comunicación en Argentina) y el diario conservador *La Nación*, entre otros.

Se podría afirmar que la llegada al poder de esta coalición marcó el apogeo de la ofensiva neoliberal-conservadora que se venía desplegando en Argentina desde al menos el año 2008. En este sentido, es oportuno detenerse un momento para dar cuenta de algunas de las condiciones que permitieron la convergencia de los diversos sectores involucrados. Por ejemplo, en un trabajo de revisión de la trayectoria de las fuerzas conservadoras del país, María Inés Tato (2013) ha identificado varios aspectos importantes de su ideología y comportamiento político. En primer lugar, la historiadora señaló la dificultad de identificarlos a simple vista por su encuadramiento en partidos políticos estables. Durante largos tramos del siglo XX, el conservadurismo no tuvo un domicilio político propio, pero contó con la capacidad de instalarse en diferentes grupos o regímenes políticos al menos parcialmente afines, gracias al hecho de que la mayoría de ellos, incluyendo a las izquierdas hasta la década de 1960, compartían una identificación común con la tradición liberal. En segundo lugar, Tato ha destacado el carácter evanescente de las fronteras con otras tendencias político-ideológicas a partir de un consenso liberal mínimo compartido. En general, los principios fundamentales del liberalismo sirvieron como base para la identidad política conservadora, y su adopción fue más o menos firme dependiendo de las circunstancias. Así, mientras que en algunas ocasiones "el liberalismo sirvió a los conservadores para autodefinirse en contraposición con el adversario, en otras facilitó su mimetismo con otras fuerzas políticas" (p. 4). Finalmente, Tato destacó la adaptación del conservadurismo a las circunstancias como otro rasgo característico de esta corriente política. Esta adaptabilidad se debe a su enfoque pragmático y a su capacidad para adoptar diversas estrategias para hacer frente a los desafíos cambiantes que surgen en el contexto de la tradición democrática. En

algunos casos, han utilizado estrategias que no involucraban a los partidos políticos, como los grupos de presión, la prensa o las corporaciones, e incluso han participado en golpes de estado para alcanzar sus objetivos. En otros, han hecho uso del fraude electoral para obtener resultados favorables. Además, la historiadora ha sugerido una influencia política indirecta a través de la adopción de ciertas ideas y prácticas conservadoras por grupos internos de otras fuerzas políticas, como el radicalismo y el peronismo. Esto le permitió caracterizar a la cultura política conservadora como una "tensión pendular entre la praxis y la ideología" (p. 4).

En la línea presentada por Tato, cabe considerar que la relación entre neoliberalismo y conservadurismo que se manifestó en la Alianza Cambiemos es un ejemplo de cómo ciertas ideas y prácticas conservadoras pueden articularse eficazmente en distintos espacios políticos y son capaces de ensamblarse a ciertos principios del liberalismo de acuerdo a las circunstancias. La coalición reunió a sectores de diversas corrientes políticas que compartían un consenso mínimo acerca la ductilidad del conservadurismo para encuadrarse dentro de una coalición que pretendía presentarse como amplia y moderada, con capacidad de atraer votantes de diversas corrientes políticas y ajustarse a las cambiantes circunstancias del país.

Pero además, de acuerdo con Biglieri y Perelló (2018), las distintas corrientes políticas que integraban la Alianza Cambiemos generaron, con creciente intensidad tras asumido el rol de gestión, un ambiente discursivo propicio para el resurgimiento de un elemento fundamental en la retórica de la derecha argentina, que es el odio hacia el pueblo expresado en la intención de erradicar cualquier forma de populismo:

> Si a partir de 1955 se trató de eliminar al pueblo, la última dictadura cívico-militar fue eficaz en su intento, ya que salvo durante algunos breves y acotados episodios del alfonsinismo, la figura del pueblo no volvió a articularse, como una

> cadena estable de significación en la vida política de la Argentina, hasta la formación del populismo kirchnerista. (Biglieri y Perelló, 2018).

En este sentido, aunque algunos analistas hayan etiquetado al macrismo como "la nueva derecha",[3] para Biglieri y Perelló su proyecto político tenía tanto de "viejo" como de "nuevo". Por un lado, la Alianza Cambiemos buscó restaurar el estilo de vida de derechas (Schwarzböck, 2015), que se vio perturbado durante los doce años del gobierno kirchnerista. Esto vinculó a la Alianza Cambiemos con la tradición más autoritaria, refundadora o reorganizadora de la derecha argentina, caracterizada por un fuerte rechazo al populismo. En este sentido, el cambio que propuso esta alianza implicaba erradicar al pueblo "a través de una intervención política que elimine el populismo" (p 72). Por otro lado, se destaca como rasgo novedoso el hecho de que haya sido el primer gobierno elegido legítimamente mediante elecciones libres y limpias que ejerce la voluntad de llevar adelante dicha tarea: "Nunca antes, desde 1983 a esta parte, gobierno alguno se había embarcado en tal emprendimiento, ya sea porque el pueblo estaba ausente o, por el contrario, porque buscaba articularlo" (p. 72).[4]

---

3 Véase, por ejemplo, José Natanson (2018).

4 Cabe tener presente que dar cuenta de la singularidad del caso argentino no impide reconocer continuidades con procesos mayores a nivel global y regional. En ese sentido, Wendy Brown (2020) ha sostenido que el conservadurismo es parte de la arquitectura original del neoliberalismo en todo el mundo: "Los neoliberales (…) argumentan que la moralidad tradicional debe ser la base de la legislación social y que debe basarse en valores como la familia, la propiedad privada y la autoridad. Si hay primacía del individuo, siempre es en un marco jerárquico, no en un modelo de igualitarismo" (s/p.). En consonancia con la perspectiva planteada por Brown, Verónica Gago (2021) ha señalado que la alianza entre el neoliberalismo y las fuerzas no democráticas tampoco es algo nuevo en la historia de América Latina. Desde las dictaduras que surgieron para reprimir los movimientos obreros, estudiantiles y barriales, dicha alianza ha sido una constante en la región. En tiempos más recientes, la investigadora ha observado que esta alianza se actualizó en una serie de temas, como "la familia, la sexualidad, los mereci-

Tras esta caracterización de la Alianza Cambiemos, cabe retomar el foco de la cuestión en lo que respecta al proceso por el que dicha alianza accedió al poder en 2015. Lo que resulta llamativo de ese proceso no es tanto que se hayan cumplido los plazos establecidos por la Constitución y las leyes electorales, sino que una parte mayoritaria de la sociedad haya vuelto a ser atraída por las políticas neoliberales que condujeron a profundas crisis y a un severo agravamiento de las desigualdades económicas, no sólo en la década del noventa sino durante buena parte del último cuarto del siglo XX.

De acuerdo con los datos extraídos de un estudio realizado por Daniel Coatz y Daniel Schteingart (2016), Argentina fue el país del mundo que más se desindustrializó entre 1974 y 2002. En este último año el PIB per cápita del país fue un 14% más bajo que en 1974, con un dramático deterioro distributivo (la brecha entre el 10% de los ingresos más altos y el 10% de los ingresos más bajos pasó de 10 a 44). Esto significó que la pobreza urbana pasara de 16% a 69% en ese período. Por el contrario, la etapa de crecimiento desde mediados de 2002 hasta 2011 fue prolífica: el PIB per cápita se recuperó con fuerza y la brecha de ingresos entre los deciles 1 y 10 se redujo de 44 veces a 18 en ese lapso, lo que implicó una reducción de la pobreza en 40 puntos porcentuales. Algunos datos adicionales proporcionados por Alfredo Eric Calcagno (2015) permiten examinar con mayor detalle el impacto del crecimiento económico y las respuestas institucionales a las desigualdades sociales que se habían profundizado durante la década anterior. Cabe destacar, por un lado, la generación de más y mejores empleos. Entre 2002 y 2014, la participación de los asalariados en el ingreso aumentó del 34% al 51% del PIB. El coeficiente de Gini (que mide la desigualdad) cayó de 0,534 en 2003 a 0,420 en 2015. En ese mismo período, se crearon

mientos de subsidios sociales, los trabajos no remunerados, las legislaciones antimigrantes, etc." (p. 16).

5 millones de nuevos puestos de trabajo. El desempleo, que era del 21,5% en 2002, se redujo al 7,2% en 2014, mientras que el empleo no registrado retrocedió más de 15 puntos porcentuales desde 2003 a 2012. Por otro lado, resaltar el aumento de salarios y la creación de la Asignación Universal por Hijo (AUH). En diciembre de 2006 se recuperó el nivel de salarios reales anterior a la crisis de 2002. En 2013 se aprobaron 1600 convenios colectivos de trabajo frente a los 200 que había en 2002. La AUH pasó a cubrir a 3,3 millones de niños y jóvenes, hijos de desocupados y de trabajadores no registrados. Finalmente, subrayar la reorientación de la política de seguridad social hacia las personas adultas mayores. Se reestatizó el sistema jubilatorio, estableciendo aumentos de jubilaciones dos veces al año (hasta 2003 y durante 10 años, la jubilación estuvo congelada). Se pasó a cubrir al 97% de los posibles jubilados (en 2003 era 65%) y se incorporaron al sistema 2,9 millones de personas que no tenían aportes suficientes.

En este sentido, si bien puede resultar *evidente*, como sugirió el psicoanalista Jorge Alemán (2016), que "los ricos nunca atentan contra ellos y votan por quienes los saben custodiar" (p. 79), han surgido dificultades para comprender por qué, luego de una década de igualación, grandes sectores de las clases media y baja decidieron adherir y votar a un proyecto que ya los había perjudicado severamente, y que lo volvería a hacer.

De acuerdo con Biglieri y Perelló (2018), estas dificultades se expresan de manera particular en la creencia extendida entre varios analistas de que existe una relación directa entre la mejora económica, la promoción del bienestar social y el voto[5]. Según esta perspectiva, un gobierno que

[5] Si bien una revisión de estas causas no constituyen el foco de la presente investigación, cabe tener presente que esta mejora económica también presentó limitaciones y debe ser matizada y puesta en vinculación con una dinámica de exacerbación de ciertas transformaciones estructurales no sólo en la región sino también a nivel global. Por ejemplo, se asiste al surgimiento de "nuevas modalidades de trabajo" (tales como *Uber*, *Rappi*, entre otros) que

logra mejorar las condiciones socioeconómicas y expandir los derechos de la sociedad debería obtener el apoyo de los votantes. Cuando esto no ocurre, se generaba perplejidad y se consideraba que se trataba de un "engaño" o una "estafa". Las autoras señalaron que esta idea se había extendido en relación con la victoria electoral de la Alianza Cambiemos, especialmente desde el campo populista, donde a menudo se afirmaba que Macri ganó las elecciones de 2015 simplemente porque mintió. Sin embargo, argumentaron que la hipótesis del "engaño" no resultaba convincente, sobre todo si se tiene en cuenta que la Alianza Cambiemos logró un resultado electoral notable en las elecciones legislativas de 2017, a pesar de haber aplicado políticas que iban en contra de lo prometido en la campaña electoral.

Por su parte, Sebastián Botticelli (2021) también ha destacado que la tarea de dilucidar los motivos del triunfo de la Alianza Cambiemos supuso un desafío considerable para el pensamiento crítico en ese momento, especialmente para aquellos intelectuales que habían apoyado explícitamente al kirchnerismo. En su texto expuso algunos de los interrogantes que surgieron después de las elecciones presidenciales de 2015, los cuales revelan la mezcla de indignación y asombro a las que aludían Biglieri y Perelló por lo que parecía un hecho inaudito al tiempo que desplazaban el enfoque hacia el comportamiento del votante:

> ¿cómo fue posible que las y los votantes se hayan inclinado por un candidato proveniente del núcleo mismo de todo aquello que es contrario a las mayorías? ¿Qué clase de electorado cae en las redes de semejante engaño? ¿Tan profunda es la amnesia que afecta a nuestro pueblo como para no reconocer en la

---

bajo la forma del emprendedurismo moldearon un escenario de creciente precarización laboral. Una lógica que, posteriormente, se acentuaría en los años de gestión de la Alianza Cambiemos en la cual se intentó horada marcos regulatorios a través de los proyectos de reforma laboral y previsional. Al respecto, véase Busso y Pérez (2021).

> figura de Macri la continuidad de los procesos más oscuros de nuestra historia? (Botticelli, 2021: p. 5).

Botticelli recolectó las explicaciones que tuvieron mayor circulación y las sintetizó en torno a cuatro ejes. El primero, refiere a la derrota en "la batalla cultural". Los intelectuales enmarcados en esta postura afirmaban que el respaldo a los proyectos nacionales y populares no se había consolidado lo suficiente por la falta de mediación entre las políticas concretas y la construcción de una conciencia colectiva. La promoción de políticas sociales y programas de inclusión no habrían bastado para generar una modificación del sentido común ni para disputar la configuración de las creencias políticas y los valores que orientan las decisiones que toma la ciudadanía cuando vota. La causa de la derrota, en suma, se debería tanto a la dificultad del kirchnerismo para generar una renovación de la cultura política argentina, como a la incapacidad de muchos argentinos para darse cuenta de que la mejora en sus condiciones de vida estaba directamente relacionada con las políticas impulsadas por los gobiernos de los Kirchner.

El segundo eje alude al rol de los medios de comunicación. Para aquellos que mantenían este punto de vista, la derrota del kirchnerismo en "la batalla cultural" se habría debido, en buena parte, a la influencia de los medios de comunicación. El papel que jugaron, especialmente después del conflicto con el campo en 2008, habría sido una de las principales razones por las que no se pudo lograr la transformación de la cultura política. Los medios concentrados se habrían dedicado a perjudicar al kirchnerismo instalando una serie de mentiras y falsedades que, a fuerza de repetición, terminaron generando en los votantes la convicción de que sus carencias –reales o ficticias, efectivas o potenciales– eran causadas por las políticas que se habían ido desarrollando, en particular las disposiciones relativas a la seguridad social.

Una tercera explicación apelaba a la expresión marxista de "macizo ideológico". Según los intelectuales que sostenían esta línea interpretativa, los ataques de los medios contra el kirchnerismo pudieron enlazarse con una serie de prejuicios que una gran parte de la sociedad argentina ha mantenido sobre el peronismo desde sus orígenes. A la vez, el reforzamiento de ciertos componentes aspiracionales de las clases medias habría generado dinámicas identificatorias a partir de las cuales una parte significativa habría comenzado a percibirse de una manera desfasada de la realidad. De esta manera, el antiperonismo histórico, transformado en un odio visceral al kirchnerismo, se habría constituido en un "macizo ideológico" que funcionaría ocultando las condiciones estructurales sobre las que se consolidó la dinámica de la propiedad, velando el origen de la riqueza, el poder y los privilegios de los grupos tradicionalmente dominantes detrás del mito del espíritu empresarial y la libertad de mercado.

El último eje sobre el que giraron las explicaciones del triunfo del macrismo refiere al accionar de las oligarquías tradicionales. Según este punto de vista, más allá de cierta originalidad que pudiera atribuírsele a las estrategias comunicacionales utilizadas en la campaña electoral, habría una línea de continuidad entre los objetivos del programa de gobierno de Macri y los que pretendieron conseguir Menem, Martínez de Hoz y antes, la Revolución Libertadora o inclusive el uriburismo. En ese sentido, si bien la Alianza Cambiemos no sería directamente comparable a una dictadura, se podrían establecer fuertes vínculos con la experiencia dictatorial, especialmente si se considera el uso por parte del gobierno de Macri de mecanismos como la represión y criminalización de la protesta social, el *lawfare* o la demonización de los líderes populares. Esta característica distintiva mostraría la coherencia histórica de los grupos dominantes, por lo que la verdadera esencia del macrismo ya no debería buscarse en las herramientas de marketing

político implementadas sino en la antigua y persistente ideología del *establishment* local.

Llegados a este punto, resulta inevitable estar de acuerdo con Botticelli en que aun cuando no se pueden negar los elementos involucrados en estos argumentos (sin duda es cierto que los medios concentrados operaron a favor de la Alianza Cambiemos, que una parte del macrismo hizo pública la reivindicación de la dictadura, que hubo un uso del odio hacia todo lo relacionado con el peronismo y que se recurrió al encarcelamiento de líderes populares, la represión de manifestaciones y la criminalización de la protesta social), lo que resulta insatisfactorio de las explicaciones anteriores es que, en última instancia, terminan atribuyendo a los votantes de la Alianza Cambiemos una serie de carencias o fallas:

> Se trata de un sujeto que, puesto a votar, termina decidiendo en contra de su interés. Su necedad lo habría llevado a ignorar el entramado de relaciones en el que su vida se inserta. Su individualismo idiota le habría impedido apreciar el vínculo entre el mejoramiento efectivo de sus condiciones materiales y las políticas impulsadas por el kirchnerismo. Y su miseria lo habría llevado a convertir su odio al peronismo en un estandarte pseudo-político. (Botticelli, 2021: p. 9).

Como ha indicado el autor, el papel que se le asignó a estas deficiencias condujo a un diagnóstico equívoco, posiblemente equiparable al que llevó a los intelectuales en la década de los noventa a negar la posibilidad de un consenso más activo por parte de la sociedad. Por otro lado, al igual que Biglieri y Perelló, señaló que las dificultades para dar cuenta del éxito electoral de la Alianza Cambiemos en 2015 parecieron reforzarse aún más después de las elecciones legislativas de 2017. En esa ocasión, la pregunta planteada por la intelectualidad crítica –que evocaba significativamente la sorpresa que generó el apoyo social a las políticas de ajuste económico adoptadas por el gobierno de Menem–

fue: "¿cómo es posible que el macrismo haya logrado imponerse tras dos años en los que se devaluó el tipo de cambio, se multiplicó la inflación, se aumentaron las tarifas de los servicios, se recortaron derechos adquiridos, se ajustaron casi todos los rubros del gasto público y se retrajo la actividad económica?" (2021: p. 5).

Ahora bien, entre todas estas acciones que llevó adelante el gobierno de Macri en sus dos primeros años, es de particular interés detenerse en el análisis del proceso de recomposición del precio de los servicios públicos que se inició en 2016, principalmente por las repercusiones que generó en la población afectada.

De acuerdo con el Observatorio de Políticas Públicas de la Universidad Nacional de Avellaneda (2018), durante los doce años de gobiernos kirchneristas Argentina estuvo entre los países más económicos en cuanto al precio del suministro de energía eléctrica, gas natural y agua potable. Esto fue posible gracias a la decisión de mantener los subsidios implementados después de la crisis de 2001, que el Estado pagaba para financiar una parte del consumo de los sectores medios y bajos de la población. Con la llegada de Macri al gobierno y el cambio de política económica, se llevó a cabo una reforma del sistema de subvenciones que redujo marcadamente las partidas presupuestarias destinadas a mantener bajas las tarifas de los servicios básicos. Como consecuencia de ese recorte, las facturas sufrieron un aumento inusitado: entre 2016 y 2017 se registraron en promedio incrementos acumulados del 920% en energía eléctrica, del 927% en gas natural y del 683% en agua. También se vieron afectadas con un alza considerable otras tarifas reguladas por el Estado como el transporte público (455%), el impuesto de Alumbrado, Barrido y Limpieza (108%) o la medicina prepaga (81%). La evolución porcentual de estos incrementos –que, por su impacto, fue denominado por una parte de la prensa y dirigentes políticos de la oposición con el término "tarifazo"– superó con creces el índice inflacionario, trasladando la carga del ajuste a los

usuarios, quienes debieron destinar un mayor porcentaje de sus ingresos para obtener la misma prestación que habían estado recibiendo hasta ese momento.

Ante esta situación, la respuesta de los afectados fue dispar. Por un lado, el aumento de las tarifas generó malestar social, ruidazos[6] y otras medidas de protesta en diferentes puntos del país, así como una ola de reclamos ante la justicia por parte de las organizaciones de defensa del consumidor. Pero por otro lado, estaban quienes cerraron filas para defender la decisión de reducir los subsidios, algo que había sido un compromiso electoral de Macri. A medida que se generalizaban los fallos judiciales en contra del tarifazo y el gobierno convocaba a audiencias públicas para debatir el tema, tanto las expresiones de apoyo como las de oposición se fueron multiplicando. A las declaraciones oficiales del presidente y otros funcionarios se sumaron las voces de dirigentes sindicales, políticos, de organizaciones sociales y de pequeñas y medianas empresas así como las de diferentes organismos de usuarios y de consumidores. Los medios de comunicación no tardaron en hacerse eco de la polémica. Tanto los que estaban en contra como los que simpatizaban con el gobierno de Macri brindaron argumentos que, según el caso, criticaron o justificaron los aumentos. De esta manera, algunos medios periodísticos alertaron sobre el impacto del tarifazo en los bolsillos de los argentinos, mostrándolo como un aumento desproporcionado, injusto y regresivo, en tanto que otros destacaron la discrecionalidad en el manejo de los subsidios públicos y el abaratamiento artificial de tarifas durante los gobiernos kirchneristas. Sin embargo, la forma más llamativa con la que ciertos medios afines al oficialismo intentaron influir en la opinión pública fue a través de la publicación de una serie de notas que pretendían naturalizar la necesidad de un

---

6 El "ruidazo" es una modalidad de protesta en la que los manifestantes expresan su descontento mediante la emisión de ruidos fuertes, a menudo golpeando cacerolas, ollas y otros utensilios de cocina.

cambio de estilo de vida como consecuencia de la pérdida del poder adquisitivo por el alza de las tarifas. Así, entre otras peculiares exhortaciones, buscaron alentar el uso del ventilador en vez del aire acondicionado, bañarse menos veces a la semana o vivir en la oscuridad, utilizando argumentos de dudosa admisibilidad como, por ejemplo, que la luz artificial afecta la salud. También ofrecieron consejos para ahorrar energía y hacer frente a los aumentos e incluso proporcionaron instrucciones para fabricar un calentador de agua solar con materiales encontrados en el hogar.

Pero la caja de resonancia más grande, por cierto, fueron las redes sociales. Según un estudio realizado por Natalia Aruguete y Ernesto Calvo (2018a; 2018b; 2020), cientos de miles de mensajes referidos al tarifazo circularon en *Facebook* y en *Twitter* sólo entre julio y agosto de 2016. Los usuarios posicionados de un lado y del otro utilizaron estas redes para expresar sus opiniones políticas y para difundir noticias de los medios con los que estaban de acuerdo (la totalidad de intercambios y retuits registrados por los investigadores muestra que los mensajes de los que estaban a favor de los aumentos incluían mayormente enlaces al diario *La Nación* y al canal de cable *TN*, mientras que los principales hipervínculos insertados por las cuentas de quienes estaban en contra, redirigían a medios relacionados con el kirchnerismo como *Mundo Empresarial* y *El Destape Web*). Si bien se puede estimar que la comunidad de usuarios opositores era mucho más grande que la comunidad progubernamental (Aruguete y Calvo identificaron 23 mil contra 10 mil durante el momento más álgido del debate sobre el tarifazo), lo más destacable es que en esta ocasión las manifestaciones de apoyo al tarifazo y a las políticas de ajuste se dieron abiertamente y no de una manera solapada o vergonzante como había sucedido en otros casos anteriores. Otro aspecto novedoso a considerar es que una parte significativa de las opiniones vertidas en las redes sociales, así como las recogidas por los medios en las movilizaciones de respaldo al gobierno de Macri que se llevaron a cabo

de forma esporádica hasta los últimos días de su mandato, expresaban claramente una voluntad de sacrificio y una disposición sin precedentes para soportar las privaciones que exigía el modelo social y económico de la Alianza Cambiemos.

En este punto es necesario hacer una aclaración. No cabe duda que la apelación al sacrificio no es precisamente algo nuevo en el discurso neoliberal. Como ha señalado Hernán Fair (2021), la llamada "teoría del derrame", uno de los mitos fundantes del neoliberalismo, sostiene básicamente que "los trabajadores deben realizar un sacrificio económico en el presente para soportar estoicos el peso del ajuste ortodoxo y las reformas estructurales del paradigma neoliberal. A cambio, promete una mejora de la situación económica y social en un futuro inespecífico, si se aplican al pie de la letra las ideas pro-empresariales" (p. 232). En Argentina, esta teoría permite vincular llamamientos al sacrificio como el que hiciera Álvaro Alsogaray, ministro de Hacienda de Arturo Frondizi (1958-1962), cuando en junio de 1959 pidió "pasar el invierno" para anunciar un plan de ajuste,[7] con el que treinta años después realizó Carlos Menem al asumir como presidente de la Nación: "Nuestro pueblo sabe que si hoy este gobierno le pide un sacrificio es para obtener una recompensa, un resultado concreto, una mejora tangible en su situación de vida".[8] También en la línea de estos antecedentes –aun considerando la salvedad señalada

7 En su primer discurso como ministro, el 29 de junio de 1959, Alsogaray afirmó: "Lamentablemente, nuestro punto de partida es muy bajo. Muchos años de desatino y errores nos han conducido a una situación muy crítica. Es muy difícil que este mes puedan pagarse a tiempo los sueldos de la administración pública. […]. Todavía seguiremos por algún tiempo la pendiente descendiente que recorremos desde hace ya más de diez años. Se ha cometido un error en definir a este programa como un programa de austeridad, dejando que cada uno de los habitantes del país viva como pueda y como quiera […]. Las medidas en curso permiten que podamos hoy lanzar una nueva fórmula: 'Hay que pasar el invierno'" (Extracto del diario *La Nación,* 7 de agosto de 2013).

8 Discurso ante la Asamblea Legislativa del 8 de julio de 1989.

por Wendy Brown (2017) respecto a la diferencia entre la teoría del derrame, que prometía que la riqueza generada por los gigantes beneficiaría a los pequeños, y los llamados al sacrificio de los regímenes neoliberales contemporáneos, donde los ciudadanos ya no reciben esa promesa–, se ubica el pedido que hizo Mauricio Macri en julio de 2016 para que la población ahorre energía:

> Lo que les tengo que pedir es que por favor entendamos que la Argentina necesita que cada uno de nosotros sea responsable y consuma la mínima energía posible. Si están en sus casas en remera y en patas, es porque están consumiendo energía de más. En invierno vos tenés que estar abrigado aun estando en tu casa, ahí estarás consumiendo la mínima energía necesaria.[9]

Pero si el foco se desplaza hacia los destinatarios de la política de austeridad macrista, lo que convierte en peculiar a este caso es que el sacrificio puede verse no sólo como una exigencia de un poder superior (el presidente o un funcionario), sino también como un acto voluntario de quienes decidieron mantener su apoyo a las medidas implementadas por el gobierno nacional a pesar de que les traerían menores grados de bienestar. Esta última parte del trabajo busca contribuir a la inteligibilidad de este fenómeno indagando en la subjetividad de aquellos que adhirieron más fervientemente al ajuste macrista. Bajo el supuesto de que el proceso de reconfiguración subjetiva que dio lugar a la emergencia de la figura del sujeto *neopolítico* durante el conflicto del campo siguió en marcha en la década siguiente, se propone identificar posibles puentes entre la renovada preferencia por las políticas neoliberales expresada, por ejemplo, en los resultados eleccionarios de 2015 y 2017 y la adhesión de los sectores medios a los reclamos de la dirigencia rural en 2008. ¿La constitución de la subjetividad que dio base

9 Extracto del diario *Infobae*, 11 de julio de 2016.

a la intervención de esos actores pudo haber colaborado embrionariamente en el nuevo avance de la programación neoliberal?

La hipótesis que sostiene esta tercera parte del trabajo es que en la escena política 2015-2019 se asistió, por un lado, a una exacerbación de ciertos rasgos característicos de la subjetividad configurada en 2008. Particularmente, persistieron y se profundizaron aquellos rasgos asociados más estrechamente al orden neoliberal (reivindicatoria de las libertades individuales por sobre la construcción de la comunidad, la preeminencia de la lógica del mercado y el rechazo a la política como vía de regulación de la vida social) junto a aquellos otros rasgos propios de la tradición individualista y antiplebeya característica de la identidad de un sector de la clase media argentina (expresado en el odio por el peronismo en tanto amenaza de la propia existencia). Al mismo tiempo, en la coyuntura 2015-2019, la exacerbación de dichos rasgos se presentó desplazada, desdibujando la voluntad de participación política de estos sectores que había caracterizado la escena del 2008 y habilitando la emergencia de lo que puede denominarse nuevas formas de servidumbre voluntaria. Concretamente, refiere al abandono del discurso de la "vida buena" –expresión del deseo de un estado presente o futuro de disfrute– y su relevo por un discurso sacrificial a través del cual se acepta la frustración del disfrute propio a condición de obturar el de los demás.

5.2. Una genealogía del problema de la servidumbre voluntaria

A principios de 2019, como parte de la campaña electoral, Mauricio Macri subió a su cuenta de Instagram un video

que rápidamente se volvió viral.[10] En las imágenes se puede ver a dos rosarinos, Raúl y Héctor, preocupados por la crisis económica que atravesaba el país en ese momento. Uno se presenta como dueño de una planta que, según sus propias palabras, llevaba meses sin funcionar. El otro, como un jubilado que cobraba un poco más que la mínima pero que, como decía, no le sobraba nada. "Tengo una fábrica que hace cuatro meses no tiene trabajo. Pero sé del déficit fiscal, entonces lo entiendo y lo sigo apoyando", inicia el diálogo Raúl. "Yo lo apoyo, lo sigo apoyando porque sé que las medidas que están tomando son medidas de fondo. Una Argentina que hace 70 años que está en crisis, no la podés corregir en cuatro años", agrega su interlocutor. Ambos coinciden en que "este es el cambio que nosotros necesitamos", pero lamentan que "hay gente que no lo entiende". "El problema de la Argentina somos los argentinos", concluye Raúl. Las palabras que había deslizado hacía un momento todavía estaban en el aire entre ellos: "No se puede vivir toda la vida de prestado y ahora hay que sufrir".

Expresiones como estas se multiplicaron durante los cuatro años del gobierno de la Alianza Cambiemos. Sin embargo, la problemática que ponen de manifiesto no es precisamente novedosa. Ya en 1548, aunque en un escenario evidentemente distinto, Étienne de La Boétie (2008) se preguntaba con asombro, frente a lo que consideraba un "escándalo de la razón", por la inclinación de los muchos hacia *la servidumbre voluntaria*: "cómo pueden tantos hombres, tantos pueblos, tantas ciudades, tantas naciones soportar a veces a un solo tirano, que no dispone de más poder que el que se le otorga, que no tiene más poder para causar perjuicios que el que se quiera soportar y que no podría hacer daño alguno de no ser que se prefiera sufrir a contradecirlo" (2008: p.45). Al respecto, argumentaba que si no se consintiera en caer en la servidumbre, el tirano se

10 "El problema de la Argentina somos los argentinos". Recuperado de https://www. facebook.com/watch/?v=393284408169635.

derrumbaría sólo, sin tener que defenderse ni luchar contra él. Desde su punto de vista, no se trata de quitarle nada, sino de no darle nada: "Son, pues, los propios pueblos los que se dejan, o, mejor dicho, se hacen encadenar, ya que con sólo dejar de servir, romperían sus cadenas. Es el pueblo el que se somete y se degüella a sí mismo; el que, teniendo la posibilidad de elegir entre ser siervo o libre, rechaza la libertad y elige el yugo; el que consiente su mal, o, peor aún, lo persigue" (p. 48). Esto lo condujo a pensar que los hombres desprecian la libertad, porque de no ser así, concluía, si realmente la quisieran, la tendrían: "¡Pobres y miserables gentes, pueblos insensatos, naciones obstinadas en vuestro propio mal y ciegas a vuestro bien! Dejáis que os arrebaten, ante vuestras mismas narices, la mejor y más clara de vuestras rentas, que saqueen vuestros campos, que invadan vuestras casas…" (p. 49).

Según La Boétie, algo tuvo que pasar necesariamente para que los hombres cayeran de la libertad a la servidumbre. Un accidente trágico o desgracia inaugural que haya obligado a desnaturalizar al "único ser nacido de verdad para vivir libre", y le haya hecho perder la memoria de su estado original y el deseo de recuperarlo. La tarea de detectar cuál fue la causa de esa enigmática "desventura", lo lleva a proponer una serie de hipótesis que irá discutiendo sucesivamente. En primer lugar, examina a la cobardía como posible causa del paso de la libertad inicial al sometimiento posterior: "Si dos, tres y hasta cuatro hombres ceden a uno, nos parece extraño, pero es posible; en este caso, y con razón, podríamos decir que les falta valor…" (2008: p.47).

Este razonamiento sería retomado y desarrollado poco más de un siglo después. Por ejemplo, en el pensamiento político de Baruch Spinoza (1997), el miedo aparece como un elemento central de la relación dominación-servidumbre. En una crítica abierta a la monarquía absoluta de su época, el holandés denunciaba, oculto bajo el disfraz de la religión, el miedo con el que se quería controlar a los hombres "a fin de que luchen por su esclavitud, como si se tratara de su

salvación, y no consideren una ignominia sino el máximo honor, dar su sangre y su alma para orgullo de un solo hombre" (pp. 64-65). En contraste con esa postura política, su contemporáneo Thomas Hobbes enfatizó la importancia decisiva del miedo como regulador de las prácticas políticas y sociales: "De todas las pasiones la que menos inclina a los hombres a quebrantar las leyes es el miedo. En realidad, (exceptuando algunas naturalezas generosas) es la única cosa que (cuando hay apariencia de beneficio o placer quebrantando las leyes) hace a los hombres guardarlas" (Hobbes, 2003: p. 258). Por lo tanto, para este filósofo, el miedo está en la raíz del contrato social, en el sentido de que hace que el hombre abandone el estado de naturaleza para encontrar seguridad y librarse de la amenaza de muerte violenta. A través de su construcción teórica busca demostrar que sin Estado hay siempre guerra de todos contra todos: "Es por ello manifiesto que durante el tiempo en que los hombres viven sin un poder común que les obligue a todos al respeto están en aquella condición que se llama guerra; y una guerra como de todo hombre contra todo hombre" (p. 129). Y agregaba:

> Lo que puede en consecuencia atribuirse al tiempo de guerra, en el que todo hombre es enemigo de todo hombre, puede igualmente atribuirse al tiempo en el que los hombres también viven sin otra seguridad que las que les suministra su propia fuerza y su propia inventiva. En tal condición no hay lugar para la industria; porque el fruto de la misma es inseguro. Y, por consiguiente, tampoco cultivo de la tierra; ni navegación, ni uso de los bienes que pueden ser importados por mar ni construcción confortable; ni instrumentos para mover y remover los objetos que necesitan mucha fuerza; ni conocimiento de la faz de la tierra; ni cómputo del tiempo; ni artes ni letras; ni sociedad; sino, lo que es peor que todo, miedo continuo, y peligro de muerte violenta; y para el hombre una vida solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta. (Hobbes, 2003: p. 130).

De igual forma, el miedo también se encuentra al final, como resultado del proceso de generación del Estado. Como ha señalado Carlo Ginzburg (2015), "El Leviatán, creación artificial, se dibuja frente a aquellos que lo han creado mediante su pacto, aquellos de los cuales él mismo está hecho, como un objeto que lo colma a uno de temor" (p. 41). En la célebre ilustración del frontispicio del libro de Hobbes publicado en 1651 se puede ver, precisamente, la amenazante figura de un gigante que lleva en su mano derecha una espada y en la izquierda un báculo de obispo, como estrategia visual para desalentar, mediante una mezcla de temor e intimidación, la amenaza constante de que las partes contratantes rompan el contrato.[11]

Pero para La Boétie, que más tarde será visto como la figura anticipada del anti-Hobbes,[12] esta imagen habría representado el opuesto exacto de la figura del soberano. Desde su perspectiva, no se trataba "de un Hércules o de un Sansón, sino de un único hombrecillo", por lo que descartará rápidamente la suposición que había deslizado en un primer momento. "Dos hombres, y quizá diez, pueden temer a uno. ¡Pero que mil, un millón, mil ciudades no se defiendan de uno, no es siquiera cobardía!" (2008: p.47). Por otro lado, en su análisis de la obra del filósofo renacentista, Lefort (2008) ha llamado la atención sobre la contradicción que supone que, aunque ese *Uno* –como nombraba La Boétie al tirano–, insiste en convertir a los hombres en cobardes, "estos quieran a veces morir por él" (p. 114). En este sentido, es interesante contrastar el dibujo del *Leviatán* con otra ilustración, más reciente y mucho menos famosa, del artista mexicano Víctor Solís. Describe el acto de coronación de un

11 Abraham Bosse, Leviatán, frontispicio de Thomas Hobbes, *Leviatan* (1651).

12 Miguel Abensour y Marcel Gauchet (2008) señalan que La Boétie "en su rechazo del Estado, deshace por adelantado todas las justificaciones de las cuales el Leviatán intentará prevalerse y que, apuntando hacia un más allá indeterminado de la dominación, designa los límites de los teóricos para quienes es primordial la necesidad del Estado" (p. 18).

soberano. Sobre un fondo verde esmeralda se recortan en blanco un conjunto de hombrecitos. Son ocho exactamente, todos semejantes. El primero empezando por la derecha, subido a un gran banquito, saluda con el brazo en alto. Ha sido elevado a autoridad máxima por los demás. La secuencia continúa así. Abajo, el segundo hombrecito le dirige un aplauso al que recibirá los atributos de mando. A su espalda, los tres siguientes le extienden una corona gigante. Por fin, el último trío, cargando con esfuerzo un enorme y pesado garrote, lo entrega a modo de cetro.[13]

¿Cuál es el resorte que los ha impulsado a un sometimiento aparentemente insensato? Objetada la hipótesis de que los hombres obedecen sencillamente forzados u obligados, bajo el efecto del terror, por el miedo a la muerte, La Boétie va a proponer que el secreto de la servidumbre voluntaria se encontraría en la costumbre: "los hombres que nacen bajo el yugo, educados y criados en la servidumbre, sin mirar más allá, se contentan con vivir como nacieron y, sin pensar en tener otro bien ni otro derecho que el que encontraron, aceptan como algo natural el estado en que nacieron" (p. 55). Sin embargo, como ha señalado Lefort, esta respuesta va precedida de una observación que impide que sea admitida: "No es fácil creer que el pueblo, a partir del momento en que se somete, caiga tan repentina y profundamente en el olvido de la libertad y que ya no le sea posible despertarse para volverla a ver…" (La Boétie: 2008, p. 55). Si sucede tan repentinamente, si el tiempo no cuenta y si el deseo desaparece en un instante, qué tan fuerte es la costumbre, se preguntaba Lefort. Por otro lado, el propio La Boétie, un poco más adelante en el mismo escrito, ofrecía pistas que ponen en duda la omnipotencia de la costumbre, señalando que siempre "aparecen algunos, más orgullosos y más inspirados que otros, quienes sienten el peso del yugo y no pueden evitar sacudírselo, quienes jamás se dejan

13 Véase https://www.nexos.com.mx/?p=14088.

domesticar ante la sumisión" (p. 59). Estos algunos, rebeldes al yugo, son los que, "al tener de por sí la mente bien estructurada, se han cuidado de pulirla mediante el estudio y el saber. Éstos, aun cuando la libertad se hubiese perdido irremediablemente, la imaginarían, la sentirían en su espíritu, hasta gozarían de ella y seguirían odiando la servidumbre por más y mejor que se la encubriera" (p. 59).

En relación con este argumento, Lefort se apresuró a disipar la idea errónea por la cual podría creerse que se estaría midiendo la libertad y la servidumbre por una buena o mala educación. Aunque para La Boétie los libros despiertan en los súbditos el deseo de conocer y el odio por la tiranía, no importa cuántos se contaminen con el deseo de libertad, "su buena disposición queda sin efecto porque no pueden comunicarse entre sí" (Lefort, 2008: p. 143). ¿Cómo se debería entender este nuevo enfoque que afirma y niega a la vez que sean libres? En este punto es necesario dirigir la mirada a la concepción de libertad que manejaba La Boétie. Desde su perspectiva, la naturaleza habría moldeado a todos los hombres por igual para reconocerse como compañeros o hermanos. Advertía que si en la distribución que hizo de sus dones prodigó alguna ventaja corporal o espiritual a unos más que a otros, no es que quisiera ponerlos en este mundo "como en un campo acotado". Más bien, lo que se debe creer es que "al hacer el reparto, a unos más, a otros menos, quería hacer brotar en los hombres el afecto fraternal y ponerlos en situación de practicarlo, al tener, los unos, el poder de prestar ayuda y, los otros, de recibirla" (La Boétie, 2008: p. 51).

La Boétie no dudaba de que los hombres fueran *todos* naturalmente libres, ya que los consideraba a *todos* compañeros. Le resultaba impensable que al dar a todos la misma compañía, la naturaleza hubiera querido que algunos fueran esclavos. Este es el motivo por el que Lefort ha subrayado que para este autor la libertad no es algo inherente a cada uno, sino que remite "al entre-conocimiento" de los semejantes. Efectivamente, La Boétie no decía que la naturaleza

hizo a todos los hombres libres, en el sentido de que no serían siervos de nadie. De haberlo hecho,

> habría corrido el riesgo de sugerir que el hombre libre no se debe más que a sí mismo y se descubre como su propio amo cuando, liberado de sus afectos, obedece al mandato de la razón. Precisa bien que "nos ha conformado a todos por igual… para que nos entreconozcamos". Convierte así el primer nosotros, de singular que era, representante del Hombre, en un plural; obliga a entenderlo como *el uno y el otro, el uno por el otro*. (Lefort, 2008: pp. 133-134).

De esta manera, para Lefort, la afirmación y negación de la existencia de la libertad debe entenderse en un sentido político, así como la conclusión según la cual, al no poder relacionarse, los hombres se quedan "solos con sus fantasías". Por poderosa, sólida y duradera que sea la tiranía, "se sostiene en la prohibición de actuar, hablar y casi de pensar, una prohibición que prueba el deseo indestructible de conocimiento y de mutuo reconocimiento, y el odio indestructible del amo, y que no consigue, en el mejor de los casos, más que desviarlo hacia el sueño" (Lefort, 2008: p. 144). Por esta razón, a partir del momento en que abandona la hipótesis que atribuía a la costumbre el origen de la servidumbre, La Boétie trasladó la atención hacia las técnicas de engaño propias de los tiranos. Como las de los primeros reyes egipcios, que "no aparecían en público sin llevar un gato, o una rama, o un haz de fuego sobre la cabeza" (2008: p.64). Del mismo modo, los reyes franceses de su época son presentados como hábiles mistificadores: "Nuestros tiranos también sembraron en Francia fantasías y fetiches, como *sapos*, *flores de lis*, la *ampolla* y la *oriflama*" (2008: p. 66). Pero para este autor, la cuestión de la servidumbre voluntaria no se reduce simplemente a una concepción instrumental del poder. Mientras que la posición de dominio del soberano parecería descansar en la evidencia de las habilidades lingüísticas y simbólicas empleadas para sugestionar el imaginario colectivo, La Boétie volvía a deslizar la mirada y se

interrogaba acerca de la disposición de los propios dominados para ver cosas que no existen o creer en cosas que no son reales:

> ¿Y qué diré de otra patraña que los pueblos antiguos tomaron por verdad absoluta? Creyeron firmemente que el pulgar de Pirro, rey de los epirotas, era milagroso y curaba a los enfermos del bazo. Enriquecieron aún más ese cuento añadiendo que aquel dedo, tras haberse consumido el cuerpo en el fuego, había sido encontrado intacto entre las cenizas. El pueblo ha elaborado siempre de este modo engañosas fantasías para, después, creer en ellas a ciegas. (La Boétie, 2009: p. 65).

Como ha observado agudamente Lefort, en estos y otros ejemplos citados por La Boétie se pone al descubierto la relación que mantiene la servidumbre voluntaria con la representación de algo que colmaría el deseo. Algo que, por más determinado que esté en un momento para quien lo desea, al considerar sus transformaciones, se revela imposible de localizar en lo real. Lo que también muestra la estrecha relación que mantiene el deseo con lo imaginario (ver Parte 2, Capítulo 4). Poco importa, añadía, "que llene o roce la boca, que esté a la vista o fuera de ella, que sea presente o pasado, que sea imaginado en este mundo o en el otro, pase lo que pase restablece, al igual que el dedo de Pirro, la integridad del cuerpo: ese algo es ese misterio que exalta al Uno" (Lefort: 2008, p. 157). En efecto, según La Boétie, los tiranos, para consolidarse, siempre se han esforzado por acostumbrar al pueblo, no sólo a la obediencia y la servidumbre, sino también a una especie de *devoción* hacia ellos. Dirá de quienes los apoyan que son como "el sátiro indiscreto" que según las fábulas antiguas, "cuando vio arder el fuego robado por Prometeo, lo encontró tan hermoso que fue a besarlo y se quemó"; o como la mariposa que "se metió en el fuego porque fue atraída por el resplandor de su llama" (p. 73). Sin embargo, tras señalar esto, aclaraba que no se refería al pueblo entero sino a los que "ven resplandecer los tesoros del tirano, admiran boquiabiertos su esplendor

y, atraídos a su vez por su magnificencia, se aproximan a él sin caer en la cuenta de que se meten en la llama que inexorablemente los consumirá" (p. 73). A partir de este momento, las palabras que La Boétie había usado al principio para denunciar la insensatez del pueblo ahora se dirigen a quienes se empeñan en servir para amontonar bienes "sin recordar que ellos mismos son los que brindan al tirano el poder de quitar todo a todos y de negar a todos la posibilidad de tener algo que sea suyo" (La Boétie, 2008: p. 70).

De acuerdo con Lefort, lo que se hace evidente en este punto es una división, hasta ese momento no explicitada, entre quienes no hacen más que padecer y quienes toman parte activa en la construcción y mantenimiento de la tiranía, los mismos que, "tras mendigar el favor del amo para adquirir bienes, se convierten a su vez en pequeños tiranos para los más débiles" (Lefort, 2008: p. 159). Si anteriormente La Boétie se había referido al pueblo como una masa indiferenciada, de la que sólo destacaban unos pocos que nunca se sometían a la servidumbre, ahora distingue a los dominantes de los dominados. Sin embargo, esta distinción no se establece entre dos grupos claramente circunscritos, distantes uno respecto del otro, sino que se superpone a la vez con otra, que se reproduce en todos los niveles de la jerarquía social. De hecho, cuando La Boétie analizaba el apoyo de que dispone el tirano, decía que no son las armas las que lo defienden sino un pequeño número de los que reinan en su nombre: cuatro o cinco "que imponen por él la servidumbre en toda la nación", cinco o seis que se han ganado su confianza, seis o seiscientos "que tienen bajo su poder a seis mil". Y añadía a continuación que la serie de los que les siguen es extensa: "El que quiera entretenerse devanando esta red, verá que no son seis mil, sino cien mil, millones los que están sujetos al tirano y los que conforman entre ellos una cadena ininterrumpida que se remonta hasta él" (La Boétie, 2008: p. 68). Tal como ha planteado Lefort, con esta enumeración La Boétie dejaba a la vista que el secreto, el resorte de la dominación, depende del deseo,

en cada uno, cualquiera que sea el nivel de la jerarquía que ocupe, de identificarse con el tirano erigiéndose como el amo de otro. Por lo tanto, es la cadena de los amos o de los pequeños tiranos –indicaba–, la que mejor permite indagar en el origen de la servidumbre voluntaria, ya que la autoridad y la propiedad que ellos creen poseer, o que codician, hace que no puedan ver que han perdido su libertad. De esta forma lo expresaba La Boétie al final del texto:

> No basta con hacer lo que les ordena el tirano, sino que deben pensar lo que él quiere que piensen y, a menudo, para complacerlo, deben incluso anticiparse a sus deseos. No están solamente obligados a obedecer, sino que deben también complacerlo, doblegarse a sus caprichos, atormentarse, matarse a trabajar en sus asuntos, gozar de sus mismos placeres, sacrificar sus gustos al suyo, anular su personalidad, despojarse de su propia naturaleza, estar atentos a sus palabras, a su voz, a sus señales y a sus guiños, no tener ojos, pies ni manos como no sea para adivinar sus más recónditos deseos, o sus más secretos pensamientos. (La Boétie, 2008: p. 69).

Así pues, no basta con afirmar que el deseo de servidumbre se origina en la negación de la articulación de uno a uno, del encuentro con los otros; también hay que agregar que es gracias a esta relación deshecha que toda la cadena de pequeños tiranos se sostiene. Una cadena que se ramifica desde la figura del tirano sobre los súbditos pero al mismo tiempo se eleva desde abajo hacia la autoridad y la constituye como tal, atribuyendo al tirano un poder del que él, por sí sólo, no podría disponer.

5.3. Interrogando la actualidad del problema de la servidumbre

Según afirman Miguel Abensour y Marcel Gauchet (2008), el *Discurso de la servidumbre voluntaria* tuvo desde el mismo momento de su publicación en 1574, veinticinco años

después de haber sido escrito por su autor, una amplia difusión y audiencia. Posteriormente parece haber caído en un relativo olvido y sólo tuvo una circulación subterránea hasta que fue recuperado públicamente en el siglo XIX por la crítica al totalitarismo, tras el fracaso de las Jornadas revolucionarias de París de 1830 y la oposición al régimen de Napoleón III. Desde entonces, los autores destacan la permanente actualización que ha tenido el texto en la reflexión política, proponiendo una clasificación, ya clásica en la bibliografía, de las interpretaciones que se han realizado. Mencionan, en primer lugar, las "lecturas militantes" de autores como el filósofo y teólogo Felicité de Lamennais o el intelectual socialista y periodista Auguste Vermorel quienes, guiados por una visión instrumental del poder, pusieron el acento básicamente en los métodos de dominación de los tiranos, dejando en un segundo plano y casi oculta la cuestión del deseo de servidumbre. A continuación, las lecturas que denominan "semiproblemáticas", que aceptan la idea de servidumbre pero, más que aprehender su enigma, se dejan llevar y desviar por la búsqueda de una "buena solución". Entre ellas se encuentran las del militante socialista Pierre Leroux, del pensador anarquista Gustav Landauer y de la filósofa y activista Simone Weil. Por último, destacan a un conjunto de pensadores más contemporáneos como el antropólogo Pierre Clastres o el ya citado Claude Lefort, cuyo interés se centra particularmente en los mecanismos misteriosos que concurren en la servidumbre voluntaria.

A partir de estas diversas lecturas y recepciones, Abensour y Gauchet se preguntan sobre los motivos del atractivo que el *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* tendría en los lectores y escritores de épocas posteriores: "¿Por qué (…) nos vemos atraídos por el texto de La Boétie, llevados a interrogarlo y decididos a oírlo, más allá de las lecturas partidistas, hasta percibir el inconcebible enigma que intenta concebir, que se empeña en nombrar?" (p. 9). Considerándola una obra siempre abierta a la recepción, deslizan la hipótesis de que quizás sea "una pregunta sobre nuestro

presente a la que nos remite esta lectura" (p. 21). En tal sentido, resulta interesante mencionar un artículo reciente de Stefano Visentin (2020) en el que llama la atención sobre el carácter "perturbador" del *Discurso* laboetiano, que lo haría sonar "extraño en toda época y, al mismo tiempo, inquietantemente familiar" (p. 46). El investigador italiano atribuye este rasgo a la capacidad del lenguaje de La Boétie para "hacer hablar" los nombres y las definiciones que se utilizan en un momento histórico determinado por encima del significado que asumen en el debate de la época. No se explicaría de otra manera, dice, la extraordinaria fortuna que ha tenido su obra a lo largo del tiempo, aun cuando pudiera abrir el camino a malentendidos o instrumentalizaciones: "una fortuna que llega hasta nuestros días, en los que el tema de la servidumbre voluntaria ha sido retomado y reconsiderado nuevamente, sobre todo a la luz de los eventos políticos del siglo XX" (p. 46).

En este sentido, a la clasificación inicial habría que sumar un conjunto de autores cuya reflexión giró en torno a ciertos acontecimientos traumáticos como la experiencia totalitaria y los fenómenos que contribuyeron a su consolidación, que los acercó en mayor o menor medida al enigma formulado por La Boétie. Se pueden citar algunos nombres destacados, como el de la ya mencionada Arendt, quien puso de relieve esta cuestión, entre otros textos, en *Los orígenes del totalitarismo* (1998b), al señalar que los regímenes totalitarios y sus líderes, mientras están en el poder, gobiernan y se afirman con el apoyo de las masas hasta el final:

> La elevación de Hitler al poder fue legal en términos de Gobierno de la mayoría, y ni él ni Stalin hubieran podido mantener su dominio sobre tan enormes poblaciones, sobrevivido a tan numerosas crisis interiores y exteriores, y desafiado a los numerosos peligros de las implacables luchas partidistas de no haber contado con la confianza de las masas. Ni los procesos de Moscú ni la liquidación de la facción de Röhm hubieran sido posibles si esas masas no hubieran apoyado a Stalin y a Hitler. (Arendt, 1998b: p. 254).

Una preocupación similar puede rastrearse en algunos sitios de la obra de Theodor Adorno, por ejemplo en la Introducción a *La disputa del positivismo en la sociología alemana* (1973), donde el filósofo alemán destaca el aporte de las investigaciones realizadas por Freud "para la explicación de algo apenas explicable, como es el hecho de que una mayoría aplastante de la humanidad aguante las situaciones de tiranía, se identifique con ellas y se deje inducir por los poderes constituidos a situaciones irracionales que están en evidente contradicción con los intereses más elementales de su propia conservación" (p. 59). A su vez, esta cuestión aparece tratada en los textos del psicoanalista austríaco Wilhelm Reich, quien enfocándose en comprender la experiencia del nazismo en Alemania, los diversos fascismos y la deriva de la Revolución Rusa, interrogó el problema de la siguiente manera: "¿Cómo es posible que la fabricación y la formación de las estructuras psíquicas de la capa que soporta a una sociedad convengan, con la misma exactitud que las piezas de una máquina de precisión, a la organización económica y a los objetivos de la clase dominante?" (Reich, 1972: 75). Esta pregunta fue reiterada poco tiempo después, con relación a las formas de control de la sociedad capitalista avanzada, por Deleuze y Guattari en *El Anti Edipo* (1973) y se vuelve a encontrar también, dentro del campo intelectual argentino, en los escritos del filósofo y psicoanalista León Rozitchner quien, entre otros aspectos, buscó dar cuenta de los componentes de la "servidumbre argentina" que veía representados en la impotencia de los intelectuales pequeñoburgueses y en la adhesión de las masas trabajadoras al peronismo.[14]

---

14 Rozitchner (2003) señala al respecto: "No es extraño que W. Reich desde su propia experiencia política y S. Freud en sus escritos 'sociales', se plantearan claramente la pregunta más difícil y paradójica. De esta paradoja la mayoría de los psicoanalistas, especialistas en la psicología del sujeto burgués individual, nunca entendieron nada. Estos maestros, tanto más ignorados cuanto más se los citaba, querían comprender el fracaso que se insinuaba desde el estalinismo: ¿por qué los hombres 'normales', en el caso de Freud, y la clase

Más recientemente, la reflexión sobre la servidumbre voluntaria cobró un nuevo impulso, ya no en relación con regímenes despóticos o autoritarios, sino en el marco del apogeo de la gubernamentalidad neoliberal; en particular, a partir de la constatación, compartida por una serie de analistas y académicos (como Jorge Alemán, Frédéric Lordon, François Dubet, Marie-Astrid Dupret, Jorge Olivares-Rocuant, Göran Therborn, entre otros), del apoyo social al modelo neoliberal y la aceptación cada vez más abierta de las consecuencias producidas por las políticas de ajuste estructural. En base a los datos que muestran cómo en las últimas décadas la fortuna se fue concentrando cada vez más en una pequeña parte de la población, al punto que el 1% más rico del mundo sigue acumulando más riqueza que el 99% restante, el sociólogo François Dubet (2015), por ejemplo, ha observado que a pesar de la indignación que en ocasiones muestran los afectados por esta política económica, no son verdaderamente capaces de actuar para para modificar su situación. Apoyándose en los planteamientos de economistas como Joseph Stiglitz o Thomas Piketty, señala que lo que profundiza las desigualdades "no son las 'leyes' implacables de la globalización, sino las relaciones de fuerza ideológicas y políticas dentro de cada sociedad" (2015: p. 22). Bastaría, dice, con que movimientos de protesta como los indignados en España o los *Occupy* en Estados Unidos, que se presentan como el 99% de la humanidad, se hicieran con el poder y revirtieran esa imposición injusta de desigualdad. Sin embargo, lo que sucede es que, con la excepción de pequeños grupos que llaman a la revuelta, el

trabajadora, en el caso de Reich, desean y se someten al poder que los domina? Y eso no les pasaba solamente a los obreros. Era un interrogante clave para la política. Pero ahora lo vemos más claramente: no sólo se trataba de comprender entonces cómo los otros, los obreros, se plegaban al poder lo que los envilecía. Se trata, en las actuales circunstancias, de comprender por qué a nosotros, sin que nos diéramos cuenta, y persiguiendo lo contrario, nos pasó lo mismo. Para decirlo de otro modo, más directo: ¿cómo no alcanzamos a ver al enemigo que nos había colonizado dentro de nosotros mismos?" (p. 299).

1% continúa arrasando con las riquezas a expensas del 99% restante "que se indigna pero no hace nada" (p. 23). Sobre esto, Göran Therborn (2016) señala con acierto que la concentración económica y la creciente desigualdad social producida por las reformas neoliberales parecen haber logrado refutar los temores que los liberales del siglo XIX sentían sobre la democracia: el miedo a que el poder ciudadano usurpe la propiedad privada. Lejos de ello, dice "son los grandes propietarios quienes han podido dictar, la mayor parte del tiempo y en la mayoría de los países, lo que califican de 'buena política económica'" (p. 28). De esta manera, se actualiza la pregunta que desde el siglo XVI se ha planteado una y otra vez: ¿cómo es posible que no se pueda escapar a esta nueva forma de servidumbre voluntaria? El sociólogo sueco ofrece algunas pistas al respecto. En primer lugar, recurre al concepto de "dictocracia" para dar cuenta de la dinámica dictatorial de las democracias capitalistas, en las cuales los poderes fácticos y los grupos de presión imponen sus intereses particulares sobre los intereses generales de los ciudadanos:

> Un *Diktat* es una enunciación de autoridad, una aseveración dictada a un secretario o a cualquier organismo subordinado. Es un vínculo entre quien detenta el poder y quien debe acatar su dictamen u orden. Lo crucial aquí es que un *Diktat* político, así como una serie continua de ellos –un dictocracia política–, no requieren de una dictadura represiva. El dictamen original de gerente a secretario sólo necesitó una estructura de poder y sumisión preexistente. (Therborn, 2016: p. 38).

Therborn explica cómo el *Diktat* que convierte las democracias en dictocracias surge en los niveles más altos de la desigualdad en términos de ingresos y riqueza. Cita como ejemplo una investigación realizada por el politólogo Larry Bartels, donde se midió esta dictocracia en el Senado de los Estados Unidos. El estudio arroja que ni los senadores demócratas ni los republicanos respondieron positivamente ni siquiera a una sola opinión del tercio más

bajo de sus votantes; ambos respondieron con moderación al tercio medio, y los republicanos fueron extremadamente receptivos al tercio más rico de los votantes. Pero Bartels también encontró que la influencia del 10% más rico varía según la esfera en el que se sitúa la política (mayor en materia económica y religiosa, pero menor en términos de políticas sociales), el ciclo electoral y la relación de fuerzas entre los partidos. Los votantes menos acomodados ejercen más influencia cuando se acerca una elección y cuando los dos partidos tienen fuerzas equilibradas. En relación con esta última cuestión, Therborn aporta una segunda pista al puntualizar que incluso las preferencias de los ciudadanos se pueden dictar. Tomando como referencia el análisis del politólogo estadounidense Martin Gilens sobre el trabajo de Bartels, revela la forma en que el sistema político logra enmarcar y procesar las preferencias de los ciudadanos desiguales: "Por ejemplo, a mediados de los años sesenta hubo al parecer una mayoría de los pobres que 'se oponían a incrementar el gasto en ayuda a las ciudades, en viviendas para gente de bajos recursos, así como en asistencia y subsidios sociales'" (2016: p. 39).

Ahora bien, ¿cuál es el poder que logra que los ciudadanos menos favorecidos acepten voluntariamente abandonar la aspiración a una mayor igualdad? Therborn aborda el análisis de cuatro mecanismos diferentes a través de los cuales la acción distributiva y la dinámica sistémica producen y mantienen las desigualdades: el distanciamiento, la explotación, la exclusión y la jerarquización. Básicamente, el distanciamiento se produce cuando una persona está adelantada con respecto a otra gracias a la mejor ayuda que recibió de su familia u otras precondiciones mejores. La desigualdad por explotación supone una división entre personas superiores e inferiores, en la que las primeras, de manera unilateral o asimétrica, extraen valores de las segundas. La exclusión resulta de impedir el avance o el acceso a otra persona: es una exclusión entre los que pertenecen y los que no. Finalmente, la jerarquización se origina

en una cierta graduación institucionalizada que coloca a algunos actores sociales arriba y a otros abajo en una escala de supraordenación y subordinación.

Si bien estos cuatro mecanismos, tomados en su conjunto, parecen explicar la generación de todos los tipos de desigualdad, es particularmente su análisis del distanciamiento el que más se aproxima a dar una respuesta al problema planteado más arriba. Therborn señala que el discurso neoliberal e individualista suele denominar "logro" a este mecanismo, "en el que no ve una producción de desigualdad sino una asignación de recompensas legítimas" (2016: p. 60). Desde esta perspectiva, el incremento de la desigualdad social se explica como algo necesario para estimular el riesgo y la innovación empresariales que promueven el poder competitivo e impulsan el crecimiento. Si las condiciones de vida entre las clases más bajas de la sociedad se deterioran, ello se debe, como destaca a su vez David Harvey (2005), "a su incapacidad, en general debida a razones personales y culturales, para aumentar su capital humano (a través de la dedicación a la educación, a la adquisición de una ética protestante del trabajo y la sumisión a la flexibilidad y a la disciplina laborales, etc.)" (p. 135). De esta manera, el discurso neoliberal transfiere al individuo toda la responsabilidad por su bienestar: si no consiguen trabajo o no pueden salir de la pobreza, es porque no se han esforzado lo suficiente. El papel del Estado debe reducirse a establecer y salvaguardar el marco adecuado para el desarrollo de las capacidades emprendedoras, lo que supone la promoción de una política de sociedad y un intervencionismo social cuya finalidad es hacer que cada individuo se convierta en un "empresario de sí mismo" (Foucault, 2007). Para los intelectuales franceses Christian Laval y Pierre Dardot (2017), la empresa se convierte así "no sólo en un modelo general a imitar, sino también en cierta actitud que se valora en el niño y el estudiante, una energía potencial que se solicita en el asalariado, una forma de ser que al mismo tiempo es producida por los cambios institucionales y productora de mejoras en todos

los dominios" (p. 336). Esto supone que el "empresario de sí mismo" no sólo va a tratar de proyectarse en el futuro y calcular sus ganancias y costos (lo que ha estado siempre presente en el liberalismo), sino que va a buscar la forma de maximizar su capital humano en todos los ámbitos, trabajando sobre todo en sí mismo para transformarse de forma permanente, mejorar y ser cada vez más eficiente. Lo distintivo de este sujeto, entonces, es el proceso de superación personal al que se ve impulsado, que lo lleva a perfeccionar continuamente sus resultados y sus rendimientos. Esta idea se expresa, entre otros relatos de "autorrealización", en el discurso meritocrático promovido por el neoliberalismo, donde el éxito –la posibilidad de alcanzar una vida plena, feliz– es concebido como un logro singular del individuo que, mediante un esfuerzo constante y decidido, obtiene su merecida recompensa.

Desde una perspectiva crítica, sin embargo, este discurso –y los supuestos que lo sustentan– presenta una serie de problemas. Therborn, por ejemplo, plantea que la noción de "logro" está obstruida por anteojeras ideológicas: "Es ciega a todo menos al actor que logra, de modo que no nos dice nada sobre sus relaciones con otros o su dependencia con respecto a ellos, sobre el libreto social que define el 'logro' ni sobre los contextos de las oportunidades y las recompensas". Para el autor, el denominado "logro" depende en realidad de la construcción del juego sistémico y de la estructuración de la recompensa: "El distanciamiento es ante todo un proceso sistémico que se desarrolla en sistemas preparados para forjar ganadores y perdedores –incluida la definición de lo que constituye 'ganar'–, así como una distancia de recompensas y ventajas entre ellos" (2016: p. 60).

Pero además de la ceguera frente a los mecanismos a través de los cuales la dinámica sistémica produce y mantiene las desigualdades sociales, se puede añadir, a partir de lo que señala Alemán (2016), que el discurso del mérito y el esfuerzo personal confronta a los sujetos con las exigencias de lo "ilimitado". Desde una edad temprana, dice, "las vidas

deben pasar por la prueba de si van a ser o no aceptadas, si van a tener lugar o no en el nuevo orden simbólico del mercado, porque funciona como un dispositivo imperativo, ejerciendo presión sobre las vidas, marcándolas con el deber de construir una vida feliz y realizada" (p. 16). Este ideal de "vida buena" queda así vinculado a la creencia en la existencia de un ser completo, sin fallas. Si el sujeto se comporta como una empresa, aumentando ilimitadamente su "capital humano", podría alcanzar una plena autorrealización personal. Sin embargo, esta completud, que a su vez está relacionada con lo ilimitado, resulta problemática. De acuerdo con los supuestos de la teoría lacaniana, la condición fundamental del sujeto es su inconsistencia y su incompletud. Esta teoría concibe a la subjetividad estructurada alrededor de una falta constitutiva, producto del ingreso del sujeto al lenguaje. Falta que hace que el sujeto necesite identificarse con algo (una imagen, un significante) para alcanzar la identidad. No obstante, toda identificación (tanto imaginaria como simbólica) fracasa irremediablemente en brindar al sujeto una identidad estable. Este fracaso muestra el juego circular entre la falta y la identificación que marca la condición humana y, por lo tanto, la imposibilidad de alcanzar un estado de autorrealización permanente. Así, la exigencia que el discurso meritocrático dirige a un sujeto "que lo puede todo", termina generando, como señala Alemán, un "sentimiento de culpabilidad" cuyos efectos se ven en "las epidemias de depresión, el consumo adictivo de fármacos, el hedonismo depresivo de los adolescentes, las patologías de responsabilidad desmedida, el sentimiento irremediable de 'estar en falta', el 'no dar la talla', la asunción como 'problema personal' de aquello que es un hecho estructural del sistema de dominación" (2016: 16).

Entonces, ¿cómo es que el sujeto acepta esto?, ¿por qué esa promesa de convertir a la propia vida en una empresa interminable le resulta tan atractiva que se entrega "voluntariamente" a la misma, incluso en contra de sus propios intereses? Para Laval y Dardot (2017), el discurso neoliberal

"no tienta tanto al sujeto con la promesa de una saturación del deseo mediante el consumo, como con la promesa de la plenitud conseguida al aumentar ilimitadamente el valor que el sujeto es por sí mismo" (p. 68). Recurriendo a la diferencia que establece Lacan entre "placer" (que es algo siempre regulado y limitado) y "goce" (que está más allá del principio del placer y donde reina supuestamente la plenitud de la relación con uno mismo), sostienen que el sujeto goza de la producción que aumenta su valor; es decir, que el proceso permanente de automaximización ya no es valorado solamente como un medio para el goce sino que se convierte además en el objeto mismo del goce. En este sentido, Alemán dice que el "empresario de sí mismo" es alguien que se ha producido y ha quedado constituido en lo que llama, siguiendo a Laval y Dardot y otros autores contemporáneos, "un dispositivo de rendimiento y de goce", que vincula al sujeto a su carácter compulsivo, adictivo y, finalmente, a su reverso depresivo.

Al llegar a este punto, es importante volver a algunas ideas planteadas anteriormente para destacar ciertas diferencias entre la manera en que La Boétie utilizó el concepto de servidumbre voluntaria en la Europa del siglo XVI y cómo puede ser interpretado en la actualidad.

La psicoanalista Nora Merlín (2020) ha argumentado que el concepto de La Boétie de una sumisión consciente al poder del rey se ha transformado en la era del neoliberalismo. Según su análisis, en la actualidad, los individuos ya no creen en su condición de súbditos, no se hacen cargo de la sumisión. Esta situación sugiere que la relación entre el sometimiento y el poder ya no es voluntaria, sino que se trata de una obediencia inconsciente:

> Estamos en presencia de un individuo que habita una sociedad de masas uniformada y adormecida en una hipnosis colectiva, que cumple órdenes desde lo inconsciente, consume compulsivamente, creyéndose libre y ciudadano, siendo en verdad un esclavo posmoderno que no se reconoce como

> tal, a diferencia del vasallo de la Antigüedad. (Merlín, 2019: p. 41).

Para Merlín, la obediencia inconsciente implica una relación social con el poder en la que se establece una modalidad fascinada, acrítica y sugestionada. Esta lógica política de institución de lo social se basa en el sometimiento a un poder que determina una sujeción cuya particularidad es que la causa de la "esclavitud" ya no se atribuye únicamente a ese poder exterior, sino que se interioriza de forma velada. La autora también sostiene que actualmente el poder se impone de forma imperceptible a través del empleo de estrategias que buscan "configurar el sentido común desde un totalitarismo comunicacional y semiótico, el cual controla la opinión pública y construye la cultura de masas mediante los medios de comunicación monopolizados" (p. 41).

Sin estar en desacuerdo con esta interpretación, es necesario, sin embargo, incluir algunas precisiones. Por una parte, en el caso de La Boétie, la servidumbre voluntaria tampoco es un fenómeno que pueda explicarse únicamente por la subordinación directa y la opresión. Al respecto, Abensour (2006) argumentó sobre el concepto utilizado por La Boétie del mismo modo que Merlín sobre la obediencia inconsciente: "La servidumbre voluntaria se refiere a un estado de no libertad, de sometimiento, que tiene la particularidad de que la causa de la esclavitud ya no es externa, sino interna, en el sentido de que es el agente o el sujeto mismo quien se somete voluntariamente al amo, que a través de su actividad es el autor de su propia servidumbre" (p. 69).

En este aspecto, se puede decir que La Boétie se anticipó a Foucault en su comprensión del poder como algo que no puede reducirse a una relación externa de dominación y control. Según el filósofo renacentista, el poder se ejerce gracias a una cadena de pequeños amos que se extienden verticalmente. Foucault, sin embargo, amplió esta idea y la reformuló al considerar que el poder no se limita a una relación vertical entre dominador y dominado, sino que

se encuentra presente en todas las estructuras y relaciones sociales de manera reticular. [15]

Por otra parte, es cierto que en el siglo XVI la servidumbre voluntaria era una relación socialmente aceptada –en palabras de Merlín, era un "vínculo que naturaliza(ba) conscientemente el sometimiento al poder del rey" (p.41). Sin embargo, es importante señalar que en ese entonces no se tenía un marco conceptual para comprender los aspectos inconscientes de ese fenómeno, lo cual llevó naturalmente a que La Boétie no los considerara en su análisis.

No obstante, como fue señalado anteriormente, Lefort destacó la relación entre la idea de servidumbre voluntaria de La Boétie y ciertos elementos imaginarios que creaban una ilusión de plenitud en los individuos subyugados, haciéndoles creer que estaban alcanzando sus deseos a través del sometimiento al gobernante opresor. Desde ya, esta lectura de la Boétie que parece impregnada de cierto lenguaje psicoanalítico no implica que éste haya previsto a Freud pero sí sugiere que su enfoque no llegó a profundizar en ciertos aspectos del fenómeno que podrían haber sido explorados mediante la perspectiva del psicoanálisis. De modo que, aunque Merlín acierta al considerar que el descubrimiento freudiano permitió sustituir y reformular lo "voluntario" de la servidumbre por la obediencia inconsciente, no resulta productivo hoy caracterizar a la servidumbre voluntaria del siglo XVI en términos de un vínculo plenamente consciente.

Por último, si bien La Boétie enfatizó la relevancia de la colaboración voluntaria de los oprimidos en su propia

15 De acuerdo con el planteo foucaultiano, el poder no puede concebirse únicamente en términos negativos o coercitivos, sino que tiene una dimensión positiva y productiva. Esta concepción asume que el poder se ejerce en red y, en ella, los individuos no sólo circulan, sino que están siempre en situación de sufrirlo o de ejercerlo. En este sentido, los individuos no son nunca el blanco inerte o consintiente de un poder que se aplica sobre ellos. "En la práctica, lo que hace que un cuerpo, unos gestos, unos discursos, unos deseos sean identificados y constituidos como individuos, es en sí uno de los primeros efectos del poder" (Foucault, 1980: 144).

subyugación, no pasó por alto que en el siglo XVI los tiranos también utilizaban tácticas engañosas para mantener a los gobernados en un estado de fascinación, sin cuestionar su opresión. En cualquier caso, la diferencia sustancial radica en el nivel de sofisticación alcanzado por los diversos dispositivos mediáticos contemporáneos a los que alude Merlín, así como otras herramientas digitales avanzadas que permiten el monitoreo, manipulación y control de la población en una escala sin precedentes. Esto hace que las herramientas de manipulación empleadas en el siglo XVI parezcan rudimentarias en comparación.

En definitiva, en lo que se refiere a la reactualización de las formas de servidumbre voluntaria, el problema ya no radica en la capacidad humana de elegir libremente lo que se desea o no. Más bien, se trata de una voluntad que está orientada por una lógica de "autovaloración de sí", que el régimen de dominación neoliberal ha logrado introducir en el sujeto a través de distintos dispositivos de rendimiento y goce, que en muchos casos escapan a su conciencia. Por lo tanto, las prácticas de sometimiento inherentes al orden neoliberal no se basan exclusivamente en formas de opresión externa, aunque estas también pueden estar presentes. Su eficacia radica con frecuencia en la creación de subjetividades configuradas bajo el paradigma empresarial y gerencial de la existencia.

En definitiva, puede pensarse que la servidumbre voluntaria se manifiesta hoy como actualización de cierto devenir de la historia política reciente que, en su modalidad sacrificial, se enlaza con el terror de la dictadura y la apatía de los 90. Sin embargo, este desplazamiento no puede interpretarse como borramiento de lo previo sino que frecuentemente las diferentes modalidades suelen aparecerse en una suerte de convivencia contradictorias, funcionales unas a otras, caóticas. Por otra parte, si en el caso de La Boétie, éste hace referencia a las artimañas del soberano para mantener la ilusión, la actualidad de la servidumbre voluntaria se despliega en el marco de una proliferación de dispositivos,

muchos de ellos tecnológicos, a través de los cuales estas subjetivaciones se instituyen con efectividad inusitada.

6

Acerca de los nuevos discursos de la servidumbre voluntaria

6.1. Entre las redes sociales y la lógica de la posverdad

La Boétie recuerda a Mitrídates, rey de del Ponto, quien ante el temor de ser envenenado se acostumbró a ingerir veneno en pequeñas dosis con el objeto de lograr inmunidad. En un sentido semejante, podría pensarse que durante los años del gobierno de Macri, una considerable *cantidad* de notas publicadas a diario en diferentes medios y compartidas o retuiteadas en las redes sociales serían las responsables de haber convertido el sufrimiento en un hábito. Artículos pseudo periodísticos que, por ejemplo, advertían sobre el peligro de ver partidos de fútbol gratis desde el celular o la tablet, proponían vacacionar en carpa o con extraños como forma de ahorrar en viajes y alojamiento, aconsejaban comer tierra como método para adelgazar, tomar caldo de huesos para mantener una alimentación saludable y reemplazar el aceite por grasa de cerdo, más sana y barata. O que, con un semblante más solemne y palabras más serias, hablaban del sacrificio portugués y prometían claves de la recuperación de un país con problemas similares a la

Argentina.[1] La lista es enorme, tan grande como el peso de la maquinaria comunicacional.

Vinculado a ello, numerosos autores han señalado el papel central que desempeñaron –y continúan llevando adelante– las tecnologías mediáticas en la tarea de allanar el terreno de la subjetividad social. Por ejemplo, el filósofo Ricardo Forster (2016) subrayaba en una columna de análisis la forma en que, cada vez más, las personas tienden a mirar el mundo a través de estos dispositivos:

> cada vez más la experiencia de la realidad no la hace cada uno sino que es generada en los laboratorios de la industria del espectáculo y la comunicación. Somos dichos y construidos por estos lenguajes tecnológicos que despliegan las 24 horas del día sus tentáculos informativos y sus infinitas maneras de ficcionalizar el mundo en el que vivimos. Sin darnos cuenta somos hablados por un Gran Otro que se inmiscuye en lo más profundo de nuestra intimidad y organiza nuestra representación del mundo. (Forster, 2016: s/p.).

Esta crítica también se ha extendido al ámbito de las redes sociales en Internet. Durante una entrevista, el neurobiólogo y científico social Gernot Ernst (2016) fue consultado acerca del apoyo de la gente a la derecha, a lo que respondió: "El contexto social actual es el caldo de cultivo para esto. Internet literalmente bombardea con mierda los cerebros de las personas". Además, señaló que "Las redes sociales están plagadas de pseudo argumentación, generan egoísmo y con ellas es fácil burlarse de asuntos realmente serios, como una tragedia humana, un acto de corrupción

---

1 Así se titulaba una nota del diario *La Nación* del 3 de mayo de 2019, en cuyo contenido se subrayaba que la salida de la crisis y recuperación económica de Portugal no había sido un milagro sino fruto del sacrificio tras el fuerte ajuste impuesto por la Troika Europea (integrada por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional). Recuperado de https://www.lanacion.com.ar/economia/portugal-no-es-milagro-resultado-del-sacrificio-nid2244088 /.

política, y la lucha de un grupo de personas por sus derechos" (s/p.).

Es interesante notar cómo en estas formulaciones resuena el *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* –muy anterior al surgimiento de los modernos medios de comunicación. La Boétie advertía hace más de cuatrocientos setenta años sobre el mecanismo de la ilusión por el cual se llega a creer que algo es cierto, sin serlo: "Los reyes de Asiria, y después los de Media, no aparecían en público sino al anochecer, con el fin de que el populacho creyera que en ellos había algo sobrehumano y de crear esta ilusión en aquellos que alimentaban su imaginación con cosas que jamás habían visto" (2008: p.64). Hoy en día se puede pensar, como lo indican Forster y Ernst, que la reactualización de este fenómeno se ha visto favorecido por el permanente y creciente bombardeo de mensajes disparados desde las redes sociales y los medios de comunicación. La revista *Barcelona* lo resumió de manera satírica en una serie de viñetas tituladas "El Boludo Que Le Cree A La Tele", donde se muestra a diferentes personajes reproduciendo tópicos de amplia circulación en los medios masivos, como por ejemplo: "La educación pública se soluciona eliminando paritarias, derecho a huelga y vacaciones pagas" o "Si dejamos de financiar a los chantas del Conicet, les podremos dar más dinero a empresas eléctricas y megamineras para atraer inversiones".

En una clave más sobria, desde hace algún tiempo, la noción de "posverdad" se ha utilizado cada vez con más frecuencia para referirse a esta cuestión. El término, que fue incluido en el diccionario de la Real Academia Española a finales de 2017, se emplea corrientemente para describir la distorsión deliberada de una realidad en la que los hechos objetivos tienen menos influencia que las apelaciones a las emociones y las creencias personales, con el fin de crear y modelar la opinión pública e influir en las actitudes sociales.[2]

---

2 El término es una traducción de la expresión inglesa "*post-truth*", que fue elegida como palabra del año 2016 por el *Oxford English Dictionary* ante la

Algunas voces, sin embargo, se han alzado para insistir en que no hay nada especialmente nuevo u original en la práctica de la posverdad. El escritor español Diego Verdugo Vega (2019), por ejemplo, sostiene que las noticias falsas que circulan por los medios y las redes "no son muy diferentes a los disparates, deformaciones o mentiras puestos en circulación desde tiempo inmemorial por profesionales del engaño" (p. 13). Para el filósofo Maurizio Ferraris (2019), por el contrario, se trata de un fenómeno radicalmente nuevo respecto a las mentiras clásicas. Su originalidad reside en la forma específica en que se manifiesta hoy la debilidad humana: "gente que ha dejado de creer en el Más Allá o en la brujería pero que está convencida de que las vacunas provocan autismo, y lo difunde no a través de un boca a boca limitado por definición, sino empleando medios de comunicación de una potencia infinita" (2019: p. 5). Desde una perspectiva histórico-epistemológica, el italiano argumenta que desde finales del siglo pasado hasta la actualidad se ha producido la inflación, difusión y liberalización de las ideas posmodernas que, surgidas en las academias, con la ayuda decisiva de los medios de comunicación, trascendieron más allá de las universidades y bibliotecas convirtiéndose en posverdad. Por tanto, lo que se conoce con este término no es más que la divulgación y popularización del principio fundamental de lo posmoderno, según el cual "no existen los hechos, sólo las interpretaciones" (2019: p. 11).

Ferraris subraya el vínculo esencial entre la posverdad y los medios de comunicación empleando el concepto de "documedialidad". Con este neologismo designa "la unión entre la fuerza normativa de los documentos y la penetración de los medios de comunicación de la era de internet" (p. 6). Explica que tradicionalmente, para difundir cualquier doctrina se requería del proselitismo y el conjunto de procedimientos, estrategias e instrumentos que le son propios,

popularización de su uso en el contexto de la votación del Brexit y las elecciones que ganó Donald Trump en Estados Unidos.

pero que desde hace algún tiempo ya no se necesita nada de eso; cada vez con mayor eficacia y potencia, con un teléfono móvil en la mano cualquiera puede dar a conocer sus propias opiniones al mundo entero. En este sentido, lejos de considerar a la posverdad como algo filosóficamente irrelevante, propone ver en ella el síntoma de una transformación tecnológica, social y antropológica en marcha, cuyas dimensiones, dice, aún se desconocen.

Movido por una preocupación de carácter más político que epistémico, el filósofo Franco Berardi (2007) aporta algunas claves que pueden ayudar a ahondar un poco más sobre la magnitud de esta mutación.[3] Según este autor, en las últimas décadas del siglo XX se produjo la confluencia de dos procesos de gran envergadura con serias implicaciones en la matriz cognitiva y afectiva de las nuevas generaciones. Por un lado, la introducción masiva de la mujer en el circuito de la producción global y, por otro, la difusión de las tecnologías videoelectrónicas y, posteriormente, conectivas. Este doble fenómeno transformó "la consistencia antropológica profunda del campo social: el lenguaje, la relación entre lenguaje y afectividad y, por consiguiente, la capacidad de abrirse a lo social, a la solidaridad social" (pp. 11-12).

En primer lugar, Berardi señala que en las condiciones creadas por el capitalismo liberal y la privatización de los servicios sociales, las mujeres se vieron obligadas a asumir situaciones de doble trabajo, estrés psicofísico, ansiedad y empobrecimiento emocional. Como resultado de esto, la figura de la madre en el entorno familiar fue reemplazada por la presencia de máquinas, que han interferido en el

---

3 En este libro Berardi se pregunta fundamentalmente por la crisis de la izquierda que se manifiesta en el retroceso político de las fuerzas organizadas del movimiento obrero y progresista. La tesis que busca mostrar es que esta crisis no es más que un epifenómeno de una mucho más profunda: "la crisis de la transmisión cultural en el pasaje de las generaciones alfabético-críticas a las generaciones post-alfabéticas, configuracionales y simultáneas" (Berardi, 2007: p. 25).

proceso de transmisión del lenguaje a los hijos. Los niños que crecieron en ese ambiente, según el autor, pertenecen a lo que él llama "la generación videoelectrónica", la primera que ha aprendido más del aparato de televisión que de sus padres. En cuanto a los efectos que produjo este proceso, Berardi propone analizarlos siguiendo el pensamiento de Marshall McLuhan, quien sostenía que cuando la tecnología alfabética es reemplazada por la electrónica y, en consecuencia, lo secuencial es sucedido por lo simultáneo, el pensamiento mítico tiende a prevalecer sobre el pensamiento lógico-crítico. A la luz de este postulado, el filósofo italiano destaca que la facultad crítica implica una estructuración particular del mensaje (el encadenamiento de la escritura, la lectura lenta, la posibilidad de juzgar en secuencias el valor de verdad y falsedad de los enunciados) que en el ámbito de la comunicación videoelectrónica "ha sido progresivamente sustituida por una forma de pensamiento mitológico, y la capacidad de discriminar entre la verdad o falsedad de los enunciados se ha vuelto imposible e irrelevante" (p. 78).

Pero además del impacto provocado por el paso de la esfera alfabética a la videoelectrónica, Berardi identifica una mutación mucho más radical, desencadenada a partir de la difusión de las tecnologías digitales y el avance de internet en la década de los noventa:

> La evolución de la infósfera[4] en la época videoelectrónica, la activación de redes cada vez más complejas de distribución de la información, produjo un salto en la potencia, en la velocidad y en el propio formato de la infósfera. Pero a este salto no le corresponde un alto en la potencia y en el formato de la recepción. El universo de los receptores, es decir, los cerebros humanos, las personas de carne y hueso, de órganos frágiles y

4 El autor define a la infósfera como la interfaz entre el sistema mediático y la mente receptora de información: "es la ecósfera mental, esa esfera inmaterial en la que los flujos semióticos interactúan con las antenas receptoras de las mentes diseminadas por todo el planeta" (Berardi, 2007: p. 175).

> sensuales, no está formateado según los mismos patrones que el sistema de los emisores digitales. (Berardi, 2007: p. 175).

En tal sentido, Berardi explica que la aceleración de los intercambios informativos ha producido –y lo sigue haciendo– un efecto patológico en la mente humana individual y, más aún, en la colectiva. A pesar de que los individuos no están en condiciones de analizar crítica y conscientemente la enorme y creciente masa de información recibida diariamente a través de computadoras, televisores, teléfonos celulares y otros artefactos, inducidos a considerarse empresarios de sí mismos, se ven empujados a seguir, conocer, valorar, asimilar y elaborar toda esa información con el fin de ser más eficientes y competitivos, de acuerdo con los requerimientos del mercado.[5] Desde este punto de vista, es factible considerar que el sometimiento a la dinámica de superación permanente y de competencia económica que promueve el discurso neoliberal en la época actual, tiene menos que ver con el conformismo ante el estado presente que con el funcionamiento de automatismos tecnológicos, financieros, económicos y psíquicos que condicionan cada vez con mayor fuerza el comportamiento de los actores sociales. Ante esta situación, dice Berardi, la voluntad y la acción humanas se debilitan y la política no parece tener la fuerza para oponerse a ella: "Cada vez con mayor frecuencia tenemos la impresión de que la decisión política no cuenta para nada, si no se limita a registrar y reproducir fielmente

---

5 Ante lo que parece ser la realidad de países como Argentina y otros de América Latina, donde las tecnologías digitales no se han extendido como en Europa o Estados Unidos, Berardi apunta que si bien existen distintos grados de integración con el sistema tecno-comunicativo global, este proceso prescinde en cierta medida de la cantidad de horas de exposición a la televisión o dispositivo telemático: "El problema no es si un chico usa el celular o navega en Internet, sino dentro de qué ambiente cultural y afectivo se encuentra en sus años de formación, en sentido acotado: familiar, pero también en sentido amplio: en la relación imaginaria con sus coetáneos del todo el planeta, en las modas culturales, musicales, consumistas" (Berardi, 2007: p. 18).

las líneas estabilizadas de la cadena de automatismos incorporados a la máquina social" (p. 97).

En este punto cabe hacer un par de observaciones. La primera tiene que ver con algunas acotaciones que, desde la perspectiva lacaniana, deslizó Alemán (2018) respecto del alcance de la mutación antropológica. Para este autor, no se trata de efectuar una separación entre el modo de producción de subjetividad propio del capitalismo actual y la invariancia estructural del sujeto que muestra el psicoanálisis, pero tampoco se trata de confundirlos. Es cierto que la constitución estructuralmente fallida e incurable que constituye al sujeto, según se vio en el Capítulo 4, hace que, cualesquiera que sean las mutaciones y su posible alcance en el orden antropológico, no se pueda hablar de un nuevo tipo de especie humana. De esta manera, dar cuenta de aquello que en el sujeto hace objeción a sus mutaciones antropológicas, como ha propuesto Alemán, permitiría recuperar cierta inteligibilidad respecto de las "las costuras sociopolíticas que saltan por todos lados, en el mundo del capitalismo de la info-esfera, haciéndolo crujir" (p. 70).

La segunda observación se refiere al impacto del cambio tecno-comunicativo en la sociedad. Como acertadamente ha señalado Yago Franco (2012) en relación con este punto, la posición de Berardi no es tan determinista como podría parecer a primera vista. No todos los medios, dice, están condenados a transmitir las significaciones dominantes: "Berardi mismo propone que los medios de comunicación actuales y su tecnología deben ser puestos al servicio de la transmisión de valores ligados a significaciones que pertenecen al proyecto de autonomía" (s/p.). Por cierto, incluso considerando su poder para moldear la infósfera y modificar la mente colectiva, no se debe pasar por alto que estas tecnologías también son producidas por las relaciones sociales que a su vez contribuyen a organizar. Ya hace varios años Sergio Caletti (2001) había marcado distancia de las posturas que tratan a la tecnología y sus objetos como una exterioridad a la política y, en general,

a la vida social (sobre la que descargaría sus impactos), para concebirla, en cambio, como una forma de condensación específica de las relaciones entre los seres humanos, y de estos con su entorno, una condensación de las formas dominantes en las que las sociedades establecen la manera en que logran concebir y construir su mundo, incluidos sus conflictos, relaciones de poder, asimetrías, etc. Desde este punto de vista, interpretaba que sus "éxitos" y su capacidad de consolidación "se asientan precisamente en su capacidad para 'materializar' –y por cierto extender, a favor de ciertos agentes y estrategias– tendencias sin embargo definidas en el seno de la propia vida social, en la práctica de sus luchas e, incluso, de sus configuraciones imaginarias, y no definidas por efecto de imposición de un algo radicalmente exterior" (p.64). Esto supone rechazar la idea de que las tecnologías videoelectrónicas y conectivas "en sí mismas" moldean forzosamente las maneras de acercamiento al mundo. En todo caso, lo que se puede afirmar es que estas tecnologías, como otras, refuerzan la orientación y las reglas de unas relaciones sociales que han podido condensar en ellas sus modos de vinculación con el mundo, "haciéndolos eficaces" (p. 66). Es desde este marco que debe entenderse el activismo mediático promovido por Berardi, crítico tanto de los apologistas de la evolución de la tecnología digital como de los autores de la resistencia antidigital. Tal como señala, su tarea no sería oponerse o gobernar la transformación en marcha, sino más bien "mantener activas en el curso de la mutación las competencias cognitivas, éticas y estéticas cuya continuidad está amenazada" (p. 189). En este sentido conviene también leer sus críticas a la izquierda política que, ante un escenario caracterizado por el descrédito de los valores dialógicos universalistas y la proliferación de un pensamiento mitológico que no discrimina lo verdadero de lo falso, sigue estructurando su comunicación sobre la base de un discurso dirigido a lograr "un consenso racional y crítico", mientras que la derecha, añade, sin prestar mucha atención a los valores de la crítica y la democracia, "ha

sabido ir al encuentro de la mitologización del campo social y del paso de la esfera discursiva a la esfera imaginaria. Por eso ha sabido captar las ventajas de la mediatización de la comunicación social" (p. 183). De modo que, para Berardi, no se trata de elegir entre una posición implícitamente conservadora y otra de subordinación a los modelos culturales impuestos por los medios de comunicación, sino de establecer redes de comunicación independientes que permitan volver a definir la relación entre vida cotidiana e infósfera.

En sintonía con estas preocupaciones pero desde una visión global diferente, Ernesto Calvo y Natalia Aruguete (2020) se enfocaron recientemente en el estudio de las redes sociales digitales con el objetivo de avanzar en la comprensión de su funcionamiento y, de esta forma, contribuir a generar acciones por parte de los usuarios en la dirección de una comunicación más horizontal y democrática. Si bien varios de sus supuestos teóricos son divergentes de los que se han sustentado en este trabajo (por ejemplo, la concepción de espacio público que defienden es deudora de la teoría habermasiana), es interesante detenerse en algunos de los aspectos analizados, particularmente aquellos que tienden arrojar nueva luz sobre determinados comportamientos de los usuarios, como la aceptación y difusión de noticias falsas en las redes. Los investigadores parten de la constatación de que en la actualidad, las redes sociales son la principal fuente de acceso a las noticias y la forma más común de conectar con la información política de manera incidental.[6] Explican que esto se debe a que en los muros virtuales se publican indistintamente opiniones y mensajes de amigos, notas de blogueros e información de los medios tradicionales. Las diferentes plataformas emplean algoritmos predictivos para

6 De acuerdo con el Informe Digital News (2020), en Argentina, las redes sociales superaron a la TV como modo de acceso a las noticias por primera vez. El 86% de los encuestados accede online (las redes sociales representan el 71%); el 67%, por medio de la TV y el 23% a través de medios impresos. Estos últimos muestran la mayor caída como medio de acceso (del 45% en 2017 al 23% en 2020).

determinar qué información mostrar a sus usuarios, de modo que combinan, seleccionan y realzan determinados aspectos de los eventos sociales, creando encuadres[7] que se estructuran por la forma en que las personas con ideología y percepciones similares tienden a conectarse en una red.[8] De este modo, como en una especie de *Daily Me* o diario personalizado,[9] los usuarios integrados en comunidades reciben información que ha sido moldeada para adaptarse a sus intereses y expectativas. Según los autores, los usuarios podrían optar por ignorar o compartir con otros usuarios esos contenidos, que pueden resultar verdaderos, falsos o imposibles de constatar. Señalan al respecto que la estructura de la noticia falsa que es viral no se distingue de la verdadera, salvo por la mayor homogeneidad de la comunidad que la comparte. Es decir: "la creencia en distintos 'hechos' hace que las noticias falsas se viralicen tan sólo en la comunidad que es cognitivamente congruente con el contenido reportado" (p. 18).

---

7 Toman el término "encuadre" del analista Robert Entman (2003), quien lo define como el acto de "seleccionar y realzar algunos aspectos de eventos o temas, y hacer conexiones entre ellos para promover una interpretación, evaluación y/o solución. Las palabras e imágenes que componen un encuadre pueden ser distinguidas de las demás noticias por su capacidad para estimular apoyo u oposición a los distintos campos de un conflicto político" (p. 417).

8 Si bien los autores no focalizan especialmente en la cuestión, no es un tema menor la concentración de la propiedad de las plataformas en un núcleo reducido de empresas a nivel mundial, las cuales, entre otros aspectos, inciden en la operatoria de los algoritmos. Éste es uno de los aspectos centrales para entender las limitaciones a las pretensiones democratizantes del espacio público virtual. Véase al respecto Zuazo (2018).

9 Los autores recurren al concepto de *Daily Me* o diario personalizado acuñado por Nicholas Negroponte en los primeros años de la década de 1990: "En un texto clásico, Nicholas Negroponte (1995) anticipaba el mundo mediático-digital que habitamos y especulaba sobre ese futuro en el cual cada uno de nosotros recibiría las noticias, los sonidos y las imágenes que se ajustaran a sus preferencias. Negroponte describía nuestro acceso al mundo de las noticias digitales como el *Daily Me*, un diario de noticias creado a nuestra medida, que nos tendría como consumidores únicos" (Calvo y Aruguete, 2020: p. 5).

Para explicar cómo tanta gente puede creer cosas que son demostrablemente falsas, los autores se basan en las investigaciones de Philip Fernbach y Steve Sloman (2017), quienes rechazan la línea de pensamiento que conduce a tratar el problema en términos de "masas engañadas" para sostener, en cambio, que "por sí mismos, los individuos no están bien equipados para separar los hechos de la ficción, y nunca lo estarán". De acuerdo con estos científicos cognitivos, lo que realmente distingue al ser humano no es su capacidad mental individual sino la de perseguir conjuntamente objetivos complejos dividiendo el trabajo intelectual. Argumentan que la caza, el comercio, la agricultura, la fabricación y todas las innovaciones que contribuyeron a transformar el mundo, fueron posibles gracias a esa habilidad. Para Calvo y Aruguete, una consecuencia de que el conocimiento se distribuya de esta manera es que para saber cosas que se suponen obvias, como que la Tierra gira alrededor del Sol, y no al revés, las personas dependen de comunidades científicas, que son las que forjaron ese consenso. No obstante, señalan que alcanzar un acuerdo socialmente legítimo no es sencillo. Las revoluciones científicas suelen ir acompañadas de revoluciones políticas, éticas y sociales que promueven, difunden y socializan el conocimiento. Esas contiendas,

> se ganan con el paso de las generaciones, gracias a los sujetos que vienen después y se apropian de ellas, en lugar de ser aceptadas y distribuidas por sus contemporáneos. En el pensamiento filosófico de la Modernidad, conceptos como "alienación", "intersubjetividad" o "mediación" describen la tenue distancia existente entre las creencias y las certezas, entre lo que afirmamos saber y aquello que de hecho sabemos, dado que las columnas que sostienen esas certezas provienen de nuestros pares, de nuestras instituciones y de nuestros antepasados. (Calvo y Aruguete, 2020: p. 16).

Cuanto mayor es la distancia de la evidencia, explican, más grande es la dependencia de la información que poseen otros: para comprender las ecuaciones de la mecánica

cuántica, por ejemplo, es necesario tener una formación matemática compleja de la que sólo dispone una pequeña parte de la población; o para enterarse de que un bloque parlamentario tuvo problemas para aprobar un proyecto de ley, se necesitan periodistas y políticos que informen sobre su tratamiento. Pero también existe un mayor riesgo de ser atrapado por los prejuicios que cada quien trae consigo o por los que se han desarrollado dentro de las comunidades de pertenencia, aquellas en las que se confía para responder preguntas sobre las que no hay mucha información disponible.

Ahora bien, Calvo y Aruguete sostienen que la aceptación y difusión de noticias falsas descansa en la ruptura de tres consensos básicos que se habían mantenido vigentes en las últimas décadas. Por un lado, la ruptura del "consenso cognitivo", que invita a aceptar de inmediato todo lo que apoya las propias opiniones y a descartar el resto. Por otro, la ruptura del "consenso político", que lleva a la emisión de declaraciones falsas con el fin de generar una respuesta o producir un efecto político. Finalmente, la ruptura del "consenso ciudadano", que promueve que las creencias y la evidencia que sostienen los enunciados se diferencien entre una comunidad y otra.

Con respecto a la ruptura del "consenso político" cabe hacer una objeción importante. Los autores parten de la distinción que establece Habermas (1999) entre usos estratégicos y usos comunicativos del lenguaje, los cuales designan dos tipos de acciones sociales concretas: aquellas que, guiadas por un cálculo egocéntrico de resultados, priorizan el éxito individual, y aquellas que, orientadas al entendimiento, apuntan a un acuerdo alcanzado comunicativamente. De esta manera, consideran que las "operaciones políticas" y las "distorsiones comunicacionales" que observan en las redes (por ejemplo, cuando algún usuario o un *troll*[10] usa la mentira

---

10 La figura del *troll* refiere a las intervenciones de ciertos usuarios bajo perfiles apócrifos (los cuales pueden ser o no cuentas pagas). Según Aruguete y Cal-

en forma perlocucionaria, es decir, para producir un daño al oponente) van en contra de la promesa originaria de un diálogo virtual "transparente" y "libre de manipulación", condición fundamental, afirman, para la existencia de una sociedad democrática. En esta perspectiva consensualista, como ya fue dicho anteriormente (ver Apartado 4.1), lo que se niega es el carácter inerradicable del conflicto en la política, por lo que frente a este enfoque –y sólo en relación con este punto– es posible coincidir con Verdugo Vega cuando estima que el uso de mentiras con fines políticos existe desde tiempos inmemoriales. Así, la ruptura que señalan Calvo y Aruguete no habría afectado a un supuesto consenso político previo sino que lo que se rompe con la propagación del conflicto y la polarización política en las redes es la utopía de un consenso pleno que nunca se alcanzará.

En cuanto a las otras dos rupturas, los argumentos de los investigadores tienen cercanía con el diagnóstico de Ferraris según el cual hoy se le da poca importancia al mundo exterior y mucha a las propias convicciones privadas. Por un lado, vinculan la ruptura del "consenso cognitivo" con la expansión de lo que en psicología política se conoce como razonamiento motivado; esto es, un mecanismo cognitivo por el que se le otorga mayor relevancia a algunos datos de la realidad y se sacrifican otros, para que la información se ajuste a las creencias previas. En este punto, Calvo y Aruguete se basan en estudios desarrollados por los politólogos Patrick Kraft, Charles Taber y Milton Lodge (2015), que muestran que se necesita mayor información para revertir una creencia previa que para validarla:

---

vo, "Cuando un troll ejerce un acto de violencia comunicacional, el objetivo no es que se entienda el contenido literal del mensaje, sino que se produzca un acto perlocucionario que expulse al que lo recibe de la red social. El objetivo de un troll es callar a su oponente y evitar que el mensaje del "otro" siga circulando por la red. De este modo, temas de discusión que no favorecen a la comunidad de pertenencia del troll desaparecen del espacio público. La intención comunicativa del troll es estratégica y busca un cambio en el comportamiento político de la víctima" (2020: pp. 16-17).

> Dado que tendemos a buscar información que sea consistente con nuestras creencias previas, con mucha frecuencia interactuamos con contenido que es congruente con nuestros prejuicios, mientras que vemos con menos asiduidad aquel que los contradice. Por lo tanto, la información falsa que se ajusta a nuestras creencias tiene mayor probabilidad de ser compartida porque es "obviamente correcta", lo cual vuelve innecesario que la verifiquemos. En cambio, no compartimos la información verdadera que no se ajusta a nuestras creencias porque "es posible que no sea cierta". (Calvo y Aruguete, 2020: p. 12).

Por otro lado, la ruptura del "consenso ciudadano" tiene que ver con lo que denominan "la balcanización de las narrativas políticas". Siguiendo a la politóloga Lilliana Mason (2015), plantean que esto sucede cuando los miembros de una comunidad expulsan de sus narrativas toda evidencia que no apoye las creencias que los identifican como miembros del grupo, es decir, "cuando los hechos fácticos que cada grupo reconoce como fuente de sus creencias son aceptados como distintos e irreconciliables" (p. 18). En definitiva, es la ruptura de estos tres consensos lo que permite a los investigadores dar cuenta de las condiciones que hacen posible la aceptación y difusión de noticias falsas en las redes. En el mundo de las *fake news*, concluyen, "buscamos datos que confirman nuestros prejuicios, los publicamos en las redes sociales con el objetivo de dañar a nuestros oponentes políticos y aceptamos que nuestras creencias y los datos fácticos que las justifican se distingan de las de quienes nos atacan" (p. 17).

Es desde esta perspectiva que Calvo y Aruguete analizan, entre otros casos de resonancia en las redes, la recepción y activación (habilitación en los muros de los contactos) de contenidos producidos por los medios tradicionales a raíz de la polémica desatada por los aumentos en los precios de los servicios públicos durante el primer año del gobierno de la Alianza Cambiemos.

6.2. La campaña de la militancia del ajuste

Tal como se adelantó en el Capítulo 5, la quita de subsidios y el traslado de ese monto a los usuarios –en un escenario que ya estaba cruzado por una alta inflación– generó posiciones encontradas entre quienes criticaron o se opusieron abiertamente a la decisión del gobierno y quienes, aun viéndose afectados por el tarifazo, se mostraron a favor de dicha medida. En ese contexto de creciente polarización, Calvo y Aruguete (2020) observan que la prensa, la radio y los circuitos televisivos de información actuaron como fuertes impulsores de premisas que penetraron profundamente en sus comunidades de pertenencia:

> *La Nación* y *Clarín* destacaron la corrupción y la mala gestión en materia de subsidios durante los mandatos de Cristina Fernández de Kirchner (…), mientras que los medios opositores al gobierno de Mauricio Macri, como *C5N* y *Página/12*, alertaron sobre las consecuencias redistributivas del aumento de las tarifas, y lo presentaron como un "regalo" del oficialismo para las grandes empresas. (Calvo y Aruguete, 2020: p. 63).

También constatan que durante el período analizado, los usuarios de las redes sociales situados en oposición a la política tarifaria recibieron en su *Daily Me* una combinación de noticias provenientes de *Página/12* y *El Destape Web*, con el agregado de algunos contenidos de *Telesur TV*. Sólo en pocas oportunidades el *Daily Me* de estas personas recibía y activaba noticias publicadas por los diarios *La Nación* o *Clarín*. Por el contrario, los usuarios que estaban a favor de las medidas impulsadas por el macrismo recibieron un *Daily Me* compuesto mayoritariamente por noticias de *La Nación* y *@Lanataenel13*, con una menor cantidad de artículos de *Clarín* y casi ninguna información de *Página/12* o *El Destape Web*.

Otro dato importante que arroja la investigación de Calvo y Aruguete es que en la comunidad afín al gobierno

de la Alianza Cambiemos apenas hubo tuits que citaran a *Página/12* o *Ámbito Financiero*, mientras que los enlaces a *Clarín, TN, La Nación* e *Infobae* activaron a estos usuarios, quienes habilitaron esos contenidos para que aparezcan en los muros de sus contactos. Si bien los autores no centran su estudio en las notas extraídas de los medios tradicionales que fueron retuiteadas al interior de cada comunidad (el análisis de contenido que realizan consiste básicamente en un mapeo de los hashtags y el conteo de frecuencia de las palabras clave mencionadas en los comentarios de cada uno de los tuits), incluyen a modo ilustrativo dos posteos ampliamente difundidos, uno entre usuarios opositores y otro entre usuarios progubernamentales. El primero fue publicado originalmente por el entonces diputado del Frente Para la Victoria (FPV), Juan Cabandié. Bajo el comentario "Mientras ellos 'aprenden y calculan', los argentinos deben sufrir y padecer los aumentos #EnRemeraYPatas", muestra dos noticias extraídas de *Diario Registrado* y *Ámbito Financiero* cuyos títulos incluían las declaraciones del Jefe de Gabinete ("'Estoy aprendiendo esto del tema del gas', confesó Peña") y del Ministro de Energía del gobierno de Macri ("Aranguren admite que 'no calculó' impacto sobre el 25% de usuarios y que restan más subas").[11]

El segundo apareció en la cuenta *@Lanataenel13*. Apoyándose en información del canal de cable *TN* ("Florencia Kirchner retiró de su cuenta más de un millón de dólares en marzo"), el tuit comentaba la noticia en los siguientes términos: "y vos luchando para pagar la tarifa del gas…".[12]

En principio, antes que el contenido de la propia noticia, lo que llama la atención en estas publicaciones es la alusión común a la situación de sufrimiento y sacrificio que provocaba la actuación de los políticos. Por supuesto,

---

11 Recuperado de https://twitter.com/jorgedimarco1/status/752969437817532417.

12 Recuperado de https://twitter.com/Patrock2/status/753628789482094592.

la cercanía se disipa en cuanto se comparan los entramados semánticos en los que se inscribió cada comentario. Como sugiere el análisis de Calvo y Aruguete (2018b), mientras que el tuit de Cabandié formaba parte de un discurso donde destacaban palabras clave como "malestar", "ajuste", "activismo", "mentiras", "miedo", "acceso" y una variedad de otros términos que denunciaban los costos sociales de la política energética promovida por el gobierno de Cambiemos, el de *Lanata en el 13* estaba inserto en una formación discursiva que incluía temas como "imprevisibilidad", "cálculo", "cuidado", "rumores", "inversión", "responsabilidad", "esfuerzo" y una gran colección de términos que apelaban al deber cívico y a la "sólida" gestión económica en contraposición a la malversación kirchnerista. Sin embargo, aun considerando estas diferencias, es posible pensar que las referencias al sacrificio ciudadano de los dos posteos se ubican en la misma órbita de significado.

Como sostiene Wendy Brown (2017), bajo el régimen de austeridad imperante en la actualidad, que las democracias neoliberales han adoptado tras las recurrentes crisis precipitadas por el capital financiero, se asienta fuertemente la idea de que los ciudadanos deben "compartir el sacrificio" requerido para hacer frente a la restauración económica. El sacrificio, señala, ha sido una práctica frecuente a lo largo de la historia, aunque con un alto grado de variación entre épocas y culturas. Incluso hoy en día se pueden observar un gran número de usos, desde religiosos hasta profanos: "existen sacrificios rituales de animales y de otros tesoros a Dios o a los dioses, sacrificios parentales del tiempo, el sueño y el dinero para los hijos, y sacrificios estratégicos en juegos (de un peón en ajedrez o para hacer que un corredor avance en beisbol)" (p. 237). Entre esa pluralidad, la teórica norteamericana busca determinar el significado que adquiere el llamado al sacrificio compartido en la política de austeridad neoliberal. Para ello recurre a la reflexión ofrecida por Moshe Halbertal, quien formula una distinción entre el sacrificio religioso antiguo y el sacrificio político moral moderno.

Según el filósofo israelí, la diferencia entre ambos radica en que mientras el primero suele ser un "sacrificio a" algo, que generalmente supone un acto colectivo, ritual y cuya importancia radica en ofrecer vida (de una víctima designada) a los poderes de lo sagrado como una forma de restaurar el orden o la armonía de la comunidad; el segundo suele ser un "sacrificio para" algo, generalmente basado en un acto individual, que implica también la renuncia a la vida, pero en este caso se trata de la renuncia a la propia vida (o a uno de sus aspectos) para obtener un resultado determinado.

A partir de estos argumentos, Brown llega a la conclusión de que cuando se insta a los ciudadanos a sacrificarse a la economía como poder supremo y sacrificarse para su recuperación o para obtener presupuestos equilibrados, la política de austeridad neoliberal se alimenta tanto de significados religiosos como seculares y políticos:

> Pareciéramos estar en la órbita del segundo significado, el secular, en la medida en que requiere –y no sólo se asume– "compartir", el requerimiento mismo se emite en una expresión política moral y el requerimiento implica superar el egoísmo por el bien del equipo. Sin embargo, la devastación del bienestar humano que conllevan los recortes de trabajos, de paga, de prestaciones y servicios no genera rendimientos inmediatos a quienes sacrifican o se sacrifican. Por el contrario, la meta aparente es la restauración de la "salud" económica y fiscal del Estado, un retorno del borde de la bancarrota, el colapso monetario, el incumplimiento de la deuda o la disminución de crédito. Además, el destinatario del sacrificio no es la nación ni el demos sino el Estado y la economía, espectacularmente imbricados, de los que depende toda la vida pero que también exigen destrucción y privación. (Brown, 2017: p. 239).

Siguiendo esta línea, se puede agregar que tanto la publicación de Cabandié como la de *Lanata en el 13*, aunque se articulan en cadenas diferentes, comparten cierto marco epocal. Es cierto que en ambos posteos la referencia al sufrimiento se expone como denuncia, en oposición

al "despilfarro" de la clase política y en ambos posteos, los argentinos son "alertados" ante las acciones del poder gubernamental (que los obliga a "sufrir y padecer los aumentos", "luchar para pagar la tarifa del gas") sin apelar a proteger y aumentar sus derechos, como podría haberlo sido en otras épocas. Pero hay algo más. El empleo del término "luchando" en el segundo comentario sugiere el rol de un sujeto activo de quien se esfuerza, que contrasta con la pasividad de quien sólo sufre y padece. Ahora bien, ¿en qué sentido puede hablarse de un marco epocal en que esa discursividad aparece predominando?

En el marco de lo que se ha dado en llamar "la militancia del ajuste", ciertos medios tradicionales intentaron convencer a la sociedad –a menudo de forma falaz– que el sacrificio exigido por la gestión de Cambiemos era imprescindible para superar la situación económica. A través de una larga secuencia de notas periodísticas interpelaron a lectores y televidentes como partícipes activos, instándolos a asumir el cumplimiento de la obligación como si se tratara de un compromiso militante. Muchos de esos contenidos o los enlaces a los mismos fueron compartidos por los usuarios a través de las redes sociales. Un ejemplo claramente representativo es el caso de una nota de Emilio Apud (2016) publicada en el diario *La Nación* donde, al mismo tiempo que justificaba las estrecheces económicas provocadas por el aumento de tarifas (las posibilidades de desarrollo energético desaprovechadas por la "impericia" y la "corrupción" de los gobiernos kirchneristas), apelaba a la implicación de los afectados en la defensa del tarifazo:

> Hay un segmento menor de la población que por sus ingresos o situación económica no está en condiciones de pagar tarifas de equilibrio al que el Estado tiene la obligación de asistir y lo está haciendo con tarifa social y excepciones justificadas. Pero los que estamos en condiciones de hacer ese esfuerzo, más del 80% de la población, deberíamos replantearnos si vale la pena renunciar a todas esas posibilidades de desarrollo

> genuino por seguir aferrándonos a la comodidad aparente y cortoplacista, pero no sostenible, de no sincerar las tarifas. El cambio de rumbo es necesario y posible, pero con esfuerzo, sacrificio y compromiso, conceptos extraños a la cultura pospopulista. De ahí las dificultades que tiene el Gobierno para aplicar los ajustes tarifarios correctivos. (Apud, 2016: s/p.).

El carácter engañoso o erróneo de muchos de los argumentos empleados en la justificación del tarifazo fue puesto en evidencia, entre otros, por el Observatorio de la Energía, Tecnología e Infraestructura para el Desarrollo (OETEC), que publicó un conjunto de artículos destinados a desmontar las falacias difundidas por distintos medios de comunicación. Así, por ejemplo, Federico Bernal (2016a) comparó la información brindada en una nota de *La Nación* (en la que se decía que la compañía eléctrica Edenor había afirmado que de no aprobarse el aumento tarifario aplicado por la administración nacional, se afectaría la calidad del servicio, las inversiones se paralizarían y habría recortes de gastos, especialmente despidos de empleados) con lo señalado por la propia empresa en su informe "Memoria y Balance 2015" (donde reconocía que entre 2012 y 2015 la calidad del servicio había mejorado ostensiblemente a pesar del retraso tarifario, igual que las inversiones en obras de infraestructura y en el número de empleados), concluyendo que era "mentira que sin tarifazo la calidad del servicio se vería perjudicada, las inversiones reducidas y los gastos (con despidos incluidos) recortados" (p. 5). De igual forma, Belen Ennis (2016) recurrió a un reporte del Fondo Monetario Internacional (FMI) titulado "Contando el costo de los subsidios energéticos" (en el que el organismo afirmaba que "los países del G-20 pagan más de 1.000 dólares per cápita en subsidios a los combustibles fósiles") para desmentir una frase vertida por Jorge Lanata en su programa de televisión ("¿En qué país el Estado le paga a la gente la luz, o le paga el gas o le paga el bondi? Yo no conozco ninguno"), precisando que "en la Argentina –que es miembro del G-20– los

subsidios rozaban los 500 dólares por persona antes del 10 de diciembre de 2015" (p. 1).

En otra publicación, Bernal (2016b) examinó uno de un conjunto de artículos que tomaron como tema los "nuevos hábitos de consumo" derivados del aumento de tarifas. De una nota de *Clarín* que informaba sobre el auge de los métodos alternativos de calefacción ("Los hogares están más fríos, pero la gente busca la manera de no sentirlo tanto. Al menos, mientras está en la cama. En la empresa Mapa aseguran que este invierno hubo un gran crecimiento en las ventas de bolsas de agua caliente"), el autor observaba cómo la descripción de este ejemplo presentado como un caso de uso eficiente de la energía en realidad escondía la desesperación de los ciudadanos "por reducir su consumo para evitar recortar en salud y alimentación" (p. 1) Sin embargo, y aun manteniendo omisiones y datos falsos, es curioso notar cómo otros ejemplos que se pueden incluir en el mismo grupo, lejos de ocultar, fomentaron abiertamente la reducción del gasto en esos dos ámbitos, como receta para una vida futura mucho mejor: "¿Cuántas veces hay que ducharse? En términos de salud la respuesta es contundente: dos veces a la semana es suficiente"[13]; "Mejor a oscuras: la luz artificial afecta la salud"[14]; "Para vivir 100 años, hay que volver a una alimentación simple"[15]; "La ventaja de ser 'nutriflexibles'. El ser humano no necesita alimentos específicos sino nutrientes, lo que le permite hacer reemplazos en caso de escasez"[16]; "En Dinamarca el aumento del precio de la manteca salvó vidas"[17]; "Excelente sustituto. La grasa de cerdo es más sana y barata"[18]; "Este año tenés que comer

13 *Clarín*, 12 de abril de 2016.
14 *TN*, 18 de julio de 2016.
15 *Clarín*, 27 de junio de 2016.
16 *Clarín*, 16 de agosto de 2016.
17 *TV Pública*, 1 de agosto de 2016.
18 *ElDoce.tv*, 26 de julio de 2016.

legumbres”[19]; “Se puede vivir sin probar carne”[20]; “Las manzanas ‘feas’ son más saludables de lo que creías”[21]; “Final de un mito: científicos aseguran que la pasta no engorda”[22]; “Cómo es la revolucionaria dieta del 5 y 2. Consiste en comer normalmente cinco días a la semana y realizar dos de ayuno”[23].

En relación con el sostenimiento de la promesa de una vida mejor, es oportuno prestar atención por un momento al análisis que María Esperanza Casullo (2019) hizo del discurso de la Alianza Cambiemos. Señala que una dimensión actitudinal clave de la discursividad cambiemita estuvo constituida inicialmente por “la idea de que la política no debía estar ligada al sufrimiento ni al sacrificio, sino que podía ser una actividad descontracturada, que no eliminara ni oprimiera la ‘verdadera felicidad’ de las personas” (p. 2). Una idea que evidentemente formó parte de las condiciones de producción de la última serie de artículos mencionados. Sin embargo –prosigue la politóloga–, tras las primeras medidas de gobierno, al macrismo le resultó cada vez más difícil mantener esa línea discursiva:

> Así, el anclaje en un horizonte venturoso y en una visión de la política como una mera “solucionadora de problemas” que no debe “molestar” a la gente fue reemplazado por dos ideas complementarias: primero, la necesidad moral de la mayoría de reducir grados de bienestar que serían inauténticos o “populistas” y, segundo, la progresiva aparición de una visión nostálgica de un orden social pasado, que habría sido corrompido o alterado por el populismo. (Casullo, 2019: p. 3).

Este desplazamiento del eje discursivo se manifestó, por ejemplo, en el ya mencionado comentario de Macri

---

19 *Clarín*, 14 de enero de 2016.
20 *La Nación*, 22 de mayo de 2016.
21 *La Nación*, 27 de julio de 2016.
22 *Clarín*, 30 de julio de 2016.
23 *Infobae*, 30 de marzo de 2016.

sobre la necesidad de pagar más cara la energía domiciliaria ("Si están en sus casas en remera y en patas, es porque están consumiendo energía de más"), pero también tuvo su expresión en la forma en que los medios tradicionales abordaron la temática. Esto se observa con claridad en una seguidilla de notas periodísticas en las que se promovió la adquisición de hábitos más austeros, no sólo en salud y alimentación sino también en múltiples dimensiones como educación, vivienda, ocio y recreación, etc., pero ahora sin la promesa de felicidad futura: "Educación: ¿Vale la pena ir a la universidad?"[24]; "Vivir en 30 metros cuadrados, una tendencia que crece entre los porteños"[25]; "Vacaciones: ¿cómo planificar un viaje ajustando al máximo el presupuesto?"[26].

Como acertadamente señaló Casullo, la austeridad adquiría en estos ejemplos rasgos morales. No se trataba sólo de "apretarse el cinturón" en función de un objetivo de políticas públicas, sino que equivalía a renunciar a lo que "no corresponde". ¿Por qué quemarse las pestañas estudiando una carrera si el 44% de los universitarios se emplea en trabajos que no requieren esos estudios? ¿Cómo acomodarse en un espacio a la escala de los ingresos? ¿Dónde pasar unas vacaciones según el presupuesto disponible? Al mismo tiempo, añadía la autora, esa renuncia ya no se planteaba para avanzar hacia un futuro mejor, sino al revés: aparecía "la idea de volver hacia un orden más natural que se perdió, un orden en el que se respetaban ciertas jerarquías de autoridad" (p. 7). Quizás quien más crudamente expresó esta visión fue el economista Javier González Fraga, cuyas declaraciones fueron publicadas en distintos medios de comunicación y compartidas por numerosas cuentas en las redes sociales: "Le hicieron creer a un empleado medio que podía comprarse celulares e irse al exterior"[27]. En la misma

---

24 *La Nación*, 18 de marzo de 2016.
25 *Clarín*, 24 de diciembre de 2015.
26 *Ámbito*, 12 Agosto de 2016.
27 Radio *La Red*, 26 de mayo de 2016.

línea, la nota de Apud antes citada consideraba que la tarea necesaria para revertir esa situación –que califica de "ficcional"– sería prolongada y requeriría un profundo cambio cultural: "Tras años de derroche populista, llevará tiempo que la sociedad entienda que no puede vivir por encima de sus posibilidades a costa del dinero de todos". Es decir, un cambio cultural a largo plazo que debía involucrar no sólo a la generación actual sino también a las generaciones venideras. Sin embargo, a pesar de las intenciones declaradas, se podría decir con Casullo que en ningún caso se explicita cómo y en qué horizonte temporal ese sacrificio presente se traducirá en una mejora de las condiciones de vida de la mayoría: "el sacrificio termina transformándose casi en un fin en sí mismo" (2019, p. 7). Esto se puede ver de manera muy clara, por poner un último ejemplo, en el coleccionable Valores, una serie de libros publicados semanalmente junto a la revista infantil *Genios*, que iban dirigidos –tal y como se recoge en su web– "tanto a los niños como a los padres y docentes, que son los principales promotores del desarrollo integral de los chicos"[28]. El número 21 llevaba como título, de forma sencilla, sin detalles superfluos ni cosas innecesarias: "Austeridad"[29].

Ahora bien, la voluntad de una parte de la población para impulsar y acompañar ese cambio cultural en sus prácticas y hábitos se evidencia, en cierta medida, en la cantidad de veces que este tipo de artículos y posteos fueron efectivamente compartidos y retuiteados en las redes sociales. En algunos de los ejemplos citados, y en otros similares, aparece la cifra registrada en el contador: "Final de un mito: científicos aseguran que la pasta no engorda", 545 veces; "Este año tenés que comer legumbres", 675 veces; "Las manzanas 'feas' son más saludables de lo que creías", 800 veces; "Shocks eléctricos, un método extremo para evitar los excesos en la

---

28 Recuperado de https://grupoclarin.com/notas/genios-lanza-la-coleccion-valores.

29 Revista *Genios*, 18 de julio de 2016.

tarjeta de crédito"[30], 1609 veces; "Marucha, un corte alternativo y económico para el asado"[31], 4280 veces; "Tiempo libre: un 'tesoro' que puede dar más felicidad que dinero"[32], 7437 veces; "Mejor a oscuras: la luz artificial afecta la salud", 8394 veces; "Educación: ¿Vale la pena ir a la universidad?", 41496 veces.

Pero más allá de estos datos cuantitativos, para nada desdeñables, cabe destacar especialmente que la campaña de llamamiento al sacrificio y la austeridad, lanzada inicialmente por los medios tradicionales afines al gobierno, fue retomada y alcanzó su pleno desarrollo gracias a la acción de los mismos perjudicados por la subida de las tarifas y la inflación. En este punto es necesario volver a plantear la pregunta formulada por Calvo y Aruguete: ¿cómo se explica el alto grado de aceptación y difusión de noticias falsas en medio de la polarización generada por el tarifazo? Seguramente entraron en juego varios de los factores mencionados más arriba. Por un lado, la posibilidad abierta por la tecnología de poner en circulación esos contenidos de forma atomizada, donde cada receptor se convirtió, como señala Ferraris, en productor y transmisor a la vez. Al mismo tiempo, el impacto provocado por el paso del ámbito alfabético a la videoelectrónica, que, de acuerdo con Berardi, sentó las bases para que el pensamiento mítico prevaleciera sobre el pensamiento lógico-crítico. Ligado a esto, las rupturas planteadas por Calvo y Aruguete: la ruptura del "consenso cognitivo" (la expansión del razonamiento motivado), que llevó a dar crédito y relevancia a la "evidencia" presentada por esos contenidos; y la ruptura del "consenso ciudadano" (la balcanización de las narrativas políticas), que permitió la expulsión de todo contenido con potencial evidencia que pudiera contradecir la creencia en la necesidad de un "sacrificio compartido". Esto último puede apreciarse en el

---

30 *La Nación*, 23 de mayo de 2016.
31 *La Nación*, 25 de febrero de 2016.
32 *Clarín*, 23 de enero de 2016.

hecho de que ni las voces que alertaron sobre los costos sociales de la política energética de Cambiemos, ni los argumentos del OETEC, ni la "contra-campaña" que criticó de manera sarcástica e incisiva la desinformación y falsedad de las "noticias" del "periodismo militante",[33] pudieron contrarrestar que las publicaciones en cuestión fueran activadas y se propagaran por la comunidad oficialista de la red.

Pero Calvo y Aruguete agregan un elemento más, el placer cognitivo que generan los intercambios sobre temas políticos con quienes piensan de la misma manera, al margen del contenido locutivo:

> Es el goce que provoca la congruencia que mantenemos con nuestra comunidad de pertenencia en las redes sociales, donde todas las piezas engarzan juntas y se acurrucan con comodidad entre las propias creencias previas. Esa congruencia cognitiva nos impulsa a comunicar contenidos enseguida cuando los observamos en nuestros muros, el placer que experimentamos cuando validamos nuestras creencias y podemos demostrar a todos los pobladores de nuestro universo que estábamos en lo correcto. (Calvo y Aruguete, 2020: pp. 13-14).

Aunque no aportan ejemplos directamente relacionados con el caso analizado, algunos tuits extraídos de cuentas de usuarios que apoyaron el tarifazo pueden servir para ilustrar esta cuestión: "Si habrá sido fuerte el relato kirchnerista, que todavía hay gente que sigue diciendo que entre 2009 y 2016, el Fútbol 'era gratis'. Por Dios!!!"; El #Tarifazo ya lo venías pagando por otro lado, o la plata q subsidiaban

---

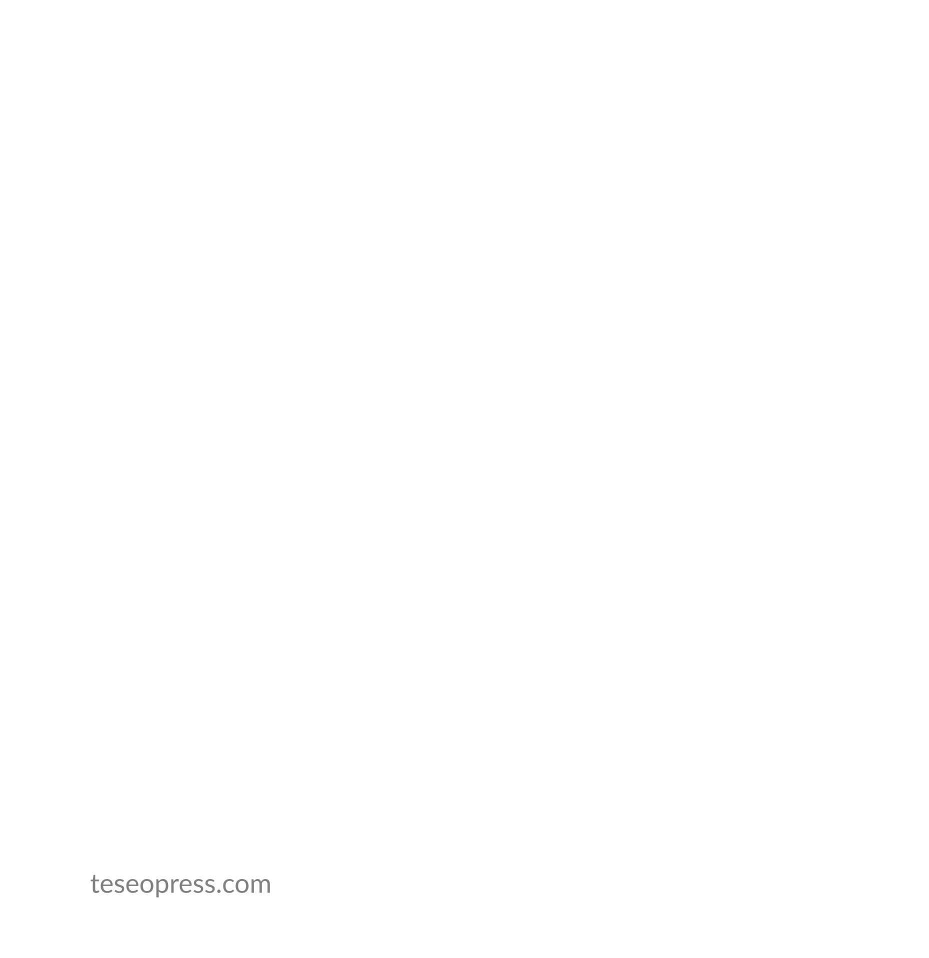
33 Véase, entre otros, el informe especial preparado por el cronista y columnista de *C5N*, Lautaro Maislin, en el que, bajo el título "Militando el ajuste vs. La realidad", mostraba el rechazo de parte de la población a "los insólitos consejos de los medios" (recuperado de https://www. youtube.com/watch?v=Nk9YS0RKO18&ab_channel=C5N), o el video de la web *Mundo TKM*, satirizando el estado del "periodismo militante" y sus "noticias" (recuperado de https:// www.youtube.com/watch?v=H1o7w2nUpOE&ab_channel=MundoTKM.

a las empresas de servicios de donde te crees q salía?"; "Genios, en el resto del país pagaban lo q corresponde. Así q por más que se hagan los indignados esto es sólo igualar con el resto #Tarifazo"; "El #Tarifazo en bs as me parece justo. No puede ser q aca paguemos $30 de luz (promedio) y en el interior $400 (promedio)".[34]

Según los argumentos esgrimidos por Calvo y Aruguete, el impulso por comunicar el "descubrimiento" de que la medida afectaba principalmente a la Ciudad de Buenos Aires y al conurbano bonaerense, principales beneficiarios de los subsidios, y compartirlo con otros miembros de la comunidad para "desenmascarar" el "relato kirchnerista", se relaciona con el placer que estos usuarios habrían sentido en su fuero interno, similar a la "descarga de endorfinas que resulta de descubrir quién fue el asesino antes de terminar de leer la novela, o de ganar una competencia de Fornite en la PS4 o un partido de truco a nuestros amigos" (p. 13). Sin embargo, aun compartiendo la importancia que los investigadores otorgan a los afectos al analizar los fenómenos políticos, la utilización que hacen de la noción de goce –como experiencia placentera, de disfrute– resulta, desde la perspectiva asumida en este trabajo, demasiado estrecha. Omite, precisamente, una dimensión donde la opción por el sufrimiento sacrificial se abre como vía alternativa para intentar restituir el estado de congruencia comunitaria al que se refieren Calvo y Aruguete en el fragmento citado. Es bajo este segundo marco que cobran sentido expresiones como las registradas en el video de los dos rosarinos: nostálgicos de un orden social pasado que habría sido alterado por el populismo ("Una Argentina en crisis por 70 años"), estaban dispuestos a renunciar a su propio bienestar ("ahora nos toca sufrir") porque consideraban que se había concedido

34 Recuperado de https://twitter.com/taladrosilva/status/755681349889961984; https://twitter. com/christianm100/status/692400760986996740; https://twitter.com/j0niii/status/692393489670262784; https://twitter.com/santizanot/status/692379584004767744.

demagógica e irresponsablemente ("No se puede vivir toda la vida de prestado"). Pero además, deja de lado otro aspecto del goce ya tratado en este trabajo, el que produce la imposibilidad de alcanzar el estado de felicidad añorado. Imposibilidad que se proyecta en chivos expiatorios: los que quitan el placer, los que roban el goce. Así se expresa en el tramo final de la charla entre Héctor y Raúl en la que coincidieron en la necesidad de apoyar el cambio propuesto por Macri para volver a la Argentina anterior al peronismo ("esto es lo que necesitamos"), frente a aquellos que, identificados de manera más o menos difusa ("gente que no lo entiende"; "los [otros] argentinos"), sólo se empeñan en impedirlo.



7

La figura del sujeto neosacrificial

7.1. Indagando en los motivos del sacrificio

La cobertura mediática durante la campaña presidencial de 2019 permite observar un gran número de personas que aseguraban que su situación económica había empeorado durante los cuatro años de gobierno de Cambiemos pero que, sin embargo, lo seguirían apoyando en el futuro. Una docente que marchó contra la entonces Gobernadora de la Provincia de Buenos Aires, María Eugenia Vidal, pero la volvería a votar en 2019; una jubilada que votó a Macri, le sacaron la pensión, pero no se arrepentía de su elección; un ingeniero en alimentos que se había quedado sin trabajo hacía seis meses y aceptaba como necesario que al laboratorio que lo empleaba le fuera mal; un hombre que dejó de comer asado pero dijo no interesarle; un vecino de Ciudad Evita que siguió apostando al cambio a pesar de que no le alcanzaba el sueldo para llenar la heladera. Del mismo modo, se puede observar como estos testimonios están atravesados por un rechazo profundo hacia el peronismo y el proceso kirchnerista en particular. Los gobiernos peronistas aparecen identificados con la corrupción, el autoritarismo, la intolerancia, la demagogia, la inmoralidad y la falta de justicia. También se les atribuye el atraso cultural, la explotación de la pobreza y la ignorancia. Dos ejemplos sintetizan el imaginario arraigado en el antiperonismo de estas personas: "Después de cuatro años no podés recomponerte de doce años de dictadura política como hubo con el

kirchnerismo"; "Han robado el país, y ahora quieren volver, después de los cuatro años de sacrificio. No, no quiero eso"[1].

En relación a la proliferación de este tipo de creencias repetidas infinidad de veces y amplificadas por las redes y los medios masivos de comunicación, Marcelo Justo (2019) ha señalado que una de las más conocidas para cuantificar la supuesta corrupción kirchnerista se condensaba en la frase "se robaron un PBI". También destacó otra forma más hiperbólica de satanizar al kirchnerismo, la acusación que decía "se robaron todo", es decir: "ya no un PBI sino el inconmensurable 'todo', una manera de que no haya resquicio ni escapatoria, que no quede ni un espacio político K que no esté poblado por ladrones con ganzúa, antifaz y maletines". Según el analista económico, ambas frases son insostenibles: "Si se hubieran robado 'todo' no habría habido fondos para pagarles a maestros, financiar la salud, la seguridad, la justicia, hacer infraestructura, lanzar el Arsat y el larguísimo etcétera de la era kirchnerista. Lo mismo vale para el PBI: ¿en qué bolsillos, bolsos, valijas y containers cabrían 500 mil millones de dólares?" (2019: s/p.).

Desde el psicoanálisis, Sebastián Plut (2017) también propuso una lectura de la frase "se robaron todo". En línea con la nota de Justo, sostenía que si fuera una acusación razonable, el "todo" debería contener, al menos, una cuantificación "ya que hasta el más necio admitirá que ese todo no existe, es mera ficción". Sin embargo, más que embarcarse a demostrar la falsedad o inviabilidad de la frase, se centró en un aspecto mencionado de pasada por Justo. ¿Por qué poner el énfasis en un "todo" abstracto y no limitarse sólo a casos concretos? Decir "se robaron todo" en lugar de "robaron tal cosa" o "han robado algo", tendría una sola función: "estigmatizar y, por tanto, neutralizar cualquier debate" (2017: s/p.).

---

1 Marcha en apoyo a Mauricio Macri, 24 de agosto de 2019. Recuperado de https://www.youtube. com/watch?v=3hsi9K55Rk&ab_channel=Barricada-TV.

Para ayudar a precisar los factores que intervinieron en la producción de estas formas de demonización o estigmatización, es necesario retomar en este punto algunos de los aportes de la teoría psicoanalítica abordados en capítulos anteriores. Como se vio al analizar la problemática de las identidades colectivas (Parte 2, Capítulo 4), Žižek (1989) sugería que la dimensión más radical de la teoría lacaniana consiste no tanto en reconocer que el sujeto está marcado por una falta irreductible, que sólo puede llenarse con objetos socio-simbólicos de identificación, sino en comprender que "el gran Otro, el orden simbólico, también está *barré*, tachado, por una imposibilidad fundamental, estructurado en torno a un núcleo imposible/traumático, en torno a una falta central" (p. 168). Esto se refleja, por tanto, en el carácter escindido de todo objeto de identificación. Yannis Stavrakakis (2010) ha explicado que el sujeto necesita identificarse con algo, pero la falta en el nivel objetivo hace que todas esas identificaciones sólo reproduzcan la falta en el sujeto, siendo incapaces de proporcionar la completud real perdida. De todas formas, el sujeto no deja de desear su completud ausente. El hecho de estar tachado es lo que postula la completud como perdida pero posible de ser deseada. En el intento incesante de llenar la falta en el Otro para recuperar una identidad unificada, el sujeto recurre a la fantasía, la cual ofrece la promesa de un encuentro con el goce perdido/imposible; encuentro que se fantasea como capaz de completar al Otro y, en consecuencia, recubrir la propia falta. Sin embargo, el uso de este concepto debe combinarse con el de síntoma. Si la fantasía produce la sustentabilidad de una determinada construcción, sólo puede hacerlo presentando al síntoma como una intrusión extraña e inquietante. Así, la proyección imaginaria de un orden social armonioso puede mantenerse únicamente si todos los males existentes se atribuyen a algún agente particular que se "roba el goce" colectivo.

Ahora bien, Žižek (2007) ahondó en esta cuestión a partir de su análisis del racismo contemporáneo. Recurriendo

a los planteamientos de Étienne Balibar (1998) y Jacques-Alain Miller (2010) sobre el tema, ha señalado que cuando se produce una tensión étnica, los miembros de una comunidad invariablemente atribuyen un goce excesivo al "otro", acusándolo de querer robar su propio goce (arruinando su "estilo de vida") y/o tener acceso a algún goce perverso y secreto (distinto al propio). Lo que realmente molesta del "otro", según el esloveno, es la forma peculiar en que organiza su disfrute, la parte "excesiva" de su modo de vida: "el olor de 'su' comida, 'sus' ruidosos cantos y bailes, 'sus' extrañas costumbres, 'su' actitud hacia el trabajo" (2007: p. 47). Con esto, puso en evidencia que el naturalismo biológico o genético –para decirlo con Balibar– no es la única manera de naturalizar el comportamiento humano y las pertenencias sociales, sino que "la cultura puede funcionar también como una naturaleza, especialmente como una forma de encerrar a priori a los individuos y a los grupos en una genealogía, una determinación de origen inmutable e intangible" (1998: p. 38). Lo cual marcaría una diferencia sustantiva con la forma que tradicionalmente asumió el racismo:

> El viejo racismo era directo y burdo –"ellos" (los judíos, los negros, los árabes, los europeos del Este…) son flojos, violentos, maquinadores, desgastantes de nuestra sustancia nacional–, mientras que el nuevo racismo es "reflejado" como si fuera racismo al cuadrado, motivo por el cual puede asumir el aspecto de su opuesto, de la lucha *contra* el racismo. (Žižek, 2007: p. 67).

Esta inversión o desplazamiento, que según el filósofo francés se produjo tras la independencia de las colonias europeas, permitió el surgimiento de un "racismo cultural", que se presenta como habiendo aprendido del conflicto entre racismo y antirracismo.[2]Se trata de un racismo

2 "El nuevo racismo es un racismo de la época de la 'descolonización', de la inversión de los movimientos de población entre las antiguas colonias y las

> cuyo tema dominante no es la herencia biológica, sino la irreductibilidad de las diferencias culturales; un racismo que, a primera vista, no postula la superioridad de determinados grupos o pueblos respecto a otros, sino "simplemente" la nocividad de la desaparición de las fronteras, la incompatibilidad de las formas de vida y de las tradiciones. (Balibar, 1998: p. 37).

Este "racismo sin razas", de acuerdo con la expresión del autor, toma textualmente la argumentación del culturalismo antropológico, orientado hacia el reconocimiento de la diversidad, de la igualdad de las culturas y de su permanencia transhistórica. Sin embargo, pone la demostración de que todas las civilizaciones son igualmente complejas y necesarias al servicio de la idea de que "la 'mezcla de las culturas', la supresión de las 'distancias culturales', sería la muerte intelectual de la humanidad y podría incluso poner en peligro las regulaciones que garantizan su supervivencia biológica" (1998: p. 38). Así, se pasa de la teoría de las razas a una teoría de las relaciones étnicas en la sociedad que ya no naturaliza la pertenencia racial sino que ahora lo hace con los comportamientos racistas.

Retomando esta línea argumentativa, Žižek ha destacado la típica reacción del racista contemporáneo ante episodios de violencia xenófoba:

> Empieza, desde luego, expresando su horror y su repulsión ante la violencia neonazi, pero añade rápidamente que estos hechos, deplorables como son, deben ser vistos en su contexto: son en realidad el efecto y la expresión pervertida y distorsionada de un problema real, básicamente del hecho de que en la Babilonia contemporánea la experiencia de pertenecer a una comunidad étnica bien definida que da sentido a la vida del individuo está perdiendo terreno…, en pocas palabras, los verdaderos culpables son los universalistas cosmopolitas, quienes, en nombre del "multiculturalismo", mezclan

antiguas metrópolis, y de la escisión de la humanidad en el interior de un único espacio político" (Balibar, 1998: p. 37).

las razas y por lo tanto ponen en movimiento los mecanismos naturales de autodefensa. (Žižek, 2007: pp. 67-68).

De esta manera, al legitimar la segregación como una medida antirracista efectiva, como un esfuerzo por prevenir tensiones y conflictos raciales, el "racismo cultural" se disfraza de su opuesto y promueve iniciativas racistas como una forma de enfrentar el racismo. Desde luego, Žižek tenía razón cuando afirmaba que no es porque diversas comunidades étnicas vivan juntas en un mismo lugar que se pone en marcha la lógica del "robo del goce"; de hecho, hay numerosos ejemplos en los que dicha convivencia se produce sin generar tensiones raciales. Más bien, lo que está en la génesis del "robo del goce", como se dijo anteriormente, es la imputación de un goce excedente al "otro".[3] En este sentido, la posición del esloveno es homóloga a la de Miller, para quien el racismo tal como se lo conoce actualmente debe ser pensado como una expresión de odio al goce del otro: "Se odia especialmente la manera particular en que el Otro goza" (2010: p. 53).

Ante el incremento y difusión a lo largo y ancho del planeta de lo que se ha dado en llamar "discursos del odio", junto a estos autores, otros investigadores vienen advirtiendo desde hace tiempo sobre el riesgo inherente que suponen para la democracia. En Argentina, esta preocupación fue abordada, entre otros, por el Laboratorio de Estudios sobre Democracia y Autoritarismos (LEDA) y el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI). Si bien no existe, como señala esté último organismo, "un consenso conceptual sobre el discurso de odio" (INADI: 2020, p. 3), puede tomarse la definición que

3 De acuerdo con Žižek, culpar al "otro" por el robo del propio goce sólo esconde el hecho traumático de que lo supuestamente robado nunca fue poseído: "la falta ('castración') es originaria, el goce se constituye a sí mismo como 'robado'" (2007: p. 48). Es el mecanismo de la paranoia el que hace posible la exteriorización misma de la función de castración en una agencia positiva que aparece como "robando el goce".

ofrece un informe del LEDA (2021), donde se lo caracteriza como como cualquier tipo de expresión vertida en el espacio público que busque "promover, incitar o legitimar la discriminación, la deshumanización y/o la violencia hacia una persona o un grupo de personas en función de la pertenencia de las mismas a un grupo religioso, étnico, nacional, político, racial, de género o cualquier otra identidad social" (2021, p. 4). Para conocer el impacto que generan estos discursos en la población, el LEDA desarrolló un trabajo de medición y análisis de las disposiciones subjetivas de los ciudadanos argentinos frente a su circulación, preguntando qué harían en caso de recibir un mensaje con una carga de agresividad y violencia simbólica muy intensa. De acuerdo con los principales hallazgos, el 26,2% de la ciudadanía "promovería o apoyaría discursos de odio", mientras que el 17,0% permanecería "indiferente frente a los discursos de odio" (p. 28). A pesar de que podrían parecer magnitudes relativamente pequeñas, el estudio destacaba que el 26,2% estaba formado por respuestas afirmativas a enunciados extremadamente violentos. Agregaba que la posición de indiferencia hacia tales enunciados podría leerse además como un cierto grado de aceptación de esos discursos en la esfera pública, con lo que los valores agregados de "aprobación" e "indiferencia" hacia los discursos de odio darían el significativo valor de 43,2% de la ciudadanía argentina.

Por otra parte, el INADI ha revisado, entre otros aspectos relativos a la problemática, algunas expresiones recogidas en las redes sociales, con el objetivo de profundizar en el conocimiento de los discursos discriminatorios y de odio. De acuerdo con el análisis de contenido que se llevó a cabo, se trataba de intervenciones que articulaban "temores e intereses históricamente constituidos; prejuicios socialmente sostenidos; y una voluntad de poder (política, como todo), de organizar y unificar criterios coaccionantes sobre la eliminación de todo aquello que no se corresponda con cierta forma (absoluta) de entender y habitar el mundo" (p. 24). El estudio concluía que esta clase de intervenciones

siempre están orientadas a fortalecer una red de fenómenos sociales que toman múltiples formas y se enmarcan dentro de lo que los investigadores propusieron definir como una “cultura del odio”.

Esto también se puede apreciar en algunos de los testimonios recogidos en los actos de apoyo a Mauricio Macri durante la campaña electoral de 2019. Por un lado, destacan las expresiones más explícitas y agresivas contra todo lo que se identifique como kirchnerismo, donde aparecen claramente algunos de los mecanismos discursivos descritos en el estudio del INADI, como la construcción del otro como diferente, las generalizaciones y la búsqueda de chivos expiatorios: “¡Ustedes son delincuentes, y vos también (al periodista de C5N), kirchneristas delincuentes!”; “¡No vuelven, ladrones; ustedes no son bienvenidos (al mismo periodista)!”; “¡Qué no vuelvan más estos chorros!”; “¡Kirchneristas delincuentes!”; “¡No los queremos más, chorros, ladrones, devuelvan el país!”.[4]

Pero, por otro lado, también se pueden encontrar algunas expresiones más sutiles, donde lo que aparece apenas velado es la suposición de un goce especial y excesivo imputado al “otro”:

> El argentino quiere dos pesos más en el bolsillo, el asado del fin de semana, la cerveza del fin de semana, ir a la cancha, el fútbol para todos, y no le interesa si vos construís una república, si vos te insertas en el mundo.[5]

> Periodista: ¿Por qué cree que los índices de pobreza subieron?
> Manifestante: Cuando asumió había un 30 % de pobreza. Ese 30% siguió teniendo hijo, hijos, y eso aumenta la pobreza.
> En este país no se muere nadie de hambre. Es un país rico, divino, precioso. No hay hambre. (Lo que pasa es) que la gente

---

4 Marcha en apoyo a Mauricio Macri, 24 de agosto de 2019. Recuperado de https://www.youtube. com/watch?v=68nXV8q6CaU&ab_channel=C5N.

5 Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=3_hsi9K55Rk&ab_channel=BarricadaTV.

> directamente tiene un requisito muy especial, que le dieron demasiado.[6]
>
> Todo lo que están haciendo ahora, todos estos piquetes… todo es contra Mauricio. Me da asco esa gente.[7]
> ¿Cómo no la van a seguir? Cuantos planes sociales dio Cristina. Esa gente es la gente que la va a votar, son millones y millones.[8]
>
> Manifestante: Acá lo que pasa es que hay 30% de vagos que están con planes. Estamos cansados de los planes.
> Periodista: ¿Por qué cree que Macri dio más planes que el gobierno anterior?
> Manifestante: No, no dio más planes… (otros manifestantes lo interrumpen para corregirlo). ¿Sabés por qué? Porque tiene que bancar. Si no, le revientan el gobierno. Sabemos lo que son los vagos estos.[9]
>
> Manifestante: En el año 68 yo he tocado lo que es un pobre. Yo toqué un pobre, estuve en la villa con un pobre. Acá hablan de los pobres como si fueran algo que salió de las cenizas. Los pobres de ahora son distintos: son pobres que se tiñen el pelo, que tienen celular, son pobres que han avanzado, qué están más insertados en la sociedad.[10]
>
> Manifestante mostrando la palma de la mano a cámara: Esto no es de choripán, eh, esto es laburo.[11]

En estos extractos se pone de manifiesto la fórmula general del racismo propuesta por Miller: se odia la forma

---

6 Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=Khvo84JYK9I&t=1s&ab_channel=C5N
7 Recuperado de https://www.facebook.com/watch/?v=431744520812449
8 Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=68nXV8q6CaU&t=223s&ab_channel=C5N
9 Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=Jtvm-BQCM2YI&ab_channel=C5N
10 Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=ZrAUF-KErPqc&ab_channel=C5N.
11 Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=68nXV8q6CaU&ab_channel=C5N.

particular en que se imagina que el "otro" goza. Es importante resaltar que los destinatarios del discurso racista y de odio en estos casos no son sólo los dirigentes sino también los dirigidos: los "pobres", "los piqueteros", los "planeros" que "viven del Estado sin hacer nada" y que se ven agravados por los programas sociales porque les hacen "perder la cultura del trabajo". Esto se aprecia particularmente en algunos tuits que circularon en las redes sociales durante el último tramo del mandato de Mauricio Macri: "Cristina definitivamente hizo perder la cultura del trabajo"; "Eso es el populismo, perder la cultura del trabajo. Y que todos tengan algún curro en el Estado"; "[…] podrido d ver parásitos q viven del estado sin hacer nada y encima cortan las calles a los q pagan impuestos y somos los q les pagamos a ellos es totalmente ilógico"; "Reparten trabajo también x si te interesa ser parte del q produce la ganancia y no solo el q la disfruta… Vago planero"; "[…] El venezolano que llega, viene de sufrir horrores. El argentino no sufre sino que disfruta del dinero que los trabajadores aportan. Hacen la plancha invierno y verano. Quisiera saber lo que harían si se les cortara el chorro"; "Se dieron cuenta tarde, hace 30 años q venimos en este proceso y la vagancia cada vez es mayor, con el inicio de los planes se empezó a perder la cultura del trabajo, hay jóvenes q no vieron trabajar a sus padres planeros, y eso es lo q mamaron y lo heredan, la culpa? LA POLÍTICA!".[12]

El odio provocado por estas creencias responde, como advirtió Alemán (2007), a un mecanismo básico: "hay un grupo político que acumuló de un modo fraudulento el dinero de todos, lo malgastó, lo distribuyó en sectores

12 Recuperado de https://twitter.com/saraciniluz/status/1159900426277412874; https://twitter. com/CocoFerPal/status/1203703795470880768; https://twitter.com/AGiaco3/status/109588913244 0686597; https://twitter.com/Oscar21571816/status/1210650682073722880; https://twitter.com/ Yellow39483380/status/1152364924066287620; https://twitter.com/tigreferreira/status/11724915 14964008962.

subalternos de una manera innecesaria, subsidiando el goce de una desidia y pereza fundamental que, según este imaginario, habita siempre en los sectores vulnerables" (2007: s/p.). Se odia cómo gastan tiempo y dinero comprando teléfonos celulares o tiñéndose el cabello, disfrutando de una parrillada o una cerveza el fin de semana, fútbol gratis en la televisión o incluso teniendo hijos.

Ahora bien, como ha afirmado Žižek, "el deseo humano, puesto que ya está siempre mediado por la fantasía, no puede ser fundamentado (o retraducido a) nuestros 'verdaderos intereses': la aserción final de nuestro deseo, en ocasiones el único modo de afirmar su autonomía ante el otro 'benevolente' que ve por nuestro Bien, es actuar en contra de nuestro Bien" (2007: pp. 60-61). En otras palabras, si dentro del espacio-fantasía a partir del cual una comunidad organiza su "estilo de vida", lo que sus miembros desean está inexorablemente ligado a lo que perciben como el deseo del otro, bien pueden llegar a desear destruir el objeto de su propio deseo, si de esta manera se golpea el deseo del otro.

De esta manera, el sacrificio podría ser pensado como una forma de recuperar parte del goce faltante, robado por otros. Tomando el caso del fascismo, Žižek (2007) ejemplificó cómo la renuncia o el sacrificio producen lo que Lacan llamó "plus de goce" (*plus de jouir*), una suerte de compensación por el goce perdido:

> la ideología fascista se basa en un imperativo puramente formal: obedece porque debes. Dicho de otra manera, renuncia al goce, sacrifícate y no te preguntes sobre el significado de ello –el valor del sacrificio está en su misma insignificancia; el verdadero sacrificio es por su propio fin; has de encontrar satisfacción positiva en el sacrificio mismo, no en su valor instrumental–: es esta renuncia, esta resignación del goce lo que produce un cierto plus de goce. (Žižek, 2007: p. 119).

Desde este punto de vista, expresiones como "se robaron un PBI" o "se robaron todo" cobran nueva luz. Probablemente Plut tenga razón al señalar que la acusación no

apuntaba a nada mensurable. Cuando se les preguntó a los manifestantes por el monto de un PBI (más fácil y posible de evaluar que el inconmensurable todo), las respuestas fueron sistemáticamente: “No tengo idea pero se afanaron todo”, “Son tonterías cuanto es un PBI” y otras frases por el estilo.[13] Ahora bien, de acuerdo a lo expuesto, se puede precisar más esta cuestión afirmando que la función de estas creencias ha sido la de estigmatizar o demonizar a un “otro” al que se acusaba de sustraer o impedir un goce sin medida e imposible de definir. Como había ocurrido durante el conflicto agropecuario, reapareció la evocación nostálgica de un pasado idealizado que habría sido corrompido por el populismo. Muchos manifestantes replicaron la creencia difundida en el mencionado video de Mauricio Macri en Instagram, donde se culpaba a los “setenta años de peronismo” de ser la causa y el origen de todos los fracasos de la Argentina: “¡Vivimos 70 años de prestado!”; “Estoy cansada de gobiernos peronistas. ¡Setenta años!”; “¡Setenta años de peronismo! Son setenta años de atraso cultural, setenta años de mafias, setenta años de manejar a la pobreza, crear pobres para hacerlos ignorantes y poder manejarlos”.[14] También en las redes sociales circuló gran cantidad de tuits: “70 años de peronismo y 1 de Macri, y te quieren hacer creer que la pobreza es culpa de Cambiemos. No seas boludo…”; “Si bien el kirchnerismo es el franquiciado más perverso, tóxico, violento y corrupto de la franquicia ‘peronismo2, no debemos olvidar que en los últimos 70 años hemos vivido rodeados de peronistas que no tienen ningún problema en asociarse con lo peor de la franquicia. Como ahora”; “Momento decisivo: línea divisoria sería hoy entre autoritarios y republicanos. Será entonces hora de superar esa vieja antinomia peronistas/antiperonistas, en la que el peronismo ‘oficial’ (PJ) nos metió hace 70 años. Que sean de

---

13 Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=68nXV8q6CaU&ab_channel=C5N.

14 Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=3_hsi9K55Rk.

ahora más una secta irrelevante, que se vayan extinguiendo"; "Un 4 le pongo a los 3 años de Macri. Un 4. Pero después de ver el espectáculo de kirchneristas y peronistas en estas #SesionesOrdinarias ya definí mi voto. Nunca más, ningún peronismo. 70 años sintetizados en una sesión. Nunca visto"; "Me tienen harto los peronistas lpm!!! 70 años de peronismo. SETENTA AÑOS!!!! Y todavía nos quieren hacer creer que son la solución. Si fuesen la solución no estaríamos así. Tendríamos que estar prestándole plata no sé, a China aprox, seríamos Suiza, y NO".[15]

Al igual que Justo y Plut con la expresión "se robaron todo", Adamovsky (2019) ha argumentado que, en este caso, la cuenta tampoco cierra de ninguna manera:

> en las últimas siete décadas hubo también gobiernos militares y radicales; de hecho, los períodos del PJ ocuparon menos de la mitad de ese lapso y además el partido estuvo proscrito durante 18 años. Que contabilicen "Setenta años" a pesar de todo eso es índice de que no molestan tanto las medidas que hubiesen tomado los mandatarios de ese signo, como la existencia misma del peronismo. (Adamovsky, 2019: p. 3).

Esta obsesión de una parte de la sociedad con el peronismo como "maldición nacional" –según la denominación del historiador– se ha plasmado, entre otras consignas, en el cantito "¡No vuelven más, no vuelven más!", entonado por el público que asistía a los actos como una especie de mantra destinado a exorcizar la posibilidad de un retorno al poder del populismo que ya no fuese reversible. En el mismo sentido, un número significativo de manifestantes expresó también su disposición a realizar un sacrificio para evitar el riesgo de una "recaída en el populismo":

---

[15] Recuperado de https://twitter.com/Roberto_BsAs/status/895429361809096704; https://twitter. com/AlfredoDarrigo/status/1173054026650464256; https://twitter.com/AlfredoDarrigo/status/1138802259658231816; https://twitter.com/Alecbascbas/status/1101502223769579521; https://twitt er.com/tibuur/status/1154935476266196993.

Manifestante: Estoy para despedir al mejor presidente que tuvo la democracia argentina. Porque un país no es solamente la economía. Si fuera por la economía… yo estoy sin trabajo.
Entrevistador: ¿Hace cuánto que está sin trabajo?
Manifestante: Seis meses.
Entrevistador: ¿De qué trabajaba?
Manifestante: Soy ingeniero en alimentos.
Entrevistador: ¿Y por qué se quedó sin trabajo?
Manifestante: Porque cerró el laboratorio donde yo trabajaba. Eso es porque yo creo en un proyecto de país.
Entrevistador: ¿Económicamente está peor ahora?
Manifestante: No, yo estoy igual. Porque tengo mis ahorros. Porque yo hice lo que tenía que hacer, como ciudadano.
Entrevistador: ¿Usted es uno más de los que integran las dos cifras de desocupación? M: Si, claro. Pero era necesario. Era necesario que, por ejemplo, el laboratorio donde yo trabajaba le tenía que ir mal. Yo trabajaba en la parte de veterinaria, de productos veterinarios. Entonces se pensó que con el gobierno de Macri las vacas se podrían reproducir mucho más rápido de lo que realmente se reproducen. Eso hizo que el mercado no alcanzara.[16]

Manifestante: Vengo a una manifestación pacífica y sin olor a choripán. Lo único que te puedo decir, nada más. Que no vuelvan más los que vinieron metiendo la mano alevosamente todos estos años en lo que es la economía del país. (…) La heladera, te digo la verdad, no la tengo llena, la tengo por la mitad y menos también.
Entrevistador: ¿Cómo estaba la heladera hace seis años?
Manifestante: La heladera la tuve llena hace seis años, pero por otro lado no estaba progresando el país a nivel general. Pero bueno, apostando un poquito a darle una mano porque soy consciente que en cuatro años mucho no se podía haber modificado.[17]

---

16 Recuperado de https://www.eldestapeweb.com/nota/el-delirante-relato-de-un-afectado-por-mauricio-macri-que-todavia-lo-apoya-201912911420.

17 Recuperado de https://www.facebook.com/watch/?ref=saved&v=2434860970118079.

> Manifestante: Tengo una pyme, 7 empleados… La verdad que no me va bien. Pero apuesto más a largo plazo. Yo estoy acá porque… Mirá que no me benefició en nada, en nada…
> Entrevistador: ¿Crees que Macri es lo menos peor?
> Manifestante: Y si, la verdad es que voto eso, totalmente.[18]
>
> Manifestante: Mi empleada por ejemplo. Yo no me meto mucho, pero mi empleada me dijo: yo la quiero mucho a María Eugenia Vidal (en el caso de la provincia), ha hecho mucho porque me ha hecho cloacas, me ha hecho caminos, me ha asfaltado mi calle y ahora el colectivo entra. Pero desde hace una año y medio no me alcanza la plata.
> Entrevistador: ¿Está peor ahora que con el gobierno anterior?
> Manifestante: La plata no le alcanza.
> Entrevistador: ¿Y antes le alcanzaba un poquito más?
> Manifestante: Y… antes lo que pasa es que ella vivía en una burbuja.[19]

Expresiones semejantes se pueden encontrar en los siguientes testimonios recogidos en la vía pública:[20]

> Stella Maris: Con el gobierno anterior viví re mal y con este estoy viviendo peor. (…) Lo apoyé en el 2015 y lo apoyé con muchas ganas.
> Entrevistador: ¿Por qué con muchas ganas?
> Stella Maris: Y porque sí, porque le tengo fe.
> Entrevistador: ¿Le seguís teniendo fe?
> Stella Maris: La estamos pasando mal pero le sigo teniendo fe. A veces hay que hacer sacrificios para llevar algo adelante. (…) Yo tengo 72 años y [he estado] toda la vida sufriendo. Cambiaban los gobiernos y lógicamente, no digo no trabajar, pero siempre con sacrificios.

---

18 Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=68nXV8q6CaU&t=223s&ab_channel=C5N.
19 Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=ZrAUF-KErPqc&ab_channel=C5N.
20 Recuperado de https://www.facebook.com/comunicacionnpopular/videos/?ref=page_internal.

> Entrevistador: Casi cuatro años de gobierno de Mauricio Macri, ¿cómo lo estás viviendo?
> Ester: Yo lo viví mal pero tampoco quiero que se vaya. Prefiero a Macri, lo voy a volver a votar. Lo voy a apoyar siempre. (…) Yo lo que veo de Mauricio es que hizo un montón, muchas obras hizo. Lo que no hizo Cristina en los años que estuvo. Pero bueno, la gente no come obras, la gente quiere comer…

> Entrevistador: Casi cuatro años de gobierno de Mauricio Macri, ¿cómo lo estás viviendo?
> Patricia: Bastante jodido, mal, mal, otra cosa no puedo decirte.
> Entrevistador: ¿Lo apoyaste en 2015?
> Patricia: Si. Yo voté pensando que iba para adelante, pero los sueldos, todas las cosas se fueron para abajo, la gente…
> Entrevistador: ¿Con el gobierno anterior cómo estabas en lo personal y cómo veías el país?
> Patricia: No me gustaba el tema de Cristina. Pero si, se podía vivir un poquito mejor, rendía mucho la plata. Después, lo que robaron… me callo la boca. (…) Lo vuelvo a votar a Macri… me tiro al agua. Me rendía bien la plata pero, ¡todo lo que robaron! ¿Por qué tengo que pagar cosas que yo no tengo por qué pagar?

Pero donde mejor se expresó tanto el odio como la voluntad de sacrificio fue, sin duda, en el cantito "Hay que saltar, hay que saltar, vinimos todos, sin choripán", también coreado por los manifestantes en los actos de campaña. Como ha observado, entre otros, Natalia Magrin (2021), la apelación al choripán y su connotación de corrupción, clientelismo y oportunismo, fue parte del discurso antikirchnerista sostenido por distintos funcionarios de Cambiemos y propagado por los medios afines al gobierno. En 2017, por ejemplo, González Fraga, entonces presidente del Banco Nación, había declarado en referencia a la conmemoración del 24 de marzo, Día de la Memoria por la Verdad y la Justicia, que en la localidad donde tenía su campo "mandaron tres ómnibus ofreciéndole 500 pesos, vino, Coca Cola,

choripanes para los que fueran el viernes a la marcha"[21]. En el mismo sentido, en abril de ese año, luego de la denominada "marcha por la democracia" en apoyo a su gobierno, Macri envió un mensaje a través de sus redes sociales en el que destacó la espontaneidad de la convocatoria, "sin que haya habido colectivos ni choripán"[22]. También volvería a tocar este tema durante la campaña de 2019, cuando en un acto en Olavarría recalcó que "estamos acá porque queremos defender nuestra convicciones, acá no hay choripán"[23].

Ahora bien, la pregunta de Magrin en este punto es la siguiente: ¿cómo aparece un alimento en el centro de una disputa ideológica y política? Podría argumentarse que, para el macrismo y sus seguidores, la presencia de la militancia kirchnerista en actos o movilizaciones estaba asociada a la compra de voluntades a través de planes sociales, subsidios por parte del Estado, dinero de su organización o, más sencillamente, la entrega del choripán y una gaseosa. De esta manera, Magrin concluía que los manifestantes, estigmatizados como "choriplaneros"[24] o "brutos" que se creyeron "el relato y las mentiras de la dictadura kirchnerista", se movilizaban no por convicción sino movidos por un interés netamente retributivo o por ignorancia. Algunos tuits que circularon en las redes permiten observar la indignación ante lo que se consideraba una muestra clara de manipulación política y clientelismo: "Si habrá sido fuerte el relato kirchnerista, que todavía hay gente que sigue diciendo que entre

---

21 Diario *Tiempo Argentino*, 27 de marzo de 2017. Recuperado de https://www.tiempoar.com.ar/ politica/gonzalez-fraga-ofrecieron-500-pesos-vino-coca-y-choripanes-para-que-fueran-a-la-marcha/.

22 Diario *Infobae*, 1 de Abril de 2017. Recuperado de https://www. infobae.com/politica/ 2017/04/01/el-mensaje-de-mauricio-macri-durante-la-marcha-por-la-democracia/.

23 Diario *Página/12*, 12 de octubre de 2019. Recuperado de https://www.pagina12.com.ar/224927-mauricio-macri-aca-no-hay-choripan.

24 Neologismo surgido de la conjunción entre el alimento choripán y plan social.

2009 y 2016, el Fútbol "era gratis". Por Dios!!!"; "Un boludo importante que sigue al relato populista a costa de los demás, NO QUEREMOS POPULISMO menos de la mano del kirchnerismo, corruptos enriquecidos con la función y cararrotas! Jamás van a ver nada q no sea su cuentito populista retrógrado"; Qué bien que funciona el relato populista del kirchnerismo eh. Escucho a Cristina y suena hermoso: nos endeudamos y la plata fue toda a los ricos (sin hablar del déficit), nos llevó 12 años desendeudarnos (cuando había deuda en 2015)".[25]

Sin embargo, la intolerancia que muestran estos tuits también puede entenderse como un rechazo visceral a la forma en que los sectores asociados al kirchnerismo/peronismo han organizado su goce. Lo insoportable, precisamente, son ciertos rasgos que se volvieron característicos de su "estilo de vida":

> las columnas de humo, las parrillas asando los chorizos, las mesas con los panes desplegados, las filas en espera del alimento en comunión, las voces de quienes llegan a la plaza, caminan por el medio de la calle (…) gritando, cantando viejas y nuevas consignas, llevando banderas grandes o flameando otras pequeñas, en un compás sin precisión, con el tono de la multitud heterogénea, la desmesura, transpirando bajo el sol ardiente de un verano o empapados por la lluvia, haciendo sonar los bombos al temblar los parches con el rostro de Perón, la sigla de su sindicato, su organización. (Magrin, 2021: p. 426).

Según la autora, el término c*horiplanero* pretendía borrar o deformar la potencia política y afectiva de la comida choripán en un sentido muy similar al que ha planteado en reiteradas oportunidades el artista plástico Daniel Santoro,

---

[25] Recuperado de https://twitter.com/taladrosilva/status/755681349889961984; https://twitter. com/unciudadanolive/status/742463934544945152; https://twitter.com/simplelosdemas/status/1183729620518088705; https://twitter.com/sebabortnik/status/1176113357881053185.

para quien el sándwich de chorizo es la versión gozosa del menú propuesto por la canción "Que la tortilla se vuelva" de la guerra civil española,[26] que pedía en uno de sus versos que "los pobres coman pan". En su interpretación, el peronismo nunca haría eso: "no propone comer pan sino choripán o pan dulce, con azúcares y con grasas saturadas, es decir, 'pan con felicidad'" (Santoro, 2022).

Estas cuestiones aparecen también en el discurso antiplebeyo pero con una valoración invertida. Asistir a una marcha "sin el choripán" supondría un acto de sacrificio, una privación, propio de un ciudadano *moralmente superior*. Macri lo insinuó en el acto de Olavarría antes mencionado, al decir que "cuando terminemos, algunos seguro nos vamos a ir a comer un buen choripán. Porque es una de las cosas más lindas que tenemos en nuestro querido país. Pero hoy estamos acá para defender las cosas en las que creemos"[27]. De modo que lo intolerable no era la comida en sí, sino las fantasías sobre la forma corrupta y mercantilizada en que el otro la disfrutaba ("marchan por un choripán"; "los militantes sólo trabajan por un choripán", etc.). De ahí que los manifestantes de los actos oficiales expusieran en primer lugar de qué se estaban privando: "Nadie tuvo que pagarle, poner micros. Nadie tuvo que agarrar y darle comida, plata, para que vengan, ni tetrabrik ni choripán"[28]. En este sentido, Žižek (2007) ha señalado que el odio al goce del otro encubre algo más radical, que es el rechazo del goce propio. Refiriéndose a la crítica de Lacan a la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo, el esloveno indicó que contrariamente a la tesis según la cual al someterse al amo,

26 Canción del madrileño Chicho Sánchez Ferlosio, popularizada por Quilapayún.

27 Juntos por el Cambio (12 de octubre de 2019) Seguí en vivo La Marcha del #SíSePuede en Olavarría [Video]. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=IGu5prVf3Ho&t=1050s&ab_ channel=JuntosporelCambio.

28 Marcha del "Sí, se puede", 18 de octubre de 2019. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=NQulo9oAdvc&t=12s&ab_channel=C5N.

el esclavo renuncia al goce y este se reserva a su amo, para el psicoanalista francés

> es precisamente el goce (y no el miedo a la muerte) lo que mantiene al esclavo como servil –el goce producido por la relación hacia el goce del amo (presupuesto e hipotético), ante la expectativa del goce que nos espera al momento de la muerte del amo, etc. Así, el goce no es nunca inmediato, siempre está mediado por el goce presupuesto atribuido al Otro; siempre es el goce producido por la expectativa del goce, por la renuncia al goce. (Žižek, 2007: pp. 51-52)

De este modo, expresiones como la del tuit donde se ve a Macri saludando a una Plaza de los Dos Congresos vacía adquieren un sentido adicional si se las interpreta desde esta perspectiva. Como había sucedido con la conductora Mirtha Legrand, que se disculpó frente a su público por no haber asistido a la "marcha por la democracia" ("no fui porque estoy aquí trabajando, hubiera ido encantada", dijo)[29], podría pensarse que las personas que acostumbraban acompañar al expresidente a los actos oficiales prefirieron también, en esa ocasión, reprimir su propio goce para no incumplir con la obligación de asistir al trabajo.

Todos estos ejemplos marcan, a pesar de la continuidad antes señalada, una importante diferencia respecto a lo acontecido durante el "conflicto del campo" en la medida en que dan cuenta del abandono del discurso de la "vida buena" y su sustitución por un discurso sacrificial a través del cual se acepta la frustración del propio disfrute para evitar "una vuelta atrás en la Argentina" y "vencer definitivamente al populismo". Una característica distintiva de la subjetividad *neosacrificial* que se configuró a partir del conflicto por el tarifazo fue que esta aceptación se produjo a condición

---

29 Diario *Panorama*, 2 de abril de 2017. Recuperado de https://www.diariopanorama.com/noticia/ 253357/mirtha-legrand-sobre-marcha-sin-choripan-bandera-argentina.

de impedir el disfrute de los demás. Esto se puede apreciar en varios pasajes de los extractos, donde se admitía el deterioro no sólo personal sino general de las condiciones económicas, al tiempo que se reiteraba el apoyo a las medidas adoptadas por el gobierno nacional. Si bien, como se vio anteriormente en relación con la eliminación de subsidios y el aumento de las tarifas de los servicios públicos, no faltaron argumentos para justificar las restricciones, el análisis realizado en esta sección muestra el predominio de la afectividad sobre la reflexión. Siguiendo a Žižek (2007), la estructura fundamental que determinaría el comportamiento del sujeto *neosacrificial* es la del "plus de goce". Si el goce no es nunca inmediato, sino siempre mediado por el goce presupuesto atribuido al otro, el sacrificio implicaría, por un lado, una acentuación de la falta de goce, pero, por el otro, la reintegración de algo de ese goce resignado, que encarna en aquellos que quedan excluidos (por las prácticas de segregación y racismo) de la posibilidad de disfrute. De este modo, como sugiere el autor, el propio sacrificio se convierte, en tanto fin en sí mismo, en goce.

7.2. El humor gráfico como estrategia de desestabilización de las identificaciones *neosacrificiales*

Considerando lo que se ha analizado hasta el momento, ¿es posible afirmar que las recientes formas de servidumbre representan la culminación de la transformación de un sujeto que ha quedado irremediablemente atrapado en la red de dispositivos y efectos de poder que se construyen desde y alrededor de él para asegurar su obediencia y sumisión?

Por un lado, es importante destacar que, así como la figura del sujeto *neopolítico* no fue la única que se perfiló en el transcurso del conflicto por las retenciones móviles, el sujeto *sacrificial* también convivió –y convive– con otras

figuras, algunas igualmente subordinadas a las modalidades de dominación y sometimiento impuestos por los dispositivos neoliberales (como el "consumidor consumido" o "el empresario de sí mismo", por ejemplo) y otras que han presentado mayores resistencias. Al respecto, cabe señalar que así como en 2008 las protestas a favor de "el campo" coincidieron con la intensificación de actos y manifestaciones de apoyo al gobierno, en 2016, durante el conflicto por el "tarifazo", hubo quienes se mostraron a favor de dicha medida y quienes expresaron su disconformidad a través de marchas en distintos puntos del país y denuncias ante los tribunales.

Pero, por otro lado, no puede pasarse por alto que, como han señalado diversos autores, entre ellos Alemán, el capitalismo, en su mutación neoliberal, "funciona como un dispositivo con pretensiones totalizantes, intentando cerrar cualquier brecha en lo social, anulando su heterogeneidad y negando cualquier antagonismo" (2018: p. 157). Algunos, llevando este diagnóstico al extremo, adoptaron una posición pesimista y fatalista, borrando por completo cualquier esperanza de emancipación. Por ejemplo, el filósofo Byung-Chul Han, en una serie de ensayos recientes, dio por sentado que los diversos dispositivos de poder que operan en las actuales sociedades de control lograron finalmente la captura absoluta del sujeto. Para este autor, los aparatos electrónicos, las redes sociales, la ingente cantidad de datos que los propios sujetos aportan y que circulan de manera transparente e interconectada, conforman una especie de panóptico digital que centra su eficacia en su capacidad de intervenir profundamente en el psiquismo de un sujeto que concibe sin fisuras en su constitución:

> El sujeto de rendimiento de la Modernidad tardía posee un psiquismo muy distinto del sujeto de obediencia sobre el que versa el psicoanálisis de Freud. El aparato psíquico de Freud se rige por la negación, la represión y el miedo a la transgresión. (…) El sujeto de rendimiento de la Modernidad tardía es pobre en negación. Es un sujeto de la afirmación. Si el

> inconsciente está ligado necesariamente a la negatividad de la negación y la represión, entonces el sujeto de rendimiento de la Modernidad tardía ya no tiene inconsciente. (Han, 2013: p. 28).

Por lo tanto, los dispositivos de poder contemporáneos, como los *Big Data*, por ejemplo, que Han ha tomado como modelo, no sólo tendrían la capacidad de intervenir en la producción de subjetividad sino que parecerían haberse apropiado completamente de la psique, reduciendo al ser humano al nivel de objetos manipulables y medibles:

> el *Big Data* permite hacer pronósticos sobre el comportamiento humano. De este modo, el futuro se convierte en predecible y controlable. La psicopolítica digital transforma la negatividad de la decisión libre en la *positividad de un estado de cosas*. La *persona* misma se *positiviza* en *cosa*, que es cuantificable, mensurable y controlable. (…) El *Big Data* anuncia el fin de la persona y de la voluntad libre. (Han, 2014: pp. 25-26).

Siendo así, el neoliberalismo podría haber cometido "el crimen perfecto", en palabras de Alemán, porque si ya no hay sujeto, ni inconsciente, ni acción posible, tampoco habría forma de generar ninguna práctica de resistencia. Sin embargo, a diferencia de Han, el psicoanalista argentino no acepta la idea de que no haya inconsciente en el neoliberalismo. La aspiración de anularlo, ha subrayado, "implica confundir, en términos lacanianos, el plano óntico de la producción de subjetividades con la brecha ontológica en la que se sustenta el sujeto dividido del inconsciente" (2018: p. 82). Mientras que las subjetividades son construcciones socio-históricas y, por lo tanto, susceptibles de distintas transformaciones epocales, la dependencia y subordinación respecto del orden estructural u ontológico del lenguaje son ineliminables y constitutivas del sujeto. Lo que en definitiva interesa, como señala el autor, es no confundir "la lógica específica del inconsciente, sus articulaciones significantes en relación a lo real imposible, y las relaciones de explotación

y opresión construidas en las relaciones de poder" (Alemán, 2022: s/p.), pero tampoco separarlos sin más.

De modo que, dilucidar las vinculaciones históricas entre estos dos ámbitos resulta crucial a la hora de pensar en la posibilidad de que se produzca un corte en el lazo que mantiene a una parte de la sociedad –en particular, la más afectada por las políticas neoliberales– atada a los dispositivos de la servidumbre voluntaria. Tomando distancia de la visión fatalista de Han, donde la apropiación de la subjetividad es absoluta, Alemán reconoce –siguiendo a Lacan– en el lugar vacío del sujeto, una brecha que se sustrae del régimen de producción de subjetividad y que ninguna construcción histórica podría terminar de colmar. Esta es la razón por la que el neoliberalismo no es el fin de la historia: "El ser hablante, sexuado y mortal, hecho sujeto por el lenguaje, nunca encuentra en él una representación significante que lo totalice" (2018: p. 57). El hiato ontológico que constituye por igual a todos los seres hablantes, inapropiable para el neoliberalismo, es lo que sostiene la posibilidad de que el sujeto logre separarse del discurso que lo ha constituido como tal y, por esta vía, subvertir las identificaciones que lo dominan y lo fijan de diferentes formas al plus de goce.

La cuestión es cómo podría llegar a producirse una desidentificación o, por lo menos, una desnaturalización del lugar de servidumbre que el sujeto *neosacrificial* ha decidido ocupar. Desde luego, no bastaría, como había sugerido Therborn (2016), quitar al sujeto las "anteojeras ideológicas" que, supuestamente, obstruyen la visión clara de los distintos dispositivos de dominación para que éste tomara conciencia de su posición en el orden neoliberal. Ya se señaló, siguiendo la propuesta de Althusser (1970), que las representaciones ideológicas no se disipan, no pierden su "efectividad social" porque se conozca el secreto de su funcionamiento. Al respecto, en una interpretación divergente con la mirada de Althusser, Alemán (2014) ha insistido en que la fantasía ideológica es el verdadero obstáculo para dar paso a la desidentificación del sujeto ya que puede hacer que

se fije en un goce que vaya en contra de sus intereses más vitales. En los capítulos anteriores se pudo ver la eficacia de su funcionamiento, tanto en el marco del conflicto agrario como durante el tarifazo impuesto por el gobierno de Macri. En ambos casos hubo un amplio movimiento crítico que, a pesar de todo, no logró disolver ni transformar las identificaciones que se encontraban amarradas a la fantasía de un retorno mítico a *los años dorados del consumo menemista* o al país anterior a la experiencia peronista del '45, *donde el Estado no intervenía en la vida privada de los ciudadanos*.

Podría pensarse, en cambio, que ante este tipo de fantasías sólo puede sobrevenir inevitablemente la decepción; que más tarde o más temprano el sujeto descubrirá que la promesa de un encuentro con el goce perdido era, en realidad, ilusoria, y por lo tanto se producirá la desidentificación. Sin embargo, a partir del análisis realizado en el capítulo anterior, debe concederse a Alemán que el logro de los dispositivos de poder neoliberal ha sido introducir una nueva relación entre la falta y el exceso, extendiendo por un lado la insaciabilidad de la "falta de goce" y, por otro, poniendo a disposición del sujeto el "plus de goce" para llenar el vacío constitutivo sin colmar la insaciabilidad. Esto se observa claramente en figuras como el "empresario de sí mismo", que tiende imperativamente a su permanente e ilimitada autovaloración; pero también en la del sujeto *neosacrificial*, que es capaz de atentar contra sus propios intereses obteniendo un "plus de goce" del propio sacrificio. De esta manera, al hacer coincidir la carencia y el exceso en un movimiento circular, el neoliberalismo asegura que el desencanto y la frustración recurrentes no conduzcan a la desidentificación con la causa que los origina, sino a la búsqueda incesante de una satisfacción más plena a través de objetos que "no sólo no colman la sed de la falta sino que la relanzan" (2014: p 50).

En todo caso, y aun considerando las dificultades para determinar las condiciones que podrían llevar a una interrupción de dicha circularidad, es posible arriesgar algunas

propuestas que apuntarían a cambiar el lugar desde el cual el sujeto se posiciona ante las formas de goce que lo anudan a los discursos de sacrificio y odio. Como señaló Alemán, el sujeto "se separaría de las identificaciones cuando las captase en otra perspectiva" (2014: p.34). Por ejemplo, para usar los términos de Žižek (1992), cuando pudiese reconocer en las propiedades atribuidas al "otro" el producto necesario de su propio sistema social, o cuando pudiese reconocer en los "excesos" que se atribuyen a los demás la verdad sobre sí mismo.

Precisamente en el camino de pensar formas de desidentificación, Mouffe (2014; 2018) ha destacado el papel que juegan las prácticas artísticas y culturales críticas, entre otras posibles formas de intervención política, en el espacio público.[30] De acuerdo con su perspectiva, la relación entre el arte y la política no debe entenderse en términos de dos campos constituidos por separado:

> Existe una dimensión estética en lo político, así como también existe una dimensión política en el arte. Las prácticas artísticas cumplen una función en la constitución y mantenimiento de un orden simbólico dado, o en su desafío, y es por esto que tienen necesariamente una dimensión política. Lo político, por su parte, tiene que ver con el ordenamiento simbólico de las relaciones sociales, y es ahí donde reside su dimensión estética. (Mouffe, 2014: p. 98).

De modo que, aun cuando dichas prácticas pueden obrar en una dirección identificatoria, también podrían contribuir significativamente a los procesos de desidentificación y construcción de nuevas formas de subjetividad. Su relevancia se debe a que, al utilizar recursos que inducen

---

30 Tal como sostiene la autora, esta afirmación está lejos de suponer que toda expresión artística abone a una intervención agonal. Por el contrario, muchas veces estas expresiones están subsumidas a una dinámica mercantilizante, en continuidad con ciertas lógicas propias del mecenazgo en versiones *aggiornadas*.

respuestas emocionales, logran alcanzar al sujeto en el nivel afectivo. Esto no significa negar la existencia de una dimensión cognitiva en el arte u otras manifestaciones culturales similares, sino afirmar que a través de los afectos es posible llegar al intelecto. La transformación de las identidades políticas, como acertadamente ha indicado la autora, "nunca puede ser el resultado de un llamamiento racionalista al verdadero interés del sujeto, sino más bien de la inscripción del agente social en una serie de prácticas que movilizarán sus afectos de un modo que desarticule el marco en el cual tiene lugar el proceso de identificación dominante" (2014: p. 100). Así, lo especialmente interesante de las propuestas del arte crítico, desde la pintura, la literatura, el teatro y la música hasta el cine o el humor gráfico, es su capacidad para desencadenar, a través de la imaginación y las emociones que evocan, una reflexión que eventualmente permita a los sujetos que se perciben a sí mismos en la ecuación sacrificio-goce, o en la ecuación del empresario de sí, ver las cosas de otra manera y percibir nuevas posibilidades.

Un ejemplo paradigmático de cómo las producciones estéticas pueden cumplir una función importante en el mantenimiento del orden es la ilustración del frontispicio del *Leviatán* a la que se hizo referencia en el Capítulo 5. Entre otros, Bredekamp (2007) ha señalado como la atemorizante imagen del estado-gigante, con su báculo y su espada, completaba la idea de Hobbes de que los hombres están en constante peligro de volver al estado de naturaleza "cuando no hay poder visible que los mantenga en el temor" (Hobbes: 2003: p. 163). Frente a esta estrategia visual, el dibujo del mexicano Solís –también aludido más arriba– podría desempeñar actualmente un papel político opuesto. Para sustentar esta idea, es necesario mencionar, además del miedo, la relación que para el filósofo inglés tenía la risa con el poder. Como ha señalado Tomás Várnagy (2021), desde la perspectiva de Hobbes, la risa no sería más que la glorificación de uno mismo o, dicho de otro modo, la percepción repentina de la propia superioridad frente a la inferioridad

de los demás. En este aspecto, la ilustración de Solís resulta definitivamente anti-hobbesiana, ya que invierte la estrategia del autor del *Leviatán* poniendo de manifiesto, de manera inesperada, la superioridad numérica de los hombrecitos frente al reducido tamaño del que es ungido rey. Como resultado, esta inferioridad generaría en el espectador, por comparación consigo mismo, una desidentificación con el personaje degradado. De este modo, una escena que expone, para decirlo con La Boétie, el absurdo de que "cien, miles de hombres se dejan someter por uno solo" (2008: p. 47), podría hacer que los sujetos a quienes se dirige reflexionen críticamente sobre su propia situación.

Existen otras obras que han ofrecido nuevas variaciones sobre este tema, incorporando también recursos humorísticos. Por ejemplo, en una secuencia visual en clave paródica que circuló por las redes sociales del artista azerbaiyano Seyran Caferli,[31] se puede ver una escena similar a la dibujada por Solís, dividida en tres partes. La primera y segunda muestran el acto de coronación. Cambia el tamaño de las figuras pero en esencia es lo mismo. La novedad llega en la tercera parte, cuando tras la consagración, el rey envía un guardia para expulsar violentamente al pueblo que le había dado los atributos de mando. En este caso, a diferencia del anterior, la tesis de la superioridad no resulta adecuada ya que la figura del rey está exenta de todo elemento ridículo.

Sin embargo, lo que seguramente buscaba Caferli era generar una lectura reflexiva al revelar *las verdaderas intenciones* del tirano. Como señaló Freud en su texto sobre el humor (1979), la parodia es una forma de lo cómico que pretende degradar lo respetable o reverenciado destruyendo "la unidad entre los caracteres que nos resultan familiares en ciertas personas y sus dichos o acciones" (p. 191). De esta manera, el desenlace de la historieta produciría un efecto de "desenmascaramiento", despertando en el espectador

31 https://twitter.com/MoutonLucide/status/1515630385954279426/photo/1.

un sentimiento de hostilidad hacia los gobernantes despóticos que incluso podría habilitar la realización de acciones más concretas. Esta última interpretación se ve reforzada por otra producción del mismo artista, que puede entenderse como la continuación de la tira anterior.[32] También se divide en tres partes, la primera de las cuales muestra el regreso de los personajes que habían sido expulsados, portando palos a modo de armas. A partir de ahí se produce un nuevo giro y la burla vuelve a caer sobre el tirano, que ahora es quien tiene que huir. La secuencia continúa con el rey arrojando la corona y termina, junto con la persecución, cuando es recuperada por el pueblo.

Hay otro dibujo que fusiona ambos aspectos en una sola visión conjunta.[33] La imagen, publicada en las redes y viralizada en forma de meme,[34] no lleva firma, pero usuarios de distintas procedencias la han ido difundiendo en múltiples versiones como un gesto de resistencia y liberación simbólica ante una forma de dominación que se ha naturalizado en distintas regiones del mundo.[35]

En Argentina, es posible mencionar una serie de escritores, ilustradores, humoristas gráficos, entre otros, cuyas obras han abordado esta cuestión como una estrategia encaminada a promover una reflexión sobre las motivaciones

---

32 https://twitter.com/IrenaBuzarewicz/status/1513372606854057985/photo/1.

33 https://twitter.com/p0nja/status/1171423993196187650/photo/1.

34 En la línea propuesta por Calvo y Aruguete (2020) respecto de la construcción de comunidad en las redes, Santiago Mazzuchini (2021) ha caracterizado a los memes como aquellas “piezas de internet que se viralizan. Su condición es la propagación. Los solemos identificar como imágenes acompañadas de textos, pero en términos conceptuales cualquier cosa que se viraliza puede ser un meme. En el concepto de meme se destaca la comunidad; de cómo se comparten en una comunidad que está alojada en las redes sociales y las plataformas. Eso hace que se transformen en un distintivo de la época” (s/p.).

35 https://twitter.com/SenayaBernard/status/1490482955055243264; https://www.facebook.com/178666309407279/photos/pb.100077197094462.-2207520000./359434267997148/?type=3;https://twitter.com/JuanC_Plancarte/status/1375970718907764738/photo/1.

subjetivas de la servidumbre voluntaria. Por ejemplo, Martín Kohan exploró el tema en su novela *Ciencias morales* (2007),[36] ambientada en la última dictadura, donde se centró en la figura gris de una preceptora del Colegio Nacional de Buenos Aires que, en su afán por perfeccionar y sistematizar las formas de control y disciplinamiento, comienza a esconderse en los baños de los estudiantes para sorprender a los que fuman y llevarlos ante la autoridad. Lo que el autor ha querido resaltar en esta obra, como él mismo señaló en una entrevista, es que la preceptora adhiere pero sin ser consciente de que lo hace, ya que no se trata de un cuadro formado políticamente: "los engranajes de transmisión de una máquina represiva no generan nada, pero transmiten algo todo el tiempo. Son enlaces de transmisión, y el lector puede ver el juego de ese discurso sin que el personaje lo vea" (2007: s/p.). Esta idea es retomada en *Confesión* (2020), novela cuya última parte narra como una abuela, ya senil, le revela a su nieto detalles sobre una llamada telefónica que realizó a un coronel durante la dictadura, a quien le dio información para que pudiera ubicar a su hijo en un intento de protegerlo, y eso terminó provocando su desaparición. Sin remordimientos ni culpa, la anciana confiesa que había pensado: "mejor preso y aguantando la cárcel que con veinte balazos en el cuerpo" (2020: p. 118).

El proceso de reconfiguración de la subjetividad iniciado bajo la última dictadura ya había sido identificado en esos años por artistas como el dibujante y humorista gráfico argentino Mario Suárez (Suar), quien publicó una viñeta en la revista *Humor Registrado* mostrando una escena de *strip tease* en la que los espectadores aparecen con los ojos tapados por las típicas tiras negras que cubrían los genitales femeninos en las revistas de desnudos de la época.[37]

---

36 Diego Lerman llevó a cabo una adaptación cinematográfica de la novela de Kohan titulada *La mirada invisible* (2010).

37 Revista *Humor* (circa de 1980).

Lo interesante de esta ilustración, probablemente pensada como metáfora de la obscenidad dictatorial, es que sugiere cómo, a partir de cierto momento, la intervención directa de la censura se volvió innecesaria ya que eran los propios ciudadanos quienes preferían no ver los abusos y crímenes cometidos.

Otra viñeta de inspiración laboeciana, firmada en este caso por el dibujante y humorista Joaquín Salvador Lavado (1989), conocido bajo el seudónimo de Quino, muestra en una secuencia de seis cuadros el cambio que se produce en el interior de un personaje supuestamente de clase media que, sentado debajo de otro en una especie de podio, pasa de la irritación a la jactancia cuando aparece un tercero que se ubica más abajo que él. Publicada ya en democracia, específicamente durante el gobierno de Menem, vislumbró mejor que muchas de las teorías que circulaban en ese momento (véase Parte 1, Capítulo 2) las causas de la "anómala" preferencia por las políticas de ajuste, al ilustrar satíricamente cómo la cadena de los pequeños tiranos de la que hablaba el filósofo francés se reproducía en todos los niveles de la jerarquía social.

Aún más cercano en el tiempo, uno de los clásicos cuadritos de Daniel Paz y Rudy publicado en *Página/12* al inicio del gobierno de la Alianza Cambiemos, exponía sin ambigüedades la posición del "sujeto sacrificial" ante el goce resignado/reintegrado encarnado en quienes habían sido beneficiados por las políticas de los gobiernos kirchneristas y con Macri quedaron excluidos de la posibilidad de disfrute.[38]

Un aspecto a destacar en este tipo de piezas en particular, donde se articulan lo artístico y lo humorístico, es la amplia circulación que han tenido en los últimos tiempos, especialmente a partir del desarrollo y expansión de las redes sociales en Internet. Según Damián Fraticelli (2021), actualmente se asiste a la mayor producción risible

38 *Página 12,* 29 de marzo de 2016.

mediática de la historia: "es habitual recibir cotidianamente videos cómicos de amateurs y profesionales por Tik Tok, Instagram o YouTube, leer comentarios irónicos de políticos y periodistas en Twitter, y ser testigos de burlas que se propagan por portales de noticias hasta llegar a los medios masivos" (p. 152). Buena muestra de ello son las viñetas satírico-políticas relacionadas con diversos temas de actualidad que el grupo de dibujantes y artistas que integran el colectivo "Alegría" suben a diario a *Facebook*, *Twitter* e *Instagram*. En relación con la temática que se está tratando, resulta relevante mencionar algunas de las que fueron publicadas y circularon durante el mandato de Macri, particularmente aquellas que buscaban subvertir el marco dentro del cual se estructuró la fantasía del "sacrificio compartido".

Por ejemplo, en una recreación de la tira Mafalda, de Quino, se parodiaron las expresiones de quienes, aún perjudicados por las políticas de ajuste, se mostraban a favor del gobierno. En la viñeta aparece la figura del papá con una vela en la mano diciendo: "Me quedé sin trabajo. Siguen los cortes de luz. Igual volveré a votar a Macri". El remate llega cuando el personaje de Libertad le espeta a Mafalda: "¡Tu papá es flor de papafrita!".[39]

En la misma línea, otras viñetas también apuntaron a confrontar a adherentes y simpatizantes del gobierno con su más íntima relación con el goce. En una de ellas se observa a un hombre arrodillado con la cabeza dentro de una gran prensa. Un río de sangre corre por el costado y tiñe de rojo el piso. Junto a él, un verdugo aprieta con fuerza la manivela mientras dice: "Es un poco de ajuste… ¡Pero están presos Boudou y De Vido!".[40] [41]

Como en el cuadro de Daniel Paz y Rudy, pero usando la ironía de una manera más mordaz, se trataba de mostrar

39 https://www.facebook.com/alegriapolitica.

40 Respectivamente Vicepresidente y Ministro de Obras y Servicios Públicos del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner (2011-2015).

41 https://www.facebook.com/alegriapolitica.

cómo los partidarios de seguir al pie de la letra la política neoliberal del macrismo estaban dispuestos incluso a sufrir siempre y cuando los "otros" (los que habían sido favorecidos por *las políticas de expansión del consumo* y justicia social del kirchnerismo) no pudiesen gozar de unos días de vacaciones o comprar un coche como antes.

Pero quizás la viñeta que mejor captó el carácter activo de lo que aquí se llama el "sujeto sacrificial" sea la que, bajo el título "Voto castigo", muestra descarnadamente a una pareja ataviada con atuendos sadomasoquistas. En contraposición al papel de la víctima pasiva que sólo sufre y padece, el personaje de la mujer exclama: "¡Votamos otra vez al Pro! ¿Qué alegría Claudio! No veo la hora de que se nos aplique otro tarifazo y nos echen del trabajo". En tanto, su partenaire le responde: "Y con suerte secuestran y torturan al nene que salió medio hippie".[42]

La estrategia de subversión de la identificación de los sectores que mantuvieron la voluntad de seguir apoyando al gobierno a pesar del daño que les habían causado las políticas implementadas se observa también en una intervención sobre el afiche utilizado por la Alianza Cambiemos para los comicios legislativos de 2017. Mediante la modificación del emoji de un bíceps flexionado (adquirido en Twitter exclusivamente para la campaña electoral) y el reemplazo del eslogan "#YoVotoCambiemos" por "#YoVotoEnMiContra", se buscó satirizar el discurso de sacrificio promovido por el gobierno, desvirtuándolo y transformándolo en un meme que en su condición de imagen pobre (Steyerl, 2014) rápidamente se volvió viral.[43]

Como este, circularon una gran cantidad de memes y GIFs críticos durante la época del gobierno de Macri, algunos de los cuales también aludían, de una u otra forma, al tema de la servidumbre voluntaria. Un aspecto destacable de esta clase de recursos visuales y expresivos es que,

---

42 https://www.facebook.com/alegriapolitica.
43 https://www.facebook.com/alegriapolitica.

aunque suelen presentar procedimientos propios del mundo del arte, no son dominio exclusivo de profesionales. Hoy en día, como señala Fraticelli (2021), usando programas simples, "cualquiera puede hacer un meme a la manera de un collage fotográfico dadaísta" (p. 158). Así, por ejemplo, a partir de una ilustración realizada por Marguerite Calvet-Rogniat para un libro de fábulas de Jean de La Fontaine, un usuario amateur estampó una inscripción en la que se lee: "Erase una vez una cigarra que enojada con la hormiga votó al insecticida", convirtiéndola en un meme que circuló con mucha fuerza antes de las elecciones presidenciales del 2019.

En la misma línea, un GIF que circuló en ese momento con el título "▯▯Muere, maldito acantilado KK!!" mostraba, en una corta secuencia de imágenes en movimiento, a una persona saltando en un saliente de nieve sobre la cima de un acantilado, hasta producir un desprendimiento que le hizo caer unos metros al suelo.[44]

Hay que tener en cuenta que, como ha señalado Cristián Palacios (2021), una de las precondiciones de este tipo de piezas, que utilizan el humor como estrategia encaminada a desarticular el marco en el cual tiene lugar el proceso de identificación dominante, "es la inclusión del receptor en una comunidad conformada por aquellos capaces de reír de aquello que se dice (o se actúa, o se dibuja)" (p. 62). En pleno acuerdo con el autor, "entender" el chiste supone una operación tanto intelectual como afectiva y configura también, por extensión, el conjunto de los que se quedan fuera. En el caso del material analizado en este apartado, como en cualquier otra producción estética-crítica similar, es muy probable que tuviera impactos afectivos y reflexivos diferentes si se difundía en una comunidad afín al gobierno o en una opositora. En cualquier caso, incluso entre los que en principio habrían quedado excluidos, cabe pensar en la posibilidad de que se generara algún tipo de reacción emocional

44 Recuperado de la red social Facebook, circa 2019.

que pudiera haber desembocado en un intercambio agonístico, como evidencian muchos de los comentarios que regularmente dejaron los usuarios de ambas comunidades en las publicaciones.

Por otra parte, es evidente que en las redes sociales no sólo se difunden producciones que utilizan recursos humorísticos con fines críticos, sino también otras que, a través de lo cómico, refuerzan estigmas y prejuicios y, por ende, el orden social establecido. En todo caso, coincidiendo con el planteamiento de Mouffe, se trata de concebir las manifestaciones de resistencia artístico-cultural como intervenciones agonísticas, en la medida en que desafían el sentido común dominante y pretenden desencadenar reflexiones que susciten el descontento con el estado actual de las cosas. Esto no significa un intento de adjudicar a estas intervenciones una condición completamente disruptiva, sino reconocer que su capacidad política responde al entramado de relaciones en las cuales aparecen y circulan. En síntesis, se trata de entender estas manifestaciones como capaces de contribuir en la difícil tarea de aquellos sujetos que afrontan el desafío de construcción del ser-en-común.

Conclusiones

El presente trabajo comenzó con una referencia a una parte del ensayo documental *Adiós a la memoria,* en la que Prividera se hace eco del interrogante planteado por La Boétie en el Siglo XVI acerca de las causas por las que los hombres soportan la explotación, la humillación, la esclavitud, hasta el punto de desearlas no sólo para los demás, sino también para ellos mismos. La pregunta pretendía llamar la atención sobre la complicidad más o menos encubierta de cierta parte de la sociedad argentina con lo ocurrido en el país durante la última dictadura cívico-militar. Pero también, sobre la "ceguera voluntaria" de quienes, hacia el final del mandato de Macri, expresaban públicamente su adhesión al gobierno, en un contexto de profundas desigualdades y exclusión económica.

Las imágenes de personas durmiendo a la intemperie mientras miles marchaban en apoyo al gobierno saliente, suscitaron a la vez otra pregunta, a medias explicitada en el film: ¿qué sucedió para que el proceso de democratización iniciado en 1983, en lugar fortalecer la figura del ciudadano como un sujeto público y activo capaz de encaminar sus acciones hacia la constitución del ser-en-común, haya desembocado, casi cuarenta años después, en la conformación de una sociedad donde –en palabras del realizador– predomina el individualismo, la creencia en la salvación del más fuerte y la admiración sin reserva por los ladrones de guante blanco? O dicho de otro modo, ¿por qué la democracia no logró generar un rechazo absoluto a cualquier compromiso con formas de poder y dominación que impliquen sufrimiento para una parte de la sociedad?

Estos interrogantes llevaron a centrar la atención en los procesos de reconfiguración de las subjetividades acaecidos a lo largo de las últimas décadas en la escena nacional, en el

marco de diseminación de la gubernamentalidad neoliberal a nivel global. Desde una mirada que asume la génesis de dicha reconfiguración en un largo derrotero iniciado con la llegada de la dictadura cívico-militar, se indagó en ciertos rasgos que adquirió la relación entre subjetividad y neoliberalismo a partir de la década del noventa y luego, en el escenario de repolitización abierto a nivel nacional y regional tras la crisis de 2001-2002. En particular, el análisis se orientó a dar cuenta de una forma de subjetividad regida por una lógica de sumisión a los imperativos del neoliberalismo que se manifestó –luego de los años de repolitización de la llamada "primavera democrática" que había expresado el rechazo a la dictadura militar que recién había terminado y la identificación con una nueva actitud política– en la disposición de una parte de la ciudadanía no sólo a tolerar sino también a apoyar de manera más o menos explícita determinadas medidas que amenazaban el bienestar integral de la sociedad, aun al precio de pagar un costo propio. Medidas como, por ejemplo, el programa de ajuste y las reformas pro-mercado iniciadas bajo el mandato de Menem, el paro patronal agrario de 2008 durante el kirchnerismo, o las políticas de austeridad y recortes propuestas por el gobierno de Macri.

Según se argumentó en la primera parte, a pesar de las expectativas de académicos e intelectuales que participaron activamente en los debates al inicio de la transición, la primacía asignada al aspecto procedimental de la democracia sobre el aspecto sustantivo, el énfasis en la racionalidad política y la búsqueda de consensos, la recuperación de la noción de "pacto" como regulador de las "pasiones políticas", entre otros factores, no lograron favorecer el reforzamiento de los lazos comunes y alentar la participación de sociedad civil, como se esperaba, sino que abonaron a la despolitización de la vida social y a la emergencia de las nuevas formas de servidumbre voluntaria que sobrevendrían en los años siguientes. El proceso de desarticulación entre lo político y lo público ocurrido durante la década

de los noventa, ha sido otro elemento importante a la hora de esclarecer la profundización de la tendencia ciudadana a caer en la apatía y la indiferencia hacia la política, así como la presencia de ciertas adhesiones tácitas, y eventualmente más explícitas, a las reformas neoliberales que se iban llevando a cabo. En ese respaldo es posible encontrar huellas impregnadas también de otras tradiciones previas, antiplebeyas, pero que, a su vez, permiten tender conexiones entre las últimas décadas del siglo XX y otras escenas posteriores que pueden caracterizarse como un proceso de reactivación de la política en un sentido complejo, heterogéneo, muchas veces reñido con una actividad emancipatoria. Como se vio en la segunda parte, en esta línea se interpretó la emergencia del sujeto *neopolítico* en el marco del conflicto agropecuario de 2008. Cabe recordar que el neologismo alude tanto a la novedad que supuso la incorporación de una parte de los sectores medios urbanos (que hasta entonces había mostrado indiferencia hacia la política) a la esfera pública y su implicación en discusiones y controversias de carácter político, como a la persistencia, en la subjetividad de esos mismos sujetos, de disposiciones afectivas provenientes de una configuración de larga data –cristalizadas en una identidad de clase media con un fuerte componente antiperonista– sobre las cuales operaron modos de identificación y participación ciudadana configurados por la gubernamentalidad neoliberal durante la década de 1990. Ambos componentes –el antiperonista y el neoliberal– confluyeron en un denominador común que configuró la subjetividad de una parte de la clase media porteña, para la cual la fantasía de una "vida buena" se proyectaba como un horizonte futuro de plenitud o autorrealización, en el que se recuperaría el orden amenazado y mejorarían las condiciones de vida y el bienestar personal de quienes se involucraron en la defensa de las libertades individuales y de mercado y en el rechazo a la acción del Estado en la regulación de la vida social.

Si bien el modo de operar de la subjetividad *neopolítica* se ha reconocido privilegiadamente en un sector de la

clase media, la continuidad y diseminación de dicha operatoria condujo a reinterrogarse acerca de sus alcances. En este sentido, en la tercera parte del trabajo la preocupación se dirigió a identificar algunos de los rasgos que adquirió la referida mutación subjetiva en la escena política posterior. Esto permitió establecer ciertas similitudes y también algunas diferencias entre la subjetividad que dio origen a la intervención de los sectores medios que adhirieron a las demandas de la dirigencia rural en 2008 y la que se expresó en el apoyo de una parte de la ciudadanía a las medidas de austeridad y otras políticas de corte neoliberal implementadas entre 2015 y 2019. Por un lado, como había ocurrido durante el conflicto agropecuario, reaparecieron, exacerbadas, algunas de las disposiciones afectivas ligadas a la identificación antiperonista y la racionalidad neoliberal. Enlazados a la efervescencia de los discursos del odio y la legitimación de la desigualdad promovidos desde ámbitos gubernamentales y (re)producidos en los medios y redes sociales, los testimonios recogidos dieron cuenta de una construcción de sentido que remitía a la visión nostálgica de un pasado idealizado que habría sido corrompido por el populismo, la disposición a realizar un sacrificio para evitar su retorno al poder y un profundo odio a la forma en que los sectores asociados al kirchnerismo/peronismo organizaban su goce. Por otro lado, la exacerbación de dichos rasgos se presentó desplazada, desdibujando la voluntad de participación política que había caracterizado la escena del 2008 y revelando el abandono del discurso de la "vida buena" y su sustitución por un discurso sacrificial (desprovisto de un horizonte temporal en el que el sacrificio presente se traduciría en una mejora de las condiciones de vida) mediante el cual se aceptaba la frustración del propio disfrute a condición de impedir el de los demás.

Si bien es innegable que la democratización de la vida ciudadana ha recorrido un largo camino de avances y retrocesos desde la recuperación del Estado de derecho en 1983, la continuidad –y profundización en las últimas décadas–

de la producción de una forma de subjetividad social que encuentra satisfacción o goce en el sometimiento no sólo ajeno sino también propio, llevó finalmente a la pregunta de si acaso la configuración de la subjetividad *neosacrificial* no constituye una última fase de la mutación de un sujeto que ha quedado definitivamente atrapado en la red de dispositivos y efectos de poder que se tejen desde y alrededor de él para asegurar su obediencia y sumisión. Sin embargo, lejos de cualquier visión fatalista, se argumentó, recurriendo al andamiaje conceptual del psicoanálisis, que existen ciertos elementos en la propia constitución estructural de la subjetividad que ningún orden político-histórico puede integrar, al menos en forma total y definitiva. Desde esta perspectiva, se sustenta la idea de que el sujeto puede llegar a desvincularse del discurso que lo ha constituido como tal y, de ese modo, subvertir las identificaciones que lo dominan y fijan a los dispositivos de goce. El trabajo realizado a partir del corpus integrado por las piezas de carácter artístico-cultural tuvo como propósito identificar algunas intervenciones encaminadas a propiciar las condiciones que permitirían una eventual desestabilización de las identificaciones *neosacrificiales*. En definitiva, una excusa para seguir pensando en las posibilidades de una política democrática.

De este modo, el presente estudio ha pretendido ampliar los márgenes por los que discurre la reflexión de Prividera, aportando nuevos elementos de juicio a la hora de retomar algunas de los interrogantes que plantea el film. Aunque abarca el período que va desde la última dictadura hasta el momento en que finaliza el rodaje, poco tiempo después de que Macri perdiera las elecciones primarias (PASO) en agosto de 2019, hacia el final de la película también se deslizan ciertas consideraciones con respecto al futuro. “El neoliberalismo parece batirse en retirada, una vez más”, anticipa Prividera, pero la visión que ofrece no es muy prometedora. A medida que se suceden imágenes de las últimas manifestaciones de apoyo al gobierno, dice no poder dejar de recordar la advertencia final del libro de Albert Camus que

le regaló su padre cuando terminaba la dictadura: "El bacilo de la peste no muere. Puede permanecer dormido durante décadas aguardando pacientemente en los sótanos cajones y papeles. Hasta que un día, para desgracia y enseñanza de los hombres, la peste despierte otra vez a sus ratas y las envíe a morir a una ciudad dichosa".[1] Sin embargo, en los últimos fotogramas Prividera parece conjugar el pesimismo de la inteligencia con el optimismo de la voluntad. Entre referencias a Antonio Gramsci y Walter Benjamin destaca la necesidad de aferrarse a una melancolía de izquierda como estrategia de resistencia, como indicio de que todavía hay "esperanza de una redención futura".

En las elecciones generales de 2019, la fórmula peronista Alberto Fernández-Cristina Kirchner se impuso en primera vuelta al obtener más del 48 por ciento de los votos, derrotando a Macri, que sumó el 40 por ciento. Entre las razones de la pérdida de votos de la Alianza Cambiemos respecto a las elecciones de 2015 y 2017, es muy probable que esté el descontento de ex adherentes que decidieron retirar su apoyo lamentando la pérdida de empleos, el alza de tarifas y la inflación. Así lo sugieren una serie de testimonios de ciudadanos arrepentidos de haber votado por Macri, que ganaron visibilidad en medios y redes en distintos momentos de su gobierno.[2]

En todo caso, queda pendiente para una futura investigación la cuestión de si el declive del voto cambiemita también pueda interpretarse, en la línea de las intervenciones artísticas mencionadas párrafos más arriba, como consecuencia de lógicas tendientes a movilizar los afectos

---

1 Fragmento de *La peste* de Albert Camus, citado por Nicolás Prividera en *Adiós a la memoria* (2020).

2 Entre otros, algunos testimonios extraídos de los medios fueron: "Apoyé y voté a este gobierno, ¡pero estoy tan arrepentida! Ningún gobierno, ni Cristina nos tocó la jubilación. ¡Ni Cristina! Nadie, nadie…", "Lo hemos votado para estar mejor, ¡estamos peor que antes!", "Aposté al cambio, aposté… tuve fe en el cambio. Estoy, te juro, decepcionada, desilusionada, yo no sé… Qué quiere este muchacho de nosotros no lo sé, honestamente". Recuperado de https://pprdigital.com.ar/nota/4779/el-club-de-los-arrepentidos.

en una dirección de desarticulación del marco en el que se estructuró la fantasía del "sacrificio compartido", contribuyendo a la desnaturalización o desidentificación con lugar de servidumbre ocupado por el sujeto *neosacrificial*.

Lo cierto es que en los años posteriores al gobierno de Macri, el ferviente rechazo a toda forma de planificación e intervención estatal en la vida social, la disposición al sacrificio y las conductas o actitudes de odio hacia el otro, no parecen haber disminuido en absoluto en un sector importante de la sociedad. Algunos ejemplos, al menos de manera indicativa, permiten dar cuenta de la permanencia e incluso de la agudización de uno u otro de estos rasgos en el escenario político reciente. Uno de ellos son las protestas que se produjeron en 2020 en distintos puntos del país tras el anuncio de intervención del Gobierno nacional a la cerealera Vicentin y el envío de un proyecto de ley para su expropiación. Aunque el objetivo, según se remarcó, era rescatar a la empresa agroexportadora –que tenía pasivos por más de 1300 millones de dólares– de su debacle financiera y preservar las fuentes de empleo, sectores de la oposición política y empresarial consideraron que era parte de una estrategia para comenzar a acercarse a las políticas llevadas a cabo por el chavismo en Venezuela. En un escenario de confrontación con algunas características similares al de doce años atrás, cuando la expresidenta Fernández de Kirchner impulsó la Resolución 125 sobre retenciones móviles, miles de manifestantes se movilizaron reiteradamente agitando consignas contra la expropiación de la cerealera y en defensa de la libertad y la propiedad privada hasta que, finalmente, tras un revés judicial, el Gobierno decidió derogar el decreto que había establecido la intervención.

Otro ejemplo son las protestas de 2020 y 2021 contra del confinamiento por la pandemia de COVID-19. Repitiendo un fenómeno que venía ocurriendo en distintas ciudades del mundo, en varios puntos de Argentina se realizaron marchas y concentraciones convocadas en las redes

sociales, en las que grupos heterogéneos de manifestantes coincidieron en expresiones de disconformidad con las medidas de control sanitario ordenadas por el gobierno y desacreditando las consecuencias de los contagios y muertes registradas a causa del virus. Al mismo tiempo, las movilizaciones recogieron una amplia variedad de demandas que iban desde pedidos de "libertad" y denuncias de una "falsa epidemia" hasta el rechazo al aborto legal y la reforma judicial anunciada por el gobierno, además de exponer diferentes expresiones de odio, que en ocasiones derivaron en insultos y golpes a periodistas sindicados como "progubernamentales".

Finalmente, a los ejemplos mencionados se pueden sumar las agresiones a funcionarios y dirigentes peronistas por parte de pequeños grupos dedicados a los escraches, así como las violentas protestas con horcas, bolsas mortuorias, guillotinas y antorchas en la Plaza de Mayo y otros sitios, sucesos que, en un contexto de ostensible incremento de los discursos de odio en medios y redes, acabarían desembocando en el intento de magnicidio contra la vicepresidenta de la Nación en septiembre de 2022. Este último episodio, gravísimo y excepcional en el ciclo democrático iniciado en 1983, instauró el debate sobre la necesidad de condenar tales discursos y bregar por un nuevo pacto democrático que excluya toda forma de violencia como medio para resolver los conflictos. Partiendo de la idea compartida por muchos intelectuales y políticos de que el atentado fue el punto máximo de un proceso al que se llegó tras mucho tiempo de aceptación y conformismo en torno a los discursos del odio, la discusión ha girado en torno a si se requiere una intervención normativa o si la solución más bien debería pasar por una respuesta cultural y política. En ese marco, desde el INADI se impulsó la creación de un proyecto de ley contra los mensajes de odio en el ámbito público y se presentaron en el Congreso dos iniciativas que promovían modificaciones al Código Penal, en un caso para incorporar la figura de "asesinatos y delitos por motivos de odio"

y en el otro para sancionar aquellos actos de "promoción, difusión o difusión, a través de medios digitales, soporte papel o en discursos públicos" de mensajes que inciten al "odio contra un grupo".[3] Al mismo tiempo, distintas voces han puesto en duda la efectividad de regulaciones como las propuestas. Entre otros, Ezequiel Ipar (2022) señaló al respecto que si bien hay momentos en que se cree que la única estrategia es prohibir, censurar y restringir la expresión, en realidad se trata de un recurso que sólo sirve para pensar en un límite y, en ese sentido, es tal vez la herramienta menos interesante para combatir los discursos de odio. En el mismo sentido, Damián Loreti (2022) ha sostenido que el problema no se soluciona modificando el Código Penal. A su juicio, ejemplos como el de Europa, donde hay medidas muy restrictivas que, sin embargo, no impiden la circulación de expresiones basadas en la ideología nazi, ayudan a entender que "hay cosas que se resuelven con la política, no con la existencia de una ley que lo impida".[4]

En este punto, sin pretender agotar o ampliar un debate que rebasaría los límites de esta investigación, se propone a modo de cierre un breve punteo que incluye algunas de las formulaciones desarrolladas en las páginas precedentes a fin de que puedan ser tenidas en cuenta ante los desafíos que significa la construcción de un nuevo pacto democrático en el contexto actual, donde la lógica neoliberal organiza la producción de subjetividad.

En primer lugar, es importante volver a subrayar que los límites que encontró el modelo de la transición democrática, no sólo para incidir de manera significativa en el proceso de reconfiguración subjetiva iniciado con la última dictadura, sino también para dar cuenta de la formación de una ciudadanía caracterizada en buena medida por la

---

3 Los proyectos de ley fueron impulsados por el diputado Ramiro Gutiérrez y la diputada Marisa Uceda respectivamente, ambos del Frente de Todos.

4 https://www.tvpublica.com.ar/post/que-hacemos-con-los-discursos-de-odio.

apatía, la desafección política y volcada hacia los intereses meramente individuales, tiene que ver con una adscripción a formas de pensar la política que promovían la búsqueda de consensos racionalmente establecidos y que coincidían en ubicar a los afectos como aquello de lo que la política debía distanciarse, postulando la equivalencia entre afectividad e irracionalidad. Así, frente al "enigma" que supuso la falta de objeciones a las políticas de ajuste estructural implementadas en la década del noventa, las teorías para tratar de explicar las causas del fenómeno se buscaron casi exclusivamente en el campo de la racionalidad.

Por otra parte, vale la pena señalar nuevamente que las dificultades encontradas por la mayoría de las investigaciones que estudiaron el conflicto agropecuario al tratar de responder la pregunta clave de por qué una parte importante de la clase media porteña se involucró y participó en actos y manifestaciones en apoyo a los productores rurales, radica en el hecho de que se centraron fundamentalmente en los aspectos racionales. Es muy probable que las formas que adoptó el conflicto del agro respondan en mayor o menor medida a la deliberación sobre el papel del campo y de la industria, la pérdida de confianza en el sistema político o la voluntad de participación en los asuntos públicos; el punto en cuestión es que voluntades, deliberaciones y racionalidad parecen no ser los únicos elementos que intervienen en la constitución de las identidades colectivas. Desde la perspectiva en la que se inscribe esta investigación, también es posible dar cuenta de la existencia de otros elementos, menos explorados, que merecen ser analizados y que resultan centrales para abordar el análisis de las formas colectivas de identificación. En este sentido, se prestó especial atención a la dimensión afectiva de aquellos sujetos (hasta poco tiempo atrás autoexcluidos de la esfera pública y sin intereses comunes con las corporaciones agropecuarias) que adhirieron a la protesta, a fin de echar luz sobre las disposiciones que permitieron la irrupción de su deseo de participación en discusiones cotidianas o en marchas, actos

y cacerolazos, así como las que movilizaron su deseo de identificación con los reclamos de "el campo".

Por último, hacer hincapié en la necesidad de atender a las emociones y los afectos a la hora precisar los factores que intervienen en la producción de aquellos fenómenos políticos que resultarían enigmáticos desde una perspectiva que sólo se centrara en la voluntad y la razón de los sujetos, como es el caso del sacrificio voluntario de quienes decidieron mantener su apoyo a las medidas de ajuste y suba de tarifas implementadas durante el gobierno de la Alianza Cambiemos a pesar de que les traerían menores grados de bienestar. Entre otras cuestiones, este estudio permitió detectar una serie de elementos del orden de lo subjetivo no necesariamente regidos por la voluntad (identificaciones con un ideal segregativo, síntomas de gozar la insatisfacción, odio al modo particular que el otro tiene de gozar, etc.), lo que contribuyó a arrojar luz sobre el proceso de exacerbación y transfiguración de los rasgos característicos de la subjetividad *neopolítica* que llevaron a la emergencia de lo que aquí se denomina el sujeto *neosacrificial*.

En suma, recordar una vez más que, cualquiera sea el rumbo que tome la historia, es ineludible considerar el papel decisivo que juega la dimensión afectiva a la hora de buscar una explicación de los procesos tendientes a la continuidad o profundización de la racionalidad neoliberal; pero también al considerar las estrategias que permitan incidir, en un sentido contrario a esa lógica, en la reconfiguración que el neoliberalismo ha producido y sigue produciendo en las subjetividades.

Bibliografía

Abensour, M. (2006). "Du bon usage de l'hypothèse de la servitude volontaire?", en *Réfractions* n° 17, pp. 65-84.

Abensour, M. y Gauchet, M (2008). "Las lecciones de la servidumbre y su destino", en La Boétie, E. *El discurso de la servidumbre voluntaria,* Buenos Aires: Terramar.

Acuña, C. y Smith W. (1996). "La economía política de ajuste estructural: la lógica de apoyo y oposición a las reformas neoliberales", en *Desarrollo Económico,* 36 (141): pp.355-389.

Aboy Carlés, G. (2001). *Las Dos Fronteras de la Democracia Argentina Rosario,* Buenos Aires: Homo Sapiens.

Adamovsky, E. (2010). "La clase media quiere su 17 de octubre", en *Revista Ñ,* 13 de mayo de 2010.

Adamovsky, E. (2016). *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003,* Buenos Aires: Planeta.

Adorno, T. (1973). *La disputa del positivismo en la sociología alemana,* Barcelona: Grijalbo.

Agamben, G. (2011). "¿Qué es un dispositivo?", en *Sociológica,* año 26, número 73, pp. 249-264.

Ahmed, S. (2019). *La Promesa De La Felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría,* Buenos Aires: Caja Negra.

Alemán, J. (2012). *Soledad: Común,* Buenos Aires: Capital Intelectual.

Alemán, J. (2014). *En la frontera. Sujeto y capitalismo,* Buenos Aires: Gedisa.

Alemán, J. (2016). *Horizontes neoliberales de la subjetividad,* Buenos Aires: Grama.

Alemán, J. (2017). "La supuesta inteligencia del macrismo: Neoliberalismo", en *Derecho a réplica. Espacio crítico sobre control social, sociedad y conflictos globales*. Recupera-

do de http://derechoareplica.org/index.php/filosofia/1114-la-supuesta-inteligencia-del-macrismo-neoliberalismo.

Alemán, J. (2018). *Capitalismo. Crimen perfecto o emancipación,* Barcelona: NED.

Alemán, J. y E. Laclau (2011). "Psicoanálisis, retórica y política". Recuperado de http://www.eol.org.ar/publicaciones/on_line/etextos/Ernesto-Laclau-Jorge-Aleman-en-la-Biblioteca-Nacional.pdf.

Almarza Rísquez, F. (2006). "Convergencia transdisciplinar: una nueva lógica de la Realidad", en *Revista Tharsis* del Programa de Cooperación Interfacultades de la UCV, Caracas.

Althusser, L. (1966). *Escritos sobre Psicoanálisis. Freud y Lacan,* México: Siglo XXI.

Althusser, L. (1967). *La revolución teórica en Marx,* Buenos Aires: Siglo XXI.

Althusser, L. (1970). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado,* Buenos Aires: Nueva Visión.

Althusser, L. (1977). *Posiciones,* México: Grijalbo.

Angenot, M. (1989). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible,* Buenos Aires: Siglo XXI.

Arendt, H. (1995). *Qué es la política,* Barcelona: Paidós.

Arendt, H. (1998a). *De la historia a la acción,* Barcelona: Paidós.

Arendt, H. (1998b). *Los orígenes del totalitarismo,* Madrid: Taurus.

Arendt, H. (2003). *Conferencias sobre la filosofía política de Kant,* Buenos Aires: Paidós.

Arendt, H. (2009). *La condición humana,* Buenos Aires: Paidós.

Armijo, L. y Faucher, P. (2002). "We have a consensus: Explaining political support for market reform in Latin American", en *Latin American Politics and Society,* Vol. 44, No. 2, pp. 1-40. Recuperado de http://www.jstor.org/stable/3177093.

Aruguete, N. y Calvo, E. (2018a). "Tarifazo a fuego lento", en *ADN Río Negro*. Recuperado de https://www.adnrionegro.com.ar/2018/04/tarifazo-a-fuego- lento/.

Aruguete, N. y Calvo, E. (2018b). "Time to #Protest: Selective Exposure, Cascading Activation, and Framing in Social Media", en *Journal of Communication,* 68(3), pp. 1-23.

Aruguete, N. y Calvo, E. (2020). *Fake news, trolls y otros encantos. Cómo funcionan (para bien y para mal) las redes sociales,* Buenos Aires: Siglo XXI.

Austin, J. (1982). *Cómo hacer cosas con palabras,* Barcelona: Paidós.

Auyero, J. (1997). *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo,* Buenos Aires: Losada.

Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo,* Buenos Aires: Manantial.

Azpiazu, D. (2001). "Las privatizaciones en la Argentina. ¿Precariedad regulatoria o regulación funcional a los privilegios empresarios?", en *Ciclos,* Año XI, Vol. XI, N° 21.

Badiou, A. (1985). *¿Se puede pensar la política?,* Buenos Aires: Nueva Visión.

Baldoni, M. (2008). "Intelectuales, sociología y democracia. La perspectiva democrática de Juan Carlos Portantiero y Emilio De Ípola durante los años ochenta". V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Balibar, E. (1991). "¿Existe un neorracismo?", en Balibar, E. y Wallerstein, I., *Raza, Nación y Clase,* Madrid: Iepala.

Balibar, E. (2013). *Ciudadanía,* Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Balibar, E. (2017). *La igualibertad,* Barcelona: Herder.

Barbetta, P. y Bidaseca, K. (2004). "Reflexiones sobre el 19 y 20 de diciembre de 2001 'Piquete y cacerola, la lucha es una sola': ¿emergencia discursiva o nueva subjetividad?", en *Revista Argentina de Sociología,* Vol. 2, N° 2. Buenos Aires, pp. 67-88.

Barros, S. (2002). *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991,* Córdoba: Alción Editora.

Basualdo, E. M. (2000). "Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década de los noventa. Una aproximación a través de la reestructuración económica y el comportamiento de los grupos económicos y los capitales extranjeros", en *Colección Economía Política Argentina,* Buenos Aires: FLACSO/Universidad Nacional de Quilmes/IDEP.

Beiner, R. (2003). "Hannah Arendt y la facultad de juzgar", en Arendt, H., *Conferencias sobre la filosofía política de Kant,* Buenos Aires: Paidós.

Berardi, F. (2007). *Generación Postalfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo,* Buenos Aires: Tinta Limón.

Biglieri, P. y Perelló, G. (2018). "Populismo y retorno neoliberal. Algunas reflexiones

tardías sobre el kirchnerismo y tempranas sobre el macrismo", en *Ecuador Debate* N° 104, Quito, pp. 67-81.

Bonetto, M. S., Martínez, F. y Piñero, M. T. (2001). "La construcción de lo político en períodos pre-electorales: los discursos de Menem y Angeloz", en *Anuario* N° 2, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

Borrelli, M. (2008). "'Una batalla ganada': el diario Clarín frente a la compra de Papel Prensa por parte de los diarios La Nación, Clarín y La Razón (1976-1978)", en *Papeles de trabajo*, año 2, nº 4, Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín.

Botticelli, S. (2016). "La gubernamentalidad del estado en Foucault: Un problema moderno", en *Praxis Filosófica* Nueva serie, No. 42, pp. 83-106.

Botticelli, S. (2021). "Elucidar el triunfo de Cambiemos sin cuestionar la democracia. Nuevos desafíos para la intelectualidad crítica argentina", en *Question/Cuestión*, Nro.69, Vol.3, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.

Braunstein, N. (2006). *El goce. Un concepto lacaniano,* México: Siglo XXI.

Bredekamp, H. (2004). "Acto de imagen como testimonio y juicio", en Flacke, M. (Ed.), Mythen der Nationen. 1945.- Arena der Erinnerungen, volumen I, Berlín, Deutsches Historisches Museum, pp.29-66. (trad. Felisa Santos).

Bredekamp, H. (2007). "Las estrategias visuales de Thomas Hobbes", en Springborg, P. (ed.), *The Cambridge companion to HOBBES'S LEVIATHAN,* Cambridge, Cambridge University Press, pp. 29-60 (trad. Felisa Santos).

Brown, W. (2017). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo,* Barcelona: Malpaso.

Busso, M. y Pérez, P. E. (Coords.). (2021). *El trabajo degradado: Heterogeneidad ocupacional, precarización y nuevas inserciones laborales durante el gobierno de Cambiemos*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Estudios/Investigaciones; 76). Recuperado de https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/179.

Calcagno, A. (2015). "La situación económica de la Argentina", en *Economía UNAM,* Volumen 12, número 36, pp. 16-33.

Caletti, S. (2001). "Siete tesis sobre comunicación y política", en *Diálogos de la comunicación Nº 63.*

Caletti, S. (2003). "¿Ciudadanía global o ciudadanía precarizada?", en Reigadas, C. y C. Cullen (Comp.), *Globalización y nuevas ciudadanías,* Mar del Plata: Ediciones Suárez, pp. 85-113.

Caletti, S. (2011). "Subjetividad, política y ciencias humanas. Una aproximación", en Caletti, S. (coord.), *Sujeto, política, psicoanálisis. Discusiones althusserianas con Lacan, Laclau, Butler y Žižek,* Buenos Aires: Prometeo.

Campione, D. y Muñoz, I. (1994). *El Estado y la sociedad. De Alfonsín a Menem,* Buenos Aires: Letra Buena.

Canelo, P. (2002). *La construcción de lo posible: identidades y política durante el menemismo. Argentina, 1989-1995,* Buenos Aires: Documento de trabajo de FLACSO.

Canelo, P. (2008). *El Proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*, Buenos Aires: Prometeo.
Canelo, P. (2011). "Son palabras de Perón. Continuidades y rupturas discursivas entre peronismo y menemismo", en Pucciarelli, A. (Coord.), *Los años de Menem*, Buenos Aires: Siglo XXI.
Canelo, P. (2019). *¿Cambiamos? La batalla cultural por el sentido común de los argentinos*, Buenos Aires: Siglo XXI.
Casullo, N. (2013). *Las cuestiones*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
Castoriadis, C. (1997). *El avance de la insignificancia*, Buenos Aires: Eudeba.
Chuca, A., Rivas, J. y E. Stramucci (2009). "La disputa por lo popular: un análisis del conflicto entre el 'campo' y el gobierno nacional y sus repercusiones en la Capital Federal". Ponencia presentada en las 5 Jornadas de Jóvenes Investigadores, organizadas por el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Recuperado de http://jornadasjovenesiigg.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/107/2015/04/Chuca-Ribas-Stramucci.pdf.
Crenzel, E. (2009). "Las resignificaciones del *Nunca Más*. Releyendo la violencia política en Argentina", en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, núm. 73, pp. 105-138, Distrito Federal, México.
Deleuze, G. (1991). "Posdata sobre las sociedades de control", en *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*, Buenos Aires: Editorial Altamira.
Deleuze, G. y Guattari, F. (1973). *El Anti Edipo*, Barcelona: Paidós.
Dahl, R. (1993). *La Poliarquía. Participación y oposición*, México: Ediciones REI.
Dubet, F. (2015). *¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Duménil, G. y Lévy, D. (2010). "Una teoría marxista del neoliberalismo", en Roja, C. (Comp.), *Materiales para entender la crisis. Recopilación de textos críticos. Cuadernos teoría praxis*, pp. 55-63.

Elizalde, J. (2009). "La participación política de los intelectuales durante la transición democrática: el Grupo Esmeralda y el presidente Alfonsín", en *Temas de historia argentina y americana*, 15. Recuperado de http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/participacion-politica-intelectuales-durante-transicion.pdf.

Elster, J. (1990). *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Barcelona: Gedisa.

Entman, R. (2003). "Cascading Activation: Contesting the White House's Frame after 9/11", en *Political Communication*, 20(4), pp. 415-432.

Esposito, R. (2005). *Immunitas. Protección y negación de la vida*, Buenos Aires: Amorrortu.

Fabris, F. y S. Puccini (2010). "De la expectativa al conflicto: un análisis de la subjetividad colectiva durante 2008", en *Revista Campo Grupal* Nº 128, Buenos Aires.

Fair, H. (2008). "El rol de los componentes pasivos en la legitimación del discurso menemista", en *Revista Electrónica de Psicología Política*, N° 16. Recuperado de http://www.psicopol.unsl.edu.ar/pdf/marzo08_03.pdf.

Fair, H. (2011). "El proceso de construcción y consolidación política, discursiva y cultural de la hegemonía menemista (1989-1995). Propuesta para un análisis interdisciplinario", en *Iberofórum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, México, vol. VI, núm. 12, pp. 1-51.

Fair, H. (2012). "La construcción político-cultural de la hegemonía menemista. La doble dimensión ideológica", en *Revista de Ciencia Política*, N° 15.

Recuperado de https://www.revcienciapolitica.com.ar/num15art4.php.

Fair, H. (2021). "Fantasías, mitos y creencias ideológicas en los tiempos de Macri", en *InterSedes*, vol. XXII, núm. 45, pp. 220-262.

Fernández, M. y S. Stoessel (2012). "¿Una estrategia populista?: el discurso de los dirigentes agropecuarios durante el conflicto del campo en Argentina (Marzo-Julio de 2008)". Ponencia presentada en las VII Jornadas de Sociología, Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/30819/Documento_completo.pdf?sequence=1.

Fernbach, P. y Sloman, S. (2017). "Why We Believe Obvious Untruths", en *The New York Times*, 3 de marzo de 2017. Recuperado de www.nytimes.com.

Ferraris, M. (2019). *Posverdad y otros enigmas*, Madrid: Alianza.

Foucault, M. (1973). *El orden del discurso*, Barcelona: Tusquets.

Foucault, M. (1985). *La arqueología del saber*, México: Siglo XXI.

Foucault, M. (2006) *Seguridad, Territorio, Población*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Franco, M. (2014). "La 'teoría de los dos demonios': un símbolo de la posdictadura en la Argentina", en *A contracorriente*, Vol. 11, No. 2, pp. 22-52.

Franco, Y. (2000). "Subjetividad: lo que el mercado se llevó", en *Herramientas*, N° 12. Recuperado de https://www.magma-net.com.ar/subjetividad.htm.

Fraticelli, D. (2021). "La nueva era de la mediatización reidera", en Burkart, M., Fraticelli, D y Várnagy, T. (Coord.) *Arruinando chistes. Panorama de los estudios del humor y lo cómico*, Buenos Aires: Teseo.

Freytes Frey, C. L. (2008). "Intelectuales y comunicación política: las rearticulaciones defensivas del consenso neoliberal en el ocaso de la Convertibilidad", en Arfuch L. y Catanzaro G. (Comps.), *Pretérito imperfecto. Lecturas críticas del acontecer,* Buenos Aires: Prometeo, pp. 87-106.
Freud, S. (1976a). "El chiste y su relación con lo inconsciente", en Obras Completas, tomo VIII, Buenos Aires: Amorrortu.
Freud, S. (1976b). "El malestar en la cultura" en *Obras Completas,* tomo XXI, Buenos Aires: Amorrortu.
Freud, S. (1976c). "Psicología de las masas y análisis del yo" en *Obras Completas,* tomo XVIII, Buenos Aires: Amorrortu.
Freud, S. (1979). "Proyecto de una psicología para neurólogos", en *Obras Completas,* tomo I, Buenos Aires: Amorrortu.
Gago, V. (2014). La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular, Buenos Aires: Tinta Limón.
Gambina, J. (2001). "Estabilización y reforma estructural en la Argentina (1989/99)", en Sader, E. (Ed.), El ajuste estructural en América Latina. Costos sociales y alternativas, Buenos Aires: Clacso.
García Delgado, D. (1994). *El cambio de relaciones Estado-sociedad en el proceso de modernización en Argentina,* Instituto de investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Mecanografiado.
Gauna, J. P. y S. Rigotti (2013). "El Conflicto del Campo: un caso de antagonismo productor de identidades". Ponencia presentada en el VI Encuentro Panamericano de Comunicación, Industrias culturales, medios y públicos: de la recepción a la apropiación en los contextos socio-políticos contemporáneos. Escuela de Ciencias de la Información, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba,

Argentina. Recuperado de http://www.eci.unc.edu.ar/archivos/companam/ponencias/Comunicaci%C3%B3n,%20Pol%C3%ADtica%20y%20Derechos%20Humanos/-Unlicensed-comunicacionypolitica.GAUNA_.pdf.

Gerchunoff, P. y Torre, J.C. (1996). "La política de liberalización económica en la administración de Menem", en *Desarrollo Económico,* 36(143), pp. 733-768.

Germani, G. (1971). *Sociología de la modernización,* Buenos Aires: Paidós.

Gervasoni, C. (1999). "El impacto electoral de las reformas económicas en América Latina", en *América Latina hoy,* Vol. (22), pp. 93-110.

Giarracca, N. (2010). "El conflicto agrario 2008-2009: los debates necesarios", en Giarracca, N. y M. Teubal (Coord.), *Del paro agrario a las elecciones de 2009. Tramas, reflexiones y debates,* Buenos Aires: Antropofagia.

Ginzburg, C. (2015). "Miedo, reverencia, terror: Releer a Hobbes hoy", en *Miedo, Reverencia, Terror. Cinco Ensayos de Iconografía Política,* México: Contrahistorias.

Gómez, M. (2008). "La soja de la discordia. Los sentidos y estrategias de la movilización de la pequeño burguesía", en *Lavboratorio,* Año 10, Nº 22.

Gudynas, E. (2009). "Diez tesis urgentes sobre el Nuevo Extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual", en AA.VV., *Extractivismo, política y sociedad,* Quito: CAAP-CLAES.

Guindi, B. (2021). *Habitar Buenos Aires. El derecho de ciudad ante la actual forma política urbana*. Tesis doctoral Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Repositorio institucional de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Recuperado de http://repositorio.sociales.uba.ar/collections/show/3.

Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa, Tomo I,* Madrid: Ed. Taurus.

Habermas, J. (1999). "Tres modelos normativos de democracia", en *La inclusión del otro. Estudios de teoría política,* Buenos Aires: Paidós.

Habermas, J. (2009). "¿Tiene aún la democracia una dimensión epistémica? Investigación empírica y teoría normativa", en *¡Ay Europa! Pequeños escritos políticos XI*, Madrid: Editorial Trotta.

Harvey, D. (2008). *Breve Historia del Neoliberalismo,* Madrid: Akal.

Hall, S. (1998). "Significado, representación, ideología: Althusser y los debates postestructuralistas", en Curran, J., D. Morley y V. Walkerdine (comp.), *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo de las políticas de identidad y el posmodernismo,* Barcelona: Paidós.

Hardt, M. y Negri, A. (2005). *Imperio,* Barcelona: Paidós.

Harvey, D. (2005). *Breve historia del Neoliberalismo,* Madrid: Akal.

Hirschman, A. (1986). "Acerca de la democracia en América Latina", en *La Ciudad Futura,* Nº 1, Córdoba.

Hora, R. (2010). "Crisis del campo del otoño de 2008", en *Desarrollo Económico,* Vol. 50, Nº 197.

Iazzetta, O. (1996). *Las privatizaciones en Brasil y Argentina,* Rosario: Homo Sapiens.

Jackman, S. (1995). "Pooling the polls over an election campaign", en *Australian Journal of Political Science* 40 (4), pp. 499-517.

Jenkins, H. (2008). *Convergencia cultural. La cultura de la convergencia de los medios de comunicación,* Barcelona: Paidós.

Jozami, E. (2009). "El mismo discurso sesenta años después", en *Dilemas del antiperonismo: historia cultural y los límites del presente,* Buenos Aires: Norma.

Koselleck, R. (2012). *Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta.

Koselleck, R. (1993). *Futuro Pasado*. Buenos Aires: Paidós.

Kraft, P., Taber, Ch. y Lodge, M. (2015). "Why People 'Don't Trust the Evidence': Motivated Reasoning and

Scientific Beliefs", en *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 658(1), pp. 121-133.

La Boétie, E. (2008). *El discurso de la servidumbre voluntaria*, Buenos Aires: Terramar.

Lacan, J. (1975). "El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", en *Escritos l*, México: Siglo XXI.

Lacan, J. (1981). *Seminario* I, Buenos Aires: Paidós.

Laclau, E. (1995). *Emancipación y diferencia*, Barcelona: Ariel.

Laclau, E. (2005). *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. y Ch. Mouffe (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Landi, O. (1992). *Devórame otra vez. Qué hizo la televisión con la gente, qué hace la gente con la* televisión, Buenos Aires: Planeta.

Laval, Ch, y P. Dardot (2017). *La pesadilla que no acaba nunca*, Barcelona, Gedisa.

Lazarowski, N. (2010). *Retenciones y lucha ideológica en la Argentina post-2001*. Tesis de grado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, Buenos Aires: Amorrortu.

Lefort, C. (1990). *La invención democrática*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Lefort, C. (2008). "El nombre de Uno", en La Boétie, E., *El discurso de la servidumbre voluntaria*, Buenos Aires: Terramar.

Lesgart, C. (2000). "El tránsito teórico de la izquierda intelectual en el Cono Sur de América Latina ¿«Reforma moral e intelectual» o liberalismo político?", en *Revista internacional de filosofía política*, 16, pp. 19-41.

Lesgart, C. (2011). "Entre las experiencias y las expectativas. Producción académico-intelectual de la transición a la democracia en el Cono Sur de América Latina", en *Revista Ayer*, 81, pp. 145-169.

Lesgart, C. y G. Souroujon (2008). "Democracia, política y conflicto. Apuntes teórico- políticos sobre el cambio de clima político-cultural de la última década", en Fernández, A. y C. Lesgart (Comp.), *La democracia en América Latina. Partidos políticos y movimientos sociales*, pp. 31-62, Buenos Aires: Homo Sapiens Ediciones.

Levitsky, S. (2005). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Lutzky, D. (1988). "La subjetividad en la transición democrática argentina", en *Crítica & Utopía* N° 16.

Maccioni, I. (2015). "Lenguaje, juegos de habla y construcción de un orden democrático: debates en *La Ciudad Futura* y *Punto de Vista* durante el periodo de la transición", en *Andamios*, Volumen 12, número 27, pp. 97-121.

Martínez Mazzola, R. (2016). "Una ruptura en la tradición. *La Ciudad Futura* y la construcción de una izquierda democrática, 1986-1991", en *Revista Izquierdas*, núm. 28, pp. 248-273, Universidad de Santiago de Chile, Chile.

Marx, K. (2004). *El Capital*, Vol. I., Buenos Aires: Siglo XX.

Marx, K. y F. Engels (1968). *La ideología alemana*, parte I, sección A, Montevideo: Ed. Pueblos Unidos.

Mason, L. (2015). "'I Disrespectfully Agree': The Differential Effects of Partisan Sorting on Social and Issue Polarization", en *American Journal of Political Science*, 59(1), pp. 128-145.

Merlín, N. (2017). *Populismo y Psicoanálisis*, Buenos Aires: Letra Viva.

Merlín, N. (2020). "Neoliberalismo: colonización de la subjetividad y obediencia inconsciente", en *Desde el Jardín de Freud* n° 20, pp. 39-55.

Miller, J-A. (2010). *Extimidad*, Buenos Aires: Paidós.

Moltó, M. (2013). "Posibilidad y límite de las movilizaciones contra las retenciones Móviles. Interpretaciones desde una realidad local sobre 'el conflicto del campo'",

en *Mundo Agrario*, Vol. 13, Nº 26, Centro de Historia Argentina y Americana, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/.

Morán, S. (2019). *Los usos contemporáneos de la república en el debate intelectual argentino. El conflicto del campo como coyuntura crítica*. Tesis de Maestría, Universidad Nacional de San Martín. Repositorio Institucional UNSAM. Recuperado de https://ri.unsam.edu.ar/handle/123456789/886?mode=full.

Moreira, A. (2015). "Pensamiento y política bajo la transición democrática. Del intelectual crítico al profesional de las ciencias sociales", en Giani, J. (comp.), *200 Años Construyendo La Nación,* Paso de Libres.

Mouffe, Ch. (2007). *En torno a lo político,* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Mouffe, Ch. (2014). *Agonística. Pensar el mundo políticamente,* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Mouffe, Ch. (2018). *Por un populismo de izquierda,* Buenos Aires: Siglo XXI.

Murillo, S. (2008). *Colonizar el dolor. La interpelación ideológica del Banco Mundial en América Latina. El caso argentino desde Blumberg a Cromañón*, Buenos Aires: CLACSO.

Natanson, J. (2018). *¿Por qué? La rápida agonía de la Argentina kirchnerista y la brutal eficacia de la nueva derecha,* Buenos Aires: Siglo XXI.

Navarro, M. (1995). "Democracia y Reformas estructurales: explicaciones de la tolerancia popular al ajuste económico", en *Desarrollo Económico,* 35(139): 443-466.

Nun, J. (1998). "La democracia no está asegurada si no se dan determinadas condiciones sociales", entrevista realizada por Quiroga, H. y O. Lazzeta, *Estudios Sociales,* Revista Universitaria bimestral, año VIII, N° 14.

O'Donnell, G. (1972). *Modernización y autoritarismo,* Buenos Aires: Paidós.

O'Donnell, G. (1994). "Democracia delegativa", en *Journal of Democracy*, Vol. 5, No. 1, pp. 55-69, Hopkins University Press.
Olson, M. (1992). *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y la teoría de grupos*, Limusa.
Pacheco, M. (2019). *Desde abajo y a la izquierda. Movimientos sociales, autonomía y militancias populares*, Buenos Aires: Cuarenta Ríos.
Palacios, C. (2021). "Modos de subjetivación en el humor argentino Contemporáneo", en Burkart, M., Fraticelli, D y Várnagy, T. (coord.) *Arruinando chistes. Panorama de los estudios del humor y lo cómico*, Buenos Aires: Teseo.
Palermo, V. y Novaro, M. (1996). *Política y poder en el gobierno de Menem*, Buenos Aires: Norma.
Petras, J. y H. Velmeyer (2003). *System in Crisis. The Dinamics of Free Market Capitalism*, Londres: Zed Books.
Plot, M. (2008). *La carne de lo social. Un ensayo sobre la forma democrático- política*, Buenos Aires: Prometeo.
Portantiero, J.C. (1995). "Menemismo y peronismo: continuidad y ruptura", en Hora, R. y Trímboli, J., *Peronismo y menemismo*, Buenos Aires: El cielo por asalto.
Portantiero, J. C. y de Ípola, E. (1984). "Crisis social y pacto democrático", en *Punto de Vista*, N° 21, año VII (agosto), pp. 13-20.
Puello-Socarrás, J.F. (2013). "Ocho tesis sobre el neoliberalismo (1973-2013)", en Ramírez, H. (org.), *O neoliberalismo sul-americano em clave transnacional: enraizamento, apogeu e crise*, São Leopoldo: Oikos-Unisinos.
Quevedo, L. A. (1997). "Videopolítica y cultura en la Argentina de los noventa", en Winocur R. (comp.), *Culturas políticas a fin de siglo*, México: Juan Pablos editor, pp. 53-78.
Quiroga, H. (2006). "Ciudadanía y democracia en la Argentina. Problemas de representación en perspectiva comparada", en Cheresky, I. (comp.), *Ciudadanía y legitimidad democrática en América Latina*, Buenos Aires: Clacso.

Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía,* Buenos Aires: Nueva Visión.

Rancière, J. (2007). *El odio a la democracia,* Buenos Aires: Amorrortu.

Reano, A. (2012). "*Controversia* y *La Ciudad Futura*: democracia y socialismo en debate", en *Revista Mexicana de Sociología,* 74, núm. 3, pp. 487-511. México, D.F.

Reich, W. (1972). *Materialismo dialéctico y psicoanálisis,* México: Siglo XXI.

Revel, J. (2009). *Diccionario Foucault,* Buenos Aires: Nueva Visión.

Rodríguez Krauth, Á. (1997). "Convertibilidad e ingenuidad", en *Topía,* N° 19, Buenos Aires.

Rodríguez Krauth, Á. (2000). "Relaciones de la psicología política con la economía y la religión", en *Revista electrónica de Psicología Política,* N° 20, San Luis: UNSL, pp. 29-46.

Romé, N. (2018). *Política y subjetividad en la escena ideológica neoliberal. Aportes de investigación crítica en comunicación,* Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Rorty, R. (1998). *El giro lingüístico. Dificultades metafilosóficas de la filosofía lingüística*. Buenos Aires: Paidós.

Rozitchner, L. (2003). *El terror y la gracia,* Buenos Aires: Norma.

Sacchi, E. (2016). "Neoliberalismo y subjetividad. Notas para pensar la gubernamentalidad de nuestro tiempo", en *Identidades* N° 10, pp. 22-33.

Schejtman, F. (2002). "Introducción a los tres registros", en Mazzuca, R. et al., *Psicoanálisis y psiquiatría: encuentros y desencuentros,* Buenos Aires: Bergasse 19.

Scherlis, G. (2004). "Redistribución de recursos en los partidos políticos argentinos. Aportes para la explicación de 20 años de democracia sin equidad", en AA.VV., *Veinte años de democracia,* Buenos Aires: FLACSO, pp. 41-62.

Schtivelband, E. (2016). *Entre la ausencia y el regreso de la política: acerca de la emergencia de una subjetividad neopolítica. El caso del conflicto por las retenciones móviles de*

2008. Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Schumpeter, J. A. (1983). *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, Buenos Aires: Orbis.

Schuster, F. (2005). "Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva", en Schuster, F. y colaboradores (Comp.), *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Prometeo Libros.

Schuster, F. y S. Pereyra (2001). "La protesta social en la Argentina democrática: balance y perspectivas de una forma de acción política", en Giarracca, N. y colaboradores, *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, pp. 41-63, Madrid/Buenos Aires: Alianza Editorial.

Sharp, G. (2003). *De la dictadura a la democracia. Un Sistema Conceptual para la Liberación*, Galicia: Dharana.

Sidicaro, R. (2012). "1983-2012: las etapas de la transición a la democracia argentina (en claves sociológicas)", en *Temas y debates* 25, año 17, pp. 13-32.

Spinoza, B. (1997). *Tratado teológico-político*, Barcelona: Altaya.

Stavrakakis, Y. (2010). *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Steyerl, H. (2014). *Los condenados de la pantalla*, Buenos Aires: Caja Negra.

Svampa, M. (2013), "«Consenso de los *Commodities*» y lenguajes de valoración en América Latina", en *Nueva Sociedad*, No. 244, marzo-abril.

Sztulwark, D. (2019a). *La ofensiva sensible*, Buenos Aires: Caja Negra.

Sztulwark, D. (2019b). "Notas para una genealogía de la insurrección", en Pacheco, M. (2019). *Desde abajo y a la izquierda. Movimientos sociales, autonomía y militancias populares*, Buenos Aires: Cuarenta Ríos.

Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política,* Madrid: Alianza Universidad.

Tato, M. I. (2013). "El conservadurismo argentino: ¿una categoría evanescente?", en Bohoslavsky, E. y Echeverría, O. (comps.) *Las derechas en el Cono sur,* siglo XX. Actas del tercer taller de discusión. Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Therborn, G. (2013). "Las clases en el siglo XXI", en *New Left Review* N° 78.

Therborn, G. (2016). *Los campos de exterminio de la desigualdad,* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Traverso, E. (2019). *Melancolía De Izquierda,* Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Trocello, M. G. (1998). "Identidad colectiva: ¿esencia o discurso? Una confusión peligrosa", en *Revista Kairos,* Año 2, N° 2, San Luis.

Thwaites Rey, M. (1994). "La noción gramsciana de hegemonía en el convulsionado fin de siglo. Acerca de las bases materiales del consenso", en Ferreira L., Logiudice E. y Thwaites R. M., *Gramsci mirando al sur. Sobre la hegemonía en los ´90,* Buenos Aires: Teoría crítica.

Thwaites Rey, M. (2003). *La (des)ilusión privatista. El experimento neoliberal en la Argentina,* Buenos Aires: Eudeba.

Várnagy, T. (2021). "Filosofía y humor", en Burkart, M., Fraticelli, D y Várnagy, T. (coord.) *Arruinando chistes. Panorama de los estudios del humor y lo cómico,* Buenos Aires: Teseo.

Verdugo Vega, D. (2019). *Luces y sombras de la historia de la humanidad,* Sevilla: Punto rojo.

Vommaro, G. (2017). *La larga marcha de Cambiemos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder,* Buenos Aires: Siglo XXI.

Vommaro, G., Morresi, S. y Bellotti, A. (2015). *Mundo PRO,* Buenos Aires: Planeta.

Weyland, K. (1996). *Risk taking in Latin American economic restructuring*. Recuperado de http://www.jstor.org/stable/2600956.

Yannuzzi, M. (1995). *La modernización conservadora,* Buenos Aires: Ed. Fundación Ross.

Žižek, S. (1992). *El sublime objeto de la ideología,* México: Siglo XXI.

Žižek, S. (1993). "Más allá del análisis del discurso", en Laclau, E., *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo,* Buenos Aires: Nueva Visión.

Žižek, S. (1994). *¡Goza tu síntoma! Jacques Lacan dentro y fuera de Hollywood,* Buenos Aires: Nueva Visión.

Zuazo, N. (2018). *Los dueños de internet. Cómo nos dominan los gigantes de la tecnología y qué hacer para cambiarlo,* Buenos Aires: Debate.

Otras fuentes

Alemán, J. (2022). "Historicidad/Historicismo". Recuperado de https://www.facebook.com/jorge.aleman.75457/posts/pfbid0TcQUePvwvD9xeqmtQ1UhTNh6nxPx9JmKsKfTXLrsi3QyP9PMrQyaJKsbiYPgdDgAl.

"Ante una corrupción en aumento", *La Nación,* 25 de agosto de 2008. Recuperado de https://www.lanacion.com.ar/editoriales/ante-una-corrupcion-en-aumento-nid1042765/.

Apud, E. (2016). "El cambio cultural que el país necesita", *La Nación,* 3 de agosto de 2016. Recuperado de https://www.lanacion.com.ar/opinion/el-cambio-cultural-que-el-pais-necesita-nid1924165/.

Bernal, F. (2016a). "A todo tarifazo suspendido le sigue la extorsión. El caso de Edenor y su 'pesada herencia'", en *Observatorio de la Energía, Tecnología e*

Infraestructura para el Desarrollo (OETEC). Recuperado de https://www.oetec.org/nota.php?id=1980&area=1.

Bernal, F. (2016b). "Tarifazo: las bolsas de agua caliente baten récord de importaciones", en *Observatorio de la Energía, Tecnología e Infraestructura para el Desarrollo (OETEC).* Recuperado de https://oetec.org/nota.php?id=1973&area=5.

Bosse, A., Frontispicio de Leviatán [imagen]. Recuperado de https://es.wikipedia.org/wiki/Leviat%C3%A1n_(Hobbes)#/media/Archivo:Leviathan_by_Thomas_Hobbes.jpg.

Casullo, M. E. (2019). "Cambiemos y el sacrificio del futuro", en *Revista Anfibia.* Recuperado de https://www.revistaanfibia.com/cambiemos-sacrificio-del- futuro/.

"Colección valores", *Revista Genios*. Recuperado de https://grupoclarin.com/notas/genios-lanza-la-coleccion-valores.

Comunicación Popular. Recuperado de https://www.facebook.com/comunicacionnpopular/videos/?ref=page_internal.

CONADEP. (1984). *Nunca Más: Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas,* Buenos Aires: Eudeba.

Coatz, D. y Schteingart, D. (2016). "La industria argentina en el siglo XXI: entre los avatares de la coyuntura y los desafíos estructurales", en *Boletín Informativo Techint* no. 353, pp. 61-100. Recuperado de https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/107105/CONICET_Digital_Nro.36573095-0fdf-44bf-b6636f1cf23717b8_A.pdf?sequence=2.

"Darío Lopérfido, sobre el número de desaparecidos: 'Yo abrí la tranquera para que se discuta el tema", *La Nación,* 8 de febrero de 2017. Recuperado de https://www.lanacion.com.ar/politica/dario-loperfido-sobre-los-desaparecidos-yo-abri-la-tranquera-para-que-se-discuta-el-tema-nid1982938/.

Diccionario de la Real Academia Española. Recuperado de https://www.rae.es/.
Discurso de Álvaro Alsogaray el 29 de junio de 1959, *La Nación*, 7 de agosto de 2013.
Discursos de Cristina Fernández durante la firma de convenios entre AySA y municipios bonaerenses, 25 de marzo de 2008; en el encuentro en apoyo a las medidas en Parque Norte (Ciudad de Buenos Aires), 27 de marzo de 2008; en el acto de anuncio de nuevas medidas para los productores agropecuarios, 31 de marzo de 2008; en el Encuentro por la convivencia y el diálogo en Plaza de Mayo, 1º de abril de 2008; durante el lanzamiento de un fondo de redistribución social para hospitales, viviendas populares urbanas y rurales y caminos rurales, 9 de junio de 2008; en el acto de Plaza de Mayo, 18 de junio de 2008. Recuperados de http://es.wikisource.org/wiki/Cristina_Fern%C3%A1ndez_de_Kirchner#2008.
Discurso de Eduardo Buzzi en Armstrong, provincia de Santa Fe, 2 de junio de 2008. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=XRZEmQ_helc.
Discurso de Carlos Menem ante la Asamblea Legislativa del 8 de julio de 1989. Recuperado de https://fdocuments.ec/document/discurso-de-carlos-sal-menem-ante-la-asamblea-es-la-hora-de-eliminar-lo-caduco.html?page=1.
"El Boludo Que Le Cree A La Tele", *Revista Barcelona*. Recuperado de https://digital.revisbarcelona.com/library/publication/falta-menos-por-el-boludo-que-le-cree-a-la-tele.
"El club de los arrepentidos". Recuperado de https://www.pprdigital.com.ar/nota/4779/el-club-de-los-arrepentidos.
"El delirante relato de un afectado por Mauricio Macri que todavía lo apoya", *El Destape*. Recuperado de https://www.eldestapeweb.com/nota/el-delirante-relato-de-un-afectado-por-mauricio-macri-que-todavia-lo-apoya-201912911 420.

"El problema de la Argentina somos los argentinos". Recuperado de https://www.facebook.com/watch/?v=393284408169635.

"El sacrificio portugués. Claves de la recuperación de un país con problemas similares a la Argentina", *La Nación*, 3 de mayo de 2019. Recuperado de https://www.lanacion.com.ar/economia/portugal-no-es-milagro-resultado-del-sacrificio-nid2244088/.

Ennis, B. (2016). "Argentina: ¿Único país del mundo que subsidia la energía? El FMI desmiente a Lanata", *Observatorio de la Energía, Tecnología e Infraestructura para el Desarrollo (OETEC).* Recuperado de https://www.oetec.org/nota.php?id=1965&area=1.

Espósito, R. (2006). "La antipolítica es una política enmascarada", entrevista por Silvina Friera, *Página/12.* Recuperado de https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/2-3917-2006-09-23.html.

Forster, R. (2010). "El retorno de la política", en *El Argentino*. Recuperado de https://www.taringa.net/+noticias/el-retorno-de-la-politica-ricardo-forster_ 15u3y7.

Forster, R. (2016), "La servidumbre voluntaria", *Página/12.* Recuperado de https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-297926 -2016-04-27.html.

Franco, Y. (2012). "Los medios pasaron a ser el masaje", *Página/12.* Recuperado de https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/rosario/21-32049-2012-01-12.html.

Gernot, E. (2016). "¿Por qué diablos la gente apoya a la derecha?", entrevista por Alberto Buitre, *La tinta*. Recuperado de https://latinta.com.ar/2016/11/porque-diablos-la-gente-apoya-a-la-derecha/.

Gunthert, A. (2020). "Las imágenes existen en composición con textos y con otros elementos, son formas híbridas como también lo es el lenguaje", entrevista por Alejandro León Cannock, *LUR*. Recuperado de https://e-lur.net/dialogos/andre-gunthert.

INADI (2020). "Informe: discurso de odio". Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo.

Informe Digital News (2020). Instituto Reuters de la Universidad de Oxford. Recuperado de https://www.observacom.org/redes-sociales-son-las-principales-vias-de-acceso-a-la-informacion-en-america-latina/#:~:text=En%20Argentina%2C%20las,23%25%20en%202020.

Ipar, E. (2022). "Discursos de odio. Una amenaza para la democracia". Intervención en el noticiero de la TV Pública. Recuperado de https://www.tvpublica.com.ar/post/que-hacemos-con-los-discursos-de-odio.

"Juntos por el Cambio. Seguí en vivo La Marcha del #SíSePuede en Olavarría", 12 de octubre de 2019 [Video]. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=IGu5prVf3Ho&t=1050s&ab_channel=JuntosporelCambio.

Justo, M. (2019). "¿Quién se robó el PBI?", *Página/12,* 3 de abril de 2019.

Kohan, M. (2007). *Ciencias morales,* Barcelona: Anagrama.

Kohan, M. (2020). *Confesión,* Barcelona: Anagrama.

Laclau, E. (2010). "Ernesto Laclau: 'Puede haber congresos con una voluntad antidemocrática'", entrevista por Alejandra Rodríguez y Exequiel Siddig, *La Corriente Avanza.* Recuperado de https://www.lacorrienteavanza.com.ar/web/index.php/noticias/12229-ernesto-laclau-qpuede-haber-congresos-con-una-voluntad-antidemocraticaq.

Lavado, J. (Quino) (1989). *Potentes, prepotentes e impotentes,* Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

LEDA (2021). "Informe LEDA #1", Laboratorio de Estudios sobre Democracia y Autoritarismos (LEDA/Lectura Mundi), Grupo de Estudios Críticos sobre Ideología y Democracia (GECID-IIGG/UBA).

Lerman, D. (2010). *La mirada invisible* [film]. Argentina: Agat Films & Cie, Factor RH.

Loreti, D. (2022). "Discursos de odio. Una amenaza para la democracia". Intervención en el noticiero de la TV Pública. Recuperado de https://www.tvpublica.com.ar/post/que-hacemos-con-los-discursos-de-odio.

"Macri: la marcha fue una expresión espontánea, 'sin que haya habido colectivos ni choripán'", *Infobae,* 1 de Abril de 2017. Recuperado de https://www.infobae.com/politica/2017/04/01/el-mensaje-de-mauricio-macri-durante-la-marcha-por-la-democracia/.

"Marcha despedida a Mauricio Macri", 6 de diciembre de 2019. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=3_hsi9K55Rk.

"Marcha en apoyo a Mauricio Macri", 24 de agosto de 2019. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=68nXV8q6CaU&t=223s&ab_channel=C5N y https://www.youtube.com/watch?v=3hsi9K55Rk&ab_channel=BarricadaTV.

"Marcha 'si se puede'", 18 de octubre de 2019. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=ZrAUFKErPqc&ab_channel=C5N, de https://www.youtube.com/watch?v=NQulo9oAdvc&t=12s&ab_channel=C5N y de https://www.facebook.com/watch/?ref=saved&v=2434860970118079.

"Mauricio Macri: 'Si están en sus casas en remera y en patas, es porque están consumiendo energía de más'", *Infobae*. Recuperado de https://www.infobae.com/noticias/2016/07/11/mauricio-macri-si-estan-en-sus-casas-en-remera-y-en-patas-es-porque-estan-consumiendo-energia-de-mas/.

"Mauricio Macri: 'Acá no hay choripán'", *Página/12,* 12 de octubre de 2019. Recuperado de https://www.pagina12.com.ar/224927-mauricio-macri-aca-no-hay-choripan.

Mazzuchini, S. (2021). "Okupas, memes y virales: el 'agite' en redes que impulsó su vuelta a

la pantalla", entrevista por Joaquín Rodríguez Freire, *Ámbito*, 31 de julio de 2021. Recuperado de https://www.ambito.com/lifestyle/memes/okupas-y-virales-el-agite-redes-que-impulso-su-vuelta-la-pantalla-n5236847.

"Militando el ajuste vs. La realidad". Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=Nk9YS0RKO18&ab_channel=C5N.

Mundo TKM. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=H1o7w2nUpOE&ab_channel=MundoTKM.

Observatorio de Políticas Públicas (2018). "Infografía Costo Tarifario", Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV). Recuperado de http://undav.edu.ar/general/recursos/adjuntos/20367.pdf.

"Ofrecieron 500 pesos, vino, Coca y choripanes para que fueran a la marcha", *Tiempo Argentino*, 27 de marzo de 2017. Recuperado de https://www.tiempoar.com.ar/politica/gonzalez-fraga-ofrecieron-500-pesos-vino-coca-y-choripanes-para-que-fueran-a-la-marcha/.

Página de Facebook "Alegría". Recuperado de https://www.facebook.com/alegriapolitica/?locale=es_LA.

Página de Facebook "Revista Barcelona". Recuperado de https://www.facebook.com/RevistaBarcelona/photos/a.385878504554/10157181167999555/?type=3.

Página de Facebook "Puerto Rico Se Reinventa". Recuperado de https://shorturl.at/QMctB.

Página de Twitter "Revista Barcelona". Recuperado de https://twitter.com/revisbarcelona/status/1171821452124770307.

Paz, D. y Rudy [viñeta], *Página 12*, 29 de marzo de 2016.

Perossa, M. (2020). "El choripán es misericordia, es pan misericordioso", entrevista a Daniel Santoro, *Mestiza*, Universidad Nacional Arturo Jauretche. Recuperado de https://revistamestiza.unaj.edu.ar/el-choripan-es-misericordia-es-pan-misericordioso/.

Plut, S. (2017). “La corrupción y sus destinos”, *Página/12*, 27 de julio de 2017.
Prividera, N. (2022). *Adiós a la memoria* [film]. Argentina: Trivial Media.
“Mirtha Legrand, sobre la marcha: ‘Sin el choripán, con la bandera Argentina’”, *Diario Panorama*, 2 de abril de 2017. Recuperado de https://www.diariopanorama.com/noticia/253357/mirtha-legrand-sobre-marcha-sin-choripan-bandera-argentina.
Negri, A. (2007). “El regreso de la política: Toni Negri”, entrevista por Mariana Canavese y Bruno Fornillo, *La Coca Loca Company*. Recuperado de http://lacocaloca-company.blogcindario.com.
Rinesi, E. (2010). “Los órdenes sociales nunca cierran”, *Página/12*. Recuperado de https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-140804-2010-02-23.html.
Rinesi, E. (2012). “Nueva Militancia: entrevista con el Dr. Eduardo Rinesi”, disertación en el espacio “Cátedra Abierta América Latina”, organizado por el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Villa María bajo el título “Universidad y Ciencias Sociales: Encuentros y Desencuentros entre la Ciencia y el Compromiso Político”, 9 de octubre de 2012. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=5FK9csb8NVk.
Santoro, D. (2022). “El peronismo es choripán”, entrevista en *Después De La Tormenta*. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=J95aIacc7gQ&ab_channel=Futurock.
Solís, V. [ilustración]. Recuperado de https://www.nexos.com.mx/?p=14088.
Suárez, M. (Suar). (circa de 1980) [ilustración], Revista *Humor Registrado*.
Wortman, A. (2008). “La relación con las clases populares está marcada por el miedo”, entrevista publicada en el diario *Página/12*. Recuperado de https://www.pagina12.com.ar/diario/dialogos/21-98109-2008-01-28.html.

